
Victoria Windspelle
Cautiva del Pirata

©Victoria Windspelle -Cautiva del pirata. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora. ©2017. Isbn 9786563455. Título original: La cautiva-Victoria Windspelle.

Nueva edición revisada enero 2024.

Esta novela fue publicada anteriormente en Amazon con el título: “La cautiva-Victoria Windspelle”.

Cautiva del pirata

Victoria Windspelle

Uno

Rosalie se recostó en su hamaca sorprendida de que la lista de cosas que odiaba de Calcuta no superara las diecinueve. La primera, por supuesto, era el calor.

Pero, por otra parte, llevaba menos de dos semanas allí y seguro que en los próximos días encontraría más cosas desagradables. A menos que consiguiera encontrar un barco y regresar a Inglaterra. ¿Cómo era posible que Lady Endiñe Willmond, la belleza reinante de la temporada de Londres hubiera terminado buscando esposo en La India?

Unas gotas de sudor bajaron por su cuello, haciéndole cosquillas. ¿Cómo podía vivir ningún ser humano con aquel calor? Diez días en Calcuta y estaba agotada.

El tío George había insistido la noche anterior en que buscara marido. Tanto ella como Emily debían recibir alguna proposición en los tres meses siguientes. Lanzó un gemido.

Si hubiera querido casarse, habría aceptado al vizconde Wolfe o a lord Randolph Porter.

—El Alazán Perlado está en el puerto —dijo una voz de hombre cerca de ella.

Rosalie saltó de la hamaca y se acercó a los setos del lado derecho. No reconocía la voz que había sonado más allá.

—¡Maldición! Hace tanto tiempo que no lo veía que esperaba que se lo hubiera tragado la tierra —dijo su tío George.

¿Qué hacía su tío en el jardín con ese calor y acompañado por un visitante? ¿Y qué ocurriría si la sorprendían ataviada sólo con el camisón y un ligero salto de cama de seda?

—Si se lo hubiera tragado la tierra —repuso el desconocido divertido—, no habríamos descubierto adónde va.

—¿Otro viaje próspero para ese bastardo? —preguntó su tío con voz espesa por la envidia.

—Más que el anterior. Un verdadero tesoro de té y seda. Se rumorea que lleva también cajas enteras de porcelana antigua.

El tío George lanzó un gemido.

—Tenemos que averiguar cómo lo hace y dónde hay dinero suficiente para alquilar un barco...

—Tú nunca tendrás dinero suficiente si sigues comprando carruajes y tonterías —se burló el otro.

Rosalie decidió que debía tratarse de alguien con prestigio y poder, ya que su tío no protestó.

—Mi esposa... —suspiró George—. ¿Lo sabe él? ¿Crees que puede sospechar de nuestro plan? —susurró.

—No lo sé —repuso el otro con ligereza—. Y no tiene sentido preocuparse por lo que no podemos saber.

—¡Maldición! ¿Cómo puede un hombre así contar con el favor de lord Torrington? Su comportamiento debería excluirlo de la sociedad incluso aquí en Calcuta. ¡Me gustaría verlo en el infierno!

A Rosalie le sorprendió la violencia que denotaba la voz de su tío. Al igual que sus hermanos y que la madre de ella había sido educado como cuáquero. Pero mientras los demás miembros de la familia se habían aferrado a su fe, era evidente que su tío la había olvidado, abandonándola en Inglaterra antes de tomar el barco hasta la India.

Los dos hombres se acercaron tanto que contuvo el aliento. El sudor le caía por el rostro; no se atrevía a levantar la mano para secarse la frente por miedo a mover las hojas y traicionar su presencia allí.

—Hay que hacer algo para echarlo de La India —declaró su tío—. Tú eres amigo del gobernador general. Convéncelo de que le retire la licencia.

—¿A uno de sus capitanes más productivos? —preguntó con sorna el desconocido.

—Podrían quitarle el barco.

—Es el dueño del Alazán Perlado. Y tiene influencia con los directores de la Compañía.

El honorable Hanson Elliot puede ser una molestia para mucha gente de Calcuta, pero es hijo de un conde. Tu envidia y tu miedo resultan demasiado evidentes. Trabajaremos en su contra en silencio. Lord Torrington no será eternamente gobernador general.

El tío George lanzó una maldición.

—Y tengo entendido que su hermano no tiene hijos —prosiguió el desconocido—. Una caída

del caballo o una fiebre de verano y tu odiado capitán se convertiría en un noble.

Puede que mantenga sus rutas en secreto y que tenga mal genio en lo referente a su barco; incluso puede ser una amenaza para algunas personas, pero no es tonto y tiene buena memoria. Se acordará de todas las personas que en la India lo llamaron Capitán Salvaje y su venganza puede ser terrible.

—¡Maldito sea! —repitió su tío.

Elliot. El apellido de los condes de Valmont. Rosalie había bailado con el conde actual y flirteado con él, ya que, ¿a quién no le gustaría ser condesa?

De haber tenido una dote decente, podría haberse convertido en condesa y no estaría en ese momento buscando marido a sus veintidós años entre los hombres destinados en la India. Pero no había podido competir con la extravagante dote de la señorita Amelia Strawn, y la señorita Strawn era en aquel momento lady Valmont. Rosalie por poco repitió la maldición de su tío.

¿Hubiera aceptado a Valmont si le hubiera pedido que se casara con ella? ¿O lo habría rechazado igual que había rechazado a una multitud de dandies londinenses cuyos nombres no podía recordar con aquel calor?

Oyó un sonido y se dio cuenta de que los dos hombres estaban muy juntos.

—¿Crees que lo sabe? —susurró su tío.

—No dejas de hacerme preguntas que no puedo contestar. No sé cuánto sospecharía el teniente Becker cuando salió del puerto el año pasado. ¿Comunicó sus sospechas a Elliot? Vaya uno a saber.

—Si Elliot sospechara irregularidades en el muelle, habría acudido a Mornington, ¿no crees? —preguntó el tío George con desesperación.

El desconocido se echó a reír.

—Mason, te vas a agotar. Tanto ejercicio mental no es bueno con este calor. Si Becker viene al muelle, trataré de sonsacarlo sobre nuestro asunto y sobre los negocios del Alazán Perlado. ¿Cómo ha conseguido Elliot convertir un cargamento de hierro, algodón y cacharros de latón en uno de seda y té?

—Fue una tontería permitir que el teniente Becker viera los libros del muelle —musitó George—. Y dejar que adivinara ese trato con el holandés...

—Señor Mason —musitó el desconocido con arrogancia—. ¿Es necesario que le recuerde su posición?

—Lo siento. Lo siento mucho. Había contado con que el Alazán Perlado naufragara en una tormenta. Había rezado porque ocurriera. Ahora tengo que advertir a la señora Mason de que ese hombre está en la ciudad. ¿Cree que asistirá al baile de esta noche?

—No creo que se lo pierda. Le gusta bailar y, después de un año fuera, debe estar hambriento de compañía.

—Mis dos sobrinas están aquí; todavía no llevan ni dos semanas en Calcuta. Tengo que advertirles de que se muestren circunspectas.

Los hombres se apartaron y el sonido de sus pasos se alejó. Sus voces dejaron de oírse.

Rosalie salió de los setos y corrió hacia la puerta que conducía a las habitaciones que compartía con su prima Emily.

Pasó por delante de la puerta abierta del estudio de su tío. Su catalejo estaba de pie sobre la mesa, como una gran columna. La joven entró en el cuarto y lo tomó. Subió la escalera hasta el segundo piso, un ático situado bajo el tejado. La estancia, de techo bajo, concentraba el calor; cada vez que respiraba, le dolían los pulmones.

Una de las ventanas daba sobre el muelle y los barcos anclados allí. Rosalie se arrodilló y acercó el ojo al catalejo. Aparecieron ante ella los mástiles desnudos de los barcos.

Examinó uno tras otro y vio un casco oscuro, más pequeño y afilado que los de los barcos de la Compañía Oriental. Se concentró en él.

A esa distancia no podía leer los nombres, pero en aquel caso no había duda. El casco era negro. El mascarón de proa destacaba como una gaviota entre un grupo de cuervos.

Incluso a aquella distancia distinguió la melena flotante y la cabeza salvaje de un caballo orgulloso que brillaba al sol como si estuviera tallado en alguna piedra preciosa.

El Alazán Perlado.

Estaba rodeado por lanchas pequeñas que los trabajadores del puerto cargaban en el muelle. Movió el catalejo hacia el Castillo Morgana, el barco que la había llevado a La India. Había pasado casi seis meses en su interior y el solo hecho de verlo la hacía estremecerse.

Una tormenta en el Atlántico, días enteros de ruido y movimiento infernal en los que su baúl se había soltado y corrido libremente de un lado a otro del camarote amenazando con romperle una pierna si se atrevía a bajar de la litera.

Y las mañanas horribles en las que se mantenía a las mujeres abajo, incapaces de ver pero no de oír los castigos que tenían lugar en cubierta. Una vez había visto a un marinero al que llevaban al médico: su espalda no era más que una masa sanguinolenta.

Se estremeció. Sólo volvería a subir a un barco y sería el que la devolviera a Inglaterra.

Cerró los ojos y se esforzó por pensar en Londres, frío y con niebla. Un salón de baile lleno de luz, los reflejos de las velas en las joyas de las mujeres y en los galones dorados de los uniformes...

Hacía demasiado calor para concentrarse en nada. Pero tenía que hacerlo, tenía que planear cómo salir de ese infierno. Había visto las lápidas del cementerio. La mitad de los jóvenes, tanto hombres como mujeres, que llegaban a la India morían en los cinco primeros años de matrimonio. Tendría que elegir con mucho cuidado. Algún oficial o secretario de la Compañía cuyo contrato se acercara a su fin y que pensara regresar pronto a Inglaterra.

Luego, una vez allí, se negaría a volver. Estaba dispuesta a vivir en cualquier casa pobre de provincias antes de regresar a la India. Menos de cien libras al año. Eso era lo único que tenía del dinero que le había dejado su abuela.

Se apartó el pelo húmedo de la frente y el cuello. Teniendo en cuenta el calor, era una suerte que estuviera de moda el pelo corto. Algunos hombres habían protestado cuando las mujeres empezaron a cortarse el pelo, pero lord Valmont había admirado sus rizos.

De todos los hombres a los que había conocido en Londres, consideraba a Lord Valmont uno de los más atractivos. Era delicado casi hasta el punto de pasar por frágil.

Un hombre así podía ser dominado por su esposa. Esta tendría que acatar sus exigencias matrimoniales, por supuesto. Suponía que sería lo bastante fuerte para ello, pero, con excepción de eso, la esposa de un hombre como Valmont podía llevar su propia vida. Trató de imaginarse a lord Valmont capitaneando un barco que comerciaba con la Compañía Oriental de las Indias. ¡Ridículo! Pero su hermano era el capitán de ese barco del muelle. Quizá tuviera oficiales que se encargaban del trabajo mientras él se sentaba en su camarote tomando rapé.

¿Comerciar? ¿Un Elliot se rebajaría a comerciar? Si era así, perdería toda su credibilidad en sociedad. Pero suponía que un capitán podía permitirse no tomar parte en esas cosas. Serían sus oficiales los encargados de negociar con los nativos de Cantón y las islas de las especias, mientras el capitán se encargaba de recibir a los dignatarios en su elegante camarote.

Se incorporó con una inspiración súbita. El barco del capitán Elliot acababa de llegar de China. ¿No se dirigiría a continuación a Inglaterra? Se tumbó con la cabeza llena de planes. Descubriría si el capitán Elliot estaba casado. De no ser así, le prestaría toda la atención que pudiera y cuando el Alazán Perlado levara anclas, ella iría a bordo. No era un matrimonio brillante casarse con un hijo segundo que quizá se dedicaba al comercio. Pero si los comentarios de su tío eran ciertos, Elliot se había enriquecido en su comercio con China. Y en la India no había mucho donde elegir. Era un segundón, pero un segundón hijo de un conde era mejor que un segundón hijo de un comerciante.

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolieron los dientes. ¡Qué bajo había caído la hija del conde de Cairnlea! Haría bien en unirse al hermano de un conde aunque éste hubiera avergonzado a su familia dedicándose a transportar cacharros de latón. El corazón le dio un vuelco al pensar lo que cualquier marido tenía derecho a pedirle. Cerró los ojos y se obligó a relajarse, respirando hondo y despacio. No tenía sentido alterarse por eso. Tenía un plan. Aquella noche en el baile empezaría a poner sitio al corazón del capitán Elliot.

Bajó las escaleras y se asomó al cuarto de Emily. Su prima dormía profundamente bajo el mosquitero, ignorante de ser la causa de los problemas de Rosalie. Porque Emily no

había encontrado esposo y tenía ya casi treinta años y Rosalie había pasado al cuidado de su piadoso padre, que no aprobaba por principio la vida disipada de Londres y la había obligado a acompañar a su prima a la India. Su tío Leonard amenazó incluso con cortarle el dinero si no consentía en el viaje.

Rosalie se fue a su cuarto, se echó sobre la cama y cerró los ojos. Tenía que pensar en el modo de seducir a Elliot.

El pasillo estaba frío, el suelo de piedra resultaba accidentado bajo sus pies. No debería estar allí, pero Carlton la había desafiado a explorar los pisos altos del castillo.

Ella no temía a su anfitrión, el viejo lord Moreton. Pero su padre le había prohibido dejar los confines del cuarto infantil, lo cual era injusto porque ella tenía doce años y debería disfrutar de parte de la libertad que le daban a su hermano.

Un grito resonó en el aire. Se detuvo paralizada. Carlton le había hablado de los fantasmas que recorrían esos pasillos. Pero los fantasmas sólo podían andar de noche.

Se volvió temblorosa y retrocedió. Cuando llegó al arco de piedra gris del final del pasillo, lo cruzó corriendo.

Otro grito la obligó a volverse antes de volar escaleras abajo. Reconoció el cuerpo ataviado con un camisón que salió tambaleante al pasillo y al hombre que lo seguía de cerca y le hizo tropezar con su bastón.

Rosalie se llevó con fuerza las manos a la boca. Observó aquel cuerpo blanco retorcerse bajo los golpes del pesado bastón y oyó los gritos de su madre...

Se sentó en la cama con las manos enredadas en el mosquitero y el corazón en la garganta. No estaba en Moreton. Su madre había muerto diez años atrás y su padre se había pegado un tiro en los bosques de Ratherton el día después de que vendieran su propiedad para pagar sus deudas de juego y las de Carlton. Carlton había sido enterrado unos meses atrás tras romperse el cuello cuando su caballo vaciló al saltar una valla y lo catapultó contra un árbol. La línea familiar había terminado; Ratherton ya no existía.

—Encontraré un marido que me devuelva a Inglaterra —susurró con determinación—. Y no

será como mi padre. No será como mi padre.

Rosalie encontró a sus tíos en la galería, vestidos ya para la velada. Su tío George se volvió a mirarla en cuanto salió por la puerta.

—Muy hermosa —asintió—. Las damas de Londres sabéis estar a la moda —musitó con una ligera nota de sarcasmo.

—No estoy a la moda —protestó ella—. Este vestido tiene más de un año.

—Es bastante moderno para la India —dijo su tía Lily—. ¿Está Emily lista?

—Casi. Se ha quedado dormida con este calor. Su tío se echó a reír.

—Todavía no hace calor. Sólo estamos en febrero. Faltan dos o tres meses para el verano. Pronto aprenderéis a lidiar con el clima. Los primeros meses...

La aparición de la figura rechoncha de Emily en el umbral interrumpió su diatriba.

—Siéntate, por favor—musitó la tía Lily—. Hay algo de lo que tenemos que hablar. Creo que debes decírselo, George.

El hombre carraspeó y miró hacia el jardín. Se ruborizó y Rosalie reprimió una risita.

—Ha llegado un hombre a la ciudad —dijo al fin. Rosalie esperó impaciente a que prosiguiera. ¿Por qué no se mostraba claro y les contaba de una vez por qué debían evitar al capitán Elliot?

—¿Quién? —preguntó Emily con inocencia.

—Un caballero... No, no es un caballero, aunque nació en una casa noble. Si se puede llamar noble a la relación entre un conde y una doncella.

Aquello no era posible. Si Rosalie no se equivocaba la madre de lord Valmont había sido hija de un marqués. Su tía Lily prosiguió la narración.

—El Alazán Perlado ha entrado esta mañana en el puerto. Su capitán es Anson Elliot.

Os será presentado, pero debéis mostrarle cierta cortesía y nada más. Si os invita a bailar, podéis aceptar, ya que es un hombre de cierta importancia, hermano de un conde que está en muy buenas relaciones con lord Mornington. Si os invita más de una vez, debéis rehusar. Decid que no podéis desilusionar a otros hombres, lo cual es cierto, ya que este año hay pocas mujeres

solteras en Calcuta.

—¿Por qué tiene ese hombre tan mala fama? —preguntó Rosalie—. Aquí he conocido a muchos hombres de comportamiento y antecedentes cuestionables y no nos habéis advertido contra ellos.

—Este es distinto —murmuró su tío—. No oculta sus excesos, más bien presume de ellos.

—¿O sea que pecar en secreto es menos pecado? —preguntó la joven con malicia.

—Es el aire general de Salvaje, su abierto desdén por cualquier clase de normas. Lo notarás en cuanto lo veas —repuso su tío, cortante.

—¿Has dicho Salvaje? Creía que se llamaba Elliot —musitó Rosalie con dulzura—. Quizá esté equivocada. No se esforzó por ocultar su burla y esperó una réplica aguda de su tío.

Pero este se limitó a tragar saliva.

—Se me ha escapado —comentó con ligereza—. Los hombres duros del puerto lo llaman así.

—¿Es pariente de los Elliot de Oxfordshire? —preguntó la joven.

—Sí —repuso su tía—. Y seguro que lo consideran una desgracia, aunque creo que sólo vive aún su hermano el conde. Quizá has oído hablar de él. Es lord Valmont.

—Lo conozco —anunció Rosalie con orgullo.

—¿En serio? —musitó Emily, admirada—. ¿Cómo voy a quedar bien en el baile si tú llevas años relacionándote en Londres y puedes mencionar cientos de nombres famosos?

—¿Y de qué me sirvieron esos años? —repuso su prima con amargura—. Quedarás mucho mejor que yo.

Estaba segura de que su reputación de dar siempre calabazas la habría seguido hasta la India.

—Me alegro de que aceptes las consecuencias de tu vida improductiva y pienses en cambiar —intervino su tío—. Si hubieras aprovechado ese tiempo para perfeccionar las virtudes que se esperan de una mujer honesta, no te encontrarías en esta situación. Tal y como están las cosas, ni siquiera tienes habilidades para hacer de gobernadora.

Rosalie apretó los dientes y trató en vano de buscar algún comentario hiriente que pudiera lanzar a su tío.

—El teniente Benjamin Mark ha preguntado por las dos —dijo la tía Lily—. Descubriréis que es un joven encantador, probablemente algo joven para ti, Emily, pero de la edad adecuada para Rosalie.

—¿Es el que tiene manchas en la cara? —preguntó ésta.

—Estoy segura de que el tiempo acabará con ellas. Y siempre debemos mirar más allá de las manchas y tratar de ver el verdadero carácter de las personas que conocemos. Un hombre con manchas en su reputación es mucho peor que uno que tenga manchas en la cara.

—¿Te refieres al capitán Elliot? —preguntó Rosalie con dulzura.

—Sí —dijo su tío—. ¿Cuántas veces debo advertírtelo? Con él no debéis pasar más allá de los límites de la cortesía.

—¿Y cuáles son esos límites? ¿Puede besarme la mano o debo fingir que el abanico y el ramillete me impiden darle esa oportunidad?

La tía Lily abrió la boca, pero su marido se le adelantó.

—No olvides quién eres, lady Endine —sólo utilizaba su título cuando estaba enfadado—.Has pasado tres temporadas en Londres. Seguro que sabes cómo mostrarte cortés sin alentar a nadie. Leonard dice que rechazaste innumerables propuestas de hombres de buena posición. Ya te he dicho que un solo baile si os invita. Vamos. El carruaje está en la puerta.

El salón de baile estaba atestado y en él hacía mucho calor. Rosalie observó la multitud de uniformes y chaquetas oscuras en busca de un hombre rubio que pudiera ser el salvaje capitán. No vio a nadie que se pareciera a lord Valmont. La música comenzó a sonar; era un minueto, pero ella se quedó cerca de la puerta. No hacía menos calor, pero al menos allí se movía el aire.

La multitud se apartó para dejar paso a un hombre gigantesco. Era más alto que ninguno de los asistentes. Su largo cabello moreno iba apartado del rostro y recogido en una coleta al estilo marinero. Andaba con el ligero balanceo que muestra un hombre que ha bajado de un barco hace poco. Rosalie lo hubiera tomado por un marinero común de no ser porque vestía impecablemente al estilo de la moda de Londres de 1800 ó 1801, cuatro o cinco años atrás. Su pechera no era quizá lo bastante alta, pero la chaqueta le quedaba perfectamente. Sus

pantalones ceñidos resaltaban de tal modo sus fuertes piernas que habrían atraído miradas de aprobación de cualquier dandy de Londres. No llevaba rellenos de algodón que aumentaran sus pantorrillas. La joven vio cómo se movían sus músculos bajo las medias de seda al subir el último escalón.

Era moreno, no sólo de cabello, sino también de piel; iba tan bronceado como un nativo, pero lo que más llamaba la atención de él era su tamaño: un verdadero gigante.

Miró aquella increíble aparición con la boca abierta y luego dio un respingo y abrió su abanico al darse cuenta de que los ojos del desconocido, oscuros e impenetrables, se habían posado sobre ella. Levantó el abanico para ocultar su rostro, pero le fue imposible romper el contacto de sus ojos. Su tía Lily se apresuró a colocarse a su lado.

—Os presentaré —musitó en voz baja—. El honorable capitán Anson Elliot. Mi sobrina, lady Endine Wilmount.

Dos

Rosalie dejó caer el abanico, que quedó colgado del cordón de seda que llevaba a la cintura. ¡Aquel hombre no podía ser hermano del delicado conde al que había conocido en Londres! La mano de él buscó la suya incluso antes de que ella se la ofreciera. Le apretó los dedos y a continuación le volvió la mano y besó su palma. El calor de esa caricia permaneció en su piel incluso después de que él hubiera retirado la boca.

—Señora Mason, Cine da su permiso para bailar la próxima pieza con esta encantadora señorita.

La condujo hacia la pista y se colocó frente a ella en la hilera de bailarines. Se movía con gracia.

El primer giro lo hizo en sus brazos.

—Su cabello es del color de Pele —dijo él. —¿De quién? —preguntó ella, sorprendida.

—La diosa del volcán de las islas Sandwich. Pele. Su cabello es dorado con tonos de rojo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella, divertida—. ¿Ha visto a esa diosa?

—He visto su cabello. Y es igual que el suyo.

Rosalie se echó a reír. La conversación la hacía retroceder a un baile de Londres en el que un dandy murmuraba comentarios agudos en su oído. Elliot se movía con agilidad a pesar de su tamaño. Los ojos de los presentes estaban fijos en él y, por lo tanto, también en ella.

—Baila muy bien —musitó la joven la próxima vez que se juntaron.

—Usted también. Podemos repetir.

—Mis tíos me han ordenado dividir mi atención entre varios hombres.

—¿Y el capitán Salvaje sólo puede llevarse un baile? —preguntó él.

Le chocó que usara aquel nombre prohibido, pero consiguió mantener el rostro inexpresivo.

—¿Cómo lo sabía?

—Los tíos y tías siempre advierten en mi contra. Si uno se porta como un salvaje, lo tratan como si lo fuera.

—¿Sabe que le llaman Salvaje?

—No sólo lo sé. Me gusta. Elliot es francés, nos llegó con los conquistadores. Salvaje describe mejor mi personalidad —sonrió—. La sangre de los nobles Elliot es ya muy clara en mis venas.

—¿Por qué es usted un salvaje? —preguntó ella burlona.

El hombre no respondió de inmediato. Los pasos del baile los separaron y pasaron varios momentos antes de que se encontrara de nuevo en sus brazos.

—No me dejo avasallar —dijo con seriedad—. A los que me hacen daño los destruyo. Pueden creerse a salvo, pero mi venganza a veces se retrasa, jamás se olvida.

—Me asusta usted —musitó ella en un intento por devolver a la conversación un tono ligero más adecuado al momento.

—Hace bien en asustarse.

La música se detuvo. Rosalie trató de leer en las profundidades de aquellos ojos negros. Retrocedió, asustada por la fuerza cruda que emanaba de él y luego recordó que había algo que debía averiguar.

—Dígame, capitán. ¿Está usted casado?

El hombre se echó a reír con ganas.

—Sí. Con el Alazán Perlado.

—Lo he visto hoy. Es un barco hermoso.

—¿Le daría miedo subir a él a solas conmigo?

—Sí, me daría miedo —repuso ella con sinceridad—. Pero iría si tuviera ocasión.

—Es usted distinta, lady Endine —dijo él.

La orquesta emitió un acorde que anunciaba el comienzo del próximo baile. El hombre se inclinó y le tendió la mano. Rosalie vaciló un momento; después tomó la mano e hizo una reverencia.

A través del guante, la mano de él parecía dura, como la de un trabajador. Le sacaba más de la cabeza y eso que ella era alta para ser mujer. Observaba abiertamente tanto su rostro como su cuerpo. Con la mayoría de los hombres, sólo sentía miedo al foral del cortejo, cuando llegaba el momento de la proposición matrimonial. Entonces rehusaba, asustada del daño que podía ocurrirle a una mujer que fuera propiedad de cualquier hombre. Con Elliot, el temblor de miedo fue instantáneo. Después de unos minutos en su compañía, estaba ya lista para salir corriendo. Aquel hombre no tenía nada de dandy, nada en él ocultaba su abierta sensualidad.

—Gracias, lady Endine —dijo él—. ¿Qué hace usted en la India?

Aquella pregunta tan directa la sorprendió por sorpresa.

—¿Qué hace cualquier mujer soltera en la India? —preguntó—. Buscar marido. Es la única razón por la que una mujer en su sano juicio vendría a este nido de serpientes.

Elliot se rió con tantas ganas que muchas cabezas se volvieron en su dirección. La tía Lily, con

el rostro pálido y ansioso, le hizo señas a Rosalie de que ya había pasado bastante tiempo con el capitán.

—Me gustan las mujeres sinceras.

—¿En serio?

—Sí. En usted hay una sinceridad natural. ¿Puedo pedirle el siguiente baile?

—Puede pedírmelo —repuso ella juguetona—, pero se lo negaré, porque necesito salir a respirar el aire y un vaso de ponche.

—En ese caso, permítame que la escolte.

La joven le tomó el codo y levantó la cabeza para sonreír a la tía Lily con aire de disculpa. Luchó por mantener la sonrisa mientras cruzaba el salón de baile con él. Su rostro no debía reflejar bajo ningún concepto el nerviosismo que sentía en el pecho. Trató de no pensar en lo que podía pedirle aquel hombre. Una proposición de matrimonio seguida de oscuras exigencias. ¡Y era tan grande!

No importaba lo que fuera ni cómo se hubiera comportado; era el hijo de un conde y el mejor hombre disponible en la India. ¿Cuándo estaría su barco listo para partir? No había tiempo para un cortejo lento como los que solía mantener en Londres. Tendría que imitar a las mujeres vulgares que se proponían conseguir a toda costa al hombre que querían.

En la galería, Elliot se acercó a uno de los cuencos de ponche. Rosalie extendió el abanico por la parte inferior de su rostro. Cuando él estuvo cerca de ella, lo bajó para dejar al descubierto sus labios ligeramente separados entre los que asomaba apenas la punta de la lengua. Le quitó el vaso de las manos y sonrió sin meter del todo la lengua.

Así era como recibía lady Snowe a los hombres en su salón. Y siempre estaba rodeada de hombres.

El capitán enarcó las cejas. Vació de un trago su vaso de ponche y movió los labios en imitación del gesto de ella. Rosalie respondió con una sonrisa y un movimiento más atrevido de la lengua.

—¿Volvemos al baile? —preguntó él en voz baja.

—Desde luego.

Tenía que lucir al prohibido capitán delante del tío George. Le tomó el brazo y él tiró de su mano y la cubrió con la suya. Sus dedos se curvaron sobre los de ella y acariciaron con gentileza su palma. Sintió miedo. Nunca había coqueteado tan abiertamente ni había tratado con un hombre tan anti convencional. Pero mientras siguieran en medio de la gente, no podía ocurrir nada comprometido. Lo único que tenía que hacer era evitar un abrazo solitario en el jardín. No, tendría que arriesgarse también a eso. Ese sería el momento en que se declararía.

En la hilera de bailarines, pasó de un hombre a otro y volvió después al capitán Elliot; sus brazos se unieron para pasar bajo los brazos levantados de la compañía. Rosalie hizo un mohín con los labios y bajó los ojos. Cuando levantó la vista, él sonreía ampliamente y enarcaba las cejas. Se unieron a la fila de parejas levantando los brazos para formar un arco. Los pulgares de él presionaban las palmas de ella.

—Deberíamos reunirnos pronto —le susurró al oído cuando giraron—. En algún lugar con menos gente y menos ruido. Más íntimo.

—Sí —suspiró ella.

Al separarse de él, vio el rostro de su tío oscurecido por la rabia. Su corazón se llenó de alegría y sus pies apenas rozaban el suelo. Había conseguido enfurecer a su tío. Quizá la devolvería a casa. Y tenía al capitán Elliot comiendo de su mano. ¿Salvaje? Al terminar el baile, se cubrió la boca con el abanico, acercó el dedo meñique al extremo e hizo un ligero gesto de invitación. El domesticado Salvaje sonrió. Rosalie levantó la cabeza con aire triunfal, pero un escalofrío subió por su espina dorsal y se instaló en la base de su nuca.

Rosalie, sentada en el borde de su cama, se cepillaba el cabello y pensaba en su éxito. Sonrió al recordar el rostro lívido de su tío en el camino de vuelta a casa. Su tía la había reñido a la hora del desayuno. Lo único que lamentaba la joven era que su comportamiento había oscurecido el triunfo de Emily. El señor Porter, un caballero cuáquero que trabajaba en la Casa del Gobierno, había pedido permiso para visitarla.

El capitán Elliot era arrogante, orgulloso y ella conseguiría conquistarlo. Ningún otro hombre de Calcuta podía compararse con él ni en atractivo ni en contactos ni posiblemente en riqueza. Con él volvería a Inglaterra. Odiaba su masiva presencia física y lo dominante de su personalidad, pero tendría que soportarlo como hubiera tenido que soportar a cualquier marido.

La presencia de un sirviente en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—El señor Mason está en casa y solicita la presencia de las damas.

Que su tío estuviera en casa en mitad del día no era sorprendente. Todo Calcuta se paralizaba en el calor de la tarde. ¿Pero que quisiera ver a las damas? Bueno, sabía que tenía pendiente un sermón con ella. Si quería que se enfadara lo suficiente como para devolverla a casa, tendría que seguir pinchándolo.

Emily y la tía Lily estaban sentadas en la galería con George. Sin duda iban a ser testigos de su vergüenza. Quizá su tío quería enviarla a casa de inmediato. Respiró hondo y se dispuso a parecer desgraciada cuando le dijera que le había sacado un pasaje.

—Siéntate —dijo él, animoso—. Siéntate—. Me han comunicado una gran noticia y quiero compartirla con vosotras.

¿Le habría pedido ya el señor Poter la mano de Emily?

—Esta mañana me ha llegado una invitación a la oficina.

Su pecho se hinchó como el de una paloma. Rosalie nunca le había visto la cabeza tan alta.

—Lady Margaret, cuyo esposo, sir Hall Allinson, es secretario del Departamento de Marina, nos ha invitado a cenar.

—¡George! —exclamó la tía Lily, encantada—. ¡Qué maravilla! Al fin nos reciben los mejores...

—Creo —prosiguió su esposo—, que le debemos esta invitación a lady Endine. El secretario no puede ignorar la presencia en Calcuta de la hija de lord Cairnlea.

Rosalie no había visto nunca brillar tanto los ojos de su tío. A través de ella, empezaba a

conseguir lo que su padre había estado tan renuente en ofrecer a su cuñado: la entrada en los círculos sociales más elevados.

Al bajar del carruaje, Rosalie se alisó el vestido de muselina blanca. La prenda había sido diseñada para bajar desde una banda de turquesas persas colocada justo debajo del pecho, pero su tío Leonard se había quedado en Inglaterra con las pocas joyas que le quedaban. Tuvo, pues, que conformarse con una cinta de seda azul atada a la espalda. Otras cintas a juego decoraban su cabello.

Un ramillete de hombres y mujeres estaban de pie en una habitación de la casa del secretario. Amplias puertas se abrían a las galerías y cerca de cada una de ellas había un esclavo indio que tiraba una y otra vez de la soga que hacía girar el ventilador colocado en el techo. Lady Margaret en persona los acogió bajo su ala y los condujo hasta el extremo de la enorme estancia.

—Supongo que conocen al capitán Freemantle —dijo.

Avanzó hacia un caballero alto ataviado con una chaqueta de encaje dorado.

—Es sobrino de lord Belleview —susurró la anfitriona al oído de Rosalie.

El capitán palideció, pero controló rápidamente sus emociones. Su rostro adoptó una actitud de estudiada indiferencia, pero la joven se dio cuenta de que le sorprendía encontrar a sus tíos en su círculo social.

—No conoce usted a mis sobrinas—dijo el tío George—. Lady Endine Wilmount, el capitán Freemantle. La señorita Emily Mason.

Empujó a ambas hacia el capitán, quien se inclinó sobre sus manos.

—Bienvenidas a Calcuta —dijo.

Había algo raro en la cuidadosa modulación de sus palabras. Rosalie lo observó con más atención.

—El capitán Freemantle es director del puerto —explicó su tío George.

—¡El puerto! —exclamó Rosalie—. ¿Y le gusta su trabajo? —preguntó para poder oírle hablar de nuevo. El capitán volvió la espalda al resto de la familia y se dirigió sólo a ella.

—Sí. Hace año y medio que estoy al cargo. Desde que el capitán Tuttle murió de fiebres. No había duda. Aquél era el hombre que había visitado a su tío en el jardín unos días atrás.

—¿Y piensa usted regresar a Inglaterra? —preguntó la joven como por casualidad. Era una pregunta a la que necesitaba obtener contestación antes de desperdiciar su tiempo con ningún hombre.

—No. En la India hay muchas promesas para los ambiciosos. Mire lo que han logrado los Wellesley. Le tocó levemente el hombro y la movió de modo que el resto de la familia quedó a su espalda. El desprecio era tan evidente, que Rosalie se ruborizó de vergüenza. Miró en torno a ella en busca de algún conocido. El capitán Elliot estaba de pie en una de las entradas. Su cuerpo llenaba toda la puerta y por un momento tuvo la sensación de hallarse atrapada.

Lady Margaret se materializó a su lado.

—El capitán Elliot será su acompañante en la cena, querida—dijo.

La joven miró por el rabillo del ojo a sus tíos, que habían palidecido.

—Creo que ya conoce al capitán Elliot —musitó lady Margaret con malicia.

—Sí. En un baile. Es un bailarín excelente.

—Es un hombre excelente —susurró la otra—. Estoy segura de que ya lo ha descubierto.

La abandonó delante de Elliot. Rosalie le tendió la mano. El capitán le besó levemente los nudillos, pero sus dedos la apretaron con fuerza.

En algún lugar de la estancia, oyó la voz aflautada de lady Allison.

—Es cuestión de rango, ¿sabe? Rosalie se echó a reír.

—Me alegra encontrarla de tan buen humor. ¿Qué es lo que le ha hecho reír? —preguntó Elliot con formalidad.

—Mi tío estaba encantado con esta invitación, pero no le gusta el resultado. Las anfitrionas de Calcuta son tan esclavas de la etiqueta social como las de Londres. Siempre que coincidamos en algún sitio, nos sentarán juntos. El hijo de un conde, la hija de un conde.

—¿Y le molesta? —preguntó él.

—En absoluto —protestó ella.

Levantó el abanico y lo bajó luego con tanta lentitud que él fue el único en ver su boca abierta. Pasó dos veces la lengua por el labio superior con aire provocador. El capitán la condujo al comedor y la ayudó a instalarse en su silla. Sus dedos rozaron los hombros desnudos de ella y permanecieron allí un instante más largo de lo necesario.

—Está muy hermosa hoy, lady Endine. Tan hermosa como lady Snow, de la que en Inglaterra piensan algunos que no tiene igual. Usted es algo más alta que ella, pero creo que sus figuras se parecen.

Aunque nunca es fácil saberlo con las mujeres hasta que se quitan toda esa ropa.

Rosalie se tensó en su silla, después se obligó a relajarse. Aquél era exactamente el tipo de comentario que haría un hombre en presencia de una mujer a la que encontraba interesante.

—Lo mismo ocurre con los hombres —musitó con ligereza—. La habilidad con que utilizan los rellenos ha conducido a muchas mujeres a una intimidad no deseada con hombres de piernas débiles.

—¿Y ha observado usted las mías? —preguntó él con una mirada de soslayo.

—Han pasado la prueba —susurró ella.

—¿Tiene usted experiencia para juzgar?

—Tres temporadas en Londres. Ni los mejores sastres de Wilson pueden engañarme ya.

Elliot se inclinó hacia ella y sus hombros se rozaron. La mano izquierda de él se posó sobre el muslo de ella por debajo del pesado damasco que cubría la mesa.

—¿Conoce a sir Hall, nuestro anfitrión? —preguntó.

La cercanía de sus labios hizo que se movieran algunos rizos de la frente de ella. Se inclinó para presentarlos. Su mano apretó el muslo de la joven; los músculos de su pierna se tensaron y Rosalie reprimió un respingo de pánico. Los dedos de él aflojaron la presión, pero no abandonaron su pierna.

—¿Qué hace para divertirse, lady Endine?

—Salimos a dar un paseo por las tardes —musitó ella, mientras su pierna temblaba bajo la mano de él—. Y tengo que descansar mucho, ya que no estoy acostumbrada al calor.

—Es bueno que las mujeres descansen durante el día para prepararse para las actividades de la noche —dijo él con malicia. Sus dedos se movieron ligeramente—. ¿Ha tenido muchas oportunidades de conocer a los caballeros de Calcuta? Seguro que todos estarían encantados de conocerla.

La joven se preguntó si un ligero toque de celos animaría su interés.

—He conocido a muchos hombres aquí —comentó—, cada uno más fascinante que el anterior.

Los dedos de él se tensaron. Rosalie permaneció rígida, sin atreverse a mirarlo. En Londres, cuando ocurría eso, apartaba con gentileza la mano ofensiva con una suave reprimenda. Pero ese hombre tenía que pedirla en matrimonio y hacerlo antes de salir al mar. Debía darle más facilidades de las que había permitido a ningún pretendiente de Londres.

Un lacayo se inclinó sobre su hombro. El capitán apartó la mano. Les sirvieron curries calientes y fríos. La mano de Elliot volvió a su muslo y el cuerpo de ella se agitó involuntariamente. Tomó un vaso de vino y vació la mayor parte de un trago.

Casi no prestó atención a la comida que tenía delante. El lacayo llenó de nuevo su vaso y ella lo bebió con abandono, con la esperanza de que el vino anulara la ansiedad que invadía su cuerpo. Cuando lady Margaret hizo seña de que se retiraran las damas, suspiró aliviada.

La anfitriona las condujo a unas habitaciones frescas donde había amplios cuencos de china llenos de agua perfumada. Unos sirvientes estaban de pie al lado de ellos con toallas en las manos. Aparecieron las doncellas, que retocaron los rizos de sus señoras. Rosalie se acercó un trapo húmedo a las sienes y a las muñecas, pero resistió el impulso de sumergir el rostro en el agua fría. Hubiera sido un placer superar el mareo que le había causado el vino. Pero sucumbir a la tentación hubiera producido algunos problemas y revelado que su tía, su prima y ella no tenían doncella, sino que se ayudaban a vestirse mutuamente.

—Hay alguien a quien me gustaría presentarle —le susurró lady Margaret al oído—. Venga conmigo. Siguió a su anfitriona por un pasillo oscuro y fresco y una escalera de madera tallada. En el centro de una amplia galería, ardía una vela en una mesita baja. Un ídolo de muchos brazos se interponía entre ella y la vela y, a aquella luz, los brazos parecían moverse. Rosalie dio un respingo al percibir un movimiento en las sombras y se cubrió la boca. Un esclavo, sentado discretamente contra una de las paredes, tiraba de una soga que movía un abanico de seda. La joven respiró hondo, avergonzada de su miedo, y siguió a lady Margaret a través de la galería.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, percibió el contorno de un sofá, oscurecido parcialmente por unas colgaduras plateadas casi trasparentes. Se adelantó y miró entre las sombras, donde brillaban las copas de los árboles a la luz de las estrellas. Se volvió para preguntar a su anfitriona quién deseaba verla en ese extraño lugar, pero lady Margaret había desaparecido. Estaba sola.

—¿Hola? —preguntó vacilante.

No estaba ya segura de saber volver a la escalera de caracol. Una mano la tomó por la cintura, una mano que ya conocía. Se volvió hacia él.

—Al fin solos —musitó Elliot.

Apagó con su boca el grito sobresaltado de la chica. Su mano, colocada en la nuca de ella, la obligó a una unión húmeda y repugnante. Empujó la lengua contra la boca de ella. Rosalie luchó por apartarse, pero los labios de él se impusieron a los suyos, consiguiendo separarlos.

Tres

Elliot apartó su boca, pero Rosalie no podía hablar ni gritar. Se llenó los pulmones de aire impregnado con la fragancia del sándalo. Dio un respingo y comenzó a toser y él la

condujo hasta el sofá mientras ella se debatía inútilmente.

—Me temo que esta noche sólo disponemos de una hora. Pero esto es sólo el comienzo —sus manos rozaron los pechos de ella, acariciándolos a través de la muselina—. Muy hermosos. Aquí no hay engaño de los modistos —dijo complacido.

Rosalie se retorció en sus brazos, consiguió inspirar aire y lo soltó con terror. Elliot le cubrió la boca con una de las manos y acercó los labios al oído de ella.

—No finjas estar asustada —murmuró—. Yo no soy como otros hombres que encuentran placer en fingir una violación. Continúa con tu coqueteo. Me gustan las mujeres dispuestas y agresivas.

Su amplia mano no sólo cubría la boca de ella, sino también su nariz. Comenzaba a ahogarse y la cabeza le daba vueltas por el efecto combinado del miedo y el vino. Se retorció bajo él y luego le clavó los dientes en la base del pulgar. El hombre apartó la mano, lo que le dio oportunidad de escapar y salir corriendo sin fijarse en qué dirección avanzaba. La mano de él tomó la suya y tiró de ella.

—¡No! —gritó Rosalie.

—¿No? —preguntó él—. ¿No? No fui yo el que empezó este coqueteo, señorita. ¿Cómo creías que iba a terminar?

—Así no —suplicó ella—. Por favor, así no.

—En el baile hiciste todo lo posible por excitarme y esta noche has aceptado mi mano donde ninguna dama la habría tolerado. Me ha costado mucho arreglar este encuentro y no me gusta que me rechacen.

—¿Arreglar? —preguntó ella.

—Desde luego. En el baile te pregunté si querías que buscara un lugar más íntimo para estar juntos y asentiste. Tus estúpidos tíos están ocupados abajo. Este es el momento ideal.

—¡La invitación! —exclamó la joven. —Naturalmente. A instancias mías. No pensarías que lady Margaret estaba deseando contar con la compañía de tu tía, ¿verdad?

No había ninguna respuesta posible. Rosalie cerró los ojos, se estremeció, se llevó los puños cerrados a la boca y se preguntó cómo había llegado a provocar aquel desastre.

—Si no es esto lo que tenías en mente —murmuró él con sorna—, ¿puedo preguntarte cuál era tu objetivo?

—Matrimonio —susurró ella—. Que me pidieras en matrimonio.

Elliot la agarró por los hombros y la volvió hacia él. Una brisa cruzó la galería y movió la llama de la vela. Las sombras de su rostro bailaron con cínica diversión.

—¿Matrimonio? —preguntó atónito—. No sabes mucho de mí, ¿verdad? —la apretó contra sí para que percibiera su fuerza—. Puedes llegar a conocerme del todo —susurró—. Esta noche. Podemos compartir días y noches de placer en mi casa mientras preparan mi barco.

—Matrimonio —susurró ella—. ¿Te casarás conmigo?

—No, señorita. No me casaré con ninguna mujer que encuentra necesario venir a la India a buscar marido. Cuando regrese a Inglaterra, buscaré esposa entre las hijas de los comerciantes, una mujer que aporte oro a mi bolsa y calor a mi lecho. Yo no propongo matrimonio a damas arruinadas de la buena sociedad. Pero una amante...

—No puedo —susurró ella—. Tengo que casarme para salir de Calcuta. Tú parecías el más indicado. El capitán la soltó con una carcajada y ella se alejó tambaleante, pero no encontró la escalera sino un cuadro tallado. Siguió el contorno con los dedos: era el bajorrelieve de un hombre. La talla era obscena. Un gigantesco órgano masculino, los muslos suaves de su amante... Apartó la mano.

—No sé si sentirme o no halagado —dijo él a sus espaldas—. Ser el mejor en esta piara de cerdos no es un gran cumplido.

Rosalie oyó el rumor de sus pies, el horrible sonido que hacía al acercarse a ella. Estaba jugando con ella, permitiéndole creer que podía escapar antes de arrastrarla a otro abrazo. ¿Cuántas veces le impondría aquel terror antes de...? Se aplastó contra la talla. La luz iluminaba a trozos los colores de la chaqueta de él, creando un aura en torno a sus hombros. El Alazán

Perlado no era sólo el barco, sino también el hombre.

—¿Quieres marcharte? —preguntó él con gentileza inesperada.

—Sí —repuso ella, casi llorando de alivio.

—Te irás ahora —prosiguió él—. No encuentro placer en forzar a una mujer. Pero quiero darte un consejo. Si no tienes intención de llegar hasta el final, deja de coquetear. Todos los hombres de Calcuta ven tu belleza y no todos estarán dispuesto a terminar una reunión así de un modo tan inofensivo. Hasta yo tengo mis límites. No te acerques a mí y, si nos encontramos en el mismo cuarto, baja los ojos con modestia.

La condujo a las sombras, detrás de una puerta de cristal.

—Espera aquí —dijo.

Rosalie se colocó las manos sobre los hombros. Elliot volvió poco después con la vela.

La joven vio la escalera a menos de dos metros de donde se hallaba.

—Cuidado con los escalones —dijo él.

Rosalie los subió corriendo. Apareció una luz, lady Margaret con un farol en la mano. Dio una orden y apareció una sirvienta.

—Le ayudará a arreglarse el pelo y el vestido —dijo con amabilidad—. Dígales a sus guardianes que hemos mantenido una conversación encantadora. Eso cubrirá su ausencia. Nadie ha oído sus gritos, ya que hay entretenimiento musical y estamos a cierta distancia del salón.

—¿Cómo ha podido? —preguntó la joven—. No es usted mejor que una madame.

Lady Margaret hizo una mueca.

—No tardará en aprender las costumbres de Calcuta, querida. Debería haberse entregado a él. El capitán Elliot es muy divertido.

Rosalie retrocedió horrorizada. Aquella mujer había oído todas sus palabras.

—Una lástima que sea usted tan tímida —prosiguió la otra—, aunque a algunos hombres les gusta la inocencia. Si le gusta alguno de los hombres de abajo, comuníquemelo y le prepararé un encuentro. Pero sólo cuando esté dispuesta a mostrarse más sensata.

—Quiero irme a casa —dijo Rosalie.

Se llevó la mano a la boca para reprimir unos sollozos involuntarios. Su anfitriona retrocedió, abiertamente sorprendida.

—Vamos, querida, tampoco es tan importante lo que le piden. Esos hombres hacen magníficos regalos a sus damas y usted podría vivir en una casa decente, no en esa cuevucha que le proporciona su tío.

Desapareció majestuosamente escaleras abajo. Unas risas subrayaron su encuentro con el capitán. Se estaban riendo de su virginidad, de su miedo. Rosalie temblaba mientras la sirviente le arreglaba las cintas. Siguió su figura silenciosa por el pasillo y se detuvo delante del salón para controlarse. Temía que todos los presentes adivinaran el volcán que seguía quemando su cuerpo. Un ligero toque en el dorso de la mano la hizo estremecerse.

—Por favor, lady Endine —dijo el capitán Freemantle—. ¿Quiere aceptar mi silla?

—Gracias —musitó la joven, con sinceridad.

El hombre permaneció a su lado hasta que el piano guardó silencio. Le ofreció su brazo y la condujo hasta la mesa de los refrescos.

—Tengo pocas oportunidades de conocer a mujeres tan hermosas como usted —musitó—. ¿Puedo ir a visitarla?

—¿Qué? —preguntó ella, apenas consciente de que le habían hecho una pregunta.

—¿Puedo visitarla en casa de su tío?

—Sí, desde luego —repuso ella.

Entonces se dio cuenta de que había hablado sin pensar. Pero cualquier hombre podía cortejarla siempre que pudiera interponerse entre ella y el horror que había vivido arriba.

Elliot se inclinaba sobre la barandilla, observando cómo reaccionaba el Alazán Perlado a la soga que lo sujetaba al muelle. Odiaba el momento en que el barco estaba en tierra y él se veía obligado a retirarse a su casa de la playa. Lo odiaba con excepción de las veces en que podía tener una o dos mujeres para apaciguar la tormenta de su deseo.

Había creído encontrar la compañera de esos días en el baile, pero se había visto desilusionado. Coqueteaba como si supiera satisfacer a un hombre para luego dejarlo ardiente y dolorido. Maldijo a lady Endine, pero al mismo tiempo sintió lástima de ella.

Tres temporadas en Londres y creía saber lo suficiente para lidiar con la sociedad de Calcuta.

Se preguntó por un momento qué hombre sería el que derribara sus defensas. Lady Margaret y sir Hall no tardarían en arreglar algo y la pobrecita gritaría como loca mientras uno de los sinvergüenzas de Calcuta... Se estremeció para luego fingir que se había encogido de hombros y no le importaba nada su situación.

Lo mejor que podía hacer era encontrar marido lo antes posible. Antes de que acabara convirtiéndose en una diversión para la multitud que rodeaba a sir Hall. Antes de que el castillo de naipes que Freemantle y Mason habían construido en el puerto se derrumbara arrastrándola consigo.

Sentía lástima por ella y tenía que admitir que parte de esa lástima se debía a los pequeños remordimientos que cruzaban su corazón. No la había tratado bien. ¿Pero cómo iba a haberlo imaginado?

—Ella empezó a coquetear —dijo en voz alta, para justificarse

Se volvió enfadado. ¿Por qué perdía el tiempo pensando en ella?

Las ruedas de hierro del carruaje resonaban sobre las piedras del pavimento. Rosalie mantenía la sombrilla colocada de modo que su rostro se mantuviera en la sombra. Si no tenía cuidado, su piel no tardaría en broncearse y volverse oscura.

—El hecho de que el capitán Freemantle nos haya invitado al puerto demuestra su interés —dijo su tía Lily.

El capitán Freemantle las recibió en la puerta. La tía Lily insistió en colocarse al lado de Emily para que él pudiera sentarse junto a Rosalie. La joven se apretó contra su lado del carruaje y dejó espacio entre ellos. Cuando Freemantle se volvió en el asiento para señalar algún punto del muelle, se apartó de él. Había ido a visitarla durante dos tardes

consecutivas. Los Mason los dejaban solos en la galería después de tomar café. Pero ella no podía casarse con el capitán Freemantle, quien pensaba seguir en la India.

—Eso son los almacenes —dijo él—. Cuando asumí la dirección del puerto, todo esto era una gran confusión, pero ahora, siempre que se requiere un artículo, mis hombres saben exactamente dónde encontrarlo.

Rosalie cometió el error de volverse a ver los almacenes. Los ojos verdes de él se clavaron en los suyos y leyó en ellos una determinación a toda prueba. Volvió la cabeza y buscó algo que lo distrajera.

—¿Qué hay en esos barriles, capitán? —preguntó.

—Carne de vaca —repuso él—. Están destinados a un barco que se prepara a abandonar el puerto. La joven inclinó la sombrilla para que no pudiera verle la cara. El carruaje dobló una esquina. Desde la carretera hasta el río se extendían jardines y céspedes bien cuidados coronados por un bungaló blanco de dos pisos. La joven mostró su apreciación.

—¿Le gusta? —preguntó Freemantle.

—Es hermoso —repuso ella con sinceridad—. Uno de los lugares más hermosos que he visto en la India. Una pareja de pavos reales recorrían el cuidado césped. A Rosalie le hubiera gustado observarlos, pero la mano de Freemantle se acercó a ella en el asiento.

—Esta es la casa que se entrega al capitán del puerto como parte de su salario. No la he ocupado porque, viviendo solo, me parecía una tontería mantener el gran número de sirvientes que necesita este sitio. Por supuesto, cuando me case la abriré y ésta será la casa a la que traiga a mi esposa.

El mensaje no podía estar más claro. Se inclinó hacia ella y sonrió con aire seductor. Se estaba ofreciendo a sí mismo. Aquella hermosa casa podía ser suya si se entregaba a él y se quedaba en la India.

—Naturalmente, no está amueblada, pero quizá quieran ver el interior. ¿0 prefiere que vayamos a buscar el ponche?

—Tengo bastante sed —repuso ella.

El edificio de la administración estaba situado en el centro del puerto. Era una edificación de dos pisos de piedra blanca rodeado completamente por una galería. Freemantle condujo a las mujeres a la galería del segundo piso, hasta un extremo que daba sobre un patio interior.

—Ve a buscar al señor Mason —ordenó a un sirviente—. Dile que se reúna con nosotros. Ahora podrá ver algo especial —le dijo a la señora Mason.

Rosalie observó el patio polvoriento y no vio nada de especial en él. Quizá el puerto tuviera una banda que los entretendría mientras tomaban el ponche. La idea de un grupo de músicos afanándose en aquel calor no le hizo gracia. Se abrió una puerta y por ella salieron unos veinte o veinticinco hombres harapientos. Dos de ellos, desnudos hasta la cintura, fueron arrastrados hacia adelante y sus brazos atados en torno a unos palos. La joven se llevó una mano al pecho.

—Buenos días, Mason —dijo el capitán Freemantle a su lado, aunque su voz parecía llegarle de muy lejos—. Los refrescos vienen de camino y tenemos distracción. Espero que las damas disfruten del espectáculo.

Aparecieron los sirvientes con el ponche frío y platos con pequeños pasteles. Rosalie apartó la vista de la escena de abajo. Increíblemente, en el ponche flotaba un trozo de hielo. El sirviente se detuvo ante ella con la bandeja. Las manos rígidas de la joven apenas fueron capaces de tomar la taza, que estaba resbaladiza por el frío. Miró a su tía, que observaba con curiosidad los preparativos de abajo.

—¿Son ladrones? —preguntó.

—Ladrones de la peor especie, señora Mason. Tomaron suministros destinados a nuestros bravos marineros y los vendieron en beneficio propio.

—¿Qué van a hacerles? —preguntó Emily temerosa.

—He ordenado que todos los ladrones sean azotados —repuso Freemantle con orgullo —.Cincuenta latigazos a cada uno. Ser blando con estas personas sólo conduce a más problemas.

A Rosalie le quemaban los pies en su ansia por marcharse. Miró por encima de su

hombro, pero la puerta que conducía al sombrío interior estaba bloqueada por su tío.

Este miraba inexpresivo hacia el patio. El capitán Freemantle levantó la mano.

El golpe de un látigo de nueve colas y el grito resonaron al unísono. Rosalie apretó las manos en torno a la taza fría, se la llevó a la sienes y cerró los ojos para ignorar aquel horror. Pero nada podía borrar el ruido. Tenía la boca seca, pero su garganta se negaba a tragar el refresco. Se obligó a abrir los ojos, no para mirar al castigado, sino a sus acompañantes.

¿Era ella la única que tenía piel de gallina?

Emily tenía los ojos muy abiertos y le temblaba la barbilla. Pero miraba. La tía Lily observaba lo que ocurría con aprobación, asintiendo con la cabeza a cada golpe. La joven no se volvió a mirar a su tío, pero sí lanzó una ojeada al capitán Freemantle. Este sonreía y la expresión triunfal de su rostro le dio náuseas.

—¿Le molesta, amiga mía? —preguntó con ligereza.

—Sí —susurró ella—. Es bárbaro.

—No. Los bárbaros son ellos y esto es lo único que comprenden. Mire, lady Endine. Esto es lo que hace que pueda estar segura en su encantadora casa.

¿La casa de su tío George o la casa a la que la llevaría como esposa? Rosalie se puso en pie. Pasó al lado de su tío, pero el brazo de Freemantle la alcanzó antes de que pudiera llegar a la seguridad del edificio. La obligó a regresar con él y mirar hacia el patio. El hombre herido colgaba flácido, sus gritos se habían reducido a horribles gemidos.

—Se acostumbrará usted a la India —le dijo él al oído—. Es un lugar cruel pero que sabe recompensar a los hombres y las mujeres valientes.

La joven cerró los ojos. Notó algo frío y húmedo en la mano. Seguía sujetando la taza de ponche. Se soltó del brazo de Freemantle, le lanzó el ponche a la cara y aprovechó la confusión para salir corriendo hacia el edificio.

Sus ojos, acostumbrados al sol brillante del exterior, no veían nada. Tropezó con la esquina de una alfombra y cayó al suelo. Se hizo una bola y se cubrió la cabeza con los brazos para ahogar los renovados gritos. Freemantle, arrodillado a su lado en el suelo, tiraba de

ella.

—Querida, querida —protestó—. Hago esto por usted. ¿No lo comprende? Nosotros viviremos aquí en el puerto y todos los hombres tienen que comprender que no se tolerará ningún delito.

Rosalie se soltó de sus brazos, se puso en pie y cruzó puerta tras puerta hasta llegar a la galería opuesta. En la distancia, un barco descansaba en el muelle. Era todo negro,excepto por la brillante figura de un caballo plateado. Antes de desmayarse tendió los brazos hacia él.

Rosalie yacía bajo el mosquitero, dando vueltas sobre las sábanas húmedas. En su mente aparecía una visión tras otra, desde el placer de Freemantle al presenciar el castigo de los hombres hasta su horrible filosofía que controlaría su vida en aquella encantadora casita blanca. Y luego la invitación de lady Margaret. El grueso papel blanco yacía sobre su mesa. Debe usted visitarnos el viernes, ya que habrá varias personas a las que debería conocer. Enviaré un carruaje a buscarla. Cuente con estar todo el día, ya que tenemos una colección de tallas que le gustarán. Cuando vino usted a cenar, no vio más que una pequeña parte de lo que poseemos. Comprendo muy bien que una dama joven recién llegada de Inglaterra pueda no apreciar el arte hindú, pero después de un día entero expuesta a él, estoy segura de que empezará a comprender su fascinación.

Rosalie saltó de la cama y recorrió la corta distancia que la separaba de la puerta que conducía a la galería ignorando a los escarabajos que se alejaban a su paso. Sus ojos brillaban por efecto del llanto. Tenía que salir de ese horrible lugar y volver a Inglaterra antes de que se volviera loca. Se tragaría su orgullo y buscaría trabajo. Podía convertirse en institutriz. Sabía matemáticas, geografía e historia. Sabía francés, italiano y podía leer un poco de ruso. Su costura no era muy buena y nunca se había interesado en dominar bien el piano pero eran cosas que podía aprender si estaba decidida a hacerlo.

Encontraría el modo de subir a un barco. Se mantendría sola. No necesitaría casarse nunca. No tendría que someterse jamás a las exigencias de un hombre; a su crueldad

despiadada.

Al amanecer, cuando oyó moverse a Emily, seguía todavía despierta.

—Levántate, perezosa —le dijo su prima, animosa, desde la puerta—. Tenemos que trabajar en los vestidos para el baile de disfraces de esta noche.

—No pienso ir.

—¡Pero Rosalie! Va todo el mundo. Allí es donde se puede conocer a los secretarios y a los concejales. ¡Incluso a los generales!

—¿Por eso has rechazado al señor Porter —preguntó la joven, malhumorada—. ¿Por qué esperas conocer a alguien más elevado en ese baile?

—Bueno —repuso Emily con timidez—, una chica tiene derecho a soñar.

Rosalie levantó la vista de su libro, un pájaro había cantado inesperadamente en el jardín nocturno. Oyó una llamada en la puerta. ¿Quién podía ser a aquella hora y la noche del baile de disfraces de la Administración?

Estaba sola en casa con los sirvientes, ya que se había negado a ver al capitán Freemantle, cuya proposición de matrimonio pensaba rechazar y a lady Margaret y sir Hall, cuya invitación había rehusado. El carruaje había partido hacía más de una hora llevándose consigo a sus tíos y su prima.

—Señorita —dijo un sirviente desde la puerta—. Un caballero pregunta por usted. El capitán Elliot.

¡Elliot! ¿Qué querría? ¿Habría cambiado de idea? ¿Se atrevería a confiar en él?

Consideró la alternativa: el capitán Freemantle o los Allinson.

—Venga conmigo —le ordenó al sirviente—. Y no me deje a solas con él.

Elliot esperaba en el pequeño jardín de la entrada y tras él había dos hombres más en las sombras. Llevaba una camisa blanca abierta en el cuello y los pantalones amplios de lona de los marineros.

—Lady Endine, ¿puedo darle un consejo?

—Yo creía que no deseaba volver a verme.

—Me siento obligado a hablarle una vez más. ¿Puedo presentarle a mis amigos?.

La joven asintió.

—El doctor Charles Hampton —dijo, señalando al marinero de su derecha—. Es el médico del Alazán Perlado. El señor Becker, primer oficial del Alazán Perlado. Estos caballeros han venido como testigos por si alguien me ha visto venir a verla. Pueden declarar que no ha ocurrido nada extraño entre nosotros.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero hacerle una advertencia, lady Endine. Salga de la casa de su tío. Busque un marido y salga de esta casa y aconseje a su prima que haga lo mismo.

—¿Por qué?

—Su tío, junto con el superintendente del puerto...

—¿El capitán Freemantle?

—El capitán Freemantle. Se verán envueltos en un escándalo. No puedo decir cuándo. Puede ser la semana que viene o el año que viene, pero cualquier relación con ellos arruinará sus probabilidades de conseguir una propuesta honorable.

—¿Cómo se atreve a acusar a mi tío...?

—¿Piensa usted que su tío puede permitirse un carruaje con su sueldo? —preguntó él con sorna —. Es usted más inocente de lo que creía. Busque marido y váyase de aquí.

—¿Por qué me dice esto?

—Porque, por alguna estúpida razón, siento lástima por usted, lady Endine. Es una belleza tonta que cree que Londres la ha preparado para lo que va a encontrar en Calcuta. La élite la rechazará después de haberla devorado. Ninguno de ellos le ofrecerá protección cuando se derrumben los planes de su tío.

Dio media vuelta, hizo señas a los dos hombres de que lo siguieran y desapareció por la puerta que llevaba a la calle.

Cuatro

—El capitán Freemantle está aquí —anunció Emily desde el umbral de la habitación de Rosalie—. El tío dice que vengas —sonrió—. Estoy segura de que va a pedir tu mano. Imagínate. Sólo llevas un mes en Calcuta y ya has conseguido a un caballero.

Rosalie se vistió con lentitud, tratando de posponer el momento que odiaba. Su tío se enfadaría mucho cuando rechazara al capitán, pero no podía hacer otra cosa. Las palabras de Elliot resonaban en sus oídos: escándalo... violación... Recorrió el pasillo muy despacio, sin hacer ruido.

—Mañana —dijo la voz de Freemantle.

La joven se detuvo en el acto. ¿Quería realizar la boda tan pronto? ¿Y las amonestaciones?

—Elliot no le ha dicho nada a lord Mornington —repuso su tío—. No sospecha nada y ya se marcha.

—O quizá ha informado a lord Mornington y el gobernador general está esperando a que se marche y nos sintamos seguros —opinó Freemantle—. Y luego, cuando menos lo esperemos, en un momento en que resulte difícil ocultar las pruebas...

Rosalie se lo imaginó pasándose un dedo por la garganta.

—¿Estás seguro de que se marcha? —preguntó el tío, temeroso.

—Ha solicitado un timonel. En el muelle se rumorea que Salvaje saldrá al amanecer y debe ser cierto, ya que hoy ha cargado el agua.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el otro—. Entonces parece seguro.

—Uno de los hombres a los que castigué ha huido y me han dicho que está a bordo del Alazán Perlado —prosiguió Freemantle—. No creo que ese desdichado sepa nada, pero es sospechoso que Elliot lo haya acogido.

—Sí, sí. Pero mañana se habrá ido y no le ha dicho nada a lord Mornington. Espero que

el próximo tifón se lo lleve con él.

—Yo también espero que no regrese nunca.

El tío George murmuró unas palabras que la joven no pudo comprender.

—Mi querido Mason, eso sería muy poco ético para un capitán al cargo del puerto.

La amenaza que entrañaban sus palabras hizo que a Rosalie se le pusiera carne de gallina. Freemantle rió con malicia y su tío lo acompañó con nerviosismo.

—El borde inferior de sus barriles de agua...

El capitán hablaba tan despacio que la joven apenas si oía sus palabras. La última parte de su frase no la percibió. Se volvió y corrió a su cuarto.

—¡Emily! —gritó con voz estrangulada.

Se metió un dedo en la garganta hasta provocarse náuseas; se inclinó sobre la palangana y fingió vomitar.

—¿Qué? —preguntó su prima desde la puerta.

—Llama a un criado. Estoy enferma.

Emily le puso un brazo en torno a los hombros.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé.

Vomitó de verdad.

—Llamaré a la tía —dijo la otra.

Las dos mujeres y una criada la metieron en la cama. No tenía que fingir un estado enfebrecido. No había dejado de sudar desde que llegara a Calcuta y la mera idea de imaginarse casada con Freemantle bastaba para hacerla estremecerse de desesperación. Jadeó débilmente sobre la almohada con la esperanza de que su rostro estuviera pálido.

—¿Has visto al tío? —preguntó Emily.

—Iba a verlo cuando he sentido unos terribles dolores en el pasillo. Envíale mis disculpas, por favor. Y también al capitán Freemantle —añadió débilmente.

Un criado se acercó a abanicarla. Rosalie fingió quedarse dormida, pero su mente se

movía con rapidez. Su supuesta enfermedad podía aplazar un día la proposición del capitán Freemantle y posponer las invitaciones insistentes de lady Margaret, ¿pero cuánto tiempo podría mantener la farsa?

Elliot la había tenido una vez en su poder y se había negado a hacerle daño. Le había advertido de las actividades ilegales de Freemantle y de su tío en el puerto. La conversación que acababa de sorprender confirmaba sus palabras. Elliot era el único hombre de Calcuta que había demostrado algún interés por su bienestar.

El plan comenzó a formarse lentamente en su cabeza. Lo único que necesitaba era un poco de suerte y se encontraría en un barco que se dirigía a casa. Dejaría atrás al capitán Freemantle, sir Hall, lady Margaret y sus viciosos amigos.

Se obligó a quedarse inmóvil y descansar hasta el ocaso. Oyó el ruido de las tazas de té en la galería. Cruzó el pasillo y encontró el armario en el que guardaba su tío su ropa. En el suelo había un traje de marinero sucio. Los pantalones y la camisa olían a tabaco y sudor. Los tomó bajo el brazo y volvió a su cuarto, donde escondió la ropa bajo la cama.

A continuación preparó un hatillo con un largo pañuelo de seda que había comprado en el bazar durante sus primeros días de estancia en Calcuta. En él metió dos vestidos, una camisa de dormir, ropa interior de recambio y un chal. Lo escondió también debajo de la cama.

Al fin se tumbó bajo el mosquitero y respiró lentamente, pero no se durmió.

—Creo que sólo es la emoción —oyó decir a su tío en el pasillo—. Seguro que sabe que el capitán Freemantle quiere hablarle de matrimonio. Me ha pedido su mano y se la he dado.

—Espero que no sea la fiebre que tuvieron los niños de los Lambert —musitó su tía preocupada. Rosalie confió en que su preocupación no le hiciera ir a visitarla durante la noche.

Cuando la casa se quedó en silencio, se vistió despacio para no hacer ruido. Los pantalones le quedaban muy largos y tuvo que colocar imperdibles para ajustar la cintura. La puerta de la galería crujía, así que la abrió centímetro a centímetro. Una vez

fuera, la cerró con el mismo cuidado. Contra la pared del jardín crecía un enorme tilo. No le costó trabajo subirse a sus ramas, lanzar el hatillo sobre la pared y bajar luego hasta la calle polvorienta.

El agua del muelle reflejaba la luz de la luna. En torno al Alazán Perlado había bastante actividad. La vista del barco le recordó al hombre. Pensó con resignación que no importaba lo que pudiera hacerle. Tenía que salir de allí a toda costa.

Un bote nativo llegó al muelle, donde unos faroles iluminaban montañas de naranjas, mangos y piñas. Rosalie señaló hacia el barco y mostró las pocas monedas que poseía. No conocía su valor ni sabía si bastarían para llevarla hasta el barco. Contuvo el aliento mientras los hombres contaban y suspiró aliviada cuando volvieron al bote y le hicieron señas de que los siguiera. Se acercaron hasta una lancha situada al lado del barco. En ese momento izaban hasta la cubierta una gran cantidad de fruta envuelta en redes.

Aprovechando que los marineros le daban la espalda, se deslizó en la lancha. Nadie dijo nada cuando subió la escala que conducía a cubierta detrás de uno de los marineros que habían cargado la fruta.

Los faroles del muelle daban luz, pero también creaban sombras profundas. Rosalie tomó dos pequeñas bolsas de fruta y se dirigió al único lugar que podía ofrecerle un escondite: los camarotes principales situados detrás del palo mayor de mesana. Al lado de la escotilla había un nativo vestido de marinero.

—¿Para el capitán? —preguntó.

La joven asintió con la cabeza, temerosa de que si hablaba, se notaría su sexo.

Abajo, la luz de la luna entraba por los ojos de buey y por el tragaluz. Tenía que haber un sitio en el que pudiera esconderse, un lugar en el que no la encontraran hasta que el barco estuviera ya lejos de Calcuta en su camino a Inglaterra. Metió las bolsas de fruta debajo de una mesa. El barco se balanceaba con suavidad. Un rayo de luna iluminaba una puerta. La abrió con lentitud y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Era un camarote de dormir, iluminado sólo por un pequeño tragaluz. Se quedó inmóvil, escuchando, y luego se maldijo por

su estupidez. Ninguno de los oficiales estaría durmiendo la noche en que pensaban hacerse a la mar.

Pasó las manos por las paredes y tocó una cortina. Detrás de ella colgaba ropa masculina: chaquetas, pantalones. Se detuvo. La cortina se extendía hasta la cubierta. Detrás había un pequeño espacio en el que podía esconderse. Colocó el hatillo debajo de la cabeza para poder estar más cómoda en el rincón que formaban la litera y la pared de la cortina. Ya sólo le quedaba esperar.

Se preguntó de quién sería aquel camarote. El olor de las chaquetas no tardó en decírselo. Ella había bailado con aquel olor, había sido abrazada por un brazo que irradiaba aquel olor. El aroma de él, su tabaco, su sudor, su jabón, se mezclaba con la peste del agua sucia que rodeaba el puerto.

¿Qué haría cuando la encontrara? Quizá debería buscar otro escondite. Allí, en esa litera, él podía hacer lo que había pensado lograr en la privacidad de la galería de sir Hall. Nadie acudiría en su ayuda. Un capitán era el rey de su barco. Los oficiales no tendrían nada que objetar; de hecho, si conseguía escapar de él, se verían obligados a capturarla para devolverla a sus garras. ¿Podría soportar seis meses de servicio a Elliot? Se dijo con firmeza que no sería peor que Freemantle o que lo que pensaba hacer con ella sir Hall.

El barco se balanceó con más fuerza. Sobre su cabeza, alguien ordenó que se alejara la lancha y murmuró unas palabras de ánimo que fueron coreadas por aplausos. Oyó pasos de pies desnudos encima de ella y luego le llegó una canción lejana. Izaron el ancla, hubo más aplausos y el barco empezó a moverse.

Rosalie se quedó muy quieta, esperando que él entrara en el camarote. Pero un capitán no entraría en su camarote hasta que el barco estuviera seguro en alta mar. Podían pasar horas. Se relajó. Había encontrado el mejor escondite posible. Cerró los ojos. Cuando los abrió, la luz del amanecer iluminaba el camarote a través de la claraboya del techo. El barco se movía despacio, así que debían seguir todavía en el estuario.

—Bueno, Hampton —dijo la voz de Elliot, tan cerca de su cabeza que dio un salto—. Ya hemos vuelto a partir. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien. Ya sabes que no me gusta Calcuta.

—¿Cuántos enfermos hay?

—Sólo dos. Se pelearon en tierra, pero ninguno de ellos estará mucho tiempo en la cama. Nada serio.

—¿El hombre Radgni?

—Le he encargado tareas ligeras. No puede levantar pesos hasta que se le curen las heridas de la espalda, así que está de guardia en la escotilla, vigilando a las personas que entraban anoche. El hombre de Freemantle sabe utilizar bien el látigo. Diez golpes más y se habría quedado tullido de por vida.

—¿No hay fiebre a bordo?

—No, gracias a Dios. Me sentiré mejor cuando estemos en aguas más frías. Las fiebres de Calcuta no pueden seguirnos allí.

—Y cuando estemos en aguas más frías —comentó Elliot con sorna—, empezarás a hablar con nostalgia de los placeres de los mares tropicales. Eres un marinero extraño, Charles. Nunca estás satisfecho con el lugar en que te encuentras.

—Por eso soy tan buen marinero —repuso Hampton—. Siempre estoy deseando irme a otra parte. —¿Cómo crees que se tomará eso esa belleza que te espera en Charleston? —se burló el capitán.

—La edad hará que me asiente, ¿no te parece?

El barco se elevó; en un instante, dejó de ser algo pasivo y se convirtió en un participante activo en el mar. Las primeras olas de la Bahía de Bengala chocaron contra él. Unas órdenes rápidas pusieron en movimiento a un centenar de pies. El barco respondió y se abrió paso entre las olas. El sonido del viento en el aparejo vibraba a través de la nave, atravesando los pilares macizos de su armazón y la madera más ligera de los mamparos.

—Señor Lightner —dijo Elliot—, ponga rumbo al estrecho.

Se oyeron pasos en el camarote principal. Rosalie pensó en la mesa en la que había escondido la fruta. Era la mesa de las cartas marinas. El navegante se había acercado a ella para fijar el rumbo. ¿Qué pensaría si encontraba las bolsas de fruta?

Oyó reír a Elliot por encima de su cabeza. Era una risa de placer y a la joven se le aligeró el corazón al oírla. Sería amable con ella y la devolvería a Inglaterra. Un rayo de sol penetró en ese momento por la claraboya y Rosalie estiró las piernas y esperó. Cuando abriera la puerta, se enteraría.

—Muy bien, señor Becker —dijo el capitán encima de su cabeza.

En ese momento se abrió la puerta. Rosalie se hizo una bola. ¿Quién podía ser? ¿Un criado? Alguien apartó la cortina y unos ojos asustados se fijaron en los suyos. El marinero iba descalzo; había extendido la mano para sacar una de las chaquetas de las perchas. Retrocedió con el brazo todavía extendido hacia ella. Cayó la cortina y los pasos del hombre se oyeron por el pasillo y luego encima de su cabeza.

—Capitán, por favor, ocurre algo —le oyó decir sin aliento.

—¿Qué ocurre, Kranz?

—Hay un polizón en su camarote, capitán. —¡Malditos hindúes! —dijo Elliot.

Rosalie levantó la cortina y se arrastró fuera. Llevaba tanto tiempo encogida que las piernas le dolían y no podía ponerse en pie. Consiguió incorporarse agarrándose al borde de la litera, pero ésta se movió bajo sus manos, balanceándose en las cuerdas que la sujetaban a las vigas.

Un golpe furioso abrió la puerta. Elliot la miró un segundo con sus ojos oscuros y enarcó las cejas. Rosalie se dejó caer al suelo con las piernas doloridas.

—Por favor, capitán. Por favor.

—¿Usted?

—Usted dijo la verdad sobre mi tío y Freemantle —repuso ella débilmente—. Lléveme a Inglaterra con usted. Haré lo que sea, peor no me obligue a volver.

—¿Inglaterra? —repitió él.

—Haré todo lo que quiera —repitió ella—. Pero lléveme a Inglaterra.

Elliot tendió la mano, la tomó por el hombro, la hizo ponerse en pie y la empujó sobre la litera. A continuación hizo señas al marinero para que saliera de allí y cerró la puerta.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó con dureza.

—Vine anoche con unos nativos. Subí a bordo cuando los marineros cargaban las cosas.

—En la escotilla había un guarda.

—Un nativo. Yo llevaba fruta en los brazos. Me preguntó si era para el capitán y me dejó pasar.

—Radgni.

—¿Cómo dice?

—El centinela hindú. No sabía que usted no era parte de la tripulación. Y su mente debe seguir confusa por la paliza que le propinó Freemantle el día que usted se quedó sentada tomando ponche helado y observando cómo torturaban a dos hombres.

—No me lo recuerde —le suplicó ella—. Todavía tengo náuseas cuando pienso en eso.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Oí hablar a mi tío y al capitán Freemantle. Dijeron que usted se marchaba. Estaban contentos de que se fuera porque le tienen miedo.

—Tienen motivos para que así sea. ¿Dijeron algo específico?

Rosalie se esforzó por recordar la conversación del día anterior.

—Tienen miedo de que cuente usted algo al gobernador general.

—¿Y por qué iba eso a traerla aquí? Usted misma, en calidad de hija del conde de Cairnlea, tiene acceso a sir Hall y también al gobernador general. Podía haber solicitado una auditoria del puerto. Y si se casara con un oficial... estoy seguro de que ya habrá encontrado un pretendiente.

—Freemantle quería pedir mi mano. No sabía cuánto tiempo podría aplazarlo. Por favor, por favor, quiero volver a Inglaterra aunque tenga que fregar suelos o servir mesas. Haré lo que sea —gritó—. Créame, puede hacer lo que quiera conmigo.

—No nos dirigimos a Inglaterra. La joven lo miró con incredulidad.

—¿Adónde vamos?

—Al Pacífico. Y no puedo decirle nada más. La haré subir a bordo del primer barco que veamos que se dirija a la India. En el Alazán Perlado no hay lugar para una mujer.

Rosalie se tapó las orejas con las manos para no oír la dureza de su voz.

—No me haga volver —suplicó—. Mi tío me obligará a casarme con el capitán Freemantle.

—Antes podía elegir, lady Endine. Incluso en Calcuta tenía ciertas opciones, ya que dudo mucho que su tío la hubiera llevado encadenada a la iglesia. Ahora está bajo mis órdenes y no tiene elección. Regresará a Calcuta.

Rosalie se acurrucó en la litera del diminuto camarote y escuchó el ruido de la lluvia sobre su cabeza. Hacía cuatro días que salieran de Calcuta y no había dejado de llover ni un instante. La lluvia iba acompañada de fuertes vientos que sacudían el barco de arriba abajo. Los marineros no tenían ningún descanso, se turnaban día y noche para ajustar las velas en medio de la tormenta. Había oído los gritos de los oficiales, el ruido de pasos de pies descalzos y otros calzados con botas, el terrible sonido que produjo una vela al romperse y los gemidos del timonel mientras se esforzaba por que el viento no pudiera con el barco.

Un oficial, un teniente al parecer, le había cedido su camarote para que pudiera disfrutar de cierta intimidad. Un marinero la acompañó hasta la estrecha caja de metro y medio por dos metros.

—El capitán dice que se quede aquí —dijo.

Desde entonces no había visto a nadie excepto a Kranz, el sirviente del capitán, que le llevaba comidas de fruta y carne fría. Su puerta estaba abierta para que le entrara luz y aire. De vez en cuando pasaba por delante un marinero, pero jamás se volvía a mirarla ni le decía nada.

Se sentía contenta. Tenía frío. Tanto que se había puesto la camisa de cuadros sobre el vestido y se había envuelto con el chal y el pañuelo de seda. Podía imaginarse que estaba en una casita del campo de Inglaterra de no ser porque cualquier casita habría tenido un fuego encendido

en el hogar y ventanas desde las que habría podido ver la tormenta que azotaba el campo.

La tormenta terminó al fin y pocos segundos después dejaba de llover. Otro intervalo que aprovecharía la tripulación para preparar el barco para el siguiente vendaval. En esos momentos de tranquilidad, temía oír el odiado grito que indicaría que se aproximaba otro barco. En cuanto así fuera, la subirían a bordo para ser devuelta en desgracia a su tío en Calcuta. Devuelta al capitán Freemantle. ¿Qué harían para obligarla a aceptar el matrimonio? ¿0 aquella escapada habría manchado tanto su reputación que Freemantle retiraría su proposición? Aquella posibilidad le hizo sonreír.

Oyó pasos de botas en el exterior. Sé había acostumbrado ya a aquellos pasos que bajaban desde cubierta hasta el camarote principal. Quizá Elliot había olvidado su presencia a bordo. Pero los pasos se acercaron a su puerta.

—¿Lady Endine?

Al oír su voz, saltó de la litera, trató de ponerse en pie y se golpeó la cabeza con las vigas del techo. Hasta ella era demasiado alta para el pequeño espacio que había debajo de las cubiertas.

—¿Quiere hacer el favor de reunirse conmigo en el camarote de popa?

La joven lo siguió a través de un laberinto de maderas hasta el camarote equipado con ojos de buey. A través de ellos, vio la estela del barco, una raya blanca en la superficie del mar que las olas no tardaban en borrar. ¿Habría otro barco a la vista?

El hombre le señaló el banco colocado bajo los ojos de buey.

—Siéntese.

Se acomodó en un taburete situado delante de una mesa. Debajo de ésta se veían rollos de papel metidos en cilindros. Las cartas marinas y los mapas del barco.

—Siento que haya pasado tanto tiempo encerrada sin hacer ejercicio, pero el tiempo no ha sido el más adecuado para que una dama paseara por cubierta.

—Lo comprendo.

—Gracias. No creía que sería tanto tiempo mi invitada, pero los vientos nos han alejado

de las rutas normales de navegación. Dentro de dos días estaremos entre las islas Andaman y luego en el estrecho de Malacca, donde encontraremos barcos que vuelven a casa desde China.

Rosalie inclinó la cabeza y apretó la espalda contra la pared. Sus manos apretaron el borde del pañuelo de seda y lo atrajo hacia sí con gesto protector.

—¿Es allí adónde se dirige? ¿A Malacca?

—Allí y más allá. El estrecho de Malacca es la puerta de entrada al Mar de China y al Pacífico.

—¿Va usted a China?

—Donde yo comercie es asunto mío. Usted regresará sin esa información que a muchos les gustaría conocer. ¿La envió su tío a bordo para que descubriera esto?

—No. No sabe que estoy aquí. Por favor, señor —susurró entre los pliegues de la seda—.Por favor, no me haga volver.

—¿Que no la haga volver? —exclamó él—. ¿Y qué puedo hacer con usted en este barco?¿Quiere ser la ayudante del carpintero? —su sarcasmo hizo que la joven inclinara aún más la cabeza—. ¿Sabe coser lo bastante bien como para ayudar al constructor de velas?

Rosalie negó con la cabeza sin mirarlo a los ojos, pero una oleada de rabia la hizo levantar la cabeza.

—Usted me advirtió contra Freemantle y mi tío y ahora quiere devolverme a ellos sin pensar en lo que será de mí —gritó.

—Corrí un gran riesgo al advertirle. Ya se lo dije: busque un hombre que se case con usted. Quizá encuentre a alguien que se sienta halagado de emparentar con una casa noble aunque el título haya muerto y la propiedad se haya perdido.

—¿Y si yo no quiero casarme? ¿Lo que yo sienta no cuenta?

—Yo tengo una responsabilidad con este barco, con su tripulación y con la Compañía. Si no tiene deseos de casarse, debería haber hecho planes con su vida antes de que la obligaran a venir a la India y caer bajo el control de su tío.

—Nunca se me ocurrió... —musitó ella.

—¿Qué no se le ocurrió nunca?

—Que llegaría un momento en que no cuidaran de mí. Que tendría que hacer mis propios planes. Mi hermano rehusaba discutir los asuntos de la familia conmigo y no sabía nada. Sabía que habían vendido la propiedad, pero ésta costó varios miles de libras y yo supuse... —se detuvo, incapaz de confesarle a un extraño la terrible situación de la familia Wilmount.

—¿Usted supuso que habían invertido ese dinero para usted?

—Sí.

—¿Y no fue así?

—Lo usaron para pagar las deudas de mi padre y mi hermanos. Ambos pasaban muchas horas al día en sus clubs.

Elliot se echó a reír.

—Y se arruinaron, ¿verdad?

—Sí. Y cuando Carlton murió, me enteré de que había estado viviendo con el dinero que le prestaban sus amigos. No quedaba nada excepto deudas y una herencia muy pequeña que tenía yo de mi abuela y que él no había podido tocar. Menos de cien libras al año, no lo bastante para vivir.

—No lo bastante si uno quiere dejar huella en la sociedad. Pero en su querida Inglaterra hay familias que viven con menos de un chelín a la semana. Se reirían de su preocupación por tener menos de cien libras al año.

—Menos de cien libras al año —repitió ella.

La carcajada amarga de él la interrumpió. Kranz entró en la estancia y colocó una mesa delante del banco de la pared.

—Su cena, señor—. El cocinero ha podido hacer fuego al fin, así que hoy comeremos caliente.

—Gracias, Kranz. Esta es lady Endine Wilmount. Cenará esta noche conmigo.

—Muy bien, señor.

La cena consistió en carne de buey hervida, arroz y fruta. Rosalie miró alrededor de la mesa; el único condimento era un pequeño frasco de mostaza. La bebida consistía en ron rebajado con agua.

—En el Castillo de Morgan me invitaron a la mesa del capitán y teníamos algunos lujos —dijo—. Veo que usted no comparte los víveres del capitán con sus invitados.

—Aquí no hay víveres para el capitán ni comida especial para los demás oficiales — sonrió al ver la confusión de la joven—. Todos los hombres del barco comen la misma comida. Creo que eso hace que los oficiales tengan más cuidado a la hora de comprar las provisiones.

Rosalie se encogió sobre su asiento, consciente de que su anterior acusación se había vuelto contra ella. Pero había otra cuestión que deseaba preguntar, aunque esperó hasta que ambos hubieran comido.

—¿Cuántos latigazos le dieron al pobre nativo que no me vio subir a bordo?

—Ninguno. En mi barco no hay más látigo que el que se utiliza para matar ratas.

—¿Usted no castiga a los hombres? —preguntó ella, admirada.

—No. Eso no resuelve ningún problema y sí crea muchos.

—¿Pero cómo consigue que su tripulación responda bien?

—Mi tripulación obtiene una parte de los beneficios del viaje. No se les paga salario. Si sufrimos pérdidas, no reciben nada. Si ganamos mucho, bajan a tierra con oro en los bolsillos. Se comprometen a acatar la disciplina del barco o a ser desembarcados si no lo hacen.

—Pero usted se queda con la mayor parte de los beneficios.

—Soy el dueño del barco. Son mis ahorros los que se invierten y es mi dinero el que compra la comida y los aparejos. Pero cuando llegamos a Calcuta, el más bajo entre mi tripulación recibió más dinero del que un marinero experimentado pudiera recibir en diez viajes con otros barcos de la Compañía. En este barco todo el mundo comparte las penas y las ganancias. Es un barco pacífico y no me cuesta trabajo conseguir a las mejores

tripulaciones.

—Si su sistema funciona tan bien, ¿por qué no hacen lo mismo otros capitanes? —preguntó ella con curiosidad.

—La mayoría tienen miedo de probar cosas nuevas. Se ha azotado a los hombres desde que los romanos echaron las galeras al mar. Por lo tanto, los azotes deben ser necesarios. Los capitanes entrenados de ese modo no saben ver que los hombres reaccionan mejor a las alabanzas que a las críticas. El látigo de nueve colas es un instrumento de tortura que debería haber desaparecido hace tiempo.

Apartó la mesa del banco y se levantó para marcharse.

—Mañana entraremos en el Mar de Andaman. Dentro de uno o dos días encontraremos un barco que la lleve a casa. Entretanto, puede pasar los días aquí o en su camarote, como le resulte más cómodo. Cuando se haya calmado el mar, puede subir a cubierta a pasear durante una hora.

Cinco

Rosalie observó los dos vestidos que metiera con tanta prisa en el hatillo. Ambos habían sido fabricados pensando en su resistencia, no en la moda. ¿Cómo iba a convencer a un hombre de que se casara con ella vestida de ese modo? Eso sería lo que haría en el barco siguiente. Si el capitán estaba casado, seduciría al primer oficial. Uno de los hombres de ese barco desconocido tendría que declararse antes de que entraran en Calcuta.

¿Un oficial de la Compañía de las Indias podría obtener un pasaje gratuito a Inglaterra para su esposa? Nunca se le había ocurrido descubrir los beneficios que incluía estar al

servicio de la Compañía. ¿En qué parte de Inglaterra podría sobrevivir con menos de cien libras al año? Si se casaba con un oficial, no podía esperar mucho apoyo de su escaso sueldo. Odiaba la idea de estar lejos de Londres, pero cualquier lugar sería mejor que Calcuta. Y cualquier hombre preferible a Freemantle.

El Alazán Perlado bailaba sobre las olas del mar tropical, sobre las que se le elevaba con gracia. Rosalie salió al camarote principal a mirar por las ventanas. En cubierta oyó las voces de los oficiales de guardia. Un carraspeo cercano le advirtió de la proximidad de alguien. El doctor Hampton entró en la estancia.

—El capitán dice que puede subir una hora a cubierta si le place.

Hampton tenía ojos azules claros y cabello castaño. No había pensado en él. ¿Estaría dispuesto a casarse con ella?

—Gracias, doctor Hampton.

Le hizo señas de que se sentara en el banco a su lado.

—Dígame, ¿hace mucho tiempo que conoce usted al capitán Elliot?

—No, no mucho. Menos de cuatro años. Nos conocimos en Baltimore mientras esperaba a que terminaran el barco.

—¿En América?

—Puede que los británicos sean los dueños del mar, pero los mejores barcos los construyen los americanos. En particular para la ruta del Pacífico.

Rosalie rehusó dejarse apartar del tema.

—¿Pero ustedes dos son amigos?

—Desde luego.

—¿Y podría pedirle que no me devuelva a Calcuta? Se lo suplico. Si un amigo suyo le hablara en mi favor, quizá comprendería...

—Lady Endine, no se permiten mujeres a bordo excepto como visita temporal. Y en ese caso sólo cuando el capitán lo decide.

—En el puerto los marineros traen a sus...

—No. Este barco no recibe a las amantes de los marineros en el puerto. Eso sólo lo hacen los barcos cuyos capitanes no se atreven a dejar bajar a sus hombres a tierra. Lo hacen porque temen que se escapen.

—¿Y el capitán Salv... Elliot está seguro de que sus hombres no escaparán?

—Sí. Y puede llamarle Salvaje. La verdad es que le enorgullece ese nombre.

—Doctor, usted está obligado por juramento a ayudar a todos los seres humanos que buscan sus cuidados, ¿no?

—Desde luego. Pero usted no parece enferma, lady Endine. Ni siquiera mareada. ¿Puedo felicitarla por la fortaleza de su estómago?

—No es mi estómago lo que necesita ayuda. El capitán Salvaje está decidido a devolverme a Calcuta. Mi tío me obligará a casarme con el capitán Freemantle.

Vio una expresión de disgusto en los ojos del otro y sintió cierta esperanza.

—Necesito un hombre que se case conmigo y me ayude a llegar a Inglaterra o me moriré en la India. ¿Quiere casarse conmigo para salvarme la vida, doctor?

El hombre se removió en el banco y se aclaró la garganta.

—Lo siento mucho, lady Endine. Me hace usted un gran honor. Pero estoy prometido con una joven dama de Charleston, Carolina del Sur, a quien espero hacer mi esposa este mismo año.

Rosalie sintió un frío extraño en el corazón. Se cubrió el rostro con las manos, avergonzada.

—Lo siento mucho por usted, lady Endine, pero amo a la señorita Hawkins más de lo que puedo expresar con palabras. He navegado durante tres años en este barco para ganar el dinero que necesito para construir un hospital en Charleston. Cuando regresemos de este viaje, la señorita Hawkins me estará esperando en Calcuta con el capitán Hawkins y su esposa. Nos casaremos y volveré a casa en su barco con mi mujer.

—¿Y por qué a su futura familia política no le importa llevar mujeres a bordo y el capitán Salvaje sólo nos considera un problema? —preguntó ella con amargura.

—Debe tratar de comprender al capitán, querida —dijo él con suavidad, tocándole el brazo—. Es un gran hombre, pero ha sufrido mucho en su vida. Es joven y todavía cree en la

venganza.

Rosalie levantó sus ojos brillantes hacia él.

—¿Y usted no?

—No. La venganza es una espada de doble filo y corta por los dos lados. La persona que se considera ofendida acaba sufriendo mucho más que el que la ofendió.

—A mí me odia.

—No, a usted no. Al mundo que representa. Al mundo que lo ha tratado como a un paria. ¿Lo conocía cuando andaba por las calles de Londres?

—No.

—Volvió a casa convertido en marinero, en oficial, dispuesto a exigir su lugar en la sociedad.

—Sé que la buena sociedad se burla de los hijos más jóvenes que deben recurrir al comercio para ganarse la vida. He escuchado muchas burlas dirigidas a los comerciantes.

—Entonces usted debería comprenderlo. ¿Londres es bonito? Nunca he estado allí.

—Londres es hermoso, no tanto para verlo como para vivir allí. El lugar más hermoso del mundo en mi opinión.

—¿Y desearía usted no haberlo abandonado nunca?

—Desde luego. Ojalá hubiera aceptado algunas de las proposiciones de matrimonio que me hicieron. Rechacé seis.

—Así que hay un hombre que permanece en su recuerdo —sonrió Hampton—. Quizá él espere su regreso.

—No. Lo que quiero decir es que debería haber aceptado a cualquiera de ellos.

—¿Lamenta no haberse casado con un hombre al que no amaba? —preguntó Hampton sorprendido—. Un matrimonio sin amor no me parece nada recomendable.

—Conozco muy poco sobre el amor. Creo que no es más que un sueño para jovencitas estúpidas. Si hubiera sabido lo que iba a ser de mí...

—Si todos conociéramos el futuro, evitaríamos muchas trampas. Pero la vida sólo corre en una dirección. Hablaré al capitán de su problema, pero me temo que no puedo

cambiar de idea al respecto —se levantó para marcharse—. Debería hacer un poco de ejercicio. Le despejaría la cabeza y la ayudaría a tomar decisiones sobre el futuro. El mar tal y como está hoy, cálido y tranquilo, siempre tiene el poder de convencerme de que nos esperan días maravillosos. ¿Quiere usted acompañarme?

Le ofreció el brazo y la joven lo aceptó.

El mar y el viento le dieron la bienvenida. Se quitó el pañuelo de seda de la cabeza y dejó que la brisa jugara con su pelo corto. Pasearon juntos por la cubierta. Rosalie pensó que era una lástima que aquel hombre estuviera ya prometido.

Un hombre ataviado con una chaqueta azul cambiaba el cristal del catalejo.

—Supongo que recuerda al primer oficial Becker —dijo el doctor.

El aludido se inclinó profundamente y volvió los ojos hacia el barco, examinando las velas. Hampton la guió hacia la proa.

—El oficial Becker también ha sufrido a manos del capitán Freemantle. Fue destinado al puerto, donde sospechó inmediatamente de irregularidades. Freemantle lo amenazó con devolver la acusación contra él. Dimitió y se unió a nosotros en el último viaje.

Rosalie se volvió a mirar al oficial, curiosa por ver a un hombre al que había arruinado Freemantle. Becker era alto, canoso, mayor que Salvaje o el doctor Hampton. Había encanecido al servicio de la Compañía y Freemantle lo había arruinado. ¿Qué le haría a una esposa, una mujer que dependiera completamente de él?

—Tengo que encontrar un hombre que se case conmigo —dijo.

Al comprender que había hablado en voz alta, miró horrorizada al doctor Hampton.

—¿Por qué, lady Endine? ¿No puede usted encontrar el modo de mantenerse sin sacrificarle su vida a un hombre al que no sólo no ama sino que apenas conoce? En mi país muchas mujeres se ganan la vida hasta que se casan.

—Yo tengo pocas habilidades. Dudo mucho que encontrara alumnos para dar clases sobre el modo de coquetear.

—Muchas mujeres americanas se ganan la vida con la aguja o la rueca...

—¡Ja! —se burló la joven.

—Usted cree que eso sería rebajarse.

—Nunca he aprendido esas cosas. Mi educación fue muy poco práctica.

—Tal vez pudiera aprender.

Rosalie miró sobre la proa del barco. ¿Trabajar la rebajaría más que casarse con Freemantle? ¡Santo Cielo! ¿A qué extremos había llegado en Calcuta? Si supiera coser, quizá pudiera encontrar trabajo como institutriz con alguna buena familia de la India. Tal vez ignoraran sus deficiencias con el piano. Salvaje intentaba devolverla a Calcuta, ¿pero significaba eso que tendría que entregarse al dominio de su tío? Quizá el capitán Salvaje o ese caballero americano le prestaran algunas rupias para que pudiera mantenerse hasta que encontrara un empleo.

Quizá su tío no se enterara nunca de que había vuelto a la ciudad o, al menos, no se enterara hasta que hubiera entrado al servicio de una de las familias poderosas, una familia que la protegería. En su mente apareció una visión de la galería de sir Hall y se preguntó en qué hombre poderoso podría confiar.

—¿Hay alguien a bordo que maneje bien la aguja y me enseñe a coser? —preguntó con dulzura.

El ayudante del constructor de velas se sentaba en el suelo del camarote principal con las piernas cruzadas enseñando pacientemente a lady Endine Wilmount a utilizar la aguja. El capitán Salvaje los observó un momento desde la sombra del pasillo, complacido por la actitud humilde y la atención estudiosa de la joven.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella.

—Su bolsa de lona —repuso el hombre—. El capitán dice que vino a bordo sin una bolsa.

Salvaje vio por la expresión confusa de la joven que aquel comentario no significaba nada para ella. Pero al menos estaba ocupada y no lo molestaba con sugerencias sobre la comida o la disciplina de la tripulación.

—¿Cómo se llama? —preguntó la joven al hombre sentado ante ella.

—Crook, milady.

—¿Ha navegado antes con el capitán?

—Sí, milady. Tres viajes. Casi tres años.

—¿Y dónde va ahora este barco?

Elliot se puso tenso. Algún día, una pregunta casual de esa hermosa mujer acabaría con su secreto.

—Eso no podemos decirlo, milady —repuso Crook con cortesía.

El capitán se relajó, sonrió y volvió a cubierta. Hampton se acercó a él y Elliot supo de inmediato que iba como mensajero de ella, armado con otra súplica de merced. Miró significativamente hacia la claraboya abierta y llevó al médico más lejos, hasta estar seguro de no ser oído.

—La dama tiene un miedo mortal a que la devuelva —comenzó Hampton.

—Desde luego que sí. Se ha enredado en una telaraña tejida por una gran araña, dos si contamos a su tío.

—Pero la telaraña no es obra suya y su caída en ella ha sido accidental. ¿No podríamos dejarla con un comerciante inglés en algún puerto? ¿En Malacca tal vez?

—¿Y cuál sería su situación en un lugar tan desconocido? No, es mejor que juegue sus cartas en Calcuta a que corra el riesgo de terminar en el harén de un rajá de la isla. Su cabello hace que valga una fortuna.

El modo en que el sol se reflejaba en el mar le recordaba el pelo de ella.

—Tiene miedo de que la obliguen a casarse. Es una buena mujer, Anson —Elliot sabía que la utilización de su nombre privado apelaba a su amistad—. Debería tener ocasión de conocer a muchos hombres y encontrar a uno al que ame.

Elliot se echó a reír.

—¿Amar ella? Lo que ella ama se guarda en el bolsillo. Los americanos son excesivamente sentimentales. No está casada porque no se lo ha pedido ningún hombre de suficiente riqueza y posición. Corrió el riesgo de pensar que disponía todavía de un

año o dos para tomar una decisión y le falló la apuesta. Ahora debe aceptar al primer hombre al que pueda seducir, sufrir la ira de su tío o aceptar casarse con Freemantle.

Hampton golpeó la barandilla con el revés de su mano.

—¡Dios mío! ¿Qué le haría él a una mujer?

—Es intolerable pensarlo, ¿verdad?

El médico se aferró enseguida a aquellas palabras.

—¿Y qué podemos hacer?

—Estamos de viaje, Charles, y el viaje será largo. Esperaba que eso pusiera fin a la conversación. Hampton se volvió hacia él con severidad y comprendió que sus palabras no habían arreglado nada.

—¿Tiene amigos en Calcuta que acepten una recomendación suya? ¿Alguien que pueda protegerla? Conoce bien a lady Margaret Allison.

Elliot no respondió.

—¿No cree que ofrecería asilo a lady Endine?

—Posiblemente. O la obligaría a algo peor que el matrimonio.

Se sentía incómodo desde que la había hecho caer en aquel sofá. Era una incomodidad producto de los remordimientos. La mención de lady Margaret le hizo revivir de nuevo toda la escena. Él había sido el instrumento mediante el que la joven había conocido a aquella mujer.

—Gracias, capitán. Me gustaría mucho saber que se ha hecho algo...

—¿Por qué le interesa tanto? —preguntó Elliot.

—Soy médico.

—No está enferma, ¿verdad? —preguntó con temor.

—No, pero ha estado muy cerca de ser corrompida y, sí puedo evitar que eso ocurra, debo intentarlo.

—Llame al señor Becker —ordenó Elliot, ocupando su puesto detrás del timonel.

No le gustaba alterar el descanso de Becker ya que había pasado la mayor parte de los

cuatro últimos días en cubierta y, con aquella mujer en su camarote, tenía que dormir en una hamaca colgada al lado de la del navegante. Pero tres minutos después, el oficial asomaba la cabeza por la escotilla.

—Hola, capitán —lo saludó.

Elliot había temido que los hombros inclinados del otro indicaran una mente melancólica, pero luego decidió que era el resultado natural de ser alto y envejecer en un barco. Ese sería el aspecto que tendría él dentro de veinte años si seguía con aquella vida.

—¿Qué opina del barco?

—Creo que se inclina ligeramente en la popa, señor.

—¿Alguna recomendación? Usted conoce su carga.

—Podríamos mover los barriles de agua, señor, o una parte de ellos hacia la proa, que va más ligera, señor.

—Encárguese de ello, señor Becker.

—Sí, señor.

Llegó un ruido extraño procedente de abajo. Golpes sordos, gritos femeninos y juramentos masculinos seguidos de una voz que pedía perdón a milady. Elliot se acercó a la escotilla y se inclinó hacia abajo. Su polizón trataba de subir a cubierta, pero Crook, cumpliendo órdenes, se lo impedía.

—Lady Endine —rugió Elliot—. No debe subir usted a cubierta sin mi permiso. Vuelva a su camarote.

—¡El agua! —gritó ella. Trató de ver al capitán por encima del hombro de Crook—. ¡Freemantle dijo que le había hecho algo a su agua!

Elliot la miró un momento. Los pies de ella no tocaban el suelo. Se balanceaba sobre el hombro del marinero moviendo las manos y tratando de encontrar algo sólido con los pies.

—Suba aquí a informarme —ordenó.

Rosalie se tambaleó. Elliot confió en que Crook no le hubiera hecho ningún moratón

por el que pudiera acusarlo de maltratarla cuando la cambiara de barco. ¿Dónde diablos se habían metido todos los barcos de la Compañía Oriental?

—¿Qué es todo esto? —preguntó con dureza, tratando de que no le afectara la brisa sobre su pelo dorado y el modo en que se le pegaba el vestido al cuerpo con el viento.

—¡Freemantle y mi tío! —exclamó ella—. Cuando les oí hablar, decían que esperaban que no volviera nunca a Calcuta.

—¿Y?

No consiguió decir nada más. Una sensación de pánico se había instalado en su pecho. ¿Los suministros del barco? ¿Habría revisado Becker los barriles de carne con atención? ¿Y el pan?

—El capitán Freemantle susurró algo. Lo único que conseguí oír fue «los barriles de agua del estante inferior».

Un momento después añadió «señor» y el capitán, a pesar de su miedo, no pudo evitar sonreír. La llevó hasta la barandilla donde podían estar el uno al lado del otro y no necesitaba mirarla a los ojos.

—¿Qué más dijo?

—Nada que pueda recordar con seguridad. Sólo que le odian mucho por miedo a que sepa algo. Y porque se está haciendo rico.

—¿Qué le hicieron a los barriles de agua?

—No lo sé. Freemantle susurraba. No pude oírlo. Estaba asustada porque había ido a pedir mi mano y el tío se la había concedido.

—¿Y cómo los eludió? —preguntó él con sorna.

—Fingí estar enferma. Luego entré en el cuarto de mi tío y busqué el traje que había llevado al baile de disfraces y, cuando todos se quedaron dormidos, salté por la pared del jardín. Ya conoce el resto.

—Cuando regrese a Calcuta, llevará una carta para el gobernador general. Le contará también lo que sabe. Antes de partir, le sugerí a sir Hall, el secretario de la Marina, que en el

puerto ocurre algo raro, pero usted llevará las pruebas consigo, una muestra de lo que encontremos en esos barriles. También le informaré al gobernador general de que debe protegerla porque si el capitán Freemantle piensa que lo ha amenazado, su parentesco con George Mason no le servirá de mucho. Puede insistir en casarse con usted porque una esposa no puede declarar contra su marido.

La joven dio un respingo y se llevó las manos al rostro. Elliot hubo de hacer acopio de todas sus fuerzas para no abrazarla.

Rosalie aseguró un acollador en torno a una de las patas de la mesa y metió un garfio a través de un trozo de lona. Observó los bordes que debía coser para convertir la lona en un cilindro. Crook había condenado su primer intento; le dijo que era peor de lo que hubiera podido hacerlo un grumete de diez años y le ordenó repetirlo.

La eslinga de cuero que rodeaba su mano derecha era incómoda, pero Crook insistía en que la necesitaba para empujar la aguja a través de la lona. Rosalie se debatía con aquel equipo desconocido, pero perseveraba. Quizá no fuera la clase de costura que le pedirían como institutriz, pero era costura. Y seguro que sus pupilos se quedaban impresionados si podía enseñarles a hacer una bolsa de marinero.

Oyó voces a través de la claraboya, pero hablaban en el argot incomprensible que sólo se utilizaba a bordo de los barcos.

—Perdone, señorita —dijo el señor Lightner, el navegante, entrando en la estancia—. Debo preparar un nuevo rumbo.

—¿Adónde? —preguntó ella mientras soltaba la cuerda de la pata de la mesa.

—Al canal —replicó él.

Tomó una carta marina que colocó en la mesa con una serie de reglas, compases y un rollo de bramante que tomó del suelo. Rosalie retrocedió, pero observó el procedimiento con curiosidad.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. Ha pasado la mitad del día. ¿Eso no debería hacerse al amanecer, cuando empieza el día?

—Es el primer día que vemos el sol con claridad, señorita. Y el día en los barcos empieza al mediodía. El sol a mediodía nos da nuestra posición —se inclinó sobre la carta marina—. Seis más cero es seis, por nueve son sesenta y tres...

—Cincuenta y cuatro —dijo Rosalie automáticamente.

—¿Qué? —preguntó el señor Lightner, levantando la cabeza. Me gustaría que guardara silencio y me dejara seguir con mi trabajo.

La joven se acercó a los ojos de buey. Se había entrometido en el trabajo del barco, que era exactamente lo que el capitán Elliot decía que haría una mujer. El señor Lightner acercó su tiza a la pizarra.

—Seis más cero son seis, por nueve sesenta y tres —marcó un punto en las cartas y dejó las reglas sin dejar de murmurar para sí.

—Rumbo norte, diez grados al este —musitó, y se dirigió hacia la puerta.

—Señor Lightner —protestó Rosalie—. Seis por nueve no son sesenta y tres. Son cincuenta y cuatro.

El hombre la miró con desprecio.

—Nunca he conocido a una mujer que supiera bien la tabla del nueve —dijo con un tono de lástima. Le agradecería que no me moleste mientras llevo a cabo mi trabajo.

La joven permaneció en silencio. ¿Adónde los llevaría ese idiota? ¿Es que el capitán no podía encontrar una tripulación mejor? Pero ella era mujer y no debía entrometerse en las tareas del barco. Pensó con amargura que si eso era un ejemplo de la sabiduría de los marineros, deberían dejar más mujeres a bordo. No era de extrañar que la Compañía Oriental de las Indias perdiera barcos todos los años porque chocaban contra rocas que nadie sabía que estaban allí o contra costas que suponían a diez millas de distancia.

Oyó la voz del señor Lightner en la cubierta de arriba.

—Rumbo norte, diez grados al este.

—Rumbo norte, diez grados al este —repitió el señor Becker.

Unos pasos bajaron las escaleras. Rosalie se apresuró a volver a atar la lona a la pata de

la mesa y se sentó en el suelo para proseguir su trabajo.

—¿Cree de verdad que nueve por seis son cincuenta y cuatro? —preguntó una voz desde la puerta. La joven levantó la vista y se encontró con el enorme cuerpo de Elliot, que bloqueaba por completo la entrada.

—Sí, estoy segura de que lo son.

—Y tiene razón. Ese maldito idiota nos hará chocar contra la costa. Y vino a mí muy bien recomendado. Menos mal que la claraboya estaba abierta y oí lo que decían aquí.

Sacó la carta marina, borró la posición que había marcado Lightner y se sentó en el taburete para rehacerla. Rosalie comenzó a soltar su trabajo de la pata de la mesa.

—No interrumpa su trabajo —dijo él—. No tardaré mucho.

Marcó una nueva posición, se puso en pie y pasó sobre la lona que se extendía desde la mesa. Los pantalones de lona no resaltaban la fuerza de sus piernas tanto como la ropa que llevaba en tierra, pero el cuerpo de ella recordó la flexión de sus músculos y se ruborizó.

—Rumbo este, diez grados al norte —dijo él arriba—. Señor Lightner, tenga cuidado con sus cifras.

—Mis cifras eran correctas, señor —protestó el aludido—. Este rumbo nos llevará a las rocas al norte de las Nicobars.

—Tiene que repasar usted la tabla del nueve, señor Lightner. La dama de abajo se la sabe mejor que usted.

—No debe prestar atención a una mujer, señor. Las mujeres no pueden pasar de la tabla del tres. Lo sé porque una vez fui tutor de la familia de...

—Evidentemente no de la familia de lord Cairnlea, ya que su hija se sabe la tabla del nueve.

El señor Lightner se alejó por la cubierta y Rosalie pensó que se había ganado un enemigo. No debería haber tenido el atrevimiento de corregirlo, ya que la navegación era responsabilidad suya. Pero de no haberlo hecho, podían haber chocado con las

Andamans, donde quiera que estuvieran. Era extraño que el mar estuviera plagado de pequeñas cosas de las que una no había oído hablar nunca. Los marineros tenían que ser listos para mantenerse en el agua sin chocar contra las rocas o las islas. Y en cierto modo, cada día a mediodía podían mirar al sol, hacer unos cálculos y después poner un punto en un mapa que marcaba exactamente la posición del barco.

Observó la carta marina colocada sobre la mesa. Estaba vacía salvo por la presencia de minúsculas islas; no se veía tierra en ninguna dirección y, sin embargo, allí estaba el punto que había colocado el capitán Elliot en el papel. Y marcaba el punto exacto en el que flotaba el barco en ese momento.

Seguía examinando el milagro cuando entró el señor Lightner y, sin mirarla, comenzó a ordenar las cartas marinas en los cubículos de debajo de la mesa. Rosalie bajó la vista a su costura y se concentró en dar las puntadas iguales.

—¡Qué cartas! —protestó el hombre—. Con esto nunca se puede encontrar el camino — arrojó una al suelo—. Y él espera que adivinemos el curso exacto con estas cartas. Y una mujer que no sabe coser se dedica a interrumpir el trabajo de un hombre.

Rosalie dejó caer la lona y se apresuró a desatarla de la pata de la mesa. Retrocedió hasta los ojos de buey. Un movimiento del barco lanzó a sus pies una de las cartas arrojadas al suelo. Se inclinó a tomarla y la desenrolló.

—Pribylow, Unalasha, Yakutat, Pavlosk —pronunció con dificultad.

—Señor Lightner —dijo una voz desde el umbral—. Lady Endine está en este momento en ese camarote. Puede usted colocar las cartas cuando no esté ella.

—La América rusa —dijo ella con lentitud, levantando los ojos hacia el capitán.

—¿Qué? —preguntó éste alarmado.

—La América rusa. Es allí a donde va. A la América rusa.

Elliot cruzó la estancia de dos zancadas y le quitó la carta de las manos.

—¿Cómo lo sabe? Esta carta no está en inglés.

—Sé algo de ruso. La hija del embajador ruso solía venir a menudo a las casas de campo y nos

divertíamos así las tardes de lluvia...

Se interrumpió. Los ojos de él, normalmente inexpresivos, brillaban de furia. Apretaba los labios con fuerza.

—¡Santo Cielo! —gritó al navegante—. ¡Imbécil, villano sin sesos!

Lightner se alejó ante la furia del capitán, dejando que Rosalie la afrontara sola. Esta retrocedió hasta el banco, pero no se sentó. Lo afrontaría de pie.

Pero cuando avanzó hacia ella con los ojos brillando como relámpagos, se dejó caer aterrorizada en el banco. Había descubierto su secreto. ¿Qué iba a hacerle? Puede que no hubiera látigos a bordo, pero un hombre podía castigar a una mujer de modos peores.

—¡Váyase a su camarote! —gritó él.

Se volvió y metió la carta en su cilindro sin importarle que la fuerza de su empujón arrugara el extremo.

Seis

Elliot observó atentamente cómo subían el primer barril de agua. Unos brazos fuertes lo colocaron en los imbernales y comenzaron a abrirlo. La tripulación se apartó haciendo muecas ante el hedor del agua.

—Hay que subir a cubierta todos los barriles de la parte inferior y vaciarlos al mar — ordenó.

Miró hasta estar seguro de que todo estaba controlado. Se permitió mirar también la línea de la costa situada a menos de un cuarto de milla. Desde donde estaba podía ver una cascada en la colina, lo único que denotaba la existencia del arroyo en el que podría rellenar sus barriles con agua fresca.

En la cala en la que ancló el Alazán Perlado no había ni una gota de aire. La

tripulación lo había remolcado hacia la costa, agotados por el calor ecuatorial bajo el que se veían obligados a remar. La dama de abajo debía estar asfixiada en ese camarote cerrado y sin ventilación. Podía hacerla subir a cubierta, puesto que ya había decidido su destino. Apretó los dientes, temiendo una nueva confrontación con ella. Cuando le quitó con rabia la carta marina de las manos, sus hermosos ojos azules estaban nublados por las lágrimas. Estaba tan asustada que se encogió literalmente ante él. Eso era lo que debió sentir también en la galería en penumbra. No debía volver a asustarla. Sentía demasiados remordimientos cuando lo hacía.

—Kranz —dijo al ver a su criado—. Sube a la señora a cubierta, a popa, para que no moleste.

Su vestido, empapado de sudor, se pegaba a su cuerpo, revelando su figura y atrayendo la mirada de él. La joven lo ignoró y miró el paisaje y la actividad que se desarrollaba.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Sumatra. Nos estamos librando del veneno de Freemantle y vamos a rellenar los barriles de agua fresca.

—¿Qué puso en los barriles?

—Agua del puerto. Agua apestosa llena de suciedad. Si llegamos a descubrirla en mitad del océano, habríamos muerto de sed o de disentería o algo peor.

Rosalie observó el paisaje de la jungla. El sudor inundaba su frente y bajaba por su rostro. Su cara no poseía la belleza ovalada que exigía la moda. Era triangular. No, tenía forma de corazón. El sudor oscurecía su cabello dorado. Sus ojos azules reflejaban el cielo y la calma de la cala. Elliot trató de decirse que el cariño y la amabilidad se daban más a menudo en unos ojos oscuros, al menos según su experiencia, pero los ojos de ella lo fascinaban y le costaba trabajo no mirarlos. Esperó a que le preguntara qué pensaba hacer con ella, pero la joven parecía más interesada en lo que la rodeaba que en su destino personal.

—¿Por qué han rodeado el barco con una red? —se inclinó a tocarla.

—Es una red de abordaje. En estas aguas debemos tener cuidado con los piratas.

—Piratas? ¿En serio?

—Los piratas malayos se han apoderado este año de más de un barco y asesinado a su tripulación. ¿Nunca se le ha ocurrido pensar por qué llevan cañones los barcos de la Compañía?

—Suponía que era para defenderse por si encontraban un barco de guerra francés.

—Tendría que ser un barco de guerra muy pequeño para no poder dominar los cañones de uno de los nuestros. No, el cañón está diseñado para espantar a un pirata que se acerca demasiado y trata de abordarnos. El pirata no quiere hundir su presa, sino capturarla. Quiere el barco con su carga y no quiere molestarse con los hombres que lo tripulan. El destino de éstos es muy poco agradable.

Pensó que el de las mujeres era aún peor, pero no lo dijo. Para un pirata de esas aguas, ella valdría una fortuna.

—¿Ha terminado su bolsa? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí. Crook dice que es la mejor que ha visto en un principiante.

—Eso me ha dicho. Ahora puede empezar con su bolsa de mar.

—¿Para qué quiero yo una bolsa de mar? —Para guardar su ropa.

—La poca ropa que tengo entra de sobra en la otra bolsa.

—Le daré varias yardas de lona ligera para pantalones y algodón de sobra para que se haga cuatro camisas. Y lana para un abrigo. Dentro de unas semanas, cuando lleguemos al océano del norte, necesitará ropa de abrigo.

La joven se volvió a mirarlo atónita.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó admirada.

—No tengo elección. Conoce nuestro destino y, en cuanto vuelva a Calcuta y empiece a hablar, la noticia se extenderá con rapidez. No quiero competencia de otros barcos de la Compañía. Ya tengo bastante con los de Boston. Vendrá con nosotros.

—Gracias —musitó ella aliviada—. Gracias.

—Soy yo el que debería darle las gracias —gruñó él—. El agua...

—El señor Becker o usted o alguna otra persona habrían descubierto el engaño antes de que fuera demasiado tarde —repuso ella con confianza.

—Tal vez —se encogió de hombros—. Quizá al trasladar los barriles. Pero usted nos ha facilitado el descubrimiento antes de que fuera demasiado tarde. ¿Quiere conocer las normas de su vida a bordo del Alazán Perlado?

—¿Normas?

—Desde luego. No puedo dejar a una mujer suelta en el barco. No tardaría en descubrir que no todos los hombres tienen nociones de honor en lo relativo a las mujeres.

—¿Y usted sí? —preguntó ella dudosa.

Elliot la miró de hito en hito, ofendido por el insulto. La joven bajó la cabeza. Él no la había poseído cuando tuvo la oportunidad. Se había contenido en un momento en que todo su cuerpo ansiaba estar dentro de una mujer. Había corrido el riesgo de advertirle sobre Freemantle y Mason. ¡Esa mujer era una desagradecida!

—Se quedará usted en su camarote, que el señor Becker ha tenido la amabilidad de cederle.

—¡No! —gritó ella—. Puede ponerme en...

—Le estamos preparando otro camarote más adelante. Él es uno de sus defensores, lady Endine. Cuando conoció los hechos, palideció y se mostró alarmado por lo que pudiera hacerle el capitán Freemantle. Ha sacrificado voluntariamente su camarote.

—Déle las gracias en mi nombre.

—Lo haré. Cenará usted conmigo en el camarote principal, lo que ahorrará a Kranz la molestia de servir dos comidas. Excepto cuando me acompañen los demás oficiales. Entonces cenará en su camarote. Cuando no haya trabajos en marcha en el camarote principal, puede quedarse allí. Le prestaré mi biblioteca, pero me temo que la encontrará muy limitada. Cuando haga buen tiempo, puede subir a cubierta una hora al día para hacer ejercicio. Espero que comprenda las razones de estas limitaciones.

—No del todo. Me gustaría pasar más tiempo aquí en cubierta y si usted se fiara de mí...

—Puedo fiarme de usted, pero el efecto que producida en los hombres no es bueno para la disciplina. Para toda la tripulación, el cuerpo de una mujer ya no es más que un recuerdo agradable y seguirá siendo sólo un recuerdo hasta que hayamos pasado meses en el mar. Los hombres pueden encontrar mujeres entre las nativas de la América rusa, pero más probablemente tendrán que esperar hasta que anclemos en las islas Sandwich antes de dar satisfacción a sus impulsos. Usted es mujer y algunos miembros de la tripulación desearán utilizarla como mujer.

—¿Se lo han pedido?

La joven se aferró a la barandilla y se encogió. Elliot no podía verle los ojos, pero sabía que estarían nublados por el miedo.

—No. Pero la inclinación es evidente.

¿Y por qué no iba a desearla la tripulación? Luchó contra el impulso de bajar la vista hasta sus caderas, donde la muselina húmeda se pegaba a su cuerpo.

—Pero a usted lo veré todos los días —dijo ella. ¿Podía leerle el pensamiento?

—Mi política es que los hombres y los oficiales de este barco lo compartan todo, tanto lo bueno como lo malo. Si yo la reclamara, todos los hombres tendrían derecho a exigir su turno. Y dudo que ni siquiera la prostituta más habilidosa de Londres quisiera servir a casi sesenta hombres.

Vio su cuerpo encogerse contra la barandilla. En los últimos días, la había visto a veces más segura de sí misma, más como la brillante mujer del baile. Subir a bordo del Alazán Perlado no había sido la acción de un cobarde. Pero la simple mención del sexo bastaba para convertirla en la niña aterrorizada que se había encontrado en casa de los Allinson. El recuerdo de lo que pensaba hacer allí lo atormentaba siempre que se acercaba a ella, siempre que el cuerpo de ella se ponía rígido como si temiera alguna clase de violencia.

—¿Acepta usted estas normas?

—¿Qué remedio me queda? Usted mismo ha dicho que no tenía elección, que debo obedecerle.

—Me alegro de que lo haya entendido. Para usted será una experiencia nueva obedecer

a un hombre, ¿verdad?

La joven asintió con aire miserable. Elliot confió en que no estuviera llorando, pero no lo sabía con seguridad, ya que ella había apartado el rostro.

—Estoy segura de que la obediencia será una buena práctica para el futuro —dijo al fin.

—¿El futuro? ¿Ha tomado ya alguna decisión?

—Trataré de encontrar una posición como institutriz con alguna familia rica que regrese a Inglaterra. —Después de un año en un barco en compañía de sesenta hombres, dudo que su reputación interese a muchas familias ricas —ni siquiera trató de ocultar el sarcasmo de su voz. La inocencia de la joven era increíble—. Los oficiales y la tripulación de este barco pueden dejarla intacta, pero pocos habitantes de la ciudad lo creerán así.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó ella, con un terror súbito.

—Seguir con la aguja —dijo él—. Quizá pueda establecerse como fabricante de velas — disfrutaba con su consternación, ya que el rostro ansioso de ella mantenía sus ojos fijos arriba, lejos de la forma de su cuerpo—. O quizá pueda hacer camisas y pantalones para marineros. Tomará práctica haciendo su propio guardarropa.

—¿No podría hacerme vestidos para estar más respetable?

—Y más fría. Recuerde que vamos al Pacífico Norte. Pantalones y camisas.

—Sí, señor.

No había sido su intención asustarla de ese modo. Evidentemente, su sinceridad había sido demasiado directa. Los ojos brillantes de la coqueta del baile estaban apagados, sus graciosas manos se apretaban sobre su pecho. Le había suplicado que le permitiera quedarse, pero no había tenido en cuenta las consecuencias de estar en un barco lleno de hombres asaltados por deseos carnales. Pensó en la sugerencia de Hampton. Dejarla en uno de los puertos de las islas de las especias. Apartó los ojos de su rostro y bastó una mirada a su cuerpo para excitarlo. La idea de que ese cuerpo pudiera acabar en las garras de uno de los gobernantes de las islas le daba náuseas.

—He ordenado que la tripulación la llame lady Endine. Algunos de los americanos se han resistido al título, pero les he asegurado que tiene la misma importancia que llamar «señor» al primer oficial.

—¿Quiere hacer el favor de decirles que prefiero que me llamen Rosalie? Mis amigos me llaman Rosalie.

—¿Y somos amigos?

—Debemos serlo si vamos a cruzar juntos el Pacífico.

Rosalie estaba despierta en la opresiva oscuridad del camarote. No podía dormir a causa del calor y por la preocupación de si el deseo que acababa de conseguir sería lo mejor para ella.

No había planeado nada en aquel asunto. Al analizar su vida, se dio cuenta de que nunca había planeado nada. Cada vez que rechazaba a un pretendiente, lo hacía con la esperanza de encontrar uno mejor en el baile siguiente. No tenía prisa, ya que creía que su vida seguiría como en el pasado. La vida con Carlton había sido divertida, una serie de semanas en casas de campo seguidas de meses en Londres. Incluso en enero o febrero, mucho antes de que empezara la temporada, Londres resultaba ya más divertido que el campo.

En ese momento estaba en el otro lado del mundo, con menos probabilidades de conseguir un marido que en la pobre sociedad de Calcuta. Había alcanzado el cero absoluto para una mujer. Sólo el señor Hampton y el capitán podían ser candidatos al matrimonio. Pero el médico estaba enamorado de una chica de las colonias y el capitán Salvaje no quería una esposa humana.

Se recordó que su nombre era Elliot, pero cada vez pensaba más en él como en Salvaje. No sólo por el nombre, sino también por su espíritu. Un salvaje noble que era amable con ella aunque al mismo tiempo la aterrorizaba. La había reducido a una obediencia completa, limitando su dominio a un camarote en el que apenas podía dar un paso. El camarote principal era algo más espacioso, pero sólo estaba disponible cuando no lo necesitaba nadie más. La cubierta del barco, constantemente llena de hombres que se afanaban en distintas tareas, sólo le estaba permitida con el permiso del capitán. Todo tenía que contar con el permiso de Salvaje.

Un año en el Alazán Perlado. O diez meses por los menos. Lanzó un gemido.

Oyó un grito arriba seguido de unos pasos descalzos. Probablemente alguien estaría ajustando las velas.

Diez meses o un año así y se volvería loca. La biblioteca del capitán contenía cuatro

libros de navegación, dos sobre la India, uno sobre China y El declive y la caída del imperio romano de Gibbon. Una revisión de los baúles marinos de los oficiales y la tripulación no había podido proporcionarle ninguna novela.

Desde la cubierta llegaron gritos y el choque de aceros, un ruido que no se parecía a ninguno de los que había oído desde que llegara a bordo. Luego alguien llamó a su puerta.

—Milady.

Quitó la barra y la abrió unos centímetros.

—Tiene que ir a la cubierta inferior. Órdenes del capitán —el brazo enorme de Crook abrió la puerta del todo—. ¡Rápido! ¡Piratas!

—Deje que me vista—le suplicó ella.

Se puso pantalones y una camisa, lo que pilló más a mano. No tomó botas ni capa, puesto que él tiraba ya de su brazo. La condujo por las escaleras hasta la cubierta inferior.

A la luz de los faroles, vio una especie de mesa de operaciones formada con varios baúles colocados juntos. El doctor Hampton estaba al pie de la escalera mirando hacia la cubierta situada veinte pies más arriba.

—No se preocupe, milady, no subirán abordo. Es sólo una precaución —dijo Crook.

—¿Dónde está Billy? —gritó alguien oído.

El ruido inesperado la sobresaltó. En aquel momento, el sonido de un cañonazo en la cubierta superior sacudió todo el barco y la dejó temblando como una hoja.

—Aquí, milady —dijo Crook.

Apartó una cortina y reveló una hamaca colgada entre dos vigas.

—¿Dónde está Billy? —preguntó la voz con más fuerza—. Tiene que llevar la pólvora.

—No lo sé. El capitán me ha dicho que la trajera abajo. No ha dicho nada de Billy.

—¡Espabila, hombre! No queda más que un tiro en cada cañón a menos que alguien suba la pólvora. Rosalie se volvió en el escondite que le habían reservado.

—Yo puedo llevarla. ¿Dónde tengo que ir?

—A cada uno de los cañones. Pero tiene que quitarse las botas.

—Estoy descalza.

—Bien.

El hombre se metió por un agujero de la cubierta, pareció desaparecer como un gnomo que se hundiera en el suelo y luego empujó hacia ella unos cilindros pesados con asas de tela.

—Al capitán no le gustará esto —dijo Crook—. Ella tiene que quedarse aquí, en la cubierta inferior.

—Al capitán no le gustará que los cañones se queden sin pólvora —repuso el de la voz potente desde el agujero del suelo.

Rosalie tomó el asa de tela del tubo de madera. Apenas si podía levantarlo y mucho menos llevarlo sin ayuda por la escaleras que la separaban de la cubierta superior. El hombre vio su problema y sacó algunos de los oscuros cilindros del tubo.

—Esa es una carga más propia de una mujer, milady.

Arriba resonó otra salva de cañonazos.

—Ahora corra como el viento, milady. Cuando llegue Billy, se lo pasa a él.

La joven arrastró el tubo escaleras arriba hasta la escotilla de popa. Radgni vigilaba la escotilla con una larga lanza en las manos. La miró sorprendido, abrió la boca para protestar y luego se limitó a señalar el cañón de babor. En unos segundos su tubo estuvo vacío y corrió hacia la escotilla. Estaba ya en la escalera cuando sonó el cañón y se dio cuenta de que no tendrían pólvora para el próximo disparo.

—¿Cómo están de cerca los piratas? —preguntó mientras le llenaban por segunda vez el tubo.

—Han salido de detrás de una de las islas dijo el hombre—. ¡Deprisa!

Esa vez el tubo pesaba más. Lo levantó con las dos manos y subió la escalera apoyándose sólo con los pies. Unos hombres esperaban en la escotilla y le sacaron la pólvora del tubo antes de que hubiera puesto un pie en la cubierta. De camino hacia abajo, se tropezó con un marinero joven que llevaba otro tubo. Billy, quizá.

Cuando llegó abajo, nadie le dijo que descansara, así que empezó a subir de nuevo. Tuvo que hacerse a un lado para dejar pasar a dos hombres que llevaban en brazos a un tercero.

—¿Qué ha pasado?

—El retroceso del cañón. Le ha dado en el pie. Rosalie miró hacia abajo. Su pie estaba extrañamente aplastado. Sintió náuseas y corrió el resto del camino hasta la cubierta.

¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaban los piratas? Billy corrió a su lado y bajó las escaleras con el tubo golpeando los escalones a sus espaldas.

Los hombres que le tomaron la pólvora se acercaron por la izquierda, no por la derecha. No tenía ni idea de a quién debía dársela y decidió que no era asunto suyo hacer preguntas. Trató de imitar a Billy en su rápido descenso, pero terminó tropezando y por poco se cae. El tubo cayó rodando hasta la bodega. Cuando llegó ella allí, después de dejar paso a Billy que subía, ya estaba lleno.

Rosalie perdió la cuenta de las veces que subió a cubierta y volvió a bajar con el tubo vacío. Pero sí notó que Billy realizaba dos viajes por cada uno que hacía ella.

—¡Están tratando de abordarnos! —dijo Billy una de las veces.

Rosalie se quedó quieta, intentando separar el ruido de los cañones de los gritos de los hombres. Un rugido sobre su cabeza la sobresaltó, haciéndole bajar corriendo.

—Este es el momento más importante, señorita —dijo el hombre que sacaba la pólvora del arsenal. Deprisa.

Billy estaba ya a su lado con su tubo vacío. Tomó el lleno de ella y subió corriendo las escaleras, dándole unos segundos extra para descansar. Rosalie tomó el tubo nuevo y lo siguió agotada. Le dolía el pecho por no poder respirar con calma.

Los cañones disparaban al unísono en aquel momento; subió la escalera. Billy le quitó el tubo de las manos y le tiró el vacío, que estuvo a punto de lanzarla escaleras abajo. Consiguió recuperar el equilibrio con el tubo entre los pies. Billy había desaparecido ya en el caos de arriba.

Cuando bajaba el último escalón oyó unos gritos que no tardaron en convertirse en

aullidos. Billy bajó la escalera gritando y el hombre que había en la improvisada mesa médica del doctor Hampton gritó a su vez de júbilo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la joven.

—Esos cobardes se han rendido —gritó Billy.

—¿Se han ido?

—Sí —dijo el hombre saliendo del arsenal—. A los piratas no les gusta derramar su sangre. Si alguien les planta cara, se marchan y esperan una presa más fácil.

Rosalie levantó la cortina que ocultaba el pequeño agujero que debía haber sido su refugio durante el ataque. Pensó en subirse a la hamaca, pero el esfuerzo le pareció demasiado grande. Cayó de rodillas debajo de ella. Le dolía el pecho por la falta de costumbre de hacer ejercicio. ¿Cuánto tiempo haría que la habían sacado de su camarote? ¿Media hora? ¿Una hora?

—¿Qué hay de nuevo? —dijo la voz de Salvaje a poca distancia.

—El pie de Lyon —repuso Hampton—. Trataremos de salvarlo. Scraggs sólo tiene un golpe en la cabeza. Mañana estará bien. ¿Se han retirado definitivamente o sólo por el momento?

—Dos de sus botes estaban casi destruidos. No creo que vuelvan pronto. Y mañana, si el viento aguanta, dejaremos este nido de piratas.

Una luz iluminó a Rosalie.

—¿Cómo está la dama del barco? —preguntó Elliot, levantando la cortina.

Cuando la vio arrodillada en el suelo, se echó a reír.

—Es bueno rezar cuando está en peligro su vida —dijo—. Una postura muy digna, aunque si los hombres de abordo la adoptaran, estaríamos todos muertos.

—No, señor —dijo el hombre que limpiaba cuidadosamente los granos de pólvora de la entrada del arsenal—. La señora ha llevado pólvora junto con Billy.

La mano que le tocó el hombro era sorprendentemente gentil.

—¿Qué hace entonces arrodillada, lady Rosalie? —preguntó con suavidad—. ¿Está herida?

—No. Iba a subir a la hamaca, pero estaba demasiado cansada —se recostó involuntariamente contra su brazo—. Nunca había trabajado tanto en mi vida. ¿Cuánto tiempo he estado subiendo y bajando las escaleras con ese pesado tubo?

—Unos diez minutos quizá. No hemos tardado mucho en espantar a esos cobardes.

—¿Diez minutos? —preguntó ella, incrédula—. Yo creía que había sido una hora.

—No. Diez minutos. Quizá menos. Vamos. Pediré que nos traigan té al camarote.

—¿Té? No sabía que tuviera esos lujos a bordo.

—Oh, sí. Para los momentos en que necesitamos tranquilizarnos o pensar un poco.

Creo que éste es uno de esos momentos.

La guió hasta la cubierta.

—Ahí —dijo, señalando—. Los piratas estaban escondidos detrás de esas islas pequeñas, pero nosotros hemos navegado otras veces por aquí y conocemos sus trucos. Así que los vigías estaban atentos y los han visto en cuanto han salido de su refugio.

Rosalie se apartó de su brazo y se apoyó contra la barandilla. ¿Qué pensarían sus amigos de Londres de su vida actual? ¿Acarreando pólvora para cañones que disparaban contra los piratas? ¿Pasando un año en un barco con más de cincuenta marineros y un hombre llamado Salvaje?

Trató de imaginarse a sí misma un año atrás. ¿Qué hacía ella un año atrás? Era el comienzo de la temporada en Londres y a Carlton le quedaban sólo unas semanas de vida. Tanto ella como su hermano flirteaban por la ciudad como si aquella vida fuera a ser eterna.

—El té está en el camarote principal —dijo Kranz, a sus espaldas.

Salvaje la condujo hacia la escalera.

—Ninguno de mis conocidos de Londres se creería esto —dijo ella, casi para sí misma, cuando se hubo sentado en el banco.

—A su regreso, tendrá usted muchas historias con las que divertir a los caballeros.

—Nadie me creería. Acabaré con fama de embustera además de mujer de la vida.

—Debería llevar un diario.

—Sería divertido llevar un diario, pero se me olvidó incluir papel y tinta en el hatillo cuando salí de casa de mi tío. Estaba pensando en otras cosas.

—Yo creo que la amenaza de un matrimonio con Freemantle basta para captar toda la atención de una dama—dijo él con aire casual—. Su olvido es bastante natural.

—¿Por qué quería que bajara a la bodega? —preguntó ella—. Habría estado igual de segura en mi camarote.

—La bodega habría sido el lugar más seguro si llegan a abordarnos los piratas. Y si llegan a apoderarse del barco... —vaciló un segundo. Luego la miró a los ojos—, el doctor Hampton tenía la orden de matarla.

Siete

Rosalie, tumbada en el banco debajo de los ojos de buey, trataba de concentrarse en El navegante práctico de Nathaniel Bowditch, pero la cubierta superior amortiguaba muy poco el grito del viento en los aparejos. El ruido del barco, el de las maderas chocando unas contra otras en el mar violento le hacía temer que el navío pudiera naufragar en el Pacífico Norte. Y nadie sabría nunca qué había sido del Alazán Perlado y las almas que había a bordo. Recordó las plegarias de su tío para que se hundiera el barco y se le puso piel de gallina.

Había examinado la carta marina de la zona y visto la vasta extensión de agua. No había tierra ni ninguna otra cosa en miles de millas. El Alazán Perlado tenía que recorrer aquella parte vacía del globo convertido en un pequeño punto perdido en la infinidad del agua que lo rodeaba. Podía soportar el horrible balanceo del barco y la eterna humedad producida por la entrada del mar entre las tablas. Pero el ruido, los días de ruido interminable, la volvían loca. Una hora, media hora de silencio y volvería a la normalidad. Pero ni ella ni el capitán ni nadie más podía hacer nada por procurar aquel silencio.

Trató de borrar el ruido concentrándose en el libro. «Navegar es el arte de maniobrar un barco de acuerdo con los principios basados en imaginar

la tierra como un plano extendido en el que todos los meridianos son paralelos».

Le resultaría más fácil entenderlo si pudiera tomar notas en el cuaderno que le había regalado Elliot. Pero los bruscos movimientos del barco impedían utilizar tinta y papel.

Elliot llegó al camarote sin que ella lo hubiera oído acercarse. Se puso en pie, tomó los impermeables que cubrían su cuerpo y los colgó sobre un tubo para que se secaran.

Kranz estaba en la enfermería. Se había caído por la escalera el segundo día el temporal y tenía un gran chichón en la cabeza.

Salvaje le sonrió y ella decidió aprovechar su buen humor.

—Me gustaría subir a cubierta —dijo.

—No. Los timoneles están atados al timón porque las olas no dejan de barrer la cubierta —volvió a sonreír—. Dentro de unas horas.

—¿Y por qué no ahora? Unas horas más no supondrán ninguna diferencia.

—La tormenta se está pasando.

—¿Cómo puede saberlo?

—¿No oye el sonido del viento en las velas? Ha bajado bastante en la última hora.

—No lo he notado —confesó ella.

—Si aspira a ser navegante, tiene que aprender a notar estas cosas —miró el libro que había sobre el banco y se dejó caer en el suelo.

—Vamos. Siéntese conmigo. Estar de pie no es divertido en este mar.

—Dudo mucho que pueda aprender a navegar —dijo ella, acurrucándose a su lado tras asegurarse de que varios centímetros separaban sus rodillas de las de él—. No comprendo lo de las lunas de Júpiter. —No lo necesita. Ahora tenemos cronómetros que nos indican la hora de Greenwich. Quizá mañana el sol nos deje marcar nuestra posición. Seguro que estamos más cerca del norte de América, ya que la tormenta y la corriente nos empujan en esa dirección.

Se abrió la puerta y entró un marinero con una cesta.

—Comida, señor.

Los miró sin sorpresa, como si fuera normal encontrarse al capitán sentado en el suelo al lado de una dama.

—Gracias, Benning. Dile al cocinero que quizá podamos hacer fuego dentro de unas horas.

—Sí, señor.

El marinero salió por la puerta. Salvaje sacó una botella de la cesta, le quitó el corcho, dio un trago largo y luego limpió el cuello con un pañuelo húmedo que sacó de su bolsillo. Le tendió la botella a la joven. Esta sorbió el ron aguado, que sabía ligeramente a limón. El capitán la observó. Estaba relajado contra el banco, todavía sonriente y, como siempre, su mirada la puso nerviosa. En los últimos tiempos, sentía un mariposeo en el estómago siempre que estaban cerca el uno del otro.

—¿Por qué hace esto? —preguntó de repente, animada por su sonrisa.

—¿Qué?

—Navegar a la América rusa. O navegar en general. La vida aquí es dura.

—Para hacerme rico.

—Pero hay muchas probabilidades de que su barco se vaya al fondo y no vuelva a saberse nada de usted.

—No, con mi barco y mi tripulación tengo más probabilidades de realizar un viaje próspero. ¿Le ha asustado esta tormenta?

—Sí. Cuando viajé a la India, tuvimos una tormenta en el Atlántico Sur. Pero entonces al menos tenía a Emily para abrazarme a ella. Aquí tengo que mantener los ánimos sin ayuda.

—Hemos tenido suerte. No hay tifones en el mar de China. Y esto sólo es una tormenta pasajera de verano.

Abrió la cesta y le ofreció cerdo frío y galletas. La fruta fresca que los marineros cargaran en Calcuta ya no era más que un recuerdo agradable.

—¿Qué nos encontraremos en la América rusa?

—Una bienvenida amistosa en Pavlovsk, puesto que la guerra en Europa impide que los barcos rusos lleguen con regularidad. Están aprendiendo a depender de nosotros en lugar de sus compatriotas.

—Y les venderá usted la carga... lo que sea que lleva abajo.

—Lo verá cuando lleguemos. Lana y algodón, cacerolas y sartenes, navajas, pólvora y brandy, aunque estos rusos prefieren su vodka.

—¿Y lo cambiará por...? —preguntó ella con atrevimiento. Era la primera vez que se mostraba tan abierto con ella.

—Pieles. De zorro, foca, lobo y oso. Si tenemos suerte, también de nutria. Tiene que aceptar pieles de nutria para llevárselas a Londres y hacerse una capa. ¿Le gustaría poner una piel de oso en su litera?

La oferta la tomó por sorpresa y la mención de su cama renovó el cosquilleo que sentía en el estómago.

—Yo... yo... —tartamudeó.

—Cuando terminemos de cargar en Pavlovsk, nos dirigiremos a las islas Sandwich a recargar provisiones. Una piel de oso no le serviría de mucho en esas aguas.

—Supongo que no —asintió ella.

—Los rusos solían tener dos colonias, pero la más al sur, la de la isla de Sitka, fue destruida.

—¿Un motín?

—No exactamente. Los nativos de las aldeas vecinas atacaron el fuerte cuando la mayoría de los hombres estaban ausentes.

—¿Los nativos no son pacíficos? —preguntó ella, asustada.

—En el sur no. Y Baranov insiste en mantener una colonia en el sur que exhiba la bandera rusa. Los españoles y americanos presionan en sus fronteras.

—¿Baranov?

—Alexander Baranov. El señor de la América rusa. El gobernador. Ya le conocerá. No sé de

ninguna otra mujer, inglesa o americana, que había visitado su reino, así que se verá rodeada de cumplidos, por no mencionar las atenciones de sus cazadores. Pero no espere tomar parte en el festín. Los rusos son primitivos en eso. Las mujeres respetables comen separadas.

—Muy oriental —exclamó ella—. A juzgar por la hija del embajador, yo creía que habían renunciado a esas viejas costumbres.

—En el oeste quizá, alrededor de San Petersburgo, donde todo el mundo trata de imitar a los franceses. Pero los rusos de América son anticuados.

—¿Así que me veré condenada a quedarme en el barco?

—No. Estoy seguro de que la mujer de Baranov la recibirá bien.

—Estoy impaciente por volver a pisar tierra aunque sea sólo unas horas. Por poder andar sin perder pie, comer fruta y verduras...

—No espere mucha comida fresca en Pavlovsk, en especial en esta época del año. Viven de pescado y carne de foca. El pan es un lujo y el té una bebida que se guarda para celebraciones especiales.

Se echó a reír y Rosalie comprendió que su decepción había quedado patente en su rostro. Había estado soñando con bollos con mantequilla y pan tostado al fuego.

—¿Y en las islas Sándwich? —preguntó.

—Quizá allí podamos conseguir pan en algún barco ballenero, pan hecho de harina de maíz. Los nativos comen una pasta fermentada hecha con raíces. Ese es su pan.

Rosalie hizo una mueca y Elliot volvió a reírse con ganas. La joven se estremeció en su interior. La sensación le recordaba en cierto modo la reacción de su cuerpo cuando él la había apretado con fuerza en Calcuta.

Elliot la miró a los ojos y ella apartó la vista y fingió querer contemplar el estado del mar por los ojos de buey. Los ojos de él no eran opacos, como había pensado siempre, sino brillantes, con una profundidad que no había notado nunca. En ellos se veía una plenitud extraña y, si se atreviera... Buscó en su mente algo que decir.

—Gracias por permitirme presenciar las observaciones de mediodía.

—Ya me las ha dado. ¿Tan importante es para usted?

—Es más fácil comprender cómo funciona un sextante si ves usarlo que si lo lees en un libro.

—¿Le gustaría probar usted cuando vuelva a salir el sol?

Rosalie se volvió hacia él sin pensar y se quedó impresionada por la suavidad inusual que mostraba su rostro.

—Me gustaría mucho. Es decir, si el señor Lightner no se lo toma como un insulto.

—El señor Lightner hará lo que yo le diga. Este es su primer viaje en mi barco y será el último. No sólo es incompetente, sino también muy anticuado en su trabajo. Es como los navegantes del pasado, que tenían la desagradable costumbre de guardar sus conocimientos en secreto. Afirmaban que el hecho de que los hombres no comprendieran las cartas marinas y los sextantes prevenía los motines. Pero siempre he creído que eso sólo eran ganas de retener su poder. El señor Bowditch —señaló el libro que había en el banco— ha hecho mucho por acabar con eso. Cualquiera que sepa calcular y leer puede aprender a navegar un barco.

—No quiero ofender al señor Lightner. Si usted demuestra favorecerme, puede sacar... ideas... y hacer correr rumores para soliviantar a los hombres.

—El señor Lightner no está en posición de hacer correr rumores sobre usted. Toda la tripulación sabe ya cuántas son nueve por seis y no es probable que lo olviden. ¿No ha oído lo que murmuran cuando anuncia nuestra posición a mediodía?

Rosalie asintió.

—Menos mal que lady Rosalie sabe multiplicar —dijo él—. No es popular entre la tripulación.

—Pero si dijera... —se detuvo, incapaz de terminar la frase.

—¿Que nos acostamos juntos?

La joven asintió con los ojos fijos en sus pantalones sucios. No se había cambiado desde que empezara la tormenta.

—¿Por qué iban a creerle? Sería muy difícil mantener un secreto de esa magnitud en un barco de este tamaño.

Rosalie no dijo nada; se limitó a mantener la cabeza baja.

—No hablaremos más de esto. Y cuando el sol se digne visitarnos, tendrá ocasión de utilizar el sextante. Crook dice que ha mejorado mucho con la aguja. No deja de alabar sus habilidades decorativas.

Le puso un dedo bajo la barbilla para levantarle la cabeza. La joven se apartó, temerosa de que intentara besarla, temerosa de aquel beso abierto, húmedo, penetrante...

—Vamos, vamos... No volveremos a hablar de hombres y mujeres, ya que esos comentarios la reducen al estado de una niña asustada. Me gusta mucho más como mujer curiosa. ¿Qué ha hecho para ganarse el respeto del indomable Crook?

—Saqué hilos de distintos colores de mi pañuelo de seda y bordé un almohadón para mi cama. Crook me dio el bastidor de madera. El bordado tiene flores y un supuesto gorrión, pero me temo que parece más un búho.

—Pues diga que es un búho y terminará antes. La joven se echó a reír.

—No lo había pensado.

—No puedo concentrarme con una mujer en cubierta—dijo Lightner—. Tendrá que hacer ejercicio a alguna otra hora.

—Está aquí a mediodía porque va a aprender a utilizar el sextante.

Lightner hizo una mueca.

—Una mujer no es lo bastante fuerte para usar un sextante. No es amable dejarle hacer el ridículo delante de toda la tripulación.

Rosalie temió que estuviera en lo cierto. Al verla aparecer en cubierta a mediodía, casi toda la tripulación había encontrado alguna tarea importante en las inmediaciones. Y todos miraban hacia ella.

Además de Elliot y Lightner, estaba allí el señor Becker con el sextante más dos hombres jóvenes a los que conocía por los nombres de señor Barber y señor Loti. Barber no tenía

más de catorce o quince años y era inglés. Loti era algo mayor y procedía de los mares del sur. Los dos muchachos parecían ocupar la posición de lugartenientes subalternos, aunque estaba insegura de cuáles eran sus funciones. El doctor Hampton se apoyaba contra el mástil principal y no tomaba parte en los ejercicios matemáticos, pero su mera presencia pesaba en el ánimo de la joven. Todos querían verla hacer el ridículo.

Salvaje le hizo señas de que se acercara. Se movió a su lado y le puso el sextante en las manos. Pesaba mucho y por un momento pensó que Lightner llevaba razón. Una mujer no tenía fuerzas para usarlo.

—Cuando el sol está en su cenit —le explicó el capitán—, medimos la distancia sobre el horizonte. Mire por el agujero.

La joven sujetó el instrumento, a pesar de que sus músculos protestaban por aquella posición y por la necesidad de quedarse inmóviles sobre la cubierta movible del barco.

—El horizonte no deja de moverse.

—Desde luego que no. Las únicas medidas completamente certeras son las que se realizan en tierra firme. En el barco, hay que tomar distintas observaciones y luego hacer la media. ¿Qué tenemos, Becker?

Rosalie no participó en el intercambio de información hasta que Salvaje le pidió que informara. Lightner la miraba con burla.

—Yo calcularé la posición —dijo.

—Deje que lo haga lady Rosalie —sugirió Elliot, con voz agradable—. Será una buena práctica

—Las damas no hacen estos trabajos —musitó Lightner enfatizando la segunda palabra.

—Si es necesario, sí —repuso el capitán. Igual que se hacen su ropa si no tienen la modista cerca.

—No es necesario que se moleste con esto —protestó Lightner—. Aquí hay hombres de sobra que pueden hacerlo.

—Adelante —ordenó Elliot.

Rosalie corrió al camarote principal. Extendió la carta marina, calculó la posición utilizando las tablas del libro del navegante y la marcó con tiza en la pizarra. A continuación marcó a lápiz el punto de la carta en el que había fijado la posición.

—El capitán ha dicho que lo compruebe —dijo Lightner con altanería, entrando en el camarote.

La joven se hizo a un lado y observó al otro repasar cada paso de sus cálculos. Una vez incluso lo vio contar con los dedos para comprobar el resultado de una multiplicación. No dijo nada, se limitó a marcar con más fuerza el punto que había hecho ella en la carta.

—¿He acertado? —preguntó la joven.

—En los cálculos, sí —repuso él con sarcasmo—, ¿pero qué pensarán los hombres de un comportamiento tan impropio de una dama? Yo en su lugar cerraría la puerta del camarote. A menos —su voz bajó hasta convertirse en un susurro—, a menos que tampoco sea una dama en esos asuntos.

Trató de forzar una sonrisa amistosa, pero le salió una mueca.

—Cuando una mujer suscita dudas sobre su decencia en algunos aspectos, los hombres sospechan que también es una cualquiera en otros.

—Algunos hombres —repuso ella con calma.

—Será mejor que deje de hacer esto, antes de que algunos decidan que lo es.

Salió con rapidez del camarote, antes de que ella tuviera tiempo de responder.

Se había hecho un enemigo y, en un barco de ese tamaño, un enemigo podía indicar problemas. Ella casi no tenía contacto con gran parte de la tripulación mientras que Lightner podía hablar libremente con ellos en su contra. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que dos o tres marineros creyeran sus palabras y trataran de forzar su camarote?

Deseó que su camarote tuviera una claraboya, para que los oficiales de cubierta pudieran oírla si gritaba. Tenía que pasar todo el tiempo posible en el camarote principal, que era un lugar demasiado público para ser asaltada. O en la cubierta, donde a ningún hombre se le ocurriría acercarse a ella.

Pasaron dos días en los que no pasó nada extraño salvo las miradas de desaprobación que le dirigía Lightner en la cubierta y sus advertencias cortantes cuando se quedaban solos en el camarote después de calcular la posición. Después de la tormenta, el tiempo se volvió cálido y Elliot le dio permiso todos los días para sentarse en la cubierta y escribir su diario.

El cuarto día, cuando subió a tomar el sextante, el número de curiosos había bajado considerablemente, ya que la su presencia en cubierta a mediodía se había convertido en algo habitual.

En esos días, casi no había oscuridad. A las diez de la noche, todavía brillaba el sol débilmente. Rosalie dormía cada vez menos a medida que ampliaba las horas de lectura o costura. Aquella noche, era ya bastante tarde cuando entró en su camarote.

El pequeño cubículo estaba completamente oscuro. El candil que solía colgar de las vigas se había apagado. Lo tomó y trató de volver a encenderlo.

En cuanto volvió la espalda, sintió la presión de otro cuerpo y alguien cerró la puerta con fuerza. El camarote se convirtió en una celda oscura. Rosalie sólo pudo lanzar un grito estrangulado antes de que una mano le cubriera la boca. El hombre que estaba detrás de ella era muy grande y, por un instante, pensó que Salvaje había ido al fin a poseerla.

Retorció sus manos contra un pecho desnudo, de piel suave y casi sin pelos y comprendió que uno de los hombres de la tripulación había cedido al fin a su lujuria.

No tenía espacio para debatirse y no podía resistirse a aquellos fuertes músculos.

—Tú bruja —dijo una voz desconocida—. Si tú no dejar, yo matar.

¿Bruja? Trató de volver la cabeza, pero no pudo liberar su boca de aquella mano.

—¿Tú dejar? —preguntó la voz.

Rosalie asintió con toda la fuerza de que fue capaz. Dejaría de hacer lo que fuera con tal de escapar a él.

—Dejar marcas negras —ordenó la voz.

La mano la soltó y la empujó con tanta violencia que cayó sobre la litera y se golpeó

la cabeza contra la pared. El interior de sus párpados se llenó de estrellas. Su mente pensó vagamente en unas marcas negras, pero no consiguió adivinar a qué se refería el hombre. Brilló una luz, pero esa vez era real y no el efecto de un golpe en la cabeza. El marinero había conseguido encender el candil. Vio su rostro oscuro, su pecho oscuro y sus manos oscuras. Estaba casi doblado en el estrecho espacio.

—Dejar las marcas negras —repitió.

—No sé a qué se refiere —susurró ella, parpadeando.

El hombre cerró un puño y lo movió de arriba abajo como si escribiera.

—Las marcas negras traer enfermedades —dijo.

—¿Está usted enfermo? No comprendo.

—Yo.

—¡Usted!

Pensó un momento, tratando de despejar su mente. ¿Qué tenía que ver la escritura con ese hombre y su salud? El hombre tensó el rostro y se formaron unas arrugas en sus mejillas. Parecía estar buscando algo que decir. A juzgar por sus rasgos y su fuerte constitución, la joven supuso que era nativo de las islas del Pacífico.

—Tú bruja. Ponerme enfermo con marcas negras. Bruja mala.

—¿Quién le ha dicho que las marcas negras le pondrían enfermo? —preguntó ella con desmayo.

—Darme marcas negras. Si no, yo matar a la bruja y tomarlas.

—¿Matarme? —susurró ella—. ¿Cómo?

El hombre le tomó la cabeza entre las manos y la echó hacia atrás. La soltó justo cuando ella empezaba a sentir dolor en el cuello.

—Morir deprisa —dijo él con satisfacción.

Rosalie se apoyó contra la pared jadeante; se llevó las manos al cuello para comprobar que seguía entera. Señaló la bolsa que colgaba en la cabecera de la litera. Había sacado hilos del extremo de la lona y luego atado los flecos según un dibujo elaborado al que añadió

hilos de color del pañuelo de seda hasta que casi toda la bolsa quedó cubierta con un borde decorativo. El hombre miró la bolsa y se apartó todo lo que pudo en aquel minúsculo espacio. Le tomó la mano y se la levantó para indicar que era ella la que debía tomar la bolsa. Rosalie miró sus decoraciones de colores con ojos nuevos. ¿Aquel hombre pensaba que la bolsa era algo mágico? La tomó y él se apretó contra la puerta, evitando cualquier posibilidad de contacto. El valor de Rosalie aumentó al ver el miedo de él.

—¿Quién ha dicho que las marcas negras son mágicas? —preguntó con toda la calma de que fue capaz.

—El hombre pequeño decir eso.

Lightner naturalmente. La joven asintió comprensiva. Lightner no quería destruirla diciendo a la tripulación que se acostaba con el capitán. En lugar de eso, pretendía jugar con la ignorancia de uno de los hombres, convencerlo de que era diabólica y hacer que la matara.

—Él también hace marcas negras —protestó—. ¿Son malas? ¿Ponen enferma a la gente?

—Hombre pequeño decir mujer mala hacer marcas negras, no hombre.

Rosalie metió la mano en la bolsa y el marinero dio un respingo.

—¿Quién es usted? —preguntó ella—. ¿Cómo se llama?

—Charley. Encargado del mastelero de velacho. La joven recordó el servicio de los domingos, en el que los hombres se ponían en fila para inspección. Aquél era el marinero alto que se situaba a la cabeza de un grupo de hombres. Sacó un cuaderno de la bolsa y lo agitó en la mano. El otro abrió mucho los ojos.

—Este libro lleva la cuenta de los viajes. El capitán también lleva un libro así. El cuaderno de bitácora. ¿Conoce el cuaderno de bitácora?

Charley asintió.

—¿Y es diabólico? ¿Causa enfermedades?

—No. Eso es del capitán. El capitán ser hombre. La mujer bruja.

—¿El señor Lightner ha dicho que era una bruja? El hombre asintió sin despegar los ojos del libro.

—¿Y qué más ha dicho?

El marinero pareció pensativo unos momentos y Rosalie decidió que estaba tratando de traducir sus pensamientos al inglés.

—Mujer odiarme. Hacer marcas negras para ponerme enfermo.

—¿Yo le odio?

—Sí.

—Ni siquiera le conozco. ¿Por qué iba a odiarle?

—Tú hacer mal —levantó las manos como si sujetara un sextante—. Barco contra rocas. Bruja.

—¿Soy una bruja que equivoca los cálculos para que no sepamos dónde estamos y choquemos contra las rocas?

Charley asintió vigorosamente.

—¿Y qué más ha dicho? —preguntó ella, cada vez más segura de sí misma.

Charley podía matarla, pero no lo haría mientras lo mantuviera a raya con la magia de su libro y sus palabras.

—Bruja hacer... —hizo un gesto como de cortar algo—. Bruja hacer... —repitió el gesto— si Charley...

Con una mirada de inspiración, se desabrochó la bragueta de sus pantalones de lona.

Entonces fue Rosalie la que retrocedió contra la pared. El marinero sacó su órgano flácido, hizo ademán de hacer el amor y se echó a reír.

—No —movió la cabeza, sonriente— Hombre pequeño mentir —se llevó un dedo al pecho y comenzó a abrocharse los pantalones—. Casa...

—¿Su casa? ¿De dónde es usted?

—Casa —repitió— Matar mujer mala—movió varias veces las caderas y se rió—. Placer no para bruja. Repitió de nuevo el movimiento de cortar con la mano y movió la cabeza.

Rosalie lo observó atentamente, tratando de comprender lo que decía. En el lugar del que procedía, mataban a las malas mujeres. Lightner le había dicho que podía desarmar a la bruja poseyéndola, pero Charley no lo creía.

—¿El señor Lightner le mintió al decirle cómo librarse de una bruja?

El hombre no comprendió la pregunta y se inclinó hacia ella. Rosalie levantó el libro como protección y él se apartó.

—¿Hombre pequeño dijo que el placer acabaría con el mal?

Charley se echó a reír y asintió.

—Hombre pequeño estúpido.

—Si es un estúpido, a lo mejor se equivoca con lo de las marcas negras. A lo mejor hombre pequeño es malo.

Eso preocupó a Charley. Retorció los labios y abrió y cerró la boca.

—Marcas negras —dijo ella despacio— me permiten hablar con la gente que está lejos.

El hombre no la creyó, ya que frunció el ceño.

—Las marcas negras son un modo de hablar que dura para siempre. Con las marcas negras, puedo hablar a la gente después de estar muerta.

Charley volvió a apretarse contra la puerta.

—El capitán hace marcas negras en el cuaderno de bitácora y, cuando vuelve a casa, las personas que no han navegado en el barco miran esas marcas negras y saben exactamente dónde ha estado.

El rostro del hombre mostraba sus dudas. Rosalie abrió el cuaderno al azar y por un momento pensó que Charley iba a salir corriendo.

—Espere —suplicó—. Mire las marcas negras. No le harán nada.

Charley miró el libro por el rabillo del ojo.

—Aquí dice —señaló cada palabra con el dedo«Esta noche, los piratas atacaron el Alazán Perlado, pero fueron rechazados. El capitán Elliot dijo que sólo duró diez minutos, pero parecieron horas. Yo estaba agotada por...»

—Piratas —exclamó Charley de repente. Extendió su brazo—. ¡Boom! Morir.

—¿Usted estaba en los cañones?

—Sí.

Rosalie señaló la siguiente línea y empujó el cuaderno hacia él. El hombre lo miró con prevención, pero no se apartó.

—Estas palabras dicen: «los hombres de los cañones utilizaron pólvora y...»

—Pólvora —sonrió él.

—Es esa palabra de ahí. Esa marca negra dice «pólvora».

Charley se volvió lo bastante bravo para inclinarse hacia el libro y mirar el lugar indicado.

—¿Las marcas negras hablar? —preguntó con aire de duda.

—Hablan a la gente que sabe leer.

Metió una mano en la bolsa y Charley volvió a alejarse de ella. La joven apartó el corcho del tintero, y tomó la pluma.

—Mire —ordenó—. Voy a escribir: «Esta noche, Charley, el encargado del mastelero de velacho, ha venido a verme porque le habían dicho que la escritura es magia que puede hacerle enfermar» —señaló una palabra—. Ese es su nombre. «Charley». Y eso es «enfermar».

En lugar de aplacarse, el marinero pareció más asustado que antes.

—Charley en marcas negras —susurró. Señaló el cuaderno y repitió con miedo.

—Charley en marcas negras.

—Puedo escribir el nombre de quien quiera en mi libro —se apresuró a aclarar ella. Escribió «Elliot»—. Este es el nombre del capitán. Elliot. El capitán me dio este libro. ¿Cree usted que me lo habría dado si fuera malo? ¿Si pudiera hacer chocar el barco contra las rocas o hacer enfermar a la tripulación? El capitán quiere el barco y a sus hombres.

—Capitán bueno —asintió Charley.

—Y él me dio el libro para hacer las marcas negras. Charley se quedó un instante pensativo y luego se sentó a su lado en la litera. Rosalie se apartó de él instintivamente, pero no tardó en comprender que debía seguir demostrando fuerza. Aquel hombre todavía podía matarla, pero no tenía intención de violarla. Le tomó la mano y la colocó

sobre el cuaderno. Charley la miró con ojos muy abiertos, pero no apartó la mano.

—¿Lo ve? Este libro no le pone enfermo. Las marcas negras no son malas. Hablan.

—Hablar —repitió él, quizá para darse valor. Separó los dedos y rozó con ellos las líneas escritas —. No hablar a mí —dijo.

—Es una charla silenciosa. No hay ruido. Las palabras se oyen aquí —dijo ella, señalando su cabeza.

—Yo no oírlas.

—Las palabras de las marcas negras se pueden aprender. ¿Le gustaría aprender a usted?

El rostro de Charley indicó que no entendía.

—¿Yo ayudarle a oír las palabras? —preguntó ella. El hombre negó con la cabeza.

—El señor Lightner puede oír las palabra de las marcas negras y también pueden el capitán y el señor Becker. Y el señor Barber y el señor Loti.

—¿Loti? —preguntó él, admirado—. Loti ser como yo, vivir mismo sitio.

—Y Loti ha aprendido a leer. Puede oír las palabras de las marcas negras.

Charley estaba sentado a su lado con el rostro bajo, así que ella no podía descifrar su expresión. Sus manos se retorcían entre sus imponentes muslos.

—¿Marcas negras hablarme a mí? —susurró—. ¿Mujer ayudarme?

—Sí. Yo puedo enseñarle. Le enseñaré a escribir y a leer. A hacer las marcas y a oírlas.

Estaba preparada para una sonrisa de placer y quizá un asentimiento formal. Pero Charley se levantó de la litera y se postró ante ella en el minúsculo espacio del camarote.

Pronunció palabras que ella no entendió, palabras en su propio idioma. Pero su tono de adoración y respeto era inconfundible.

Ocho

Rosalie vaciló varias veces antes de armarse de valor y llamar al camarote del capitán. Había intentado hablarle durante el día y ya no podía retrasarlo más. El largo crepúsculo del norte iluminaba las ventanas. Charley esperaba una respuesta definitiva al día siguiente y no podía seguir adelante sin el permiso de Elliot. Enseñar a leer y escribir a un miembro de la tripulación podía acarrear consecuencias que no comprendía.

—Sí —dijo su voz profunda detrás de la puerta. La joven levantó el picaporte, se enderezó todo lo que pudo y se enfrentó al capitán.

—¿Puedo hablar con usted, señor?

Elliot estaba sentado delante de la tabla con bisagras y cadenas que le servía de mesa.

—Sí —repuso. Dejó la pluma y se puso en pie Será mejor que hablemos en el camarote principal. Rosalie asintió agradecida. Con Lightner encizañando a la tripulación, lo mejor era no dar motivos para cotilleos. Él se sentó en el banco, pero ella permaneció de pie, como haría un miembro de la tripulación al dirigirse al capitán.

—Anoche, Charley, el encargado del mastelero de velacho, vino a hablarme.

Tenía que tener cuidado para no dar a entender cómo había empezado su conversación. No quería que Charley se metiera en líos después de haber sido engañado por Lightner.

—Sí.

—La escritura lo confunde. Me vio escribir en la cubierta y creyó que era alguna clase de magia.

—No es una idea rara entre los primitivos —asintió él—. Ni tampoco resulta rara entre los analfabetos de Inglaterra.

—Quiere aprender a leer y escribir y yo le dije que le enseñaría si usted no tiene inconveniente.

—¿Por qué iba a tener inconveniente? —preguntó él—. Y siéntese, por favor.

La joven se dejó caer en el banco, pero no a su lado.

—No sabía si le gustaría que las clases inferiores aprendieran a leer.

—Charley no es de clase inferior. Su padre es un jefe en su isla. Aplica la ley, toma decisiones importantes, pero no es rey porque la gente puede librarse de él si no hace bien su trabajo. Charley está en el barco para ganar prestigio. Quiere suceder a su padre, pero como la sucesión no es automática, tiene que establecerse como un hombre poderoso por derecho propio.

A Rosalie le latía con fuerza el corazón. La noche anterior había estado más cerca de morir de lo que pensaba. Charley, en su calidad de hijo del jefe, probablemente había considerado su deber librar al barco de la bruja.

—¿Entonces no hay inconveniente? —preguntó débilmente.

—Ninguno, siempre que no interfiera con su trabajo. ¿De dónde piensa sacar papel y tinta para ese proyecto?

—No había pensado en eso —admitió ella.

—A bordo no hay suministros suficientes para llevar una escuela. Tendrá que pensar en algo que sustituya el papel y la tinta.

—No pienso llevar una escuela —lo corrigió ella—. Sólo será Charley.

—Casi la mitad de la tripulación es analfabeta o sabe poco más que escribir su nombre. Los de Nueva Inglaterra y Escocia normalmente saben leer y escribir. Los ingleses y los nativos no. En cuanto descubran que está dispuesta a enseñarles, se le echarán encima como una plaga de langosta. ¿Estás dispuesta a llevar una clase de quince o veinte hombres adultos?

—Si se portan bien, no me importaría. Y toda la tripulación parece mostrarse muy cooperativa, así que no creo que hubiera problemas.

—La cooperación es una de mis normas —levantó un pie y se miró la bota con aire casual—. ¿Cómo vino Charley a hablar con usted? —preguntó.

Rosalie trató de buscar una respuesta adecuada, pero no se le ocurrió ninguna.

—Charley no tiene nada que hacer ni en su camarote ni en esta sala. ¿Salió usted a cubierta por su cuenta?

Pronunció las últimas palabras en voz tan baja que ella apenas si las comprendió.

—No, no he salido de aquí sin permiso. Y prefiero no decir más, ya que no quiero comprometer a Charley.

—¿Cómo? —preguntó él entre dientes y mirándola a los ojos.

Rosalie retrocedió.

—Vino a mi camarote —repuso.

Salvaje extendió una mano y le agarró con fuerza el brazo.

—¿Para pedirle que le enseñara a leer y escribir?—preguntó con burla a poca distancia de su rostro.

—Sí —mintió ella. Volvió la cabeza para evitarlo. Elliot se puso en pie delante de ella.

Sus manos descansaron sobre los hombros de la joven.

—Míreme —ordenó.

Rosalie levantó la vista hacia él y se estremeció. Aquel hombre era capaz de cualquier cosa.

—Soy el capitán de este barco —gritó—. Cuando ocurre algo, espero ser informado de ello. No me gustan los secretos y no me gusta que me mientan —la presión de sus dedos se acentuó—. Toda la tripulación sabe que no debe mentirme, pero usted no lo ha aprendido todavía, ¿verdad? ¿Por qué fue Charley a su camarote?

El dolor de sus hombros se extendió hasta sus brazos, pero Rosalie tenía miedo de gritar, miedo de protestar, ya que si le soltaba los hombros, la golpearía.

—¿Por qué fue a su camarote? —preguntó de nuevo—. ¿Ha decidido usted empezar una carrera nueva y ganar un dinero extra? —su voz se redujo a un susurro—. ¿Ha superado su aversión a la bestia que llevan los hombres dentro o esa aversión es sólo hacia mí? Vamos. Conteste. Vale más que confiese de inmediato, ya que tengo modos de obligarla a hacerlo y no dudaré en utilizarlos si es necesario.

Una carcajada amenazadora subrayó sus palabras.

—Dentro de dos minutos estará dispuesta a jurar que Charley y usted se vieron en la luna, estará dispuesta a admitir lo que sea con tal de detener lo que pienso hacerle.

Rosalie abrió la boca, pero de ella sólo salió un grito de terror. Movió la cabeza confusa, comprendiendo sólo a medias lo que quería negar. Las manos de Salvaje tiraron de ella. Cuando la dejó caer al suelo, soltó un grito de miedo y dolor. Sus piernas cedieron y se quedó postrada ante él. La postración de Charley había expresado agradecimiento y adoración; aquella era completamente distinta. Elliot ejercitaba su brutal dominio sobre ella. Su pecho se estremeció al pensar lo que podía obligarle a hacer. Era un monstruo cruel y despreciable.

—¡Le odio! —gritó.

Las manos de él la tumbaron por completo en el suelo.

—¡Dígamelo! —gritó.

—Se lo diré —dijo ella con calma.

El hombre la tomó en brazos. Rosalie colgaba en sus manos como una muñeca de trapo.

—No me haga daño, por favor —suplicó. Salvaje la empujó sobre el banco.

—No me obligue nunca a repetir esto —gritó—. Tiene que contarme todo lo que ocurre en este barco. Aquí no hay intimidad. Cuando yo pregunto, usted responde. ¿Qué ocurrió en su camarote? ¿Por qué vino Charley?

—Para matarme —dijo ella con sencillez—. El señor Lightner lo convenció de que era una bruja y en el lugar donde vive Charley matan a las brujas. Me mostró cómo lo hacían, rompiéndoles el cuello.

—¡Santo cielo! —se dejó caer a su lado en el banco. Cuéntemelo todo. Tal vez ahorque a Lightner.

—¡No, no! —susurró Rosalie, temerosa de su humor violento—. Tiene que comprenderlo. Lightner tiene miedo de que le robe su trabajo. Lo he puesto en ridículo delante de los hombres, aunque no fuera mi intención y...

—Es un imbécil que no puede admitir que estaba equivocado. Usted no tuvo nada que ver con eso. Simplemente demostró ser más lista que él.

Tenía que hacer que siguiera hablando de Lightner.

—¿Por qué lo contrató?

—Folkstone, mi viejo navegante, dejó el barco en Canton.

—¿Y tuvo que reemplazarlo en Calcuta?

—Sí. Y bastante deprisa. Lightner conocía a Becker de cuando sirvieron juntos hace años en un viaje a Canton. Lo tomé con la recomendación de Becker y éste está ahora arrepentido del resultado. He intentado decirle que nuestra primera impresión de la gente suele ser equivocada. Cuénteme el resto. ¿Por qué fue Charley a su camarote?

Rosalie disciplinó su mente hasta librarla de todo lo que no fueran los recuerdos de ese media hora con Charley. Trató de imitar sus gestos y lenguaje. Cuando llegó a la parte en la que Charley se burlaba de la creencia de Lightner de que el sexo desarmaría a una bruja, bajó la voz.

—¿Se rió? —preguntó Salvaje.

—Sí, lo encontró muy divertido y me mostró que Lightner era un tonto por creer esas cosas. Lo llamo... lo llamó «placer» y dijo que no era algo que un hombre quisiera darle a una bruja.

Elliot se inclinó, se llevó los nudillos a la frente y empezó a reírse a carcajadas. Rosalie no sabía bien qué era lo que le hacía tanta gracia. Quizá se reía de ella, como se había reído con lady Margaret a su costa. Se quedó muy quieta y esperó a que terminaran sus carcajadas.

—¿Cómo se lo mostró? —preguntó.

—¿Tengo que decírselo?

—Sí.

—Se abrió los pantalones y movió las caderas —susurró ella entre dientes.

El capitán volvió a reír a carcajadas.

—Me hubiera encantado presenciar esa entrevista. La joven miró hacia la claraboya. Sólo estaba abierta una o dos pulgadas, pero eso bastaba para que alguien pudiera oír todo lo que decían.

—¿Y al final Charley le pidió que le enseñara a leer y escribir?

—Sí. Cuando comprendió que el señor Loti sabía leer y que usted me había dado el cuaderno. Se negó a creer que usted pudiera hacer nada que pusiera en peligro el barco. ¿Por qué se ha reído? —preguntó.

—Estaba pensando que, si la relación carnal pudiera curar la brujería, las acusaciones serían innumerables. Siempre que un barco llegara a puerto, el número de brujas se multiplicaría por centenares. Los cielos se llenarían de escobas y los gatos negros se apoderarían de la ciudad.

Rosalie se echó a reír a su vez, y Elliot la acompañó. Un balanceo inesperado del barco lo arrojó contra ella. Cuando se apartó, la mano de la joven descansaba en la suya. Se la llevó a los labios y la besó con gentileza.

—Siento haberle hecho daño —dijo con suavidad. El tono de su voz, la callosidad de la mano que apretaba la suya, puso fin al torbellino de emociones de la joven. Sus ojos se humedecieron y una lágrima rodó por su mejilla.

—Le prometo que no tendré secretos con usted. Sólo quería proteger a Charley. A partir de ahora trataré de tener en cuenta la dificultad de su posición —susurró—. Le diré todo lo que quiera saber.

—¿Eso es una promesa a un capitán o a un amigo? Rosalie movió la cabeza, incapaz de decir más. Bajó la cabeza hasta que su cabello rozó sus rodillas. La mano de él apretó la suya con fuerza y no trató de apartarla. Aquel hombre la dominaba por completo, ¿pero era como amigo o como capitán? Nunca en su vida se había sentido tan rodeada por la fuerza de un hombre excepto en aquel momento terrorífico en el que temió que su padre la hubiera visto al pie de las escaleras.

—Mi promesa es para el capitán del Alazán Perlado —dijo al fin—. Usted tiene en sus

manos la seguridad de todos nosotros y yo le debo la vida. El doctor Hampton dijo que no quiso dejarme en Sumatra.

—No, no quise.

—Podría haberlo hecho.

—Podría, pero habría tenido que vivir el resto de mi vida con los remordimientos de esa acción. Cuando un hombre hace algo malo, en particular a una mujer, puede pensar que todo eso quedará olvidado en el pasado. Pero detrás de ese muro de silencio, la tormenta de los remordimientos no cesa nunca. Entonces hace cosas para ignorar ese ruido y sólo consigue hacer más daño. Al final aparece un vengador y lo condena a un infierno eterno en el que sólo existe ese ruido.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo procedo de un hombre que hizo eso.

Rosalie recordó el comentario de su tío sobre la doncella que había dado a luz a aquel hombre.

—¿Su padre? —preguntó.

—Sí.

La joven esperó que siguiera, sorprendida por la repentina intimidad de la conversación y su calma ante la calidez que, procedente de él, se extendía por su mano y brazo hasta llegar al corazón.

—Mi padre dejó embarazada a una doncella, una mujer morena que llamó su atención cuando llegó a su casa a los catorce años. Le hubiera gustado desterrarla a la aldea de la que procedía, pero una fiebre atacó el distrito, mató a su hermosa esposa y redujo a su hijo legítimo a un estado esquelético del que nadie esperaba que sobreviviera. Miró entonces el vientre de la doncella y la llevó a Londres, donde llevó a cabo la ceremonia que convertiría a ese hijo en legítimo. No se paró a pensar que esa misma ceremonia también convertía en condesa a la joven alta e ignorante.

Se enderezó y mantuvo la vista fija al frente. Rosalie movió la cabeza ante el contraste

entre el caballero que hablaba en ese momento y el bruto descontrolado de un rato antes.

—Llevó a la joven de vuelta a la casa de sus antepasados pocos días antes de que diera a luz un hijo en una habitación cercana a la que yacía moribundo el hijo rubio. Alabó a su nueva esposa y encontró maravilloso el hijo que le dio. La llenó de regalos y le juró amor. Yació con ella y le hizo otro hijo. Las cosas podían haber continuado así, pero había una niñera que adoraba al primer hijo, que le era tan fiel que unió aquel pequeño cuerpo al suyo y consiguió salvarlo. A medida que pasaban los meses y el niño se recuperaba, mi padre empezó a despreciar al chico moreno y torpe y a su madre analfabeta. En el cuerpo frágil del rubio percibía los rasgos de su primera esposa y su recuerdo la convirtió en una santa. Su amor por la sirvienta no pudo sobrevivir el renacimiento a la vida de su primer hijo. Hizo una pausa.

—Llevó a su hijo mayor a Londres y dejó a su esposa en una cabaña de su propiedad. Allí ésta le dio una hija, mi hermana. Veíamos muy poco a nuestro padre, pero, por mucho que lo intentara, no podía encerrarnos por completo en otro mundo. Nosotros tres éramos parte de su vida. Debido a esa ceremonia, no podía volver a casarse. Trató de anular el matrimonio, pero el clérigo que había celebrado la boda había ascendido a obispo y se interpuso en lo que él consideraba un crimen. Mi padre no pudo hacernos desaparecer, así que nos trató cada vez con mayor desdén. Mi madre murió cuando yo tenía diez años. Vino a disponer de sus hijos, que le recordaban el mal hecho a su madre.

Su alegría por la muerte de mi madre me dio náuseas, me hizo odiarlo. Me informó de que entraría al servicio de la Compañía Oriental de las Indias. A mi hermana la envió a vivir a una comunidad de mujeres religiosas.

Y esbozó una sonrisa amarga:

—Doce años más tarde murió él convertido en alcohólico. Creo que trató de ahogar en el alcohol el ruido que atormentaba su alma. Lo vi una vez más, cuando volví a Inglaterra convertido en primer oficial y con la recomendación de que asumiera el mando de un barco, pero yo sólo tenía veinte años. Pensé que, como hijo de un conde, podría disfrutar un

poco de la temporada de Londres. Las damas de la sociedad se burlaron de mi pobreza y de mi trabajo. Mi padre y mi hermano me despreciaron. Mi hermano, un pelele insignificante y mi padre, un borracho y jugador, creían que se rebajarían si tenían algo que ver con alguien que se ocupaba en el comercio. Fui a casa de mi padre y lo obligué a verme. Descubrí el pobre estado de la fortuna familiar y juré que volvería a Inglaterra rico y que mi hermano y él no tocarían mi dinero hasta que pidieran perdón de rodillas por lo que habían hecho.

Se cubrió los ojos con la mano libre y se inclinó hacia delante, como si el recuerdo le causara un dolor horrible. A continuación se enderezó, soltó la mano de Rosalie y se volvió hacia ella.

—Si la hubiera dejado en Sumatra, dentro de veinte años viviría temeroso de que un joven moreno, concebido por usted en la crueldad de un harén, viniera a vengarse de mí por el mal hecho a su madre. Usted habría quedado confinada en silencio, muy lejos de mí, pero los gritos de sus acusaciones me habrían ensordecido.

—¿Por eso no me violó cuando tuvo la oportunidad?

—Sí. Ejercer esa clase de violencia sobre una mujer disminuye a un hombre. Hasta la idea de enviarla de vuelta a Calcuta me resultaba incómoda.

—Pues no lo demostraba—dijo ella con sorna. Elliot aceptó la crítica con un movimiento de cabeza.

—Soy responsable de mi barco y de mi tripulación. Ese deber es más importante que todo lo demás. Y... —sonrió con timidez— creía que una joven que tuviera el coraje y la inteligencia de meterse de polizón en un barco, tenía también el talento de eludir un matrimonio no deseado.

—Puede que así hubiera sido, pero entonces yo no lo creía así. Y había otras cosas que me obligaban a huir de cualquier modo.

—¿Más importantes que el matrimonio con Freemantle?

—Sí. Había sido invitada a la casa de los Allinson. Lady Margaret quería presentarme a

unos amigos. Decliné la invitación, pero ella se mostró insistente.

—Ya pensé que ocurriría eso —musitó él—. Casi todas las mujeres jóvenes y atractivas que llegan a Calcuta se ven atraídas a ese círculo. A la mayoría no parece importarles una vez que se acostumbran.

La moral de Calcuta siempre sorprende un poco a los recién llegados de Inglaterra.

—¿Moral? —preguntó ella atónita—. Yo no encontré nada de moral en sus vidas.

—En la sociedad de Calcuta hay unas normas tan estrictas como en la de Inglaterra. Una mujer joven y hermosa pasa de hombre a hombre durante cierto tiempo, hasta que ya no se puede ocultar su estado. Entonces la casan. A veces con un hombre del círculo inferior que haya demostrado un interés especial por ella, pero no es lo más frecuente. A menudo la casan con un capitán de barco que pasa mucho tiempo fuera y que quiere hacer méritos ante los ojos de la Compañía.

—¿Y él permite que continúe todo igual?

—Ya le he dicho que se trata de un hombre que quiere adquirir poder en la Compañía.

Los hijos de la mujer son una miscelánea, pero ella es la esposa de un hombre que tiene una posición segura. A menos, claro, que su esposo muera y se quede con su colección de hijos y sin nadie a quien le importe si vive o muere.

—¿Me habrían forzado? —preguntó ella débilmente—. Si yo no hubiera querido hacer eso, ¿sir Hall me habría obligado?

—Puede que sir Hall no, pero hay hombres a los que les gustaría hacer justamente eso.

A lady Margaret le gusta elegir al hombre que debe estar la primera vez con una mujer.

Es la encargada de buscar mujeres jóvenes más o menos como la esposa principal de un rajá busca chicas vírgenes para llenar el harén de su señor.

—¿Y todo el mundo acepta ese horror? —gritó ella.

—No todos. Pero no debe olvidar que la mayor parte de los hombres son solteros y que hay escasez de mujeres hermosas. Y no todas las mujeres se muestran tan moralistas como usted. Muchas disfrutan de la libertad de su posición, de no estar muy atadas al

esposo y a la casa, y acaban con riqueza y poder. La mayor desgracia de una mujer es que no consiga concebir un hijo, porque entonces no es necesario buscarle un marido y no tiene más destino que ir ajando en el rango de los hombres a los que sirve. Rosalie se estremeció.

—¿Y eso fue lo que pensó usted de mí cuando coqueteé con usted en el baile?

—Por supuesto. Creí que ya había entrado en el círculo. Debería sentirse halagada por esa suposición, ya que sólo la chicas más hermosas que llegan son invitadas e participar. Su prima Emily no tiene ninguna posibilidad.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la joven, con sinceridad—. Y le doy las gracias de todo corazón por haberme salvado de las garras de lady Margaret.

—Yo no he hecho nada semejante. Con el tiempo regresaremos a Calcuta y volverá a hallarse en esa sociedad. No la rechace de antemano. Algunas mujeres la encuentran muy beneficiosa. Es un modo de conseguir un esposo y cierta preeminencia en la India.

—Yo no tengo intención de quedarme en la India —dijo ella con firmeza.

—Después de un año en el Alazán Perlado, tal vez no tenga elección. Usted me suplicó que la dejara quedarse a bordo, pero su estancia aquí destruye su reputación. Ya no la aceptará ningún hombre honorable. No tiene dinero ni un título para superar ese problema. Píenselo bien antes de negar su cuerpo a esos hombres. Puede ser la única opción que le queda. Y una mujer de su imaginación puede considerarlo una vida interesante y retadora.

A Rosalie se le revolvió el estómago y su frente se llenó de sudor. Quería golpearlo por aquel comentario escandaloso, pero sus manos estaban paralizadas por la verdad que escondían sus horribles palabras.

No había escapado y Elliot no le ofrecía consuelo de que pudiera escapar nunca. Volvería a subir la escalera con lady Margaret hacia el lugar en el que la esperara otro hombre que quisiera conocerla.

—¿Hay algo más que quiera decirme de Charley antes de que le dé permiso para darle

clases? —preguntó él con gentileza.

La joven comprendió que deseaba apartar su mente del futuro y hacer que se concentrara en cosas más inmediatas.

—No es inevitable —dijo el hombre con gentileza—. Usted es una mujer fuerte. Quizá pueda construirse un futuro propio. Yo le ayudaré todo lo que pueda.

—¿Se casará conmigo? —preguntó ella desesperada.

—No. Ya le dije hace tiempo que estoy casado con el Alazán Perlado. Este barco es lo que me permitirá realizarme. Gracias a él volveré a Inglaterra rico, lo bastante rico para vengarme. Mi padre escapó de mi venganza con su muerte, pero mi hermano la sentirá. Me suplicará dinero, préstamos, y yo lo apartaré como aparto ahora a un mosquito. Y si consigue engendrar un hijo, lo humillaré como me humillaron a mí. Las mujeres de la sociedad harán cola para presentarme a sus hijas, ya que mi riqueza hará olvidar el nombre de mi madre. Les dejaré hacer el ridículo, les tenderé trampas y las destruiré. Luego me alejaré sin hacer la proposición que esperan. Quedarán arruinadas.

Rosalie se encogió.

—Yo soy una de esas mujeres —dijo débilmente.

—Lo sé.

—¿y cómo puede pensar en hacer una cosa así? —preguntó ella con severidad—. Alaba su virtud al no hacerme daño, afirma que tiene miedo de los remordimientos que sentiría si perjudicara a una mujer. Pero está dispuesto a planear la destrucción de mujeres a las que no conoce. ¿Su destino no lo atormentará?

—Es muy distinto —repuso él—. Sólo engañaré a mujeres ambiciosas, mujeres controladas por la avaricia que se merecen lo que les pase. Su destrucción provendrá de sus propios actos, no de los míos.

Rosalie movió la cabeza en señal de desacuerdo, pero él no le prestó atención.

—¿Ocurrió algo más entre Charley y usted? —preguntó, abandonando la conversación personal. Quiero toda la verdad.

—Ocurrió algo antes de marcharse y no comprendo lo que significa. Se arrodilló a mis pies y dijo algo en un lenguaje que no entiendo. Me sentí como si fuera una diosa pagana y me estuviera adorando.

—Nunca se sabe con esos isleños —repuso el hombre—. Conocemos poco sus rituales y su religión. Ya le dije una vez que usted tenía el cabello de Pele. —Sí.

—Quizá Charley lo notara también. No puedo recordar si es una diosa de su isla. Ahora tengo que volver al trabajo.

Rosalie permaneció unos minutos sentada en la sala principal y luego, cuando apareció Kranz a encender el farol, huyó a la intimidad de su pequeño camarote. El candil colgaba ya encima de su litera. Levantó las manos para apagarlo y sintió dolor en los hombros. Se apartó la camisa y descubrió las marcas de los dedos de Elliot sobre su piel.

Apagó el candil de un soplo y se acurrucó en la litera completamente vestida. Aquellas marcas sólo eran una parte del daño que le había hecho. Verbalmente la había arrojado a un agujero profundo, dejándola después para que saliera de él por sí misma.

Lo odiaba, y, sin embargo, le había consolado que le tomara la mano. Odiaba su dominio, pero deseaba ampararse en la protección de su fuerza. Despreciaba su naturaleza viciosa, capaz de planear una venganza sobre un niño que todavía no había nacido, sobre mujeres que no tenían nada que ver con su rechazo, pero ansiaba consolarlo por la brutalidad de que había sido objeto de niño.

Se movió en la litera y derramó lágrimas de frustración. No tenía ningún modo de combatirlo. Era un salvaje, que cambiaba rápidamente de humor. Estaba atrapada en su extraña idea de la moralidad. No la violaría, pero la devolvería a sir Hall y sus secuaces para un destino aún peor. No la abandonaría en Sumatra, pero le dejaría que se buscara la vida en Calcuta, alentándola a ser la esclava de hombres calculadores.

Si atracaban en una de esas extrañas islas del Pacífico, ¿protestaría si algún jefe que se pareciera a Charley la pidiera para sacrificarla a algún dios pagano? El no poder responder a esa pregunta acrecentaba el miedo que él le producía.

Se quedó dormida, pero eso no consiguió aliviarla.

...Siguió a lady Margaret por la escalera de madera. Gritó, suplicó que no la obligaran a hacer las cosas que la esperaban arriba, pero una fuerza externa controlaba sus pies y no tenía más remedio que seguir adelante.

Las tallas se movieron, cobraron vida, y se vio rodeada por demonios de muchos brazos, todos los cuales la abrazaban y tocaban de un modo abominable. Uno tenía el rostro amplio de Charley y sonreía al oír sus gritos. Su ropa desapareció.

—Bruja, yo matar —murmuró.

Los demonios se convirtieron en hombres. La rodearon sin prestar atención a sus gritos ni al dolor que la invadía. Hablaron de la moda de Londres sobre su cuerpo tendido. Sabía que debería escuchar y recordar porque si no sabía lo que le decían, no tendría el niño que querían y tendría que someterse una y otra vez a aquella humillación.

Yacía en el suelo, con el cuerpo retorcido por el dolor. Una figura enorme se inclinaba sobre ella. Ya no era Charley, sino Elliot, que sujetaba una vara en su mano levantada.

Esperó el golpe, paralizada. Lo único que podía hacer era gritar y gritar...

—¡Rosalie!

La abrazó y ella no consiguió liberarse.

—¡Rosalie! ¿Qué te ocurre?

La luz entraba por la puerta abierta de su camarote y los fuertes brazos de él la sujetaban.

—Rosalie, no es nada. Es una pesadilla.

Se debatió en sus brazos, decidida a evitar el abrazo final, pero entonces vio a Kranz de pie en el umbral con un farol en las manos. Gritó aterrorizada y el sonido de su grito la despertó del todo. A la luz amarillenta del farol, vio la bolsa que colgaba sobre su cabeza. Se apoyó contra Elliot, le echó los brazos al cuello y se apretó contra su cuerpo.

—No pasa nada, Rosalie —le susurró él al oído—. Eso es todo, Kranz, ya puedes retirarte —dijo en voz alta. La luz amarillenta desapareció y sólo quedó el consuelo de su voz, el calor de su

cuerpo, el contacto gentil de sus manos. Rosalie movió las piernas y descubrió que estaba entera, aunque todavía sentía el dolor causado por el sueño.

—Tengo frío —susurró.

El viento de la noche había atravesado sus ropas. Sentía frío hasta en los huesos. Se apretó contra el calor de él, encontró una manta con una mano y se la echó por encima con torpeza. La pesadilla comenzaba a alejarse, pero las partes más horribles seguían claras en su mente.

—Por favor, no me hagas nada —suplicó—. Haré lo que quieras, te lo contaré todo, pero, por favor, no me hagas nada.

—¿Era eso lo que soñabas? ¿Que yo te hacía algo?

—Sí. En parte —confesó ella.

—¿Qué te hacía?

—Una vara. Ibas a golpearme con una vara y a mí me dolía todo y no podía moverme.

Las manos de él acariciaron su cabello, apartándolo de su rostro. La besó con gentileza en la frente.

—¿Qué había hecho para causarte tanto dolor? —susurró.

—Nada. Me lo habían hecho otros hombres, pero sabía que lo que tú pensabas hacer sería todavía peor. Y luego Charley me mataría.

Elliot se balanceó adelante y atrás, acunándola como si fuera un bebé.

—Perdóname, Rosalie. Por favor, perdóname.

Nuevamente Salvaje subió a cubierta y se metió entre la niebla fría. Los marineros que manejaban la bomba estaban ya preparados. Se volvió despacio bajo el chorro de agua fría. Kranz lo esperaba con su bata preparada y, cuando le indicó que ya había tenido bastante, le cubrió el cuerpo con ella. De regreso en su camarote, despidió al sirviente.

—Me vestiré solo —dijo.

Pero no buscó su ropa, sino que permaneció sentado en el borde de su litera. Hubiera dado cualquier cosa, todo lo que tenía, por borrar lo ocurrido la noche anterior. El

recuerdo del modo en que la había agarrado, haciéndole daño intencionadamente, obligándola a arrodillarse ante él, corroía su cerebro.

Había justificado su acción con la excusa de que tenía que saber lo ocurrido entre Charley y ella, pero sabía la verdad, y la verdad era más dolorosa de lo que había imaginado.

¿Cuándo había empezado a amarla?

La había deseado desde el principio, sí, pero eso había sido pura lujuria. La lujuria que sigue a varias semanas de abstinencia y a la que se da rienda suelta en tierra con la primera mujer que se pone por delante.

Su lujuria le había impedido abandonarla en Sumatra, porque no soportaba la idea de Imaginarla al servicio de algún sultán. Y había estado a punto de golpearla por la visita inocente de Charley a su camarote. ¿0 no había sido tan inocente?

No había podido dormir y la narración que le hiciera ella de su conversación con Charley ya no parecía tener sentido. Pero estaba seguro de que había sido inocente en términos de sexo. Lanzó un gemido al pensar que tenía que hacer algo con Lightner. Sus tonterías habían estado a punto de provocar un asesinato. Si Charley le hubiera partido el cuello a Rosalie, él, como capitán, no habría tenido más remedio que colgar a Charley. Llegados a ese punto, :el marinero habría contado, antes de morir, algo que implicara a Lightner, o éste habría quedado libre?

Se estremeció al pensar en el cuerpo de Rosalie arrojado al Pacífico. Tenía que protegerla hasta que ya no la amara. En los próximos ocho meses, haría algo que lo disgustara tanto que su amor se evaporaría y ya no le costaría nada dejarla en las cloacas de Calcuta.

La idea de que Allinson y sus amigos se apoderaran de ella le hizo sudar. ¿Cuánto duraba el amor? ¿Sobreviviría hasta que regresaran a Calcuta y se vería obligado a cuidarla y defenderla incluso entonces?

La enviaría a casa, que es lo que debía haber hecho al principio. ¿Podría soportar hacerlo mientras todavía la amaba? ¿Conseguiría separarse de ella cuando la deseaba

tanto?

Cerró los ojos y se imaginó atrayéndola lentamente hacia él, no como en el torpe ataque iniciado en Calcuta. Aquella mañana, después de la pesadilla, la joven le había rodeado el cuello con los brazos y le había dejado acariciar su cabello y su rostro. Se había acurrucado contra él como hace una mujer después de la pasión, una mujer que espera ver si el hombre podrá volver a satisfacerla. Imaginó cómo lo acariciaría una vez que superara su miedo y timidez.

Abrió los ojos y se encontró solo en el camarote, completamente excitado y sin poder hacer nada al respecto. Respiró hondo varias veces y empezó a vestirse. Era un sueño imposible y debía afrontarlo. Si la poseía, violaría el acuerdo implícito entre él y cincuenta hombres más. Lo compartían todo: el frío, la comida, las tormentas, el calor. Incluso compartían la tortura que embargaba sus cuerpos cuando ansiaban el contacto de una mujer.

Por un instante, maldijo su presencia, pero luego recordó que seis por nueve no eran sesenta y tres. Se dijo que alguna otra persona habría reparado en aquel error, pero no estaba seguro y la idea del Alazán Perlado estrellándose contra las rocas le hacía temblar.

Pronto llegarían a Pavlovsk. Buscaría una mujer rolliza, si es que había alguna que se hubiera unido ese verano a la caza. Cuando se hubiera descargado sexualmente, terminarían sus dificultades. Aquella idea le dio algo de confianza. Se vistió para volver a cubierta. Una vez en la América rusa, la tripulación entera tendría ocasión de disfrutar de los placeres de tierra firme. Luego irían a las islas Sándwich a recargar provisiones. Se esforzó por recordar a las mujeres de las islas. Más tarde Canton y después otra vez Calcuta.

—¡Tierra a la vista! —gritó una voz en cubierta. Se encogió de hombros y salió de su camarote. Rosalie lo esperaba en la puerta del suyo.

—¿Puedo subir a cubierta, por favor?

—Todavía no hay nada que ver en cubierta —le explicó él—. El grito ha venido de la vela

mayor.

La expresión de ella era tan ansiosa que se replanteó su respuesta. No le había dicho que no, así que no se estaría contradiciendo si le permitía subir.

—Puede subir.

—Gracias —repuso ella sin sonreír.

—Abríguese. Hace mucha humedad.

Mientras subía las escaleras, pensó que era una mujer a la que valía la pena amar. Y aquel aspecto suyo de perro apaleado era obra suya y a él le correspondía cambiarlo.

—¿Quién ha gritado? —preguntó al señor Barber.

—Charley, desde el palo mayor.

—Dile que venga aquí a informarme.

Barber lo miró con curiosidad. Salvaje sabía que esperaba una explicación a aquel hecho inusual, pero no se la dio. Barber vaciló sólo un segundo antes de acercarse a reclamar la presencia de Charley.

Elliot estaba seguro de que alguien le habría oído gritarle a Rosalie la noche anterior y Charley estaría asustado. Lo observó bajar del palo y avanzar hacia él. Se volvió, como si la presencia del otro fuera la cosa más común del mundo. Lightner estaba en la barandilla, mirando en dirección al horizonte con los dientes apretados.

Charley se llevó la mano a la frente en actitud de respeto, pero no mostró ninguna indicación de temer a su capitán. Era la única persona a bordo que podía mirarlo a los ojos y el único hombre cuya estatura igualaba a la suya. Probablemente, incluso la superaba ligeramente.

—¿Qué es lo que has visto? —preguntó, señalando el horizonte.

—Oscuro —subió y bajó la mano en un gesto que Elliot supuso que quería indicar colinas o montañas— Lejos, lejos —añadió el marinero, repitiendo el gesto— Blancas.

—Montañas con nieve en la distancia y colinas oscuras más cerca —musitó el capitán.

Charley asintió. La tripulación giró imperceptiblemente hacia la escotilla; Elliot

supo lo que ocurría. No tuvo necesidad de mirar en esa dirección para saber que Rosalie acababa de aparecer en cubierta.

—Charley, lady Rosalie me ha dicho que quieres aprender a leer y escribir —el marino bajó los ojos por primera vez—. Ella puede enseñarte. Pero no hay papel ni tinta a bordo para tu uso. Puedes ir al carpintero y pedirle un tablón liso. Y dile al cocinero que te guarde unos cuantos carbones para usar como lápices.

Charley asintió sonriente. El capitán supuso que habría comprendido sólo la mitad de lo que le había dicho.

—Si hay más hombres que quieran aprender, tendrán que esperar hasta que tú hayas hecho algunos progresos. Tú has sido el primero en pedirlo.

Charley se inclinó ante él a la manera de las clases bajas inglesas. A Elliot le molestó ver a aquel isleño importante imitando a sus inferiores.

—Cuando te conceden un deseo, lo correcto es una ligera inclinación y dar las gracias, Charley.

—Gracias —repitió éste.

—Vuelve al palo mayor e informa de todo lo que veas.

Se acercó a la barandilla como por casualidad y fingió estar buscando la línea de tierra en la distancia. Lightner apretó las manos sobre el raíl hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Elliot se acercó más a él.

—Yo no suelo ahorcar a hombres en este barco, pero no sería la primera vez —murmuró entre dientes.

Le complació ver que la frente del navegante se llenaba de sudor.

Dos horas más tarde, una línea oscura se extendía por el horizonte y, sobre ella, se veían montañas con la cumbre blanca, como cúmulos de nubes agrupadas en una formación inusual. La mitad de la tripulación estaba en cubierta, pero su interés no se centraba sólo en el horizonte. Observaban dos cabezas inclinadas sobre un barril, una morena, la otra rubia. El dedo índice de Charley seguía la hilera de letras verticales que Rosalie

había escrito en una página de su diario. Los hombres se volvieron y fingieron no ver la mano blanca que guiaba la mano marrón que sujetaba el carbón y la ayudaba a dibujar letras parecidas sobre un tablón.

Elliot no miró en su dirección ni una sola vez.

Para desilusión de Rosalie, el Alazán Perlado bordeó la costa durante dos días más. Las colinas cubiertas de árboles desaparecían a menudo de su vista. Había esperado que, una vez que vieran tierra, irían directamente al puerto. Pero hasta la tercera mañana no entró el barco en un canal. No se veía ningún rastro de civilización. Era como si fueran los primeros seres humanos que se aventuraban por allí.

Su interés por el paisaje se veía distraído por el hecho de que Charley, en sólo tres días, no sólo había aprendido todas las letras, sino que había conseguido empezar a formar palabras con ellas. Ella escribía palabras inglesas que él conociera en el tablero, y le enseñaba a pronunciarlas. Tenía que ampliar su conocimiento del idioma o no le serviría de nada saber leer. El doctor Hampton se acercó al punto de la cubierta en el que estaban trabajando y se acuclilló al lado del barril.

—He pensado que esto podía ayudarles —dijo, colocando un libro al lado de la improvisada pizarra—. Usted salió tan deprisa que probablemente olvidó la suya, lady Rosalie.

Era una Biblia encuadernada en piel. Charley se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Gracias —dijo.

Tomó el volumen en sus manos.

—¿Libro bueno? —preguntó.

—Sí —repuso el doctor—. Espero que lo encuentres instructivo. No les interrumpo más.

Se alejó y Rosalie abrió la cubierta y leyó:

A mi querido Charles, y que Dios te proteja mientras estamos separados. Tu querida Laura.

La joven se puso en pie.

—¡Doctor Hampton! Esto es un regalo de su prometida. No podemos usarlo. No puedo

garantizarle que no sufra daños.

El doctor se volvió, pero no desanduvo sus pasos.

—A ella le gustará saber que lo he donado a tan buena causa.

Rosalie leyó de nuevo la inscripción. ¿Cuánto tiempo haría que había escrito Laura aquellas tiernas palabras? ¿Tres o cuatro años? ¿Lo amaba todavía después de aquel tiempo? Hampton afirmaba que la seguía amando y se casaría con ella a su regreso a Calcuta. La joven rezó una breve plegaria para que no sufriera una decepción y el amor de esa mujer no se hubiera acabado.

—¡Pavlovsk! —gritó alguien.

La tripulación corrió a observar la ciudad rusa. Rosalie se subió al barril que les había servido de mesa y lanzó un suspiro desilusionado.

Pavlovsk era una pequeña aldea de edificios de madera, algunos grandes, otros pequeños, pero todos de un color gris a juego con el paisaje. De uno de los edificios más grandes se elevaban dos torres coronadas por una cruz. Lo único sorprendente del pueblo era la mancha negra que se extendía por el muelle, una multitud de personas que, desde aquella distancia, parecían formar una unidad movible. De la costa surgieron algunos botes de remos.

—Ice la bandera, señor Becker —ordeno Salvaje. Y los colores británicos ondearon en la punta del palo de mesana.

Rosalie entrecerró los ojos en un esfuerzo por ver si había mujeres entre la multitud. Estaba deseando conocer a la señora Baranov. Deseó poder tener el catalejo de su tío para observar a la multitud. Hasta el momento, todas las personas que veía parecían nativos.

No había nadie con traje europeo.

El Alazán Perlado atracó en una bahía resguardada y los marineros lanzaron enseguida uno de los botes al agua. Elliot, ataviado con una chaqueta azul con bordes dorados, esperó a que los hombres hubieran tomado posición en los remos.

—Esta noche tendremos un gran banquete —dijo antes de acercarse. Miró a la tripulación hasta

descubrir al cocinero—. Empiece a preparar nuestra contribución. Señor Becker, asegúrese de buscar una caja de brandy para llevarla a tierra.

—¿Qué opina de la América rusa? —preguntó el doctor Hampton al lado de la joven.

—No es una ciudad, ¿verdad? Es una aldea no mayor que Woodstock o Burford. Quizá más pequeña.

—¿Se siente desilusionada?

—Sí. Confiaba en pasar tiempo en tierra, encontrar quizá a alguien que me hiciera vestidos nuevos. Estoy harta de vestir como un marinero. Pero las únicas ropas que veo aquí son pieles.

—Quizá en las islas Sándwich —sugirió él—. Allí se reúnen marineros ingleses y americanos y el clima es tan cálido que las pieles están de más.

Dos horas después, un viento desagradable recorrió el pequeño muelle. Rosalie fue a su camarote y se tumbó en la litera. Al menos, ya no seguirían yendo más al este. Recordó su diario, se sentó y comenzó a escribir sus primeras impresiones de Pavlovsk.

El ruido del bote que volvía se dejó oír a través del barco, pero no interrumpió su escritura. Elliot le diría cuándo podía ir a tierra y quedaban varias horas de luz antes de que comenzara ninguna celebración nocturna. Estaba tan segura de que no la molestarían que la llamada en su puerta la sobresaltó.

—Milady, el capitán desea verla en la cubierta de escotilla.

Rosalie se pasó las manos por el pelo, cerró el tintero y se echó el chal en torno a los hombros. Le dolían todavía desde el día de su confrontación con Salvaje y, cuando volvía la cabeza, podía ver los moretones que le había causado. Desde aquella noche se había mostrado cortés con él, pero evitando cualquier posible contacto. Sólo tenía que sobrevivir a su estancia allí y el viaje a las islas, a Canton y a Calcuta. Trataría de profundizar su amistad con el doctor Hampton y pasaría el tiempo en cubierta con los marineros que querían aprender a leer.

Para su sorpresa, encontró la sala principal llena de gente. Estaban presentes todos los

oficiales, además del doctor Hampton y el señor Lightner. Algunos se hallaban de pie, otros se sentaban en el banco o en taburetes o cajas llevadas allí para la reunión. Los que estaban sentados se pusieron en pie cuando entró ella.

—Lady Rosalie.

Elliot indicó un lugar vacío en el banco a su lado. La joven obedeció y tomó asiento.

—¿Cuánto ruso entiende usted, lady Rosalie? —preguntó el capitán.

La mujer lo miró sorprendida.

—Me temo que muy poco. Puedo decirle a una dama que su vestido es hermoso y dar los buenos días y las buenas noches. Lo leo mejor que lo hablo. Elliot movió la cabeza decepcionado.

—¿Cree que podría hablar con esta gente? Siempre me he entendido en alemán con Baranov, pero él no está aquí. Está en Sitka.

—¡Sitka! —exclamó Hampton—. ¿Han recuperado Sitka?

—Sí, después de una gran batalla, creo. Aunque aquí no hay nadie que hable otra cosa que aleutí o ruso, así que he tenido que entenderme por gestos.

Volvió a mirar a la joven, pero esta negó con la cabeza.

—Parecen estar hambrientos. Han sobrevivido a base de salmón seco y de lo que pueden sacar del mar. Sé que la flota de caza se ha marchado, ya que la mayoría de los residentes de la ciudad son mujeres.

—¿Marchado? —preguntó Lightner—. ¿No cazan aquí?

Esta zona está agotada. Cada año tienen que ir más lejos para encontrar focas y nutrias.

—¿Y qué hay del comercio? —preguntó Becker.

—Banner, el hombre al cargo, niega con la cabeza, pero luego pide comida. Entiendo que no pueden ofrecer un banquete y nosotros no podemos alimentar a doscientas personas con los suministros del barco. ¿Hay alguna objeción a que me lleve a lady Rosalie a tierra a ver si podemos averiguar algo más?

Lightner se levantó de la caja en la que estaba sentado.

—Lady Rosalie sólo sabe el ruso de los salones —señaló—. No veo que eso pueda ayudarnos. Y si los hombres de tierra tratan de capturarla, tendríamos que pelear. Yo no me fiaría de ninguno de ellos, señor.

—Pedirían rescate por ella, nos exigirían toda nuestra comida—dijo Becker.

—Aquí hay una mujer rusa —repuso Elliot—. La mujer de Banner y Anna Grigoreyevna. Podemos pedir que estén presentes en la reunión.

Un murmullo recorrió la sala.

—De acuerdo —dijo Becker al fin—. Si ella así lo quiere. Pero con protección.

—¿Lady Rosalie? —preguntó el capitán.

—Si puedo ayudar en algo, estoy dispuesta.

—Señor Becker, entregue trabucos a seis de los hombres más corpulentos. El señor Loti irá como capitán de la guardia. Lady Rosalie, le sugiero que se ponga tan elegante como se lo permita su vestuario. Rosalie se puso el mejor de sus dos vestidos, uno que había sido azul oscuro, pero cuyo color había perdido mucho después de ser lavado repetidas veces en el agua del mar. Dobló el borde del pañuelo de seda, de donde había tomado hilos, hacia dentro, y se cubrió con él la cabeza y los hombros. Con su calzado no pudo hacer nada. Llevaba todavía las botas utilizadas la noche de su huida y habían sido ya reparadas en dos ocasiones.

¿Qué título debería ostentar entre aquellas personas? En Rusia, una mujer tenía el mismo título que su madre, así que eso la convertía en condesa. Elliot la presentaría.

Tenía que hablar con él antes de que llegaran a tierra. ¿La consideraría vanidosa si insistía en que la llamaran condesa?

—No me importa lo que piense —murmuró para sí.

Era un bruto sin corazón. Se preguntó si él se presentaría como conde, lo que tenía derecho a hacer según las costumbres rusas.

El capitán la esperaba en la cubierta. La joven levantó una mano para retrasar su

partida.

—¿Estas gentes se dejan impresionar por los títulos, señor? —preguntó.

—Mucho, condesa.

—¿Usted se presenta como un conde?

—No. Negociar con Baranov es algo delicado. Él no tiene títulos grandiosos, así que es mejor ser el capitán Elliot. Sus oficiales navales son todos aristócratas y le causan muchos problemas con su insistencia en hacerse llamar príncipes o condes y exigir precedencia.

Le ofreció el brazo para bajar la escalera de cuerda que conducía al bote. Era la primera vez que lo tocaba desde la noche de la pesadilla.

—¿Siempre toma usted sus decisiones basándose en lo que es mejor para los negocios? —preguntó cuando se hubieron sentado.

Los marineros agarraron los remos y el bote comenzó a moverse. A la joven le gustó ver que Charley era uno de sus guardias.

—Exacto. Aunque esa no es la actitud más frecuente en la buena sociedad, ¿verdad?

—No. Deben divertirle mucho las preocupaciones por el rango que se toman las damas de Calcuta.

—Así es. Aunque el rango es bastante conveniente cuando se trata de lidiar con la Compañía.

A medida que el bote se acercaba al muelle, Rosalie podía ver con más claridad los edificios. Casi todos estaban en muy mal estado. Los hombres que ocupaban el muelle llevaban pantalones ajustados y camisas largas hechas de piel, excepto por algunos sacerdotes que vestían sotanas negras. Por lo que podía ver, no había ninguna mujer presente.

Los seis marineros armados saltaron al agua y anduvieron hasta tierra mientras los remeros acercaban el bote de modo que los pasajeros calzados pudieran saltar a tierra desde la proa. El señor Loti dio una orden y los marineros formaron un cuadrado. Elliot se colocó con ella en mitad del cuadrado.

—La condesa Endine Wilmount —anunció con solemnidad, quitándose el sombrero.

Los hombres presentes se quitaron sus gorros de piel e inclinaron la cabeza. Luego se dirigieron hacia uno de los edificios más grandes. Rosalie examinó la multitud más de cerca y vio que sí había mujeres, pero vestidas exactamente igual que los hombres.

Entraron en una estancia amplia, iluminada con antorchas y amueblada con una gran variedad de sillas, bancos y mesas. Le indicaron una de las sillas más amplias.

—El Gobernador en funciones, Iván Banner —dijo Elliot.

El ruso vestía una mezcla de ropa europea y las pieles del resto de la población.

—Buenas noches —musitó Rosalie en ruso.

El hombre, que creyó que dominaba su idioma, lanzó un torrente de palabras. La joven levantó las manos para detenerlo. Juntó el dedo índice y el pulgar y trató de recordar la palabra que indicaba que sabía muy poco, pero no lo consiguió.

Su anfitrión llamó a alguien presente en la habitación. Una mujer ataviada al estilo europeo se acercó a él. El hombre lanzó un discurso florido que incluía la palabra «condesa» y terminaba con el nombre de Banner, así que Rosalie dedujo que aquella mujer era su esposa.

—Lady Banner —dijo, con una inclinación de cabeza.

No sabía por dónde empezar, ya que nunca había aprendido ninguna palabra rusa de negocios.

Lady Banner habló despacio. Rosalie comprendió sólo una palabra: Chay. Té. Se inclinó hacia Elliot, pero antes de hablarle, captó otra palabra: Sakhar, azúcar.

—Creo que se está disculpando porque no pueden ofrecernos té ni azúcar.

Banner apartó a su esposa con cierta rudeza y reclamó el protagonismo de la conversación. Entraron más personas y el hedor de cuerpos sucios y pieles húmedas no tardó en impregnar la estancia. Las frases de Banner flotaban alrededor como una especie de sinfonía. Captó dos palabra más: harina y barco.

—Creo que no tiene harina, porque ha mencionado harina y barco en la misma frase.

—Pregúntele si desean hierro en lingotes. Creo que lo utilizan para pagar a sus cazadores nativos.

—No conozco esa palabra. No salió nunca en mi conversación con la hija del embajador.

—¿Cacerolas y sartenes?

La joven negó con la cabeza.

—¿Ropa?

Rosalie buscó en su mente. Estaba segura de haber hablado de moda con la hija del embajador. —¿Sholk? —preguntó—. ¿Seda?

—No. Lana y algodón. Banner los interrumpió.

—Sholk, nyet —dijo con acritud. En la frase siguiente, la joven captó la palabra zappreshchenni, prohibido.

—Creo que dice que necesitan permiso oficial para negociar con seda; que está prohibido negociar esa mercancía con extranjeros.

—¿Pero negociarían por comida? —preguntó Salvaje, preocupado—. Y averigüe dónde está Baranov de cierto.

—¿Su Excelencia Baranov? —preguntó Rosalie. —Novoarkhanglesk —el hombre hizo gestos de disparos—. Bum, bum.

—¿Nuevo Arcángel? ¿Sabe dónde está eso? —preguntó la joven.

—Es la primera vez que lo oigo —musitó Elliot—. Cuando pregunté por él, me señalaron el sur, así que asumí que estaba en Sitka. A lo mejor tienen otra colonia.

—Sitka —asintió Banner—. Novoarkhanglesk, Sitka...

Esas palabras fueron seguidas de otras que la joven no entendió, pero Elliot se inclinó hacia ella.

—Ha dicho kolash. Así es como llaman a los indios cerca de Sitka. Pregúntele si han derrotado a los kolash.

—Tampoco hablamos mucho de la guerra —se defendió ella—. ¿Kolash? —preguntó, indicando con gestos a alguien que caía.

La multitud se rió y empezó a aplaudir. Un nativo se adelantó e inició una pantomima elaborada que describía sin duda la captura de Sitka. Su actuación dio a Rosalie ocasión de relajarse un poco. Era agotador tratar de hablar un idioma que solo había utilizado para jugar y de lo cual hacía ya años.

Las mujeres que estaban cerca de la puerta se pusieron en pie; Rosalie pensó al principio que querían ver mejor el baile que tenía lugar delante de ellas. Al ver que los demás las imitaban, se volvió hacia Elliot.

—¿Qué ocurre?

Antes de que él tuviera tiempo de contestar, vio a una mujer alta, ataviada con una mezcla de seda y pieles. Tenía la piel oscura de una nativa y el aire de una persona acostumbrada a mandar. Llevaba dos niños de la mano, un niño de unos seis o siete años y una niña más pequeña. La niña era increíblemente hermosa, una mezcla de lo mejor de la sangre rusa y la sangre nativa.

Banner gritó una orden al bailarín, quien se detuvo y se inclinó ante la mujer india. Banner la condujo hasta donde estaba Rosalie. La joven no hizo ninguna reverencia, limitándose a inclinar la cabeza. No sabía quién era aquella mujer, pero resultaba indudable que la respetaban todos.

—Anna Grigoryevna —le susurró Salvaje al oído. —¿Quién? —el nombre no aclaraba nada del estatus de la mujer, excepto que era hija de alguien llamado Grigor.

—Anna Grigoryevna —repitió Banner—. La condesa...

Elliot acudió en su ayuda. —La condesa Endine Wilmount.

Rosalie se puso en pie y saludó con una inclinación de cabeza a la mujer india. Fuera quien fuera, allí la respetaban y no sería conveniente insultarla. Volvió a su silla.

La mujer adelantó un poco al niño.

—Antipatr Aleksandrovich —dijo. Hizo lo mismo con la niña—. Irina Aleksandrovna.

Los dos niños tomaron la mano de Rosalie. El muchacho inclinó la cabeza y su hermana hizo una reverencia. La mujer llamó al mimo con un gesto y le indicó que continuara. No se

sentó, sino que se quedó a un lado acompañada por sus hijos.

Rosalie mantuvo el rostro en calma, pero apretó los puños con rabia. ¿Por qué no se lo había dicho Elliot? Aleksandrovick significaba hijo de Aleksandr. Hijo, por tanto, de Baranov. La mujer no era su esposa, sino su amante india. No había ninguna lady Baranov. Y el capitán esperaba que recibiera a aquella mujer y se mostrara amable con ella. Nunca en su vida se había relacionado con una amante.

—No creo que podamos descubrir nada más —murmuró.

En aquel momento, el mimo cruzó la estancia deprisa con el brazo derecho levantado.

De repente se inclinó con un grito de agonía y se agarró el brazo. —¡Aleksandr! —gritó la multitud.

—¿Baranov ha muerto? —preguntó Rosalie, alarmada. Cuando se dio cuenta de que había hablado en inglés, se inclinó hacia la señora Banner.

—¿Baranov? ¿Adarovye? ¿Su salud? —se señaló su propio brazo.

La mujer dijo algo con tristeza y luego terminó con una ristra de palabras más alegres.

—Creo que fue herido pero se ha recuperado –le dijo la joven a Elliot.

—¡Gracias a Dios!

La joven contempló dos bailes más y después se inclinó hacia la señora Banner y se pasó el dorso de la mano por la frente en un gesto de cansancio.

La mujer dijo algo y el bailarín se detuvo en el acto. La guardia los esperaba fuera. Elliot le ofreció el brazo a Rosalie y avanzaron juntos hacia el bote. Ella no lo miró ni le dijo nada. Se sentó en el bote, hirviendo de rabia por la posición en la que la había colocado. Al llegar al barco, rechazó su mano y subió sola la escalera de cuerda. Una vez en cubierta, tomó el brazo del oficial Becker. La sala principal sería el mejor lugar para charlar, así que cruzó la cubierta con la cabeza alta hasta que la altura de la escotilla la obligó a inclinarse. Salvaje la seguía.

—Cierre la puerta —ordenó ella, cuando estuvieron dentro.

Si él creía que la reunión de oficiales proseguiría antes de haber hablado con él, estaba

muy equivocado.

—¿Por qué me ha hecho eso? —preguntó imperiosa—. Me dijo que era la esposa de Baranov. Y en América no hay ninguna señora Baranov.

—No, se llama Anna Grigoryevna.

—Pero eso no me lo dijo. No sabía quién era. ¿Cómo debo saludar a la amante de un gobernador ruso?

—Todos la tratan con respeto. Creo que es una princesa entre su gente. Me parece que se ha comportado usted muy bien.

—¡Una princesa! ¿Por qué no me lo dijo? Me he limitado a inclinar la cabeza. Quizá la haya insultado. Elliot se acercó a ella y le tomó la mano.

—Lo siento, condesa —dijo con suavidad—. Me temo que no soy un buen cortesano, ¿verdad? Debería haberle avisado.

Se inclinó y le besó la palma de la mano. A la joven le latió con fuerza el corazón.

—Perdóneme. Creo que lo ha hecho usted muy bien.

Rosalie dejó de fruncir el ceño, pero no permitió que su exterior dejara traslucir sus emociones. El hombre le indicó el banco y se sentó después de ella.

—¿Qué es lo que cree que ha dicho? preguntó. —Baranov está en Sitka, que han vuelto a conquistar hace poco tiempo. Resultó herido en la batalla. ¿Es una ciudad o un puesto comercial?

—Antes era un fuerte llamado San Miguel.

—Pues ahora se llama Nuevo Arcángel. Banner tiene miedo de comerciar con todo lo que no sea comida porque los oficiales lo prohíben.

—Sí. El comercio del año pasado era ilegal, pero necesitaban desesperadamente suministros. ¿Qué debemos hacer?

—Baranov se está recuperando en Sitka. Quizá necesite la mercancía que llevamos. ¿No debería discutir esto con los demás oficiales?

—No. Usted me basta como asesora —se puso en pie sonriente—. Gracias por el consejo.

Levaremos anclas y nos dirigiremos a Sitka. ¿Quiere hacer el favor de comprobar las cifras de Lightner durante el viaje?

Diez

Rosalie esperó en la sala principal hasta que los cuatro marineros se hubieron alineado respetuosamente en la puerta. Tendió sus libros, plumas y tinta a Charley y subió la escalera con los hombres. Una vez en cubierta, se colocó en medio de ellos.

Su escolta de Pavlovsk había llevado a Charley a creer que semejante adulación era lo que le correspondía por rango e insistía en escoltarla siempre que subía a cubierta a dar sus lecciones. Él marchaba delante, llevando sus cosas como si fueran su corona y su cetro. Rosalie vio que Elliot reprimía una sonrisa. Si se echaba a reír, no se lo perdonaría nunca.

Le habían asignado una caja de madera para sentarse y sus pupilos se colocaban a su alrededor, cada uno equipado con un trozo de madera lijado y un carbón. Charley y dos hombres que sabían leer un poco se sentaban a un lado con la Biblia de Hampton. Iban ya por la mitad del Génesis, pero ella insistía en que atendieran las lecciones de los principiantes como repaso.

Repasaba las letras con todos y observaba los dibujos que hacían en sus improvisadas pizarras. Levantaban juntos los tablones y pronunciaban la letra; luego la borraban y escribían otra. Unos cuantos

levantaron los ojos y volvieron luego a su trabajo con renovado esfuerzo. Rosalie adivinó que había alguien a sus espaldas y supo que se trataba de Elliot. Tenía derecho a estar allí, ya que aquella era su tripulación. Tenía razón al decir que un buen capitán debía saber todo lo que ocurría en su barco, pero le hubiera gustado que se parara donde ella pudiera verlo. ¿Se estaría riendo de ella?

Miró a los hombres que tenía delante. Ninguno se reía; ni siquiera sonreían.

—La siguiente letra es la S —dijo—. Es el comienzo de... —se detuvo. Era el comienzo de Salvaje. No se le ocurrió ningún otro ejemplo.

—Sol —sugirió Charley con suavidad.

—Sol —repitió ella. Señaló hacia el cielo—. Sol. —Sol —repitieron los dieciocho hombres sentados con las piernas cruzadas delante de ella.

—Sol —dijo Charley, quien escribió la palabra en su tablero y la mostró a los hombres. Su papel de ayudante evitaba que la joven se ensuciara con el carbón.

Terminó automáticamente el resto del alfabeto, consciente en todo momento de la presencia de Elliot a su lado. No podía haber nada entre ellos, pero la cercanía de él le producía cada vez más un ansia indefinible que requería alguna satisfacción. Una sensación que no tenía nada que ver con el miedo. Y a menudo, en mitad de la noche, recordaba la pesadilla y el consuelo de sus brazos.

—Ahora escucharemos a nuestros lectores —dijo. Se volvió hacia el capitán—. Hago que los tres lean lo mismo, ya que, aunque Charley es el mejor, algunas de las cosas de la Biblia son un misterio para él. Los corderos, el vino y el trigo, por ejemplo.

Charley señaló a sus compañeros el lugar en el que debían empezar y miró con aprensión a Elliot, como si éste fuera a culparle a él de los fallos de los otros.

—Y Jacob amó a Raquel y dijo: «te serviré siete años porque Raquel es tu hija más joven» —leyó el primer hombre con fuerza.

Rosalie sospechó que Charley le había ayudado con el versículo y estaba recitando de memoria. El libro pasó al segundo hombre.

—Y... —vaciló un segundo— Laban dijo: «es mejor que te la entregue a ti que a ningún otro hombre». Charley tomó el libro, se volvió hacia el capitán y leyó con orgullo.

—Y Jacob sirvió siete años por Raquel y le parecieron sólo unos días, tanto era el amor que sentía por ella.

—Muy bien —dijo Elliot—. Muy bien. Veo que su escuela marcha muy bien. ¿Qué hacen ahora? —Charley y sus amigos repasan los siguientes tres versículos de la Biblia y yo les ayudo si lo necesitan. Y los hombres que han aprendido casi todas las letras ayudan a los que saben menos. Creo que enseñar es el mejor modo de aprender, así que

se enseñan entre ellos.

—Adelante, adelante. No se detengan por mí.

La joven emparejó a los hombres, a los mejores con los más lentos y los observó trabajar.

—Lady Rosalie, ¿qué palabra es esta? —preguntó uno de los lectores.

—Engañoso. ¿Pero por qué leéis eso? He dicho los tres versículos siguientes.

—Queremos saber lo que pasa —protestó el hombre—. Este hombre, Laban, le dijo a Jacob que podía tener a Raquel y luego, en la noche de bodas, metió a su hermana en la habitación.

—No creerlo —dijo Charley.

Se detuvo, frunció el ceño y pensó lo que quería decir de modo que su inglés resultara lo más perfecto posible.

—No lo creo. Un hombre enamorado de una chica no dejarse engañar. Hombre saber... —movió las manos por el cuerpo de una mujer imaginaria— la forma de la chica que quiere.

—No lo creo.

—Pero está en la Biblia —protestó uno de sus camaradas.

—Siete años dice —musitó Charley, señalando el primer versículo con el dedo—. Hombre poder amar chica siete años, quizá todos los años, pero no amarla y no distinguirla de su hermana cuando está encima.

—Eres un pagano —comentó el otro hombre con calor. Se volvió a Elliot—. Si está en la Biblia, tiene que ser verdad, ¿no?

—A lo mejor Leah y Raquel se parecían mucho —musitó el capitán, que consiguió sustituir una sonrisa incipiente por un aire pensativo—. O quizá en aquellos tiempos se mantenía a las mujeres aparte en una especie de harén y Jacob no había llegado a estar cerca...

—Entonces, ¿cómo saber que amar? —preguntó Charley—. Hombre no amar chica que sólo ve. Amar chica que toca, chica con la que tener placer.

Rosalie se ruborizó intensamente.

—¿Por qué no termináis de leer la historia? Quizá eso lo explique. Me llevo a vuestra profesora a ver el mascaron de proa.

La joven no pudo rehusar, ya que no se trataba de una invitación. Le habían dado una orden.

—¿No ha estado nunca en esta zona del barco?

—No. Usted sabe dónde he estado. Donde usted me permite ir.

—No sabía si podía confiar en usted. Ahora sé que puedo.

—¿Confiar en mí?

—Con los hombres. No me he expresado bien. Lo que no sabía es si podía confiar en los hombres cerca de usted.

—¿Y qué ha cambiado?

—La respetan. Charley cree que es usted una especie de reina. Le preguntó a Loti si no deberían hacerle un abanico. En las islas del Pacífico, un abanico es señal de nobleza. Si algún hombre se atreviera a tocarla, Charley lo arrojaría por la borda después de hacerlo pedazos.

Estaban apoyados sobre la proa, con la crin del caballo flotando delante de ellos. Rosalie vio por primera vez que aquel color lo habían conseguido uniendo trozos pequeños de conchas brillantes a la base de madera. Aquí y allá asomaba la madera.

—¿Quién hace este trabajo? —preguntó—. Es hermoso.

—El joven marinero llamado Hine. Es americano. Era aprendiz de joyero hasta que se embarcó. Hace dos años, sugirió que el barco debía ser decorado con un verdadero alazán perlado, no sólo con una talla de madera. En cuanto anclemos en un puerto en calma, lo arreglará. Las tormentas siempre arrancan algunas conchas.

—¿Por qué un alazán perlado? ¿Por qué no su nombre?

—El alazán perlado es un símbolo de amor y cariño, al menos para mí.

—Un símbolo extraño —musitó ella—. Un alazán normalmente representa fuerza o dominio.

No dijo nada más en voz alta, pero lo pensó. El alazán era el símbolo de un hombre

viril que podía poseer a cualquier mujer que deseara. Un símbolo que encajaba muy bien con el hombre que estaba a su lado, que gobernaba su universo con mano de hierro.

—Una de las cosas que mi padre regaló a mi madre cuando nací fue un broche en forma de caballo porque a ella le gustaban los caballos. Estaba hecho con perlas.

—Comprendo.

—Mi madre lo vendió para poder pagar al clérigo del pueblo para que me diera clases. Sin eso, habría crecido en la ignorancia. Mi madre no sabía leer ni escribir, así que, cuando yo aprendí, les enseñé a mi hermana y a ella.

—Su padre fue un villano al dejar a su hijo sin educación —musitó ella.

—No. Sólo tenía miedo de perder su lugar en la sociedad. Ya había sido bastante malo casarse con una doncella. Tenía que mantenerla alejada, fuera de la vista de todos. Prestar atención a ella o sus hijos lo habría hecho parecer débil. Había violado con su comportamiento las reglas de la buena sociedad. La opinión de los demás nos obliga a veces a todos a hacer cosas terribles.

—¿Como con Anna Grigoryevna? El gobernador no la llevará consigo cuando regrese a Rusia, ¿verdad?

—No lo sé, pero lo dudo. Necesitaría mucho valor para regresar a San Petersburgo con una mujer india y dos hijos mestizos. No creo que el amor llegue tan lejos.

—Jacob sirvió durante siete años.

—¿Usted cree eso? —preguntó él divertido.

—No. Nadie ama durante tanto tiempo. Jacob tenía alguna otra razón para querer a Raquel y lo llamaba amor. Quizá ella tuviera una fortuna. Sospecho que el amor es una locura temporal —dijo ella.

—Entre el hombre y la mujer, el amor es a menudo una fantasía que se origina en el bajo vientre —dijo él—. Pero yo le prometí no volver a sacar ese tema entre nosotros.

—Gracias. Charley no se muestra tan considerado, como habrá podido

comprobar hace unos minutos.

—Pero usted se ha portado muy bien. No se ha desmayado ni ha empezado a gritar. Y está ya tan bronceada que apenas se le nota el rubor. Se acostumbrará a los isleños. Son muy directos.

—¿Y su padre sólo amó a su madre mientras le resultó conveniente? —preguntó ella.

—Sí, aunque no estoy seguro de que le resultara conveniente alguna vez. Deseaba desesperadamente asegurarse un heredero.

—Me han dicho que mis padres se casaron por amor. Mucha gente se escandalizó, ya que ella no era de su clase. Cuando yo nací, ya sólo quedaba odio. Quizá tenga razón. Jacob no conocía de verdad a Raquel. Amaba una fantasía, no a la mujer. Si no, su amor no habría durado siete años...

—Catorce. Recuerde que después de que le entregaran a Leah, tuvo que servir otros siete años.

—Si lee el resto de la historia, verá que, cuando consigue a Raquel, se enfada con ella porque no le da hijos. Así que su amor no duró mucho una vez que la hubo conseguido.

—¿De modo que sólo podemos amar fantasías?

—Tal vez.

—Charley no estaría de acuerdo con usted —dijo él—. Afirma que los hombres sólo aman a las mujeres que conocen bien.

—Entonces estamos a salvo —repuso ella—. Charley es bastante inteligente. Puede que esté en lo cierto.

—¿Cuántas matemáticas sabe usted? —preguntó él de repente.

—¿Matemáticas?

—Sí. Es evidente que las ha estudiado. ¿Cuántas?

—Mi hermano tenía un tutor y yo estudié con él. Cuando mi padre murió, habíamos

empezado con la trigonometría.

—Quiero que monte una clase de matemáticas. Que dé clases a Barber y a Loti.

—Pero las matemáticas son cosa de Lightner. No puedo seguir desafiándolo.

—No tiene elección. Yo doy las órdenes y los demás obedecen. Lightner no está enseñando bien a los chicos; sólo consigue confundirlos. Tiene miedo de que, si les enseña, no tardarán en saber tanto como él. Empezará usted a enseñar matemáticas a Barber, Loti y a Charley. Y ahora será mejor que vuelva a su clase. Ya la he interrumpido bastante.

El barco pasó entre una multitud de islas, oscurecidas todas por bosques de pinos. Se habían detenido unos días cerca de la costa mientras la niebla cubría el resto del continente. Ese día brillaba el sol y Rosalie sentía el calor de su reflejo en la cubierta. Se trasladó a un lugar situado a la sombra de una vela. La primera visión de Nuevo Arcángel no la desilusionó, ya que no esperaba una ciudad sino una colonia fronteriza.

Salvaje ordenó echar el ancla mucho antes de que el barco se acercara al fuerte. Otro oficial y él examinaban la orilla con un catalejo. Al igual que ocurriera en Pavlovsk, pequeños botes salieron de la costa en dirección al barco.

Rosalie se preguntó si tendría que bajar a tierra para hacer de intérprete. Su ruso, tan escaso, había mejorado un poco, ya que había empleado su tiempo libre en escribir en su diario todas las palabras que consiguió recordar y practicar con las frases que sabía en otro tiempo.

Elliot ordenó echar un bote al agua y subió a cubierta ataviado con su chaqueta azul y dorada. Esa vez iría a tierra solo salvo por la compañía de los remeros.

Un promontorio rocoso se introducía en el mar y sobre él se elevaba un fuerte de madera. En un mástil alto ondeaba la bandera con el águila de dos cabezas de la Rusia imperial. Debajo del fuerte, en la ladera de la colina, un edifico enorme se prolongaba hasta el muelle. Fuera de la colina se levantaban unos edificios de madera, que se detenían bruscamente al borde del bosque oscuro. El bosque parecía en sí mismo otra fortaleza,

una muralla construida de árboles tan rectos como columnas.

Aquí y allá salía humo de las chimeneas. Rosalie vio unos hombres que trabajaban alrededor de un edificio construido a medias. El sonido de sus martillos y hachas cruzaba el agua y llegaba hasta el barco.

Cuando aparecieron al principio en el horizonte, el muelle se llenó de gente. Después muchos de ellos regresaron a su trabajo, pero algunos seguían allí para recibir al capitán extranjero. A Rosalie le costaba trabajo diferenciar a las mujeres de los hombres, ya que todos vestían pantalones y camisas largas, pero llegó a la conclusión de que muchos de los presentes en el muelle eran mujeres ya que a su alrededor se arremolinaba un cierto número de niños.

La tripulación trabajaba a las órdenes de Becker, subiendo a cubierta los barriles vacíos de agua. El suministro que habían hecho en Sumatra casi se había terminado y el resto del viaje, realizado a través de mares tropicales, exigía que rellenaran todos los barriles.

Cuando Rosalie vio el bote del capitán salir de la orilla era ya tarde, pero el sol seguía bastante alto. El señor Becker lo recibió en cubierta. Todos los oficiales estaban presentes, impacientes por oír lo ocurrido entre Baranov y el capitán. Salvaje miró a su alrededor y examinó los barriles.

—Muy bien, señor Becker. Mañana cargaremos agua y madera.

Bajó las escaleras, seguido por las miradas de todos. Rosalie, frustrada por la falta de información, fue a su camarote y cerró la puerta. Era pequeño pero oscuro, lo cual no podía decirse de la cubierta a ninguna hora del día en aquella latitud tan septentrional.

—Lady Rosalie —dijo la voz de Kranz a través de la puerta.

—¿Sí?

—El capitán quiere verla en la sala principal.

La joven pensó que habría otra conferencia con los oficiales. Tomó su chal, pero recordó el calor que hacía en la sala cuando se llenaba de hombres y volvió a dejarlo. Al llegar al umbral, se detuvo sorprendida. Elliot estaba solo con la cabeza entre las manos. Cuando la

oyó entrar, se enderezó, pero no hizo ademán de levantarse.

—Adelante —golpeó el banco a su lado—. Siéntese. Necesito hablar con alguien.

Rosalie se sentó, pero no donde él le indicaba sino algo más lejos.

—Baranov no cambiará las pieles por nada que no sea comida.

La joven no sabía lo que esperaba de ella, así que guardó silencio.

—¿Qué sugiere usted? —preguntó él de repente.

—Creo, señor —repuso ella con lentitud—, que no soy la persona indicada para consultar. Sus hombres han recorrido estas aguas con usted. Debería consultar con...

—No quiero consultar con ellos. Quiero conocer su opinión.

—Yo no sé nada de este lugar. Supongo que debería usted ir a algún sitio a buscar comida. ¿Tan importante es para usted conseguir las pieles?

—Sí. Es lo único que quieren los chinos. Se reirían de mi algodón, mi lana y mis cacharros de cocina.

—Así que eso es lo que hace —se maravilló ella—. El capitán Freemantle y mi tío no sabían cómo lo hacía.

—Siempre lo he hecho así, pero esta vez no. Este invierno, las colonias de aquí están en una situación desesperada, peor que la de Pavlovsk. Hay casi ochocientas personas y apenas ningún suministro. Cientos de ellos pillaron el escorbuto. Hicieron cerveza de piñas para curarlo. Tienen pescado, carne de foca y nueces. Quieren pan.

—¿Y en las islas Sándwich comprarían algodón y cacharros de cocina? —preguntó ella vacilante. Usted dijo que iríamos allí a por suministros. ¿No podríamos comprar comida para estas personas?

—Quieren harina, pan. En las islas Sándwich no se siembran cereales.

—¿Y quién siembra trigo en esta parte del mundo? —preguntó ella.

—Los españoles en California.

—Entonces debemos ir allí.

—Gran Bretaña está en guerra con España —le recordó él—. Y los españoles tienen leyes que

prohíben a sus colonias comerciar con extranjeros.

—Los rusos también, pero parecen dispuestos a ignorarlas cuando necesitan algo. ¿Por qué no iban a hacer lo mismo los españoles?

—Los españoles tienen barcos de guerra en el Pacífico; los rusos no. Nos arriesgamos a que ataquen al Alazán Perlado. O a que lo hundan.

—Entonces vuelva a la India a por otra carga —musitó ella—. Cambie el algodón y lo demás por comida y vuelva aquí.

—Eso nos hará perder una temporada entera. Un viaje completo sin beneficios. La tripulación y los oficiales se embarcaron con la esperanza de un viaje próspero. Llegaríamos a la India sin nada.

—Es un riesgo que corren al embarcarse.

—Cierto. Pero la responsabilidad es mía.

—¿Y no quiere desilusionarlos?

—Desde luego que no. Por eso debo hablar de esto con usted. Todos los demás aconsejarían algo que nos dé la oportunidad de sacar las castañas del fuego. Usted no tiene nada que ganar o perder, y puede calcular mejor los riesgos. ¿Qué haría en mi lugar?

—No habría salido de casa —repuso ella, con una risita amarga.

—Sí habría salido. Es más atrevida de lo que cree.

—Trataría de buscar un lugar en el que pudiéramos cambiar lo que llevamos por comida. ¿No hay americanos por aquí? Ellos cultivan trigo.

—En el otro lado del continente —repuso él con sorna—. ¿Debemos darle la vuelta?

—No se ría de mí. Me refiero a barcos americanos. ¿No llevarían esa carga encima?

—¿Y por qué iban a querer negociar conmigo? Ellos fabrican su propia ropa y cacharros de latón. Vienen aquí a por lo mismo que yo: pieles.

—En ese caso, para sacar las castañas del fuego tiene que acercarse más a la llama. Tiene que ir a California. ¿Ha estado antes allí?

—Antes de que entráramos en guerra con España. Ahora tendríamos que tener mucho cuidado con sus barcos de guerra.

—¿Los españoles mantienen una armada allí?

—Una armada no. Unos cuantos soldados esparcidos por la costa y, por lo que he visto, a la mayoría les interesa más conseguir terreno propio que defender la colonia. La mayor parte de las cosechas son obra de los misioneros y los indios a los que han convertido.

—¿Y negociarían con nosotros sin informar a las autoridades?

—¿Habla usted español? —preguntó él.

—No. ¿Y usted?

—Muy poco. Afortunadamente, Hampton sí. Quizá pudiéramos eludir Monterrey —prosiguió pensativo—, la capital, y atracar en otro lugar. Llevar a cabo el trueque antes de que se entere el gobernador. Hay un puerto al norte de Monterrey, pero nunca he estado en él. Es difícil de encontrar, pero, según los americanos que he conocido en las islas Sándwich, es el más magnífico del mundo.

—¿Los americanos van allí?

—Sí. Los barcos de Boston, como se les llama aquí en el Pacífico.

—Si los americanos pueden comerciar con ellos, es que los españoles de California no deben ser muy estrictos con sus leyes.

—España no está en guerra con América.

—A lo mejor con nosotros tampoco. Hace meses que no tenemos noticias de casa. Por lo que sabemos, podríamos estar ahora en guerra con Rusia.

—Cierto.

—Y aunque haya guerra, eso es en Europa y no debería afectarnos mucho aquí. Si la gente necesita algodón o lo demás que transportamos, lo tomará.

—Es usted una mujer práctica. No sé cómo es el gobernador de California ni si es español o de México. Puede ser un nativo de California, lo cual facilitaría las cosas. Un cortesano que quiere subir de posición se mostrará más propenso a obedecer las leyes

que llegan de Madrid.

—También hay muchas probabilidades de que un cortesano trate de hacer fortuna con su puesto de gobernador y esté dispuesto a negociar siempre que una parte de los beneficios vaya a parar a su bolsillo.

—Como ya he dicho, es usted una mujer práctica. ¿Vamos, pues, a California?

—¿O prefiere regresar a Calcuta con el rabo entre las piernas?

—Un alazán no coloca nunca el rabo entre las piernas. Siempre pelea.

—¿O sea que pensaba hacer esto de todos modos? ¿Por qué se ha molestado en consultarme?

—Hablar con una mujer inteligente es el mejor modo de aclarar los propios pensamientos. Cuando se me ocurrió la idea, me pareció una locura. Tenía que comentarla con otra persona para poder analizar todas las consecuencias.

—Eso es algo que yo tengo que aprender –dijo ella—. Toda mi vida he actuado sin pensar adónde me llevaría eso. Subí a bordo de este barco convencida de que iba usted a Inglaterra. Ni siquiera me molesté en comprobarlo.

—Eso no es un buen ejemplo —repuso él—. Usted estaba en apuros y necesitaba obrar con rapidez. y la verdad es que hizo una buena elección. ¿Dónde cree que pensará su tío que está ahora?

—He pensado en eso y no me gusta la idea de que estén preocupados, en especial la tía Lily y Emily. No dejo de decirme que a estas alturas ya sabrán que estoy con usted.

—Lo que deben creer es que enloqueció a causa de esa fiebre que fingió tener. ¿O ha olvidado la supuesta enfermedad que le impidió escuchar la proposición de Freemantle? Creerán que se perdió usted por el campo. Quizá se cayó al río y se ahogó. O puede haber terminado muerta en la jungla y comida por los tigres.

La joven se estremeció.

—Puede haber sido secuestrada por nativos que la llevaron al norte para venderla a un hombre poderoso. Aunque también pudo reconocerla alguien en su huida. Freemantle

haría lo imposible por recuperar a la hermosa mujer que iba a convertirse en su esposa. Probablemente hablaría con todos los botes y los que la trajeron al barco quizá recuerden al joven marinero de pelo dorado. Además, puede que su tío echara de menos enseguida la ropa que le robó.

—Lo dudo.

—Quizá incluso crean que yo la secuestré.

—Una cosa es cierta. No creo que sospechen lo que hago. El tío George dijo que no estaba capacitada para ser institutriz y ahora enseño a leer a casi veinte hombres y matemáticas a otros tres, uno de los cuales me confunde con la reina Charlotte.

—Recuerde también, querida, que no creerán que viva usted en un barco con más de cincuenta hombres sin tener contacto carnal con ellos. Diga lo que diga a su regreso, no la creerán. Tenga en cuenta eso al planificar su vida. Todos tenemos que vivir con el pasado que los demás nos achacan. Ese será el pasado que tendrá que afrontar usted y debe hacerlo con bravura.

—¿Cómo lleva usted la carga de su madre?

—Mi madre no es una carga. Mi carga es lo que otros piensan que fue. La élite de Inglaterra asume que era una criatura inferior, una criada estúpida y sin sentimientos. Asumen que me traspasó todo eso en el vientre y que por eso soy inferior a ellos. ¿Qué pensarían de Charley sus amigos de Londres?

—Que es un salvaje y que en su interior seguirá siendo siempre un salvaje por mucho que haga o aprenda.

—¿Y qué es Charley para usted?

—Uno de los mejores caballeros que he conocido nunca.

—¿A pesar de que fue a su camarote con intención de matarla?

—Sí. Es un caballero porque cambió de idea. Creo que un caballero de verdad siempre está dispuesto a cambiar cuando encuentra algo nuevo que contradice lo que creía antes.

Elliot se removió en su asiento y su cuerpo se acercó más a ella.

—Espero poder responder a sus expectativas de lo que debe ser un caballero. Cuando me dijo que había estado en su camarote, me dejé llevar por un sentimiento que no había conocido nunca: los celos. Soy tan culpable de juzgar a Charley como sus amigos. En aquel momento creí que era un salvaje que no podía controlarse y pensé que la había violado —movió la cabeza—. No, no era eso lo que temía. Temía que usted hubiera aceptado de buen grado. La idea de que me rechazara a mí y lo aceptara a él me hizo enloquecer hasta el punto de maltratarla. Ahora he cambiado, aprendido algo. ¿Podrá perdonarme?

Rosalie miró hacia la claraboya y vio con alivio que estaba cerrada. Las palabras de él la habían dejado atónita. ¿Tendría celos de cualquier hombre que pudiera poseerla? ¿Significaba esa confesión que la deseaba todavía? De ser así, no debía provocarlo, no debería disfrutar tanto de hablar a solas con él. No debía mirarlo en cubierta por el rabillo del ojo, admirando la fuerza de sus piernas y la gracia de su cuerpo. Debía insistir en comer en compañía de más personas y no correr el riesgo de que su cercanía y su contacto condujeran a una aceptación irresistible de su cuerpo.

—Tengo que volver a mis matemáticas —dijo débilmente—. Sólo voy una lección por delante de los jóvenes.

—Gracias por ayudarme.

La joven corrió a su camarote y se tumbó en su litera. ¿Era eso lo que se sentía al desear a un hombre? ¿Cómo podía desear que un hombre practicara con ella el asqueroso juego del sexo? Imaginó la mano de Salvaje en sus muslos, su boca contra la de ella y un fuerte espasmo recorrió todo su cuerpo.

Se tumbó de espaldas e imaginó que entraba allí, le quitaba la ropa y se tumbaba encima de ella. Charley lo llamaba «placer». ¿Podía ser placentero dejarse poseer por un hombre como Salvaje?

¿Había sentido Anna Grigoryevna ese deseo antes de entregarse al gobernador? ¿Había seguido adelante, aun sabiendo lo que ocurriría, incapaz de rechazar al ruso

porque su cuerpo ardía por él?

Si aceptaba a Elliot, ¿la satisfacción de ese deseo la compensaría por el futuro, cuando se viera obligada a pasar de un hombre a otro? ¿Aprendería a disfrutar de esa vida de esclava sexual de la élite de Calcuta?

Se incorporó alarmada. El capitán estaba celoso de los demás hombres. Si se entregaba a él, se convertía en su amante, quizá exigiría que lo sirviera para siempre.

Imaginó su vida con él en el Alazán Perlado. ¿Compartiría su litera con él o iría a su camarote siempre que él sintiera el deseo imperioso de poseerla? ¿Y cuándo volviera a Inglaterra y buscara una esposa rica?

Había mujeres en Londres de las que no se hablaba en sociedad. Mujeres que vivían en casas hermosas pagadas por sus amantes ricos. Ella se convertiría en eso, en su amante, y él la visitaría y la rodearía de las cosas que pudiera comprar con dinero. Quizá la llevaría al teatro y a los salones cuando su esposa estuviera en el campo. Y dondequiera que fueran, los seguiría siempre el mismo murmullo: la ramera de Salvaje.

Hasta que aprendiera a odiarla. Hasta que la belleza que veía en ella se agotara en un parto. ¿Reconocería los hijos que ella le diera?

Recordó mujeres que se veían en las calles de Londres, mujeres mal vestidas seguidas por niños pálidos. ¿Alguna de ellas habría sido hija de un conde y bailado en los salones? ¿Habían sentido también el ansia de entregarse a un hombre sin pensaren las consecuencias?

Se recordó con firmeza que tenía que pensar en el futuro, considerar el resultado de sus actos en los días por venir y no sólo en el presente. Elliot no debía sospechar nunca lo que sentía.

La niebla se levantó de repente, como si el velero hubiera traspasado una cortina de gasa gris que lo separaba de la luz. La tierra hacia el este no era más que una línea ondulada. Rosalie miró hacia delante, pero no consiguió distinguir ninguna vegetación.

—¡Árboles! —gritó Charley desde el palo mayor. —¿Cómo pueden creerse que ven un

árbol a esta distancia? —preguntó la joven a Hampton que estaba a su lado.

—No es un árbol, sino una montaña cubierta de ellos. Los capitanes americanos dicen que siguen la costa hasta que pueden ver esos árboles, tan altos que deben ser los más altos del mundo. Dicen que navegando directamente hacia ellos se encuentra la entrada al muelle.

Salvaje gritó unas órdenes. Los marineros corrieron a cambiar las velas y el timonel se volvió hacia el timón. Iban rumbo a la orilla.

La voz de Charley sonó una vez más para asegurarles que podía ver el paso ente las montañas. El Alazán Perlado se lanzó hacia delante. Salvaje subió al palo mayor, se agarró con el brazo izquierdo y se llevó el catalejo al ojo derecho. Su cuerpo se balanceaba con el movimiento del barco. Rosalie sintió un estremecimiento de deseo y se volvió para no ver las largas piernas que colgaban sobre ella.

ONCE

Las colinas se cerraron poco a poco en torno a ellos y al fin consiguieron ver todos el pequeño estrecho; más allá, a millas todavía de distancia, los árboles se elevaban como pilares del cielo. Salvaje bajó a cubierta y dio algunas órdenes. Sobre ellos, en las colinas de estribor vieron hombres que corrían llevando la noticia de que se aproximaba un barco.

—Nos han visto —señaló el señor Becker—. Aquello parece un fuerte.

—Nos quedaremos fuera del alcance de los cañones —dijo el capitán.

Rosalie examinó la pared gris de la cima de la colina. En el techo del fuerte se veía una gran conmoción de soldados. Al fin uno subió a la torre con una especie de trompeta de hierro en la mano. Su grito llegó hasta ellos.

—¿Qué dice, doctor Hampton? —preguntó Elliot.

—Nos ordena atracar debajo del fuerte.

—Dígale que sí. Adelante, señor Becker, pero manténganos fuera del alcance de sus cañones. Señor Barber, diga a algunos de los hombres que se paseen por aquí como si no supieran lo que hacen.

Barber pidió a unos marineros que corrieran hacia la proa y luego subieran a las velas mientras varios más agarraban las sogas y fingían estar cambiando el orden de las velas.

Entretanto, Hampton subió al palo de estribor, se llevó las manos a la boca a modo de bocina y gritó varias veces:

—Sí, señor. Sí, señor.

Los soldados corrían por la costa, siguiendo la marcha del barco. No dejaban de gritar y mover las manos con gran agitación.

—Preguntan de dónde somos —informó Hampton—. ¿Les digo que de Boston?

—No conteste —repuso Salvaje—. Tenemos que mantenerlos en la duda hasta el último momento. Y no me gustaría que me sorprendieran en una mentira.

Una docena de hombres a caballo se unió a los soldados de a pie. La luz del sol arrancaba destellos a sus mosquetones y espadas. Uno de los jinetes parecía algo fuera de lugar, ya que vestía los hábitos marrones de un monje.

—Piden que nos rindamos, señor —dijo Hampton.

—Creo que hemos pasado la batería antes de que cargaran el cañón —dijo Becker—. Me ha parecido verla a este lado del fuerte.

—Anclaremos aquí —informó el capitán—. Señor Barber, cargue el cañón de popa con pólvora y no deje subir a nadie a bordo.

Voy a ir a tierra.

—¿Cree que eso es buena idea, señor? —preguntó el aludido.

—No podemos negociar escondidos detrás de nuestros cañones —repuso Elliot—. No tenemos más opción que seguir adelante con nuestros planes. O sienten compasión por la

situación de los rusos o no la sienten. Lady Rosalie, ¿está dispuesta a acompañarme?

La joven se adelantó, ataviada con su vestido azul y su pañuelo de seda. Sus botas habían sido remendadas con lona, pero la reparación no resultaba evidente a primera vista, ya que Charley las había pintado de negro. Si mantenía los pies debajo del vestido, nadie lo notaría.

No pudo evitar sentarse al lado de Salvaje en el bote. Se envolvió los hombros con el pañuelo y se burló en su interior de sí misma por creer que un escudo tan frágil podría protegerla de un hombre como el capitán.

—Esperemos que el comandante de este fuerte sea tan galante con las damas como la mayoría de los españoles —dijo él con ligereza—. Si no es así podemos encontrarnos en un apuro.

—Será usted el que esté en apuros —repuso ella con la misma ligereza que él—. Yo no tendré problemas en encontrar pareja entre los soldados. Me convertiré en una dama de ese país. ¿Cree usted que el gobernador estará casado?

—Sí, y probablemente habrá dejado a su esposa en Veracruz o en Ciudad de México. Hasta ahora se ha negado usted a ser una mujer mantenida. Le recomiendo que haga lo mismo aquí.

El golpe del bote al chocar contra la playa borró su sonrisa. Los marineros saltaron al agua y tiraron del bote hacia la arena. Salvaje indicó a Hampton que fuera el primero en salir.

Un jinete con la espada desenvainada gritó algo y los caballos se detuvieron abruptamente. El jefe desmontó y bajó el montículo gritando.

—Quiere saber de dónde somos y qué buscamos aquí.

Elliot se separó de los marineros e inclinó la cabeza con elegancia en dirección al agitado oficial. El sol arrancaba destellos a las casacas doradas de ambos.

—Capitán Elliot, del Alazán Perlado —señaló el barco—. Hampton, dile que somos un barco mercante británico en un viaje de misericordia. Y preséntale a milady.

Hampton se adelantó, hizo una reverencia y pronunció el discurso que llevaba varios días

ensayando. Rosalie no comprendió sus palabras pero oyó su nombre entre ellas. El oficial se acercó.

—Don Luis de Argüello —le dijo.

Se inclinó con una gracia cortesana que parecía fuera de lugar en aquella colina desnuda. No había ninguna construcción a la vista, con excepción de unos cuantos pilares para atar botes. Las únicas personas que se veían por las colinas eran soldados.

Rosalie hizo una reverencia a su vez.

—Tenemos que ir al fuerte —dijo Hampton, después de que don Luis hablara un rato—. Al parecer, allí hay alguien por encima de él.

El español proporcionó un caballo a Salvaje después de desmontar a uno de sus Soldados. Hampton se vio obligado a caminar. Rosalie vio por los gestos del oficial que ella tenía que subir con uno de los soldados. No había nada que pudiera hacer excepto quedarse lo más quieta posible mientras el hombre la tomaba por la cintura y la subía a la grupa del caballo. Sus botas remendadas quedaron a la vista y le resultó imposible ocultarlas.

El pequeño pelotón se puso en marcha; subió la colina por un estrecho sendero que zigzagueaba entre los arbustos. Cuanto más subían, más frío y húmedo se volvía el aire que, al acercarse al fuerte, resultaba ya cortante. Rosalie sentía los huesos del caballo bajo ella y se alegró cuando don Luis ordenó que se detuvieran delante de un edificio blanco.

Fueron conducidos a una estancia amplia. En el centro había una mesa larga de madera. En el extremo opuesto, ardían unas astillas en un brasero. A cada lado de ese fuego se sentaban dos hombres ataviados con el elaborado uniforme de los militares españoles.

Sólo uno se puso en pie cuando entraron los extranjeros, pero ambos parecieron bastante sorprendidos al verla.

El hombre de la izquierda, el que permaneció sentado, era bajito y mayor. Su cabello blanco formaba un halo en torno a su cabeza y sus hombros estaban inclinados por efecto del cansancio o la edad, o quizá ambas cosas. Tenía el pie derecho colocado sobre un taburete.

El otro era mucho más joven, de unos treinta y cinco años quizá, más alto de lo

corriente, pero bajo en comparación con Elliot. Cuando se volvió hacia Rosalie, la joven dio un respingo de sorpresa y se llevó un dedo a los labios.

—Su Excelencia don José de Arillaga. —Gobernador de las dos Californias —murmuró Hampton.

¿Qué haría allí? La capital estaba en Monterrey. Rosalie hizo una reverencia al gobernador y volvió a mirar al hombre más joven. Este, por supuesto, no la reconoció ataviada con un vestido andrajoso y con un pañuelo sobre la cabeza. Habían pasado varios años. Quizá el clima de la India y el viaje en barco la habían cambiado demasiado.

—Capitán don Anson Elliot —dijo Hampton—. Doña Endine Wilmount.

El español enarcó las cejas y la miró atónito.

—Don Miguel Vilalmonte y Cortés —dijo, sin esperar una presentación formal—. Doña EnRosalie no necesita presentación, hemos bailado juntos en Londres —añadió en perfecto inglés.

Salvaje miró a la joven; ésta se encogió ligeramente de hombros y confió en que el capitán viera que se hallaba tan sorprendida como él.

Don Miguel habló y aparecieron unos criados con dos sillas. Le dijo algo a Hampton, quien se alejó de mala gana hacia la puerta.

—Ahora traerán vino —dijo el español—. Por favor, explíquenme cuál es esa extraña misión que trae a un capitán inglés y a una encantadora inglesa a nuestras costas.

—Le damos las gracias por su amabilidad –repuso Elliot—. No habríamos venido de no tratarse de una grave emergencia.

Don Miguel inclinó la cabeza. En ese momento llegó un criado con una bandeja de madera que contenía una jarra de barro y varias copas de cristal fino. La interrupción exigió un intercambio de cortesías seguido de un brindis por su Católica Majestad. Rosalie observaba a Elliot preguntándose cuándo iría al grano y contaría el motivo de su visita.

—Nos gustaría saber qué les trae por California —dijo al fin don Miguel.

Salvaje comenzó el discurso que había preparado, describiendo el infortunio de los rusos

de Sitka y exagerando los puntos que sabía no podían ser comprobados más adelante.

—Esta es la única razón de nuestra visita —dijo con sinceridad—. Yo viajo por mi cuenta, no como emisario de mi rey ni de mi gobierno. El Alazán Perlado no viene acompañado de ningún barco de guerra británico. No es necesario que nadie informe de esta visita a mi gobierno y ustedes pueden hacer lo mismo...

Los dos españoles iniciaron una conversación en su idioma. Don Miguel miraba a los huéspedes, no al gobernador. Rosalie comprendió que deseaba ver si entendían lo que decían.

—El gobernador —les tradujo al fin— dice que no puede hacer nada. Debería haberles detenido y capturado su barco, pero la simpatía que siente por su misión le obliga a mostrarse generoso.

Levantó la jarra y llenó de nuevo la copa de Rosalie. El vino era excelente, pero ella sabía que no debía beber más. Aprovechó la oportunidad para hablarle personalmente.

—¡Qué extraño que nos encontremos aquí al otro lado del mundo! —exclamó.

—Muy distinto al lugar en el que nos vimos por última vez. ¿Cómo ha llegado usted a ese barco?

—El capitán Elliot tuvo la amabilidad de ofrecerme un pasaje a casa después de que me viera atrapada contra mi voluntad en la India. ¿Y usted? Esto está muy lejos de la legación española en Londres.

—Su Majestad me encargó expresamente que visitara las provincias fronterizas con México. La guerra en Europa hace que le preocupen las fronteras de nuestro imperio.

—Muy inteligente —intervino Salvaje—. Eso fue lo que mi país olvidó hacer en Norteamérica y ese olvido acabó con la pérdida de nuestras colonias allí. No puedo creer que no sientan compasión por seres humanos que están muriendo por falta de alimento — prosiguió.

Don Miguel tradujo sus palabras y el gobernador movió la cabeza y habló durante un rato.

—Dice que podemos estar en guerra con Rusia. No siempre nos enteramos de estas cosas de inmediato. Y desde luego, España está en guerra con Gran Bretaña.

—Dígale que puede que España no esté en guerra con Gran Bretaña. Tampoco nos

enteramos de la paz de inmediato.

El comentario de Elliot, traducido por don Miguel, hizo callar al gobernador. Rosalie comprendió que había llegado el momento de pronunciar su discurso.

—Milord. Excelencia, ¿quieren escuchar a una dama que no está acostumbrada a hablar delante de hombres, a una dama que sabe que no puede meterse en asuntos de paz y guerra o negociaciones entre naciones? En la América rusa he visto mujeres y niños que necesitan comida desesperadamente. Comida que ustedes pueden proporcionar y nuestro barco transporta los medios de pagarles.

Bajó los ojos escuchando la traducción de don Miguel. Elliot le rozó la espinilla con el pie.

—Vi a un niño —prosiguió— que estaba quieto. Sólo se movían sus ojos, pero esos ojos suplicaban ayuda. ¿Puedo hablarles de ese niño? Es hijo de un americano al que el terrible invierno atrapó en Sitka, hijo de un mercader de Boston —añadió—. El padre renunció a comer para cederle el alimento a su hijo, pero el sacrificio fue en vano, ya que el padre murió y el hijo está ahora muy enfermo. Puede que lleguemos demasiado tarde— añadió en voz más baja.

Se preguntó si el gobernador creería su historia inventada. Lo observó mientras escuchaba la traducción de don Miguel. El anciano abrió ligeramente la boca y, por un momento, la joven creyó que les concedería su deseo. Luego su boca se cerró, pero un temblor permaneció en sus labios.

—Se lo suplico, señor. El capitán don Anson Elliot está dispuesto a sacrificar su cargamento a cambio de comida para esas personas. Es un mercader que recorre los mares para sacar provecho, pero la situación de la América rusa le ha afectado tanto que está dispuesto a vaciar su barco aquí a cambio de comida.

Rosalie pensó que ése era un buen argumento. Enfocadas así las cosas, no se trataba ya de una negociación con el enemigo, sino de un acto de caridad.

—Me ha suplicado con tanta elocuencia—intervino Salvaje—, que no he tenido más remedio que ceder a sus palabras. Esto me supondrá un grave coste, pero ella me asegura que

estaré mucho más cerca de conseguir el cielo.

Don Miguel sonrió con sorna y la joven comprendió que el capitán había ido demasiado lejos al mencionar el cielo. La conversación entre los dos españoles se prolongó un rato. Al fin don Miguel se volvió hacia Elliot y levantó su copa.

—Su Excelencia dice que deben ustedes regresar a su barco. Mañana tomará una decisión. Hasta entonces, ni sus hombres ni usted pueden bajar a tierra. Su Excelencia ha violado ya la ley al dejarles anclar aquí.

No les proporcionaron ningún caballo para el viaje de regreso y Rosalie interpretó ese hecho como una falta de respeto hacia ellos. Hampton, que se había visto excluido de las negociaciones, los siguió ladera abajo. Cuando llegaron al bote, la joven estaba agotada y tenía las botas llenas de arena. No hacía suficiente ejercicio a bordo del velero. Tenía que pedirle permiso a Salvaje para andar una o dos horas al día por cubierta.

Uno de los hombres que guardaban el bote gritó algo al verlos y dos marineros salieron con rapidez de detrás de unos arbustos. Rosalie vio un movimiento más allá de las ramas. Los marineros sacaron el bote de la playa. La joven volvió la vista y vio a una mujer en la arena.

—Es increíble lo rápidamente que atrae a las mujeres el olor del dinero —comentó Elliot —. Así que hay algún tipo de asentamiento por aquí.

—Unas millas al sur de esta península —dijo Hampton—. Uno de esos lugares construidos por los monjes para educar y convertir a los indios. Hay al menos otro más en el lado sur de la bahía.

Una vez a bordo, Elliot ordenó que todos los oficiales se presentaran en la cubierta de escotilla.

—¿Y bien? —preguntó Lightner con impaciencia.

—Habíamos contado con encontrar un funcionario local que corriera el riesgo de negociar ilegalmente a cambio de un beneficio personal. Por desgracia, el gobernador de la provincia está aquí, no en su capital. Y tiene con él un visitante de Madrid. Los hombres lanzaron una maldición.

—Pero el gobernador no ha dicho ni sí ni no —prosiguió Elliot— Lady Rosalie se ha

mostrado muy elocuente en su súplica. Lo he observado mientras le traducían sus palabras y me ha parecido descubrir cierta compasión.

—Pero ese hombre de Madrid —argumentó Becker—. El gobernador no podrá burlar la ley con él al lado.

—Ese caballero no se ha pronunciado en ningún sentido. Y aunque su presencia oficial puede dificultar nuestra misión, también es posible que tenga el efecto contrario. Conoce de antes a lady Rosalie, ¿verdad?

Todos los ojos se volvieron hacia ella y la joven se preguntó cómo podría explicar una presentación realizada en un salón de baile a aquellos hombres prácticos.

—Hace tres años estaba en la legación española en Londres, antes de la guerra entre Inglaterra y España. Asistió a muchos bailes y fiestas a los que también fui yo y bailamos juntos en varias ocasiones. Aparte de eso, no lo conozco más.

—¿A quién se puede sobornar? —preguntó Becker con franqueza—. ¿Al gobernador?

—Dudo mucho que eso sea posible —repuso Elliot—. Es un anciano que parece haber pasado la edad en la que podía ambicionar regresar rico a Europa. Terminará sus días en California. ¿Ha descubierto usted algo, Hampton?

—Me senté con los soldados en sus barracones —contestó el aludido—. Los que estaban en la playa sabían que entendía su idioma, así que se han mostrado cautelosos en mi presencia. Pero he descubierto que esperan una fragata que sube por la costa de México.

No ha llegado todavía este verano y están preocupados por su seguridad. Los barcos de Boston no han aparecido tampoco en la costa esta temporada, pero todos los esperan con impaciencia. Uno de los soldados estaba furioso con nuestra llegada porque le hemos estropeado un permiso. Había planeado cruzar la bahía para visitar a una mujer, lo que indica que debe haber asentamientos españoles en torno a esta bahía.

—Quiero a todos los hombres en cubierta esta noche —ordenó Salvaje—. Con las armas listas, pero sin red de abordaje. Si la pusiéramos, creerían que desconfiamos de ellos.

—Capitán —dijo Hampton—, el soldado que quería visitar a su amada me ha susurrado si

podíamos darle unas agujas para llevárselas a su chica.

Elliot sonrió.

—¿Ese hombre es un simple soldado? —preguntó.

—Es un sargento.

El capitán se golpeó los muslos con resolución.

—¿Y dónde ha accedido a reunirse con usted? —Esta noche estará en cierto punto y encenderá una luz. Lo ha llamado el Rincón.

—Asegúrense de dejar un bote en el agua para que nadie pueda verles bajarlo desde el barco. Espere hasta que baje la luna y llévele también una pieza de tela. Un hombre debe impresionar a su amada. Cuando los hombres se marchaban, colocó una mano sobre el brazo de Rosalie. Esperó a que estuvieran a solas, apagó el farol y los envolvió la oscuridad.

—Las noches oscuras son un placer después de esos largos días en el norte —comentó.

—Sí.

—¿Qué sabe usted de don Miguel? Creo que sabe más de lo que ha dicho.

—Si le preocupa mi pasado, no significó nada para mí entonces y tampoco lo significa ahora —repuso ella.

Un silencio pesado siguió a sus palabras. Quizá lo había ofendido al hacer referencia a sus celos.

—No sé mucho sobre él —prosiguió—, pero sospecho varias cosas.

—¿Alguna que pueda resultarnos de utilidad?

—Cuando estaba en Londres, pasaba la mayor parte de su tiempo con herederas, así que yo no tenía muchas probabilidades. Oí rumores de que buscaba una esposa rica. Prestó mucha atención a la señorita Amelia Srawn...

—Que ahora es mi cuñada—comentó él con sequedad.

—Sí. Su padre no estaba dispuesto a pagar el mismo precio por casarla con un grande de España que por comprarle el título de condesa.

—Una sabia decisión, supongo, aunque, ¿la dama no habría quedado más satisfecha con la virilidad de don Miguel que con la fragilidad de mi hermano?

—Prometió usted no sacar este tema entre nosotros, pero no deja de hacerlo —lo acusó ella.

—Es cierto. Su belleza me fuerza a ello. Y me siento solo, ya que me ha eludido desde que salimos de Sitka.

—Sí.

—¿Por qué?

—He estado ocupada. Las clases de matemáticas requieren mucho tiempo. Tengo que estudiar...

—Embustera. Tiene miedo.

—Sí —admitió ella—. Estábamos hablando de don Miguel. Creo que sigue con necesidad de dinero.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Su charretera izquierda ha sido reparada.

—Eso puede deberse a la dificultad de encontrar suministros en California. Aquí no debe haber muchas charreteras de oro.

—Ha sido reparada dos veces y una de ellas no es reciente. La segunda cubre la primera, pero no del todo.

—Buena chica. Espero que haya hecho planes para su regreso a Inglaterra.

—¿Y qué le importa eso ahora? —preguntó ella sorprendida.

—Porque acaba de demostrar que no es apta para el matrimonio. Es demasiado observadora. Notaría los cabellos de otra mujer en la ropa de su marido. Sabría que el barro de sus botas procedía del callejón del teatro en el que trabaja alguna joven actriz. Vamos, ya estoy otra vez con el tema prohibido, aunque esta vez es culpa suya.

—¿La culpa es siempre de las mujeres?

—Los hombres somos débiles. Nuestras mentes dan vueltas en torno al mismo tema incluso cuando el deber nos obliga a luchar o a comerciar ilegalmente con los californianos.

—¿Y cuál es nuestro próximo paso?

—¿Entre nosotros o con el asunto que tenemos entre manos?

—No hay nada entre nosotros —repuso ella, enfadada.

—Se equivoca usted. Estoy empezando a depender de usted.

—En ese caso, deje de hacerlo, porque no estaré a su lado más tiempo del necesario.

Elliot suspiró.

—Depende del próximo movimiento de los españoles —dijo en serio—. Si don Miguel nos contacta antes, puede indicar que busca algún tipo de acuerdo. Por otra parte, es posible que el gobernador nos ordene marcharnos por la mañana o nos encontremos con que esa fragata española nos impide salir de la bahía. Espero que eso no ocurra, ya que no me apetece pasar los próximos años en una cárcel española.

—¿Qué opina del acuerdo entre el soldado y Hampton? ¿Puede ser una trampa? ¿Capturarían a nuestro médico?

—Posiblemente, pero lo dudo. Ese hombre busca algo para ganarse el corazón de su dama y las agujas me parecen una petición extraña. Si fuera una trampa, habría pedido algo más romántico, té o seda.

—Si eso es cierto, tenemos posibilidades de vender nuestra carga. Si escasean las agujas, seguro que también les pasa con las sartenes o palanganas. Quizá debería enviarle un regalo al comandante del fuerte. ¿Hay a bordo algún regalo adecuado para el gobernador y don Miguel?

—Nunca viajo sin regalos y lo que había pensado entregar a Baranov puede servir para don Miguel. Se lo enviaré al amanecer.

—Capitán, no me gusta suplicar, pero quisiera pedirle unas yardas de tela antes de que la venda toda a los californianos. Mis vestidos se caen a pedazos.

—Por lo que he visto hasta ahora, no creo que encuentre una modista aquí.

—Me las arreglaré yo sola –dijo Rosalie con orgullo.

Doce

Por la mañana, Rosalie encontró el barco envuelto en capas de niebla. El agua resbalaba por las velas dobladas y formaba charcos en la cubierta. El señor Becker contemplaba la costa.

—Buenos días, lady Rosalie—dijo formalmente. Raramente hablaba con ella y casi siempre se limitaba a saludarla.

—Buenos días, señor Becker. ¿El capitán? —preguntó vacilante.

—Ha ido a tierra con el doctor Hampton.

—¿Ha venido alguien?

—El sacerdote de una misión situada al otro lado de las colinas.

A Rosalie se le encogió el corazón. Estaba segura de que don Miguel se habría presentado al amanecer dispuesto a llegar a algún acuerdo que le diera el control del cargamento. ¿Estaría cerca la fragata española? ¿Y si hacían prisionero a Elliot?

Oyó ruido de remos en la niebla, pero pasaron varios minutos antes de que se materializara el bote. Se inclinó sobre la barandilla con la esperanza de ver regresar al capitán, pero en el bote sólo iban los remeros. En cuanto subieron a bordo, uno de ellos se acercó y entregó una nota a Becker y otra a ella.

Lady Rosalie, está invitada a comer con el comandante y su familia. Venga a reunirse con nosotros en tierra.

No había firma, pero aquellas letras negras sólo podían haber sido escritas por una persona. Le recordaban al hombre: alto, moreno, atrevido.

Le hubiera gustado poder vestirse bien, pero su otro vestido, de color lavanda, estaba en peor estado que el azul. No tenía otra opción que ponerse lo mismo del día anterior.

Sonrió al recordar sus días en Londres, en los que rehusaba usar dos veces en la temporada el mismo vestido.

Comprendió que no sería imposible vivir con cien libras al año. Quizá incluso pudiera vender su diario a alguna editorial. Luego se instalaría en una ciudad pequeña y escribiría una novela.

Después de vestirse, se peinó el cabello. Pronto tendría que buscar un modo de

controlarlo, ya que había crecido mucho desde que saliera de Calcuta. Por el momento, se limitó a peinarlo detrás de las orejas y lo cubrió con el maltrecho pañuelo de seda.

Cuando regresó a cubierta, la niebla se había levantado lo bastante como para permitirle ver la costa. Nadie la esperaba en tierra, pero una oleada de excitación recorría el barco.

Algunos de los hombres subieron a cubierta listos para desembarcar. La mayoría se había puesto camisas y pantalones limpios. Obviamente, esperaban encontrar alguna mujer y la joven sonrió al imaginar su decepción cuando se encontraran en la playa vacía. Luego recordó a la mujer de los matorrales y pensó que quizá sus esperanzas no fueran tan infundadas.

Apareció un grupo de jinetes y reconoció de inmediato a Elliot y a Hampton, acompañados por un sacerdote. Llevaban un caballo con una silla vacía que supuso estaría destinado para ella.

Se unió a los marineros en el bote. Cuanto más se acercaban a tierra, más nerviosa se sentía. La silla no había sido diseñada para una amazona. Elliot debió ver su preocupación, ya que señaló el caballo.

—Hay una bufanda que cuelga del estribo para su pie derecho —dijo— Es lo mejor que hemos podido encontrar.

La ayudó a montar y Rosalie, aunque no cómodamente instalada, decidió que podría recorrer las pocas millas que la separaban del fuerte sin caerse.

La familia Argüello se había reunido para recibir a los visitantes y la elegancia de las mujeres hizo ruborizarse a Rosalie. Llevaban trajes de brillantes colores de dos piezas: cuerpo y falda. Los bordes aparecían decorados con cuentas de vidrio. El doctor Hampton le tradujo sus saludos y le presentó a las tres mujeres, la señora Argüello y sus dos hijas adolescentes. No tuvieron tiempo de conversar entre ellas, ya que casi al instante llegaron los hombres: don Miguel y el comandante.

El servicio de la mesa reflejaba la misma mezcla de estilo europeo y pobreza provinciana que ya había notado el día anterior. Cuencos de plata compartían espacio con bandejas de madera. El vino llegaba en jarras de barro y era servido en copas de cristal fino.

Don Miguel se sentó a su lado, pero no le prestó mucha atención, ya que pasó la mayor parte del tiempo traduciendo las conversaciones entre el gobernador, el comandante y Elliot. La joven comió en silencio un estofado de ternera y verduras aderezado con pimientos, cebolla y ajo. El pan no le resultaba familiar, consistía en tortas delgadas de harina que llevaban la marca de la superficie en la que se habían cocinado.

Notó que la señora Argüello no se molestaba en utilizar la cuchara y el tenedor sino que enrollaba el pan en una especie de tubo y tomaba con él la comida del plato.

—California —dijo don Miguel traduciendo las palabras del gobernador—, es un lugar que Su Majestad tiene en gran estima. Los ingleses y los rusos no deben entrar en estos territorios.

—¿Y los americanos? —protestó Elliot.

El gobernador pensó un momento su respuesta y luego habló a través de su traductor.

—Cierto, también debemos tener cuidado con los americanos. Desde que Bonaparte les vendió Luisiana, un territorio que históricamente pertenecía a España, debemos estar en guardia contra los barcos de Boston.

—¿Pero negocian con ellos? —preguntó Elliot—. ¿Su ley se aplica a todas las naciones o sólo a algunas? —En ocasiones nos hemos visto obligados a encontrar compromisos —dijo don Miguel —. La guerra en Europa hace que a las autoridades mexicanas les resulte cada vez más difícil suministrarnos lo que necesitamos.

Rosalie observó a don Miguel, tratando de leer detrás de las palabras que traducía. Parecía completamente indiferente a la confesión del gobernador de que negociaban ilegalmente y la repitió sin dar muestras de aprobación o desaprobación. Si sus sospechas sobre él eran correctas, en algún momento de la tarde haría alguna referencia a un trato y, si lo hacía a través de ella, debía estar preparada para fijar una entrevista entre Elliot y él.

La comida terminó con conservas de frutas en miel. Viendo moverse a las mujeres por la estancia, Rosalie decidió que sus ropas eran muy prácticas ′ . No había necesidad de lavar el traje entero si se manchaba la falda o el cuerpo. Las faldas no llegaban al suelo, sino que

terminaban sobre los dedos de sus zapatillas. Añadiendo o quitando algunos frunces, esos trajes podían adecuarse muy bien a la vida en un barco.

Cuando se levantaron de la mesa, abandonó a don Miguel y buscó al doctor Hampton.

—¿Quiere hacer el favor de decirles a las mujeres que admiro su ropa? —esperó a que lo tradujera y continuó—: necesito urgentemente trajes nuevos y me gustaría aprender a hacerlos según su estilo.

Ese comentario produjo unos gritos de placer. Hampton le comunicó que acababan de invitarla a quedarse con la familia. Fue a buscar a Elliot mientras las tres mujeres abrazaban a Rosalie.

—Creo que me ayudarán a hacerme ropa nueva —le dijo la joven—. Si me presta un poco de tela, se la pagaré cuando volvamos a Calcuta.

—Ya lo arreglaremos en Calcuta. ¿Qué es lo que necesita?

Hampton hizo una lista en su pequeña agenda de bolsillo y se ofreció a regresar al barco. Rosalie fue escoltada a una zona privada de la casa, donde le enseñaron el guardarropa más elegante de la señora. Mediante gestos, les dio a entender que necesitaba ropa práctica, no cuerpos de terciopelo y volantes de encaje. Pero sus manos acariciaron un largo chal de seda de China de color crema bordado con peonías de tonos rosas.

—Compraré uno en China —dijo, aun a sabiendas de que nadie la entendía.

Al fin llegó a la puerta un carro de bueyes cargado con tela suficiente para hacer tres guardarropas. El conductor tendió una nota a Rosalie.

—Entregue las piezas más elegantes a la señora Argüello y sus hijas. Así sobornaremos al sexo débil para romper la intransigencia del otro.

La señora de la casa dio un grito de admiración al ver las telas y cuando Rosalie le tendió una dorada y le hizo gestos de que era para ella, tuvo que sentarse. Rosalie apaciguó a las hijas con terciopelos.

¿De dónde había salido aquello? Salvaje le había dicho que llevaba un cargamento de algodón y lana, pero no esas bellezas. En el fondo de la caja había paquetes de alfileres y agujas, bobinas de

hilo y puntillas de seda bordada.

Se llamó a las criadas para que se unieran al círculo de costura. Las agujas volaban y a Rosalie le costaba trabajo seguir todo el proceso: la costura, la toma de medidas y el corte de la tela para sus faldas y enaguas.

La costura se vio interrumpida por un criado que sirvió vasos pequeños de un licor dulce. Bajo la influencia del alcohol, la velocidad de las agujas disminuyó, y también la conversación, lo que hizo posible que Rosalie pudiera captar algunas palabras en las pocas horas que quedaban hasta el ocaso.

A la hora de la cena, la joven se puso una chaquetita azul clara sobre una falda acampanada de tono azul más oscuro. Sus anfitrionas le prestaron unas enaguas. Se sentía adecuadamente vestida y estaba segura de poder copiar el traje a bordo del Alazán Perlado.

La cena consistió en más tortas de pan, alubias y algunas verduras hervidas que la joven no reconoció.

—¿Ha pasado un buen día? —preguntó don Miguel.

—Encantador. Es agradable pasar un día entero fuera del barco. ¿Y usted?

—He cabalgado por la península —repuso el hombre—. Habían visto una enorme ballena en una playa, pero cuando he llegado, se había alejado de la costa y parecía empeñada en reunirse con sus compañeras en aguas más profundas.

La joven se preguntó dónde habrían estado Elliot y el doctor Hampton.

A medida que oscurecía más y más, comprendió que tenían intención de que pasara allí la noche. Al principio se resistió, pero al ver la niebla, decidió que sería preferible permanecer en la casa a volver a la playa con aquel frío. La cama consistía en una estructura de madera con colchón de hierba. Pero las sábanas eran de lino y los almohadones estaban decorados con bordes de puntilla. Por primera vez en meses se tumbó en una cama que no se balanceaba con el movimiento del mar.

Había disfrutado mucho de aquel día. Con aquellas mujeres no había necesidad de justificar su pasado. Comprendió que la vida con su tía Lily y con Emily había sido

difícil. Puede que aquellas mujeres californianas encontraran raro que viajara sola en un barco lleno de hombres, pero tenían la educación suficiente para no hablar de ello ni dejar que eso afectara su modo de tratarla.

Se quedó dormida, pero se despertó al cabo de una hora. El lecho y la casa estaban pegados al suelo y ella había pasado demasiadas noches mecida por el movimiento del mar.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que olvidara el Alazán Perlado y a su salvaje jefe?

Al día siguiente había mucha gente en la comida, incluidas media docena de mujeres.

Rosalie no tuvo oportunidad de hablar con Elliot, aunque éste la saludó con la cabeza y sonrió al ver su vestido nuevo. Estaba impaciente por hablar con él en la mesa, pero la llevaron a una habitación más pequeña, donde se instalaron sólo las mujeres.

Obviamente, había que hacer algo para provocar a don Miguel. Sabía que Elliot no había establecido contacto con él aquella mañana porque las demás mujeres y ella habían estado cosiendo al sol mientras don Miguel ensillaba y practicaba con diversos caballos en un corral cercano.

Cuando terminaron de comer, las mujeres se reunieron con los hombres en el comedor más grande. Rosalie vio sorprendida que dos músicos tocaban la guitarra y el violín en un rincón mientras servían el licor dulce de la tarde anterior. Un caballero algo mayor, que llevaba un fajín de oro, se acercó a la señora Argüello y le tendió la mano moviendo los pies al ritmo de la música. La mujer se puso en pie, avanzó hacia el centro de la estancia, se sujetó las faldas a un lado, giró dos veces al ritmo de la música y volvió a su silla.

El hombre se acercó a las mujeres una por una. Rosalie las observó nerviosa, sabiendo que le llegaría el turno. Siguió el ritual tan bien como pudo y se vio recompensada por unos aplausos.

Cuando el baile se hizo general, la joven se encontró enfrente de casi todos los hombres en uno u otro momento. Llegaron más mujeres y la fila del minueto se alargó.

La orquesta creció también, con la adición de otro violín.

Rosalie miró a la hilera de bailarines. Elliot tenía por compañera a una de las señoritas de la casa

y le sonreía con coquetería. A la joven le dio un vuelco el corazón al recordar esa sonrisa en otro baile. La chica bajó los ojos, pero no con modestia. Manejaba con habilidad las pestañas y miraba al capitán con adoración.

Rosalie pensó con rabia que, en lugar de hacer algo productivo, Elliot se dedicaba a coquetear con una niña. Buscó a don Miguel con la vista. Bajó las pestañas y luego lo miró con una sonrisa seductora. Estaba decidida a actuar por su cuenta.

—¿Está disfrutando, doña Endine? —preguntó el español

—Mucho. No había bailado desde que salí de Calcuta.

—¿Echa de menos la brillante vida que llevaba en Londres?

—Mucho. En cuanto regresemos a Calcuta, me embarcaré para Inglaterra.

Después del baile, se sirvió una comida en una habitación más pequeña situada a un lado. Los bailarines se arremolinaron en torno a la mesa; tomaban alubias y estofado de buey con pan plano, bebían vino y coqueteaban. Don Miguel se llevó a Rosalie a un lado.

—¿Le gustaría contemplar la luz de la luna sobre el agua? —susurró—. La luna está muy hermosa esta noche.

—Me encantaría —repuso ella.

No le vendría mal tomar un poco de aire fresco y ése podía ser el momento en que don Miguel manifestara su interés en llevar a cabo el trueque. Hacerlo a través de ella sería lo más discreto.

Cruzaron la plaza situada en el centro de los edificios de adobe. Don Miguel la condujo más allá de las casas, lejos del ruido de la multitud.

La luz de la luna formaba una banda plateada a través de la bahía. Rosalie lanzó un respingo al ver el Alazán Perlado en el interior de esa cinta brillante. Al acercarse al borde de una colina de arena, los golpeó un fuerte viento. La joven se estremeció y deseó poder tener un chal.

Don Miguel se inclinó hacia ella.

—Tiene usted frío. Hay una pequeña cabaña a pocos pies de aquí. Allí podemos ver la luna sin

tener que soportar el viento.

La luna formaba sombras profundas en el suelo y la joven siguió a su guía colina abajo hasta llegar delante de una forma cuadrada.

Don Miguel apartó la piel de vaca que colgaba en la entrada. Como había prometido, una pequeña ventana daba a la bahía y la luz de la luna entraba por ella. Rosalie se acercó a la ventana, pero el brazo de él la detuvo y tiró de ella hacia sí. La estrechó con fuerza y Rosalie gritó.

—No se moleste en gritar, inglesita. No la oirá nadie —dijo él.

La joven no hizo caso, sino que gritó con todas sus fuerzas. Lo empujó, tratando de separarse, pero él se echó a reír. Colocó su rostro sobre el de ella y trató de besarla, pero la joven bajó la cabeza y le golpeó con ella en el pecho.

El hombre giró su brazo y Rosalie se encontró sentada en el suelo con las piernas al aire.

Se echó encima de ella antes de que pudiera incorporarse y salir corriendo; empujó sus hombros con fuerza contra el suelo.

—¡Bastardo! —le gritó ella al oído—. ¡Maldito bastardo!

Se removió debajo de él. Mientras las manos de él le agarraban los hombros, ella lo golpeaba con los puños cerrados. Cuando le tomó las manos, se apartó y le dio una patada en el bajo vientre. El hombre se sentó sobre su estómago y se echó a reír.

—No puede evitarlo, pequeña. ¿Para qué agotarse así?

La joven respondió subiendo las rodillas y girando de lado, con lo que casi consiguió tirarlo al suelo. Oyó cómo se rompía su vestido nuevo en la lucha. Él le colocó algo en la muñeca izquierda que le pareció una cuerda. Se sentó sobre ella y le giró el brazo hasta que éste tocó lo que parecía ser la pata de una mesa.

Rosalie gritó y le golpeó la espalda con el puño derecho. Si la ataba, no tendría medios de protegerse. Cuando hubo asegurado su mano izquierda, él se lanzó a por la derecha.

La joven colocó el brazo detrás de su cuerpo, pero él se lo tomó. La cuerda le cortó la muñeca y sollozó al comprender que quedaba inmovilizada. Lo golpeó con los pies. Don Miguel

se echó a un lado, fuera del alcance de sus piernas, y se sentó sobre sus tacones.

La luz de la luna brillaba sobre él.

—¿Está cómoda, pequeña? —preguntó con sorna. Habría preferido no hacer esto, pero no quería estarse quieta.

Rosalie vio que se abría los pantalones. Cuando el faldón delantero colgó suelto, metió las manos bajo las faldas de ella y le subió las enaguas y el vestido hacia arriba hasta que la joven tocó el suelo con los muslos desnudos. Le dio una patada y él agarró sus tobillos y los separó.

La mano derecha de ella se movió en el lugar en que la sujetaba la cuerda. Tiró de ella y sintió otro movimiento. Fuera lo que fuera lo que la sujetaba, no era algo que estuviera firme en el suelo.

Tenía que hacer algo, ya que las manos de él avanzaban ya por sus muslos. Trató de darle patadas, pero tenía las piernas demasiado separadas y él se movía despacio entre ellas. Le temblaban los muslos bajo las caricias de él. Eso debía ser lo que se sentía al ser poseída por el diablo.

Tiró con desesperación de lo que sujetaba su mano derecha y sus dedos se cerraron en torno a una estaca de madera. Justo entonces el cuerpo de él se colocó sobre el suyo y ella sintió su peso entre los muslos.

—Debería sentir lástima de mí —dijo el hombre—, Estoy en una casa con tres mujeres y ninguna de ellas está disponible para mí.

Rosalie levantó su mano derecha con desesperación. No podía calcular el arco de su golpe, pero en un instante se vio libre de él, que quedó tendido de lado en el suelo de la cabaña.

Miró confusa su mano derecha, que descansaba en ese momento al lado izquierdo de su cuerpo. Su muñeca estaba atada a un martillo pesado, la parte superior del cual era de piedra.

Arrastró la mano derecha hasta la pata de la mesa y aflojó los nudos que la sujetaban.

Don Miguel jadeó y ella pensó en volver a golpearlo, pero vio que se quedaba inmóvil. Se puso en pie, tomó el martillo, apartó la piel de vaca y salió al exterior.

¿Por dónde debía ir? El barco seguía brillando a la luz de la luna. Se lanzó colina abajo

tambaleándose, en dirección al refugio que le proporcionaba el Alazán Perlado sin prestar atención a los arbustos que le rasgaban la falda.

—¡Lady Rosalie! —gritó alguien.

Sollozó aliviada. Era la voz de Hampton. Avanzó en aquella dirección y vio tres siluetas, una de las cuales era la de Elliot.

—¿Rosalie? —preguntó éste—. ¿Qué hace aquí?

—Don Miguel —repuso ella—. Le he matado. Levantó la mano derecha con la izquierda para mostrar el martillo que llevaba atado todavía a la muñeca.

—¿Dónde está? —susurró Charley.

—Charley. Hampton —dijo Elliot con voz dura y tranquila— Llévenla al barco.

—Quítenme esto de la muñeca —suplicó ella—. Llévenlo a la cabaña. Algún trabajador puede echarlo de menos.

Los grandes dedos de Salvaje trataron de deshacer los nudos. Al fin tomó la cuerda con los dientes y la rompió.

—Llévenla al barco —ordenó.

Rosalie anduvo entre Hampton y Charley, concentrándose en que sus pies tocaran el suelo a cada paso. Algo húmedo le corría por los muslos. ¿Sería sangre? ¿Pero cómo? Lo había matado antes de que tuviera ocasión de terminar.

¡Matado! El peligro de lo ocurrido la asaltó con fuerza. Peligro no sólo para ella sino para todos los del barco. Había asesinado a don Miguel aplastándole el cráneo. ¿Qué sería ahora del barco y de la tripulación? Lanzó un gemido.

Al llegar al velero, Hampton la acompañó hasta la cubierta inferior y la joven comprendió que pretendía llevarla a la sección de enfermería. La desnudaría, le curaría los golpes y sabría lo que había ocurrido.

—Mi camarote —suplicó.

—Tengo que ver si está herida, lady Rosalie –musitó él.

—No. Puedo cuidarme sola.

Trece

Rosalie estaba sentada en su litera con la espalda contra la pared y las piernas encogidas.
Se había lavado, pero no encontró sangre en sus muslos sino una mancha húmeda. Le dolían las muñecas y la espalda y estaba segura de tener algunos moretones. Temblaba todavía de miedo, pero, extrañamente, se sentía también muy satisfecha. Un hombre había intentado hacer lo que llevaba años temiendo y había pagado por ello. Como pagaría cualquier otro hombre que lo intentara.
Temía el momento en el que regresaría Elliot. Estaría furioso. Ya no podría llevar a cabo ningún trueque. De hecho, tendrían que marcharse lo antes posible, dejar la bahía antes de que el gobernador y el comandante encontraran el cuerpo de don Miguel. Confiaba en que todos los miembros de la tripulación se encontraran cerca del barco.
Esperaba una llamada en la puerta, la voz de Kranz o de otra persona informándole de que el capitán quería verla en el camarote principal. Aunque estaba preparada, se sobresaltó cuando al fin llamaron a la puerta.
—Sí —musitó—. Sí —repitió más alto.
No hubo respuesta. Salvaje abrió la puerta y se detuvo bajo el dintel. Colgó el candil que llevaba en la viga, cerró la puerta y se sentó a su lado en la litera.
—Hablaremos aquí, donde es menos probable que nos oigan.
La joven acercó sus piernas a su pecho y se abrazó las rodillas.
—¿Qué diablos la impulsó a salir fuera con ese español? —preguntó él con furia.
—Me invitó a ver la luna sobre la bahía —musitó ella débilmente.
—Es usted la coqueta más inepta que ha salido nunca de la buena sociedad. ¡Por Dios! ¿Es que no sabe que las mujeres españolas pueden coquetear pero siempre en público? Nunca se quedan a solas con un hombre. Al aceptar su invitación, le demostró que estaba

dispuesta.

—Yo le conocí en Inglaterra —repuso ella—. Y nunca intentó nada así en Londres.

—Porque sabe que, cuando vives en otro país, acatas sus costumbres. Pero ya no estamos en Londres, por si no lo ha notado —dijo con sorna—. Ahora está en su territorio y tenía todas las razones para pensar que se mostraría usted complaciente.

—¡Lo hice por usted! —gritó ella, decidida a resistir su sarcasmo y avergonzada de lo que había hecho.

—¿Por mí? —el hombre enarcó las cejas—. Tal vez crea que ahora le pediré que se case conmigo, después de comprobar que otro hombre la ha encontrado tan atractiva que ha intentado violarla. Al menos sé que no significa nada para usted, ya que no ha preguntado por su estado.

—¿Su estado? —se sorprendió ella—. ¿No lo he matado?

—Le ha hecho un buen chichón en la cabeza, pero no, no lo ha matado. Y no creo que recuerde exactamente lo que ha pasado.

—¿No lo recuerda? ¿No recuerda que me ató? —Lo recordará en unos cuantos días. Esperemos que se sienta tan avergonzado que crea que se ha llevado su merecido, pero lo dudo. Los tipos como él creen que las mujeres existen sólo para utilizarlas. Rosalie sintió que le quitaban un gran peso de los hombros. No había matado a don Miguel. Pero el peso se vio reemplazado por un nudo de miedo que le atravesó el pecho.

—Es probable que me arreste por haberle atacado —murmuró.

—No lo hará. En primer lugar, porque no volverá usted a salir de este barco. Queda confinada en el Alazán Perlado. En segundo lugar, no dirá nada porque a ningún hombre le gusta admitir que ha fracasado en un intento así en particular cuando la mujer le ha dado un martillazo en la cabeza. Supongo que no la creía lo bastante fuerte para levantarlo.

—Hace unos meses no habría tenido fuerza. Pero después de usar el sextante...

—Eso la ha salvado de ser violada. Me alegro de haberla ayudado indirectamente — musitó con ironía.

—Fui porque quería empezar algo con don Miguel —protestó ella.

—Si quería empezar algo con don Miguel, lo logró —se rió él.

—Me refiero al trueque —dijo ella irritada. Sentía deseos de pegarle, pero conocía bien su fuerza. He estado observando y no han hecho nada en dos días. Ayer don Miguel bajó a la península a ver una ballena y estaba mañana ha estado montando a caballo mientras usted...

—Mientras yo hacía los preparativos —repuso él con brusquedad.

—¿Qué preparativos?

—Para el trueque. Todo irá bien si usted se limita a coser y deja el resto a hombres que saben lo que hacen. La muerte de don Miguel nos habría dificultado mucho las cosas. Sus esfuerzos por hablar con él no me han hecho ningún favor. A partir de ahora, siempre que estemos en puerto, quedará confinada en el barco a menos que yo solicite su presencia en tierra.

—He estado a punto de estropearlo todo, ¿verdad? —susurró ella.

—Sí. Usted nos fue de utilidad en Pavlovsk, pero aquí ha sido un gran estorbo.

Rosalie sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Ella sólo había querido ayudar.

—¿A qué preparativos se refiere? —susurró—. Usted no ha visto a don Miguel hasta esta tarde.

—No lo hemos necesitado. Negociaremos a través de los padres de la misión.

—¿Los padres?

—Sí. Parece que ellos son los que más critican las restricciones del gobierno sobre el comercio. Tienen que alimentar y vestir a cientos de conversos y muy pocas probabilidades de cambiar los frutos de su trabajo por cosas del exterior. Atraen a los habitantes de California a la misión prometiéndoles chucherías pero las chucherías escasean.

—¿Y el gobernador? ¿Y don Miguel?

—No se darán por enterados. Técnicamente, yo entrego la carga a los padres de la misión como un donativo. Ellos, a cambio, llenan el Alazán Perlado de trigo, alubias y unas verduras de aspecto extraño en señal de buena voluntad hacia sus hermanos rusos.

—¿Por qué no me lo dijo? De haberlo sabido, no habría salido con don Miguel.

—Ha estado muy ocupada con su vestuario —dijo él—. Aunque los vestidos no son muy prácticos a bordo de un barco. Pensé que estaría segura en compañía de las mujeres del comandante. No se me ocurrió que fuera tan tonta como para exponerse del modo en que lo hizo.

—¿Cómo sabía que estaba con él? —preguntó ella.

—Charley les vio salir a los dos y, cuando vio que se alejaban, vino a buscarme.

—Gracias. Pero conseguí liberarme sola y no los necesité —comentó ella con orgullo.

—Desde luego. ¿Y adónde pensaba retirarse luego?

—Aquí. Al barco.

—¿El Alazán Perlado es su refugio?

—Supongo que sí —repuso ella sorprendida—. Lo fue en Calcuta y aquí sentí lo mismo.

—¿Nada que ver con su capitán? —sonrió él—. ¿No es el capitán Salvaje lo que busca cuando está en apuros?

—El barco —contestó ella con firmeza.

—La he disculpado delante de los señores Argüello. Se quedará a bordo...

—Porque no se fía de mí —terminó ella con amargura.

—Por eso y porque no me fío de don Miguel. Algunos hombres, cuando se ven derrotados por una mujer en estos asuntos, se muestran más decididos que nunca a llevar a cabo sus planes a toda costa.

—¿Puede encargarse de que traigan mis cosas al barco? Aquí podré coser.

Elliot tomó el candil y la dejó en la oscuridad. La joven suspiró. Gracias a Dios, don Miguel no estaba muerto y ella no era una asesina.

—Pero le he dado una lección que no olvidará —murmuró para sí.

Rosalie se sentaba en una hamaca en la proa, observando los esfuerzos de la tripulación para descargar el barco. Unos cuantos botes llegaban desde la playa para ayudar con la carga y ninguno iba vacío. Llevaban costales de grano, cestas de melones o cántaros de barro que podían contener cualquier cosa desde alubias a vino.

Los días pasaban en una sucesión de niebla y sol. Las mañanas eran cálidas y brillantes.

El sol espantaba las nubes y la joven podía sentarse en cubierta y disfrutar de una ligera brisa. Más tarde, un viento frío la devolvía a la cubierta de escotilla y con él llegaba la sempiterna niebla.

Las observaciones del mediodía se seguían haciendo a diario, a pesar de que el barco no se movía más de unas cuantas yardas. Rosalie participaba en ellas y daba gracias al sextante por la fuerza que había dado a sus brazos.

La mayor parte de los días se sentaba, cosía y pensaba en el barco y el afecto que sentía por él y en su capitán, que le había insinuado que le gustaría ser su refugio en tiempos de crisis. Cuanto más consideraba la situación, más tenía que admitir que Elliot podía ser su refugio. Él no la había violado, sino que la había permitido marchar cuando estuvo en su poder.

Quizá pudiera confiar en él más que en ningún otro hombre. Desde aquella horrible noche en que cedió a sus celos, el capitán se había mostrado considerado y amable. Le habló con dureza después de su encuentro con don Miguel, pero podía haber hecho algo peor. No le molestaba estar confinada en el barco. De hecho, se alegraba de no tener que ver de nuevo al español.

Una sombra se acercó a ella.

—Extienda las manos —ordenó Elliot.

Rosalie dejó su costura y obedeció. El hombre le tomó una mano y cerró sus dedos en torno a algo redondo y ligeramente rugoso.

—¡Una naranja! —gritó ella.

—Pequeña, pero una naranja.

—No he comido fruta desde...

—Desde que dejamos el mar de China –terminó él.

—Parece contento —musitó ella sonriente.

—Hemos descargado todo excepto los lingotes de hierro.

—¿Y cuándo los descargarán?

—He decidido conservarlos hasta las islas Sándwich. Si se los damos a los californianos,

tendremos que cargar rocas como lastre. Prefiero cambiarlo en las islas por madera de sándalo.

—¿Por qué madera de sándalo?

—Es una de las pocas cosas que quieren los chinos. Madera de sándalo y pieles. Lo único que tenemos que hacer es salir enteros de este lugar y tendremos esperanza de conseguir una buena carga de ambas cosas.

—¿No le preocupa la fragata española?

—El amigo de Hampton, el que quería agujas para su novia, le dijo que la fragata siempre recala antes en Monterrey. Un mensajero viene luego aquí a avisarles de que llegará en unas semanas. El buen soldado nos avisará también a nosotros a cambio de una pieza de seda roja.

Rosalie miró hacia la orilla, a los grupos de marineros que cargaban cajas y sacos en los botes.

—¿Y los marineros? ¿Están siempre cerca por si tenemos que partir con rapidez?

—Ninguno va más lejos de la misión, que está a unos tres kilómetros de distancia. Ese lugar parece una feria desde nuestra llegada. Familias enteras han llegado del sur para ver lo que hemos traído y para cambiar cosas por carretas de comida. La noticia se extiende deprisa.

—Y supongo que los marineros habrán contribuido a la fiesta —dio ella con sorna.

—Naturalmente.

Su buen humor era tan patente que la joven estuvo a punto de preguntarle si había encontrado una mujer. Pero una mirada a su rostro le hizo tragarse sus palabras.

Elliot yacía en su litera pensando en el clima de California. ¿Cómo era posible que las noches fueran tan frías en verano en una latitud tan al sur? La explicación debía estar en la configuración del terreno, que arrastraba la niebla desde el mar.

Se estremeció bajo las mantas, y no sólo a causa del frío. ¿Estaban los californianos retrasando la carga del barco hasta que llegara la fragata? Hacía dos días que Hampton no hablaba con el soldado y, cuando preguntó por él, le dijeron que se había ido al sur. Si no estaba

en el fuerte, ¿cómo iba a avisarles cuando llegara la fragata?

Escuchó los sonidos del barco balanceándose en el agua. Quizá debería partir al amanecer y dejar las últimas provisiones en tierra. El viento resonaba en los aparejos y el barco se movía. La brisa era del sur.

Un murmullo de voces le llegó a través del agua. Los hombres acampados en tierra estaban hablando. Un ligero crujido en el otro lado de la pared le dijo que Rosalie se había dado la vuelta en su litera.

Entonces oyó ruido de remos y se incorporó. Se puso la chaqueta y las botas, lo único que se había quitado al acostarse. A esa hora de la noche no debía haber nadie en un bote. En tierra había diez hombres, incluidos Lightner y Charley.

Subió las escaleras de dos en dos y llegó a cubierta mucho antes que el bote.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Loti.

—No sé, señor. Apenas veo nada, la luna no ha salido todavía. Pero algo ha despertado a los hombres de tierra, ya que los he oído hablar.

Elliot se volvió hacia el mar. Podía ver la silueta de Charley y la inclinación de su espalda al manejar los remos. El bote dio la vuelta al barco y se acercó a él por el lado más alejado de la costa. Algo debía ocurrir para que el marinero se mostrara tan cauteloso. El hombre que subió a cubierta llevaba la chaqueta de cuero de los soldados rasos del fuerte.

—Señor capitán... —comenzó a decir.

—Llamen a Hampton —ordenó éste.

Loti bajó corriendo las escaleras. Todo el mundo a bordo sabía lo que implicaba la visita secreta de un soldado español. Elliot se inclinó sobre la barandilla hasta que pudo ver a Charley en el agua.

—¿Qué ha pasado?

—Soldado venir corriendo, señalar barco; parece asustado.

Por supuesto, no podía decirle nada más. No entendía español. Hampton subió a cubierta ataviado con una camisa de dormir blanca que reflejaba la luz de las estrellas dejando su cabeza

y manos en la oscuridad.

—¿Este es su amigo el sargento? —preguntó Elliot.

—No.

Se volvió hacia el hombre y habló con él. Escuchó lo que éste le decía.

—La fragata está en Monterrey —tradujo—. El gobernador dejó órdenes al comandante de Monterrey de que enviara el barco aquí de inmediato. Don Luis sospechó que el sargento los había traicionado, ya que éste no se molestó en ocultar el trozo de seda que le di. Lo han encerrado. Este hombre dice que debemos partir de inmediato porque la fragata llegará aquí mañana.

—¿Por qué ha venido a avisarnos? —preguntó Salvaje con suspicacia.

Hampton habló con el soldado. El español se enderezó con dignidad, como alguien que se considera insultado. Elliot notó que una mueca de dolor acompañaba aquel movimiento. El soldado se quitó la chaqueta y la tiró sobre cubierta. Su rostro se retorció y apretó los dientes al sacarse la camisa por la cabeza.

A la luz de las estrellas, su espalda aparecía gris. Loti lo alumbró con una linterna y Elliot vio la sangre que había arrancado el látigo. El hombre habló con determinación.

—Quiere venir con nosotros —tradujo Hampton. —Llévenlo abajo, donde no pueda causar problemas y llamen a todos los hombres a cubierta —ordenó el capitán.

Un millar de pensamientos cruzaron por su mente. Otra de las consecuencias negativas del castigo corporal era que un hombre que ha sido azotado puede verse tentado a traicionarte.

—Señor Loti —dijo con lentitud—, vuelva con Charley y averigüe qué queda todavía en la playa. Hagan un montón con todo lo que se pueda subir a bordo. Las provisiones no. Hagan otro montón con el grano, la harina o el vino. Las subiremos sólo si tenemos tiempo.

Becker estaba ya a su lado.

—Señor Becker, problemas en tierra. Eche todos los botes al agua.

Se acercó a la barandilla, pero en la costa no se veía nada con excepción de las colinas de arena.

Lightner había tenido el sentido común de no encender ninguna luz que advirtiera a los centinelas del fuerte de que ocurría algo en la playa. Elliot comenzó a pensar el modo de sacar el barco de la bahía.

La luna no saldría hasta una hora o así antes del amanecer y aun entonces no iluminaría mucho. Miró hacia el este y se alegró de no ver ningún resplandor sobre las lejanas montañas. El ruido de los remos le anunció que se acercaba un bote.

—Capitán —susurró Loti—. Todo está en los botes, incluido el trigo y dos toneles de vino.

—Muy bien. ¿Los hombres?

—Sólo quedan dos en tierra. Los traeré en el próximo viaje. Pero el señor Lightner no está allí.

—¿Qué? —gritó Salvaje. Apretó la barandilla y se esforzó por bajar la voz—. ¿Dónde está? ¿Lo sabe alguien?

—No sé. Le dijo a Charley que volvería antes de que saliera la luna.

—Antes de que salga la luna tenemos que estar fuera de aquí —repuso el capitán—. En cuanto pueda, envíeme a alguien que sepa lo que ha pasado. Tiene que haberle dicho a alguien a dónde ha ido y por qué.

El siguiente bote llevaba tres hombres y una carga de naranjas de California.

—¿Dónde está Lightner? —preguntó al primer hombre que subió a cubierta.

—En la misión. Ha dicho que volvería antes de que saliera la luna.

—¿Y qué hace en la misión? Yo ordené que nadie se moviera de la playa.

—Una mujer. Hay una mujer que lo tiene loco. Dice que es lo mejor que ha encontrado desde que era un muchacho en Escocia.

—¿Cuándo se ha ido? Justo antes de oscurecer. Otro bote apareció en la oscuridad.

—Subid a bordo —ordenó con calma—. Levaremos anclas en unos minutos.

—Señor —dijo Loti a su lado—. ¿Vamos a dejar aquí al señor Lightner?

—Sí. No tenemos tiempo de esperarlo.

—Iré a buscarlo.

—¿Sabe usted en qué parte de la misión está?

—No, señor. Pero puedo mirar...

—¿Registrar docenas de habitaciones y despertar a todos para que puedan avisar al fuerte de nuestra marcha? Lightner ha desobedecido mis órdenes.

—Pero señor, ¿quién será nuestro navegante si dejamos al señor Lightner?

—Eso es asunto mío, señor Loti. Usted encárguese de que esos hombres suban a bordo.

Pensó en el trabajo del navegante y estuvo a punto de enviar a alguien a despertar a Rosalie, pero su mente se rebeló. Por nada del mundo permitiría que esa mujer corriera libre por el barco en una posición que le permitía dar órdenes a sus hombres y quedarse en la cubierta con una falda que el viento apretaba contra su...

Era la primera vez que pensaba en ella desde que subiera a cubierta y se felicitó por ser capaz todavía de responder a una emergencia. Por supuesto, la joven debía saber lo que estaba pasando. Miró a su alrededor, pero todo el mundo trabajaba en silencio, preparando el barco para la marcha.

Rosalie abrió la puerta en cuanto llamó. Estaba vestida, así que debía llevar algún tiempo despierta.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Partimos inmediatamente. La fragata está en Monterrey.

—Pero lo creía...

—Ahora no tengo tiempo de explicárselo. Quédese aquí. Los cañones del fuerte dispararán contra nosotros al rodear el promontorio. Si las cosas se ponen demasiado feas, baje a la cubierta inferior con el doctor Hampton.

—¿Es por lo que yo hice? —preguntó ella angustiada.

—No. Pensaban traicionarnos desde el principio. Hacernos creer que estábamos a salvo mientras llegaba su fragata —le dio un golpecito en el hombro. No tiene nada que ver con lo que le hizo usted a don Miguel.

Le tomó la mano y, contradiciendo sus propias órdenes, la arrastró hacia cubierta sin saber muy bien por qué la necesitaba allí. Estaría más segura en su camarote o en la cubierta

inferior.

—Los botes están atados, señor—dijo Loti—. Todos a bordo excepto el señor Lightner.

—Suban el ancla despacio. Sin ruido.

—¿Lightner? —preguntó ella.

Elliot observó subir el ancla. ¿Debería extender todas las velas y salir lo más rápido posible? ¿O levantarlas sólo lo suficiente para que pudiera moverse y confiar en que nadie del fuerte viera el barco fantasma hasta que fuera demasiado tarde?

El comandante del fuerte no era ningún tonto. El cañón estaría ya cargado y alguien de guardia.

—¡A toda vela, señor Becker! —ordenó.

Las velas brillaron en la penumbra, cambiando instantáneamente la pasividad del barco en actividad. Aunque observaba principalmente a los hombres que esperaban sus órdenes, una parte de él se fijó también en la joven. Estaba a un lado, observando el trabajo de los hombres. Cuando las grandes velas cuadradas quedaron extendidas, sonrió.

No hizo ningún gesto cuando las baterías de tierra dispararon ni se encogió esperando el impacto del cañonazo. Sólo una bala de cañón del primer disparo llegó a bordo, haciendo un agujero en el trinquete. El segundo se perdió entero en el mar.

El horizonte empezaba a aclararse por el este y la luna creciente subía por el cielo iluminando los gigantescos árboles. Se preguntó si Lightner habría llegado a la playa y lo que pensaría al ver la bahía vacía.

—¡Marco a la vista! —gritó alguien desde el palo mayor.

Al sur, visible desde cubierta, acababa de aparecer la parte superior dé las velas de un barco español. Elliot colocó al Alazán Perlado delante del viento y confió en su ligereza para alejarse del enemigo. Tres horas antes del mediodía lo perdieron por fin de vista. Siguieron adelante, aumentando cada vez más la distancia entre ellos.

Se volvió por primera vez a mirar la cubierta. Loti y Barber estaban de pie en silencio con sus instrumentos. Becker observaba caer del cristal los últimos granos de arena que anunciaban el mediodía. La mujer a la que había considerado una vez sólo superficialmente atractiva, la

mujer a la que amaba, estaba de pie en el alcázar. El vestido azul que llevaba tenía mangas cortas. Levantó los brazos y Elliot vio la fuerza de sus músculos.

—Lady Rosalie, prepare un rumbo en dirección a las rutas del Pacífico Norte —ordenó.

La joven lo miró como pidiéndole ayuda. Se reunió con ella en la cubierta de escotilla y le explicó la imposibilidad de navegar por la costa de Norteamérica y alcanzar la costa noroeste.

Por un momento, estuvo a punto de tomarla en brazos y decirle cuánto apreciaba su inteligencia y lealtad. Sabía que podía confiar en ella.

Más importante todavía, cuando pasó ese momento, supo que era lo bastante fuerte para resistir la tentación hasta que su amor se desvaneciera como se desvanece un aroma agradable en la atmósfera.

—Al navegante le corresponden tres partes de los beneficios del viaje —gruñó.

Catorce

Rosalie al fin despidió a su clase. A los hombres les costaba trabajo concentrarse teniendo ya a la vista las islas que bordeaban Nuevo Arcángel. Ni siquiera la historia de Sansón y Dalila atraía a los mejores lectores y los más lentos hacía rato que habían dejado de interesarse por la huida de los hebreos de Egipto.

Con excepción de Radgni, el antiguo trabajador del puerto, al que le brillaban los ojos al leer la tiranía del Faraón. Rosalie temía que estuviera comparando la historia con la de su país, la India, y su dominación por parte de los británicos.

Le había comunicado su preocupación a Elliot.

—¿Cree que debo dejarle leer la rebelión de los hebreos contra los egipcios? Me temo que eso potencia su odio hacia los británicos en la India.

—Por supuesto que sí —musitó él—. Y algún día se levantarán para expulsarnos sin necesidad de verse inspirados por la historia del Éxodo.

Pasaba la mayor parte del día enseñando al californiano a hablar y leer inglés. Martín Alejandro había sido acusado de un delito en México, delito del que afirmaba ser inocente. La consecuencia de ello es que se había convertido en soldado y había sido enviado a la frontera del norte.

Sus estudiantes recogieron con cuidado las Biblias que les habían prestado los miembros más letrados de la tripulación y las devolvieron a las hamacas de sus dueños.

De vuelta en cubierta, se acercaron a la barandilla charlando entre ellos. Rosalie se unió a los oficiales en el alcázar. Elliot no dijo nada. Desde California, sus relación había sido muy fría. Sólo le hablaba cuando era necesario y ella se mostraba cortés, pero no familiar.

La relación apropiada entre un capitán y uno de sus oficiales. Llevaba uno de los trajes nuevos que se había hecho desde que salieran de California. Percibía la desaprobación de él ante su ropa, pero se sentía más cómoda ataviada con faldas.

—Lady Rosalie —la voz de él la sacó de su ensueño ¿El inventario está terminado?

—Sí, señor —repuso con firmeza.

En California habían cargado el barco con rapidez y de modo errático. Con la ayuda del señor Becker, había hecho un inventario de toda la carga y escrito tres copias de la lista, copias que guardaba en un estante debajo de la mesa de cartas.

—¿Habla usted alemán?

—No, señor.

—Desgraciadamente, Baranov sólo habla ruso y alemán. Vendrá usted a tierra conmigo. Traiga las listas y un cuaderno para tomar notas. Yo le traduciré lo que quiero que escriba.

—Sí, señor.

Nuevo Arcángel estaba ya a la vista. Unas figuras humanas corrían por la playa y bajaban por la colina. Al oír un cañonazo, la joven se sobresaltó. Elliot sonrió.

—No tienen intenciones hostiles, lady Rosalie. Nos están dando la bienvenida.

Los residentes de Nuevo Arcángel habían estado muy atareados durante su ausencia. Donde antes sólo había bosque, se levantaban ahora nuevos edificios. Elliot acercó el barco al

muelle antes de ordenar echar el ancla.

En su camarote, Rosalie se puso un pequeño sombrero que se había hecho con restos de telas que le sobraban de los vestidos. Había hecho unas rosas con los restos del pañuelo de seda y se enorgullecía al pensar que su creación no habría llamado la atención en Londres. Antes de tomar el cuaderno y las listas oyó que echaban un bote al agua. Salvaje no perdía tiempo en iniciar sus negociaciones con Baranov.

La multitud de la playa seguía creciendo y, desde el bote, casi parecían amenazadores. Sus gritos poblaban el agua. Entre ellos distinguió la palabra comida.

—Preguntan si traemos comida, señor.

El capitán se llevó las manos a la boca en señal de bocina y gritó algo a la multitud. Esta comenzó a vitorear. Un grupo de hombres hicieron sitio al bote.

En el centro del lugar despejado había un hombre bajo de constitución fuerte. Iba vestido completamente de pieles. Sus manos aparecían rugosas, con los nudillos hinchados por el trabajo, y su rostro oscurecido por la vida al aire libre. Los demás se hicieron a un lado para dejarle pasar. Se acercó a Elliot con las manos extendidas y lo saludó en alemán.

Rosalie se esforzó por no manifestar ninguna emoción. ¿Aquella criatura desastrada y mayor era Alexander Baranov, el señor de la América rusa? ¿El hombre al que se había sacrificado la hermosa Anna?

—La condesa Endine Wilmount —dijo Elliot. La joven le tendió la mano e hizo una ligera reverencia—. Su Excelencia Alexander Baranov.

Fueron escoltados a una habitación muy parecida a la que había visto en Pavlovks, pero con muebles menos lujosos. Las mesas y sillas eran de madera sin pulir y resultaba evidente que habían sido hechas allí mismo, de los árboles que cortaban para despejar terreno. Se sentó en silencio mientras los dos hombres hablaban en un idioma que no entendía.

Las negociaciones parecían progresar, ya que Baranov se quitaba ocasionalmente el sombrero para rascarse la cabeza calva con aire pensativo. Al fin golpeó la mesa con el

puño y Salvaje lo imitó. Ambos le sonrieron al unísono.

—Váyase al bote —le dijo Elliot entre dientes—. Dígales a los hombres que regresen al barco y recojan los platos que está preparando el cocinero para el banquete. La mitad de la tripulación puede bajar a tierra, pero que les adviertan que no coman nada de aquí excepto pescado, que parecen tener de sobra. No debemos disminuir sus provisiones.

—Sí, señor —dijo ella.

Salió de la estancia después de hacer una leve reverencia a Baranov.

Estaba encantada de ser un miembro más de la tripulación. Recordó por un instante que eso se debía a que el pobre señor Lightner había sido abandonado en California y se preguntó cómo se las arreglaría para sobrevivir en un territorio enemigo. Pero ni siquiera el recuerdo de él consiguió oscurecer la alegría que sentía por su nueva posición. Cuando regresó a la sala de reuniones, Baranov había desaparecido y Salvaje le sonrió.

—Abra el cuaderno —le ordenó. Rosalie buscó su lápiz.

—Ocho mil pieles —dijo casi en un susurro—. La cuarta parte de nutria marina. Las demás de zorro, lobo y foca, pero todavía no hemos establecido en qué proporción. Ganaremos nosotros. Desea desesperadamente nuestra carga, ya que algunos de los rusos tienen escorbuto a pesar de la cerveza de piñas. La joven anotó en el cuaderno.

—Quiere todo lo que podamos darle, incluso buey y cerdo salado. Dígale a Barber o a Loti, al que se haya quedado a bordo, que revisen las provisiones y calculen lo que necesitamos para el viaje hasta las islas Sandwiches. Les daremos toda la fruta que tomamos en California, ya que en las islas encontraremos mucha más.

La joven tomaba notas con rapidez. ¿Quería que llevara esas órdenes al barco de inmediato o después del banquete de la cena? Entonces recordó que los rusos no incluían a las mujeres en sus festines.

—Baranov me ha pedido que pase la noche en tierra, así que debe usted llevar mis órdenes. Mañana por la mañana, la tripulación entera debe trabajar en la descarga del barco. Dígale a Becker que envíe a unos hombres a rellenar los toneles de agua y buscar leña.

Mañana por la tarde podrá bajar a tierra la otra mitad de la tripulación.

—¿Algo más, señor?

—Sí. Como parte del trato, he accedido a volver el verano próximo con comida. A propósito, se ha ganado usted una piel de nutria marina. Le he dicho a Baranov que debe regalarle una aparte de las del trato. Le he explicado que es usted una dama elegante de la sociedad de Londres y que, cuando aparezca allí con un abrigo con bordes de piel de nutria, se pondrán de moda y podrá enviar todas las pieles a Inglaterra sin tener que negociar con los chinos.

—Gracias, señor. ¿Ha sido entonces cuando han golpeado la mesa?

—Sí.

La joven se levantó para marcharse.

—¿Adónde va? No es necesario que se cambie para la cena —musitó él divertido.

—No creía que estaría incluida —confesó ella.

—Sí. Baranov tiene consigo a tres cadetes navales. Se sentirían muy decepcionados si no acudiera usted a la mesa. Y está muy elegante. ¿Le he dicho cuánto me gustan sus vestidos de California?

—No. Yo creía que no le gustaban.

—Me gustan. En especial el azul. Hace juego con sus ojos.

Su conversación fue interrumpida por Baranov, que volvió ataviado con unos anticuados pantalones negros y una casaca ajada que también había sido negra en otro tiempo. Una peluca cubría su calvicie, pero le costaba trabajo mantenerla en su sitio, así que la había sujetado con una bufanda blanca atada bajo la barbilla. A Rosalie le costó trabajo reprimir la risa mientras se dejaba escoltar hasta la mesa por uno de los jóvenes cadetes.

La conversación durante la cena transcurrió en varios idiomas. Elliot y ella hablaban en inglés. El capitán y Baranov en alemán y los cadetes y dos hombres más en ruso.

La joven ignoró una conversación que tenía lugar en francés entre los tres cadetes y en

la que se burlaban de Baranov calificándolo de payaso.

Su anfitrión pidió atención a Elliot y le dijo algo.

—Su Excelencia pregunta si estaría dispuesta a quedarse en Nuevo Arcángel —le tradujo éste—. Tiene una hija...

—Irina —musitó Rosalie, recordando la hermosa niña que le habían presentado en Pavlovsk.

—Le gustaría traer a Anna Grigoryevna y sus dos hijos a Nuevo Arcángel en cuanto hayan construido una casa apropiada. Necesita una institutriz, en especial para la niña ya que desea que se eduque como una dama. Tiene miedo de insultarla con la oferta, pero le he asegurado que usted está buscando un empleo honesto.

Rosalie no se hubiera quedado más sorprendida si Baranov la hubiera pedido en matrimonio. Pasaron varios segundos antes de que se recuperara.

—No tiene que responder de inmediato —dijo Salvaje—. Estaremos varios días aquí. Pero podría recibir ofertas peores.

—Dígale que lo pensaré —repuso ella con lentitud—, pero que debo cumplir con mis obligaciones para con usted mientras el barco esté en el puerto.

El capitán tradujo sus palabras y Baranov asintió con seriedad. La peluca se le movía adelante y atrás bajo la sujeción de la bufanda. Uno de los jóvenes caballeros soltó una risita de desprecio. Susurró unas frases en francés y Rosalie se puso tensa.

—Eso no ocurrirá —había dicho el cadete—. El capitán no renunciará a la prostituta del barco.

Se volvió y miró a los tres jóvenes de hito en hito. Los tres palidecieron, ya que no habían supuesto que hablara francés. Uno de ellos trató de ocultar su culpabilidad con una risita burlona, otro se mordió el labio inferior y el tercero, el que estaba más cerca, se apartó de ella.

—La tripulación del Alazán Perlado está compuesta de caballeros, desde el capitán hasta el pinche de cocina —dijo despacio—. Lo cual es más de lo que puede decirse de la compañía de esta mesa.

—¿Rosalie? —preguntó Elliot sorprendido.

—Uno de nuestros compañeros ha hecho un comentario de mal gusto —repuso ella—. Y yo le he corregido.

—No me he dado cuenta. Yo no hablo francés.

—¿Lo habla su Excelencia? —preguntó ella sonriente.

—No.

—En ese caso, dejaremos de hablar francés en la mesa —se volvió hacia los cadetes—. Un caballero no tiene necesidad de ocultar sus comentarios utilizando un idioma que no entienden todos los presentes.

La conversación se animó, en su mayor parte sin ninguna contribución por parte de los jóvenes. Rosalie esperó un tiempo razonable para que no pudieran achacar su partida a sus insultos y se disculpó. Elliot la acompañó hasta el bote. Se oían risas y canciones por toda la aldea y por todas partes se encontraban marineros del brazo de mujeres muy morenas.

—¿Que ha pasado entre los jóvenes de la nobleza y usted? —preguntó el capitán.

La joven se lo contó.

—Ahora que sabe que habla francés, Baranov insistirá en que se quede de institutriz con sus hijos. Puede ofrecerle tres o cuatro veces el sueldo que pudiera ganar en Inglaterra.

Rosalie se estremeció.

—No debería mantenerla aquí de pie —se disculpó él—. El aire está frío.

—No he temblado de frío —repuso ella—, sino ante la idea de vivir en Nuevo Arcángel con la eterna compañía de los cadetes navales rusos que creen que la nobleza de su cuna les da derecho a sentirse por encima de otras personas. Personas que son muy superiores a ellos en muchos aspectos.

—Usted también es de la nobleza —le recordó él

—Y usted.

—Pero a mí nunca me educaron en ella.

—Creo que debe ser usted una de las personas más afortunadas de nuestra clase —

replicó ella con seriedad.

Trasladó las órdenes de Elliot a los oficiales de a bordo y después se retiró a su camarote. Los largos días septentrionales empezaban a pasarse y la oscuridad inundaba la bahía, haciendo necesario encender faroles. Rosalie se llevó uno a su camarote pero no tardó en apagarlo y tumbarse en la oscuridad. Todo estaba saliendo muy bien; debería alegrarse del éxito de Elliot, ya que tres partes de los beneficios eran suyos. Sin embargo, estaba nerviosa. Repasó la conversación para ver qué era lo que la hacía desgraciada. El comportamiento de los cadetes no bastaba para justificar el peso que le oprimía el corazón. Pensó en el paseo de vuelta al bote, en las mujeres de piel oscura y los marineros.

Comprendió de repente por qué Elliot estaba tan contento de pasar la noche en tierra. Baranov le ofrecería algo más que una cama, le ofrecería una mujer. Se llevó las manos a los pechos.

—No es asunto mío —susurró—. No me importa lo que haga.

Pero el dolor de su corazón desmentía sus palabras.

El Alazán Perlado bailaba sobre las largas olas del Pacífico. Elliot se subió al palo de mesana.

—¡Lady Rosalie! —gritó con alegría—. ¡Suba! ¡Tiene que ver esto!

La joven miró vacilante la escala que pretendía que subiera. Habría sido difícil incluso en el puerto en calma, y mucho más en mitad del mar.

—Señor Loti, ayúdela—ordenó Salvaje.

Nunca antes había escalado una vela. Se quitó las botas y, con la ayuda del joven, colocó los pies en la soga. Comprendió que los hombres de abajo verían por debajo de sus faldas, pero ya estaba a mitad de camino y si se retiraba entonces, la tripulación se reiría de su navegante.

—No mire hacia abajo —le advirtió el señor Loti—. Mire hacia arriba, al lugar al que quiere llegar. Centró sus ojos en Elliot, movió la mano y el pie derecho al mismo tiempo, se agarró con fuerza y luego movió el lado izquierdo. Estaba ya cerca. Bajó la vista y volvió a subirla de

inmediato, asustada por la distancia hasta cubierta.

—¡Vamos! —gritó Salvaje.

Le hizo gestos con una mano mientras sujetaba el catalejo con la otra. Se agarraba a la escala sólo con las piernas. La joven siguió subiendo sin dejar de mirarlo. Dos pasos más y alcanzó la mano de él. Apretó los pies alrededor de las sogas y se apoyó contra la vela.

—¿A salvo? —preguntó él. La joven asintió.

Elliot avanzó hasta que su cuerpo se apretó contra el de ella, formando un punto de apoyo.

—Mire —le dijo, tendiéndole el catalejo.

—No puedo soltarme —protestó ella.

—Claro que puede. Yo la sujeto. Mire, mire adónde vamos.

Rosalie levantó la cabeza hacia el suroeste y vio montañas y nubes de espuma que se elevaban hasta los cielos. Las montañas eran de un tono verde oscuro contra el azul del cielo y ninguna de ellas más alta que la mano de un hombre.

—Yo creía que las islas Sandwiches eran más grandes —dijo desilusionada.

—Son lo bastante grandes para nuestras necesidades. Tenga, mire por el catalejo. Yo la sujetaré.

Al tiempo que le ponía el catalejo en la mano derecha, pasó la pierna izquierda sobre ella, de modo que la joven quedó aprisionada entre las sogas. Consiguió entonces soltar las manos y enfocar el catalejo hacia las lejanas islas.

Las montañas se acercaron más y el mar que las rodeaba brillaba con luz propia. Y esa luz era absorbida por las montañas de modo que brillaban a su vez con la luz verde de las esmeraldas. De repente encontró el nombre de aquellas islas demasiado prosaico, demasiado inglés. Seguro que tenían otro nombre.

—¿Cómo las llama la gente que vive en las islas? —preguntó.

—Owyhee. Repítalo usted. —Owyhee —dijo ella.

—Y sólo hay una palabra de su idioma que necesite saber. Aloha. Repítala.

—Aloha. ¿Pero qué significa?

—Significa hola, significa adiós y sentimos que se marche. Significa somos amigos,

bienvenidos, vayan en paz. Y significa te quiero.

—Una palabra muy útil —repuso ella. —La única que necesita saber.

—Eso me parece muy peligroso. ¿Qué pasa si alguien cree que digo hola cuando lo que quiero decir es adiós?

—Los movimientos del cuerpo y del tono de voz ayudan a determinar el significado —dijo él—. No tardará en aprenderlo. Usted aprende todo muy deprisa.

—Me gustaría bajar ya —dijo la joven, a la que la proximidad de él hacía latir con fuerza el corazón—. No tardaremos en poder ver las montañas desde la cubierta, ¿verdad?

—No. Antes de que caiga la noche estaremos en el puerto de Honolulu.

—¡Qué nombres tan raros!

—Ellos creen que Londres y Plymouth son más raros. Todo es cuestión de perspectiva.

La joven se mostró de acuerdo con él para que la dejara bajar.

Elliot se equivocó, ya que el viento cambió de repente y hasta la mañana siguiente no llegaron al muelle de Honolulú. En la bahía había tres barcos anclados, cada uno con la bandera de los Estados Unidos ondeando en sus velas. Una mirada bastó para indicarle que eran balleneros. Examinó las cabañas de hierba de la costa, pero no vio ningún movimiento.

—¿Dónde está el guardián del muelle? —preguntó el señor Becker con impaciencia.

—¿Dónde están las mujeres? —inquirió Barber. Un hombre salió del barco ballenero americano más cercano y se metió en un bote con dirección al Alazán Perlado. Elliot se acercó a darle la bienvenida.

—Capitán Harley, del Precio de Carly, de Salem —se presentó el hombre, señalando el barco que acababa de dejar—. Ustedes son británicos —terminó, indicando su bandera.

Elliot se presentó y confirmó que sí, que era británico.

—Espero que no estén muy necesitados porque el rey ha prohibido todos los barcos británicos.

A Elliot se le heló la sangre en las venas. ¿Quedaban seis días de comida en el barco y el rey Kamehameha había prohibido comerciar con los barcos británicos?

—¿Por qué? —preguntó con exagerada calma—. ¿Qué le ha hecho Gran Bretaña al rey?

—Uno de sus paisanos llegó aquí hace dos semanas con aire muy estirado e hizo burla del rey de las islas Calabash delante del británico que a veces traduce para el rey. El hombre le llevó el cuento a su amo y éste ordenó al barco que se fuera.

—¿Y se venga de todos nosotros por el insulto de un hombre?

—Bueno, la cosa no terminó ahí. Fue a Kauai y le prometió al rey de esa isla que le ayudaría a invadir los territorios de Kamehameha.

—¡Santo cielo! Espero que alguien tuviera el sentido común de hundir a ese bastardo — gritó Elliot. Los estúpidos que intentaban derrocar a gobernantes locales eran el terror de todos los comerciantes. Insultar a los habitantes nativos no era modo de hacer negocios.

—Se marchó. Puede que consiguiera provisiones en Kauai, que será lo que tenga que hacer usted. —Yo he negociado en el pasado con el rey y entre nosotros sólo hay buenos sentimientos.

—¿Y qué es lo que piensa ofrecerle al rey? —preguntó el americano con astucia.

Elliot adivinó a dónde quería llegar. Ese capitán quería sonsacarlo para ver si podía aprovecharse haciendo de intermediario. No le quedaba más remedio que mostrarse sincero, ya que quizá tuviera que recurrir a ese método.

—Dinero. Monedas de oro.

El americano murmuró su aprobación.

—¿Adónde se dirigen?

—A Calcuta.

—¿De dónde viene?

Elliot decidió que había llegado el momento de mentir un poco.

—De California —repuso—. Esto es una expedición científica, nueves meses fuera de Inglaterra.

—¿Científica? En ese caso, si no puede convencer al rey de la noble naturaleza de su misión, puede venir a bordo cuando quiera. Me llamo Harley. No lo olvide. Y estoy en buenos términos con el señor Young, que es muy amigo del rey.

Elliot lo observó volver a su barco. No se atrevía a revelar lo poco que le gustaba aquel

hombre. Tal vez se viera obligado a depender de él para conseguir comida suficiente para llegar a Canton.

—Prohibido —dijo Becker—. Mala suerte.

—No podría ser peor —asintió el capitán.

Miró a sus oficiales. Todos parecían preocupados excepto Rosalie, que parecía más bien confusa.

—El rey ha prohibido comerciar con los barcos británicos, lady Rosalie. ¿Cuáles son nuestras alternativas?

—Comprarles a los americanos —repuso Becker con amargura—. Nos pedirán el doble o el triple, pero no veo otra alternativa.

—El capitán ha mencionado otra isla —sugirió Rosalie—. ¿A qué distancia está? ¿Podríamos encontrar comida allí?

—Posiblemente, pero los dos reyes están en guerra. Si nos acercamos al rey de Kauai, nos arriesgamos a la enemistad de Kamehameha. Es el más poderoso de los dos y el año próximo puede estar en control de las islas. ¿Y qué haríamos entonces cuando necesitáramos provisiones?

—Capitán, hay más confusión en la playa —indicó el señor Loti.

Todas las miradas se volvieron hacia las chozas de paja.

—El rey —dijo Salvaje—. Creo que nuestras preocupaciones han terminado. No podrá resistir la tentación de vender a cambio de oro —miró a su alrededor—. Bajen a la cubierta inferior todo lo que no necesitamos en este momento.

La tripulación se apresuró a cumplir su orden. Elliot paseó por cubierta con Rosalie a su lado.

—El rey Kamehameha considera que todo lo que ve es suyo por derecho. Algunos barcos han perdido parte de su cargamento por dejarlo visible en la cubierta cuando subía el rey a bordo.

—¿Va a subir a bordo? —preguntó la joven.

—Sí. ¿Quiere usted ver al rey más importante del Pacífico? —le tendió el catalejo —.Cuando termine de mirar, lo llevaré a mi camarote. Es el mejor catalejo que he tenido nunca y no me gustaría perderlo.

Observó a la joven y vio que abría la boca sorprendida.

—¿Cuál es el rey? —preguntó.

—El más alto.

—Pero... pero... —tartamudeó ella—, está... está...

—Casi desnudo —asintió Elliot—. Ahora comprenderá por qué algún capitán británico hizo comentarios burlones sobre él. No subestime su poder sólo porque lleve una tela atada a las caderas por todo atavío.

Elliot miró hacia la orilla. Una canoa salió de la playa, pero sólo llevaba un hombre a bordo aparte del remero.

—No me gusta esto —dijo—. Normalmente el rey suele venir con mucha pompa.

Para entonces, la tripulación entera estaba ya en cubierta o colgados de las velas para observar la presencia real y escuchar lo que diría el representante del rey. Elliot deseó que la conversación hubiera podido ser más secreta, pero la tripulación se jugaba tanto como él. El hombre que subió a bordo iba ataviado con un par de pantalones andrajosos.

Elliot lo miró esperanzado. Al menos no era un extraño.

—Señor Young. Es un placer volver a verlo este año.

—Aloha, capitán. Hay algunos problemas. Quizá se haya enterado ya, puesto que he visto que el capitán Harley le ha hecho una visita.

—Así es. Pero eso no puede tener nada que ver con el Alazán Perlado. Nosotros siempre hemos mantenido unas relaciones muy cordiales con el rey y nuestro comercio será según las mismas bases de siempre. En metálico.

—El rey le ordena bajar a tierra —dijo Young—. Todos los oficiales son bienvenidos, pero la tripulación debe permanecer a bordo hasta que se alcance un acuerdo.

—Comprendo.

Miró a la tripulación. Por supuesto, todo el mundo querría bajar.

—Señor Barber, se queda usted al mando hasta mi regreso. Doctor Hampton, ¿le importaría acompañarnos? Lady Rosalie, creo que encontrará algo en tierra digno de su

diario.

El bote estaba ya bastante lleno con la adición de los dos remeros, así que Loti y Charley se instalaron en otro. Elliot miraba hacia la playa y observaba la multitud que rodeaba siempre al rey. Muchas mujeres se paseaban delante de las chozas en distintos estadios de desnudez y con la cabeza y el pecho decorados con flores. Esperaban que el rey diera permiso para recibir a los marineros. Al borde del agua, en un grupo separado, había tres mujeres grandes envueltas en tela diseñada con dibujos geométricos.

—¿Ve esas mujeres? —le preguntó el capitán a Rosalie—. Son las esposas del rey.

En aquel momento, las tres tomaron una decisión e hicieron un gesto al sirviente situado detrás de ellas. Este les quitó las telas que llevaban y las tres se lanzaron desnudas al agua. Rosalie dio un respingo tal que fue oído por todos los que iban en el bote con ella.

—Buen material para su diario —sonrió el capitán. La joven asintió, pero no lo miró; no apartó los ojos de lo que ocurría en la playa.

Cuando llegaron a la orilla, Elliot hizo gestos de que los demás se colocaran detrás de él en su marcha hacia el techo de paja. No había paredes, así que el rey pudo ver bien a las personas del barco. Elliot entró en la sombra donde el rey se sentaba majestuosamente sobre un cofre marino. El señor Young, cuyo remero había adelantado a los otros botes, estaba ya de pie al lado de su soberano. El capitán se detuvo a la entrada, hizo una reverencia y luego avanzó hacia el rey. Se detuvo e hizo otra reverencia.

—El rey dice que puede hacer pasar a sus oficiales —dijo Young.

Elliot se volvió e hizo un gesto con la mano. Todos saludaron al rey. Lady Rosalie le dedicó una reverencia cortesana y las rosas de seda de su sombrero casi rozaron el suelo.

Elliot notó que el pelo le había crecido mucho y le colgaba suelto sobre los hombros.

—Puede presentar sus oficiales al rey—dijo Young. El capitán obedeció. Empezó por el señor Becker, como correspondía a su rango.

—Lady Endine Wilmount —dijo al terminar—. Navegante.

El rey habló un rato en el lenguaje musical de las islas.

—El rey dice que nunca ha visto a una mujer del otro lado del mar que fuera oficial de un barco —tradujo Young. Su voz indicaba que él tampoco había oído hablar de nada semejante.

—Lady Rosalie tiene muchos talentos. Quizá deba decirle al rey que nació en Inglaterra de padre noble. Young lo tradujo. El rey se puso en pie; era una acción que Elliot siempre encontraba intimidatoria, ya que el rey Kamehameha era uno de los pocos hombres a los que había conocido que fueran más altos que él. Kamehameha paseó en torno al grupo de extranjeros. Estos se acercaron unos a otros inconscientemente. El rey habló con Young.

—El rey pregunta si quieren negociar.

—Quiero comprar comida: cerdos, ñames, fruta, todo lo que su gente quiera vender. Y pagaré en oro.

El rey y el traductor conversaron varios minutos. El rostro de Young palideció.

—Su Majestad el rey acepta hacer negocios, pero..

—¿Pero qué? —preguntó Elliot con impaciencia. Young señaló a Rosalie. El rey levantó el brazo y apuntó también en la misma dirección.

—Entregará usted al rey a la mujer noble cuyo cabello es igual que el de Pele.

El capitán perdió la noción de lo que le rodeaba y lo vio todo rojo. ¿Entregar a Rosalie al rey? No se la había dado a un jefe anónimo de Sumatra. Dejarla allí sabiendo exactamente quién sería el hombre que la poseería sería peor, cien veces peor. Porque él la amaba.

—¡No! —gritó.

El rey se sentó en su cofre y rió a carcajadas.

Elliot comprendió que se reía de él, se reía porque lo había puesto nervioso, pero el comprenderlo no eliminó la rabia que sentía en su corazón. Se esforzó por controlarla.

El rey y el traductor volvieron a hablar.

—El rey no la quiere para siempre, capitán —explicó Young—. Sólo durante el tiempo que tarden en cargar su barco. ¿Por qué le importa tanto que disfrute de una mujer de su tierra cuando es usted el que la trae aquí?

—No —musitó Salvaje.

Apenas si podía hablar. Inclinó la cabeza con rigidez, dio media vuelta e indicó a los demás que lo siguieran. Hasta que no levantó la mano, no se dio cuenta de que tenía los dedos apretados en un puño.

Quince

—Las mujeres están bastante tristes —dijo el capitán Harley, sentado con Elliot en el alcázar del Alazán Perlado.

Rosalie, que se hallaba en la cubierta de escotilla con la claraboya abierta, oía todo lo que hablaban los dos hombres.

—Estaban dispuestas a nadar a su encuentro, pero el rey se lo ha prohibido.

—Todos los hombres de este barco contaban con pasar varios días en tierra para descansar y recuperarse —musitó Elliot—. Hemos tenido un viaje agotador. ¿Cuál es la situación en la isla de Kauai?

—Sigue en control de su rey. La última invasión de Kamehameha fue un fracaso.

—¿Kamehameha sigue interesado en conquistar la isla?

—Parece que sí, pero la plaga del año pasado mató a la mayor parte de sus generales, además de a cientos de personas de la isla. El propio rey estuvo muy enfermo y creo que achaca esas muertes a la ira de sus dioses. Piensa que su fracaso en conquistar Kauai los enfureció y recientemente ha comprado otro barco con vistas a la invasión. Sus hombres están construyendo una flota de canoas.

—¿Para una invasión inmediata?

—No. No lo creo.

—La guerra sería una estupidez —dijo Elliot—. Las islas son el centro de comercio de la ruta del Pacífico. Ambos reyes deberían pensar en eso antes de lanzarse a combatir. Los hombres

religiosos de California están a favor de abrir esa provincia al comercio extranjero. Si lo consiguen, las islas Sandwiches tendrán bastante competencia.

Rosalie oyó el choque de cristal sobre cristal. El capitán seguía sirviendo vino al americano.

—California —musitó Harley—. ¿Cómo ha encontrado las cosas por allí?

—Estuve poco tiempo en el puerto y por una emergencia. No tuve ocasión de viajar al interior.

—¿Le trataron bien?

—Regular. Estaban ansiosos por retenerme en el muelle hasta que llegara su fragata de México, pero huí de la trampa. Creo que Inglaterra y España siguen en guerra, así que tenían derecho a querer capturar este barco.

—Espero que el presidente Jefferson nos mantenga al margen de los líos europeo —comentó el americano—. La guerra es siempre mala para los negocios —apretó los labios con vacilación—. ¿Irá a buscar provisiones a Kauai?

—Todavía no he tomado una decisión.

—No olvide mi oferta.

—Si Kamehameha descubre que me está vendiendo comida, puede echarlo de aquí.

—Sí, eso es un riesgo, pero yo ya he cargado y me dirijo a casa.

—¿Puede llevar un mensaje mío a tierra?

—Sí. Pídale al jefe del muelle que solicite el permiso del rey para que mi tripulación baje a tierra unas horas.

—Las mujeres y los hombres que se benefician de ello presionarán al rey para que le conceda ese deseo. Están perdiendo dinero.

—Mis hombres se lo agradecerían.

—Me iré ahora —dijo Harley—. Kamehameha tardará algunas horas en recibir el mensaje, va que ha vuelto a su hogar en Waikiki. Quizá esta noche.

Rosalie oyó el ruido que hacía el americano al bajar de cubierta seguido por el sonido de sus remos en el agua. ¿Tan grande era la necesidad de mujer que sentían los hombres como para ser más prioritaria incluso que la comida? En las semanas transcurridas desde que salieran

de California, se había ocupado cada vez más de las cuentas del barco y sabía cuál era exactamente la situación. Apenas si quedaba comida para otra semana; quizá dos, si se racionaba bien. Pero Elliot estaba dispuesto a perder varios días para que sus hombres bajaran a tierra a acostarse con las mujeres.

Lightner no había sido capaz de resistir el encanto de una mujer de la misión. Su deseo carnal lo había llevado a desobedecer órdenes, quedándose atrapado en California. El gobernador y don Miguel probablemente lo habrían encarcelado al descubrirlo. ¿La necesidad sexual de un hombre era más fuerte que su miedo a la cárcel? Desgraciadamente, el sexo dominaba las vidas de los hombres. Estaban dispuestos a violar cualquier norma con tal de estar con una mujer. El rey de las islas Sandwiches, que debería pensar sólo en el bien de su pueblo, estaba dispuesto a retirar las barreras contra el comercio si Elliot la entregaba a él. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

Cuando oyó su exigencia, le temblaron las piernas y sólo pensó en regresar al refugio del Alazán Perlado.

Allí estaba a salvo de las exigencias de ese gigante. Salvaje no la entregaría al rey. Había rechazado su petición de modo tan violento que Rosalie estaba segura de que había ofendido al rey. No la había dejado en Sumatra ni la entregaría a ese hombre horrible.

Pensó que debía darle las gracias. Todos los hombres del barco la trataban con respeto gracias a él. ¿Cómo podía pagar la amabilidad de todos ellos?

Tuvo la impresión de que un velo oscuro caía sobre ella. Sabía bien lo que podía hacer por ellos. Era algo horrible, pero claro. Ella tenía el poder de romper las barreras y conseguir comida para el viaje a China. Pero al pensar en aquel rey le temblaban las piernas.

Subió las escaleras despacio, tratando de recobrar sus fuerzas. Se acercó con orgullo al alcázar, consciente de tener en sus manos la solución al problema. Sólo necesitaba valor, y no podía acobardarse delante de esos hombres. Ellos habían hecho mucho por ella y ella tenía un deber para con el Alazán Perlado.

El sol se ocultó detrás de las montañas y, a la luz del crepúsculo, la tripulación se reunió en cubierta para echar a suertes quiénes serían los primeros en bajar a tierra. Cuando un hombre se reía y vitoreaba, era señal de que había sacado una paja larga. Cuando se terminó el proceso, Elliot pidió silencio a todos.

Recordad que tenéis que volver al amanecer y, si podéis subir comida a bordo, mejor.

Por lo menos, guardaros algunas piezas de fruta en la camisa. Dejad que os alimenten las mujeres y comed todo lo que Podáis. El señor Becker y el señor Barber pueden bajar a tierra. El señor Loti permanecerá a bordo conmigo.

El aludido no pudo reprimir un gemido y Elliot se rió de él. Rosalie aprovechó la oportunidad para dar un paso al frente.

—¿Puedo bajar yo también a tierra, señor?

La mirada de sorpresa de él indicaba que no se le había pasado por la cabeza que quisiera bajar a tierra. Apretó los labios y al fin asintió con la cabeza.

—No se aleje mucho. Quédese cerca de los botes. No creo que corra ningún peligro.

Se acercó a ella y se inclinó para hablarle al oído.

—Usted sabe muy bien para qué bajan los hombres a tierra, ¿verdad? Cada matorral y cada árbol ocultará a una pareja y yo no puedo impedir que lo vea.

—Lo sé —repuso ella—, pero puede que ésta sea mi única oportunidad de ver la isla.

—No se aleje —repitió él.

Los botes estaban ya en el agua y los marineros se apresuraban a ocuparlos. Rosalie esperó hasta que vio al señor Becker entrar en uno de los botes y se unió a él.

—¿El rey vive cerca de aquí? —preguntó con aire casual.

—No. El rey vive en la costa, a unas dos millas al este. En un lugar llamado Waikiki. Algunas personas lo llaman un palacio, pero el año pasado fui a verlo y sólo son más casas de hierba, como las que se ven aquí. Más grandes, quizá, y con decoraciones más elaboradas. Dioses horribles tallados en madera.

El camino era evidente: un sendero polvoriento que avanzaba en dirección a la luna,

que no estaba llena del todo. El mar brillaba con el color de la plata, pero ella no se fijó.

Trató de no pensar en lo que le esperaba para reprimir el deseo de regresar corriendo al barco. Las piernas le temblaban de tal modo que a veces apenas si conseguía andar.

Se detuvo a un lado del camino para controlar las náuseas que atenazaban su estómago. Se recordó que el rey había dicho que sólo la retendría mientras cargaban el barco. Y Elliot, que sabía cómo odiaba estar con el rey, no perdería tiempo en hacerlo.

Observó el ramillete de casas de hierba, pero no vio nada que se correspondiera con la descripción de Becker. ¿Dónde viviría el rey? El brillo de las antorchas se lo indicó. Sus llamas iluminaban tallas altas de madera colocadas sobre palos que se elevaban más allá de los techos de paja que sujetaban.

Nadie la detuvo. Paseó entre las casas de techo alto, mirando con curiosidad a través de las puertas abiertas para ver si veía al rey. Los perros y los cerdos buscaban comida a la luz de la luna. Alguien canturreaba en el idioma de las islas y Rosalie temió de repente que no hubiera nadie allí que le sirviera de traductor. De ser así, no podría saber las intenciones del rey por adelantado y tendría que aceptar lo que quisiera hacer con ella. Se volvió para huir.

Oyó gritos y ruido de pies que corrían y se quedó inmóvil. Unas figuras oscuras y semidesnudas la rodearon, pero no hicieron ademán de tocarla.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó una voz en inglés.

No era Young, sino un hombre más bajo que hablaba con acento americano. El grupo se apartó para dejar pasar al hombre blanco.

—Soy lady Rosalie Wilmount, del Alazán Perlado —dijo con firmeza—. Y necesito ver al rey.

—¿Por qué?

—Le explicaré al rey las razones de mi presencia aquí.

—Usted es la mujer del barco británico —dijo él.

—Sí.

—El rey le hizo una petición a su capitán y éste se la negó del modo más insultante

posible. El rey está enfadado con el capitán.

—Y yo he venido para reparar esa descortesía.

—Sería mejor que viniera el capitán en persona.

—He venido a suplicarle al rey que perdone al capitán Elliot. Los ingleses tienen ideas diferentes de la cortesía que se debe a las mujeres.

El hombre se echó a reír y dijo algo en el idioma de las islas. El grupo que los rodeaba soltó una carcajada. Sus palabras debían parecerles ridículas teniendo en cuenta que en

ese momento la mitad de la tripulación del Alazán Perlado estaba con las mujeres de la isla.

—Venga —dijo el americano. Rosalie lo siguió entre el laberinto de casas—. Espere aquí —le ordenó. Desde el interior de la casa más grande de todas, surgió una voz familiar, la del rey. Su determinación vaciló. Se enderezó y apretó los dientes. No podía ser peor que lo que le había hecho don Miguel, aunque en aquella ocasión podía durar varios días.

¿Cuántas veces la obligaría a hacerlo? El americano se acercó a ella.

—El rey la recibirá.

Rosalie lo siguió a la casa tratando de recordar la ceremonia que había seguido Elliot al aproximarse al monarca. Al entrar por la puerta, se detuvo e hizo una reverencia. Cuando se incorporó, se sobresaltó. El rey yacía tumbado desnudo sobre un montón de alfombras. Una mujer arrodillada a su lado le daba masajes en el estómago. En el suelo, a un lado del rey, había bandejas de comida; al otro lado, se sentaba el señor Young, ataviado sólo con un taparrabos y sujetando en la mano un montón de papeles de los que parecía leer.

—El rey desea saber lo que hace usted aquí —dijo éste, haciendo señas de que se adelantara.

Rosalie avanzó hacia el monarca, entonces recordó que Elliot se había inclinado dos veces y volvió a hacer una reverencia. Había ensayado su discurso en el camino desde el muelle.

—He venido a ofrecerme al rey, quien solicitó mi presencia. Le suplico que perdone al

capitán Elliot, que ha tenido que soportar mucho en las últimas semanas y...

Young le hizo ademán de que guardara silencio y se volvió hacia el rey para traducirle sus palabras. Luego le hizo señas de que siguiera hablando.

—El rey comprende las cargas del poder y el capitán tiene que llevar la misma carga. Ha vencido muchas dificultades para llevar comida a los rusos de América del norte. Estaban hambrientos y les entregó la mayor parte de la comida del barco para ayudarlos.

Young habló con el rey, quien apartó a la chica desnuda y se sentó. Rosalie bajó los ojos, no sólo por respeto al rey, sino para evitar ver su voluminoso cuerpo. La conversación entre los dos hombres se prolongó algún tiempo. La joven permaneció inmóvil, sin apenas atreverse a respirar.

—¿El capitán Elliot la ha traído a su Majestad? —preguntó Young de repente.

—No. He venido por mí misma, como pidió su Majestad.

—¿El capitán no la ha acompañado a Waikiki?

—No.

—¿Sabe el capitán que está usted aquí?

—No.

Young se volvió a hablar con el rey. El monarca terminó la conversación con rapidez y movió una mano.

—Puede marcharse —dijo el traductor. Rosalie levantó la cabeza.

—¿Marcharme?

El rey volvió a tumbarse sobre las alfombras y la muchacha se arrodilló a su lado. Young se puso en pie.

—Venga conmigo —dijo.

Rosalie hizo otra reverencia al rey, que no le prestó la más mínima atención, y salió con el otro, confusa por lo ocurrido.

—Pero el rey me deseaba —protestó—. Le pidió al capitán que me entregara.

—No la desea del modo que usted piensa. Es usted demasiado pálida y delgada para él,

aunque le encanta su cabello.

—Entonces, ¿por qué le pidió al capitán...?

—El rey quería humillar al orgulloso inglés. Ha aprendido de los americanos, que a veces traen a sus esposas consigo, que los hombres blancos se aferran a sus mujeres. Rechazan incluso la cortesía más común: que las mujeres se comparten con los nobles. Su Majestad sólo quería obligarle a entregar su mujer delante de los americanos y de la tripulación. Deseaba mostrar su gran poder al británico.

—¿Eso es lo único que quería? ¿Humillar al capitán?

—Humillar al británico en venganza por el insulto que sufrió a manos de otro capitán.

—Entonces se humilla a sí mismo —dijo ella con severidad—. Un gran hombre, un rey, no toma otras mujeres. Debería dar ejemplo de moralidad a sus súbditos.

—¿Y los gobernantes de Inglaterra no toman nunca a la mujer de otro hombre? —preguntó Young con sorna.

—El rey George ha llevado una vida intachable —protestó la joven—. La reina y él son un ejemplo de fidelidad.

—¿Y el príncipe de Gales no juega con las mujeres de otros hombres?

Rosalie se ruborizó y confió en que aquel inglés renegado no lo notara a la luz de las antorchas. Ella había eludido los bailes y viajes al campo en los que podía encontrarse con el príncipe, porque el comportamiento de éste con las mujeres casadas era escandaloso. Bajó la cabeza.

—Se cuentan muchas cosas del príncipe —admitió. —Se comporta como debe comportarse un gobernante —dijo el hombre—. No es distinto al rey Kamehameha. El príncipe ve una mujer que desea, la solicita y se la entregan porque se considera un honor para la mujer y para su marido. Es lo mismo que hace Su Majestad en estas islas.

La joven iba a protestar, pero se contuvo. No debía insultar a esas gentes. Las vidas de la tripulación del barco podían depender de ello.

Necesitamos comprar comida —dijo débilmente—, Si el capitán Elliot acude ante el rey

con humildad, si me entrega al rey, ¿le daría permiso...?

—El capitán tuvo ya oportunidad de agradar a Su Majestad. Ahora que ha venido usted por su cuenta, dudo mucho que Elliot ganara ningún favor porque, al venir sola, ha demostrado ser desobediente Y caprichosa. El capitán rehusó la petición de Su Majestad en su momento y ahora ya ha pasado el momento.

Guardó silencio un instante.

—Ha recorrido usted un largo camino. ¿Tiene hambre? —preguntó—. Quizá quiera conocer a la reina y los criados pueden llevarle algo de comer. Le explicaré que es usted una mujer noble en su país. —Gracias —dijo ella con humildad.

La mujer a la que le presentaron como reina Kaahumanu no le prestó la menor atención. Ella también recibía un masaje y yacía desnuda sobre una alfombra. Los únicos sonidos que emitía eran gemidos de placer.

Le llevaron comida. Rosalie reconoció el pescado, la carne y la fruta y comió de las tres cosas. La fruta le supo a gloria. Desde que saliera de Sitka sólo había comido galletas y carne salada de buey y una vez a la semana un pudín de manzanas secas con un chorrito de zumo de limón.

Se acostumbró al silencio hasta tal punto que dio un respingo cuando la reina habló al fin. De detrás de ella surgió la voz de Young.

—Le he dicho a Su Majestad que es usted una mujer noble de un país lejano. Desea saber el nombre de su madre.

—Mi madre era la condesa de Cairnlea.

—¿Dónde vive su madre?

—Murió hace mucho. Cuando yo tenía doce años. Young tradujo sus palabras y la reina emitió unos ruiditos de simpatía.

—¿Y su padre?

—El conde de Cairnlea. Murió hace varios años. La reina se mostraba cada vez más compasiva y Rosalie vio sorprendida que unas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Su Majestad siente mucha lástima por usted. Espera que el amor de su esposo, el capitán Elliot, le ayude a superar la pena de estar sola sin sus padres.

—El capitán Elliot no es mi esposo. Es un buen amigo que me está ayudando a regresar a casa.

La reina la miró sorprendida.

—Su Majestad pregunta dónde está su esposo.

—Dígale a su Majestad que no tengo esposo.

Un largo discurso de la reina siguió a la traducción. Le hizo señas de que se reuniera con ella en la alfombra.

—Debe usted tumbarse a su lado —le explicó Young.

Rosalie hizo lo que le decían y se acercó a la reina, quien golpeó la alfombra en un gesto de invitación. La joven se sintió algo ridícula tumbada al lado de aquella gruesa mujer desnuda.

—Su Majestad pregunta cuántos hijos tiene.

—Ninguno —replicó la joven.

Le sorprendió que su estatus de soltera no hubiera eliminado la posibilidad de tener hijos. Entonces recordó a las mujeres que esperaban en la playa y comprendió que los isleños aceptaban a los niños de un modo mucho más abierto que los ingleses.

La reina le dio unos golpecitos en la espalda en señal de simpatía; sus ojos se llenaron de lágrimas y murmuró unas palabras de consuelo.

—Su Majestad dice que está usted muy delgada y por eso no tiene esposo ni hijos —mientras hablaba, la reina dio una palmada. En la casa entró una criada que acercó la bandeja de comida a la joven—. Su Majestad sugiere que coma más.

Rosalie tomó otra fruta.

—Déle las gracias a Su Majestad por la comida.

En el barco no hemos tenido fruta desde que salimos de la América rusa.

Comió con glotonería mientras proseguían la conversación.

—Su Majestad le aconseja que aprenda a quedarse quieta, ya que moverse demasiado adelgaza.

—No tengo muchas oportunidades de descansar en el barco —repuso la joven—. Tengo que hacer mi trabajo además de mantener mi ropa limpia y arreglada.

La reina reaccionó con sorpresa.

—Su Majestad dice que esas cosas deberían hacerlas sus esclavos. Le he explicado que usted no tiene esclavos, pero quizá tenga un criado.

—No, no tengo criados.

La reina habló con un tono de protesta.

—A Su Majestad le preocupa mucho que esté tan delgada. Quiere saber si desea quedarse aquí hasta que el Alazán Perlado regrese a Honolulu. Ella se asegurará de que para entonces haya engordado y está segura de que el capitán Elliot la convertirá en su esposa.

Rosalie reprimió una sonrisa al tiempo que concebía una idea.

—Por favor, dígale a Su Majestad que podría engordar a bordo si no fuera porque

tenemos poca comida. Dígale que le dimos casi toda nuestra comida a los rusos de Sitka porque estaban hambrientos. Se la dimos gustosamente porque creíamos que podríamos comprar más aquí con la ayuda de Su Graciosa Majestad.

Young le sonrió antes de empezar la traducción y Rosalie comprendió que sabía exactamente lo que intentaba hacer. Siguió una larga conversación entre el cortesano y la reina. La joven contuvo el aliento ¿Cuánta influencia tendría aquella reina sobre el rey?

Después de todo, había dos mujeres más que ostentaban el mismo título.

—Le he explicado a Su Majestad la desagradable situación del Alazán Perlado. Dice que el capitán Elliot cometió un gran error al no otorgar el deseo de Su Majestad. Habría disfrutado usted mucho con el rey y quizá éste le hubiera dado un hijo para que no estuviera sola en el mundo.

Resultaba palpable que Young disfrutaba con la traducción, ya que la miraba con burla.

—Sí —asintió Rosalie—. Por favor, explíquele que no soy la mujer de Elliot y que él no creía tener autoridad para otorgarle lo que pedía. No es mi esposo y no puede entregarme a otro hombre. Tengo un tío en la India y otro en Inglaterra que son los que pueden tomar esas decisiones. Y se habrían enfadado mucho con Elliot si éste hubiera actuado por su cuenta.

Más conversación entre la reina y el traductor.

—Su Majestad le hablará al rey y lo convencerá de que la admita en su casa. Está segura de que no ha comprendido que no es usted la mujer de Elliot y que el capitán no podía entregarla. Pero puesto que usted se ha ofrecido a él...

Rosalie se incorporó sobre los codos, aturdida por la dirección que empezaba a tomar aquella audiencia. Si las cosas seguían así, acabaría atrapada en aquella corte durante un año o más.

—Por favor, explíquele a la reina que debo regresar a mi casa. Mi tío, su esposa y mi prima no saben dónde estoy. Deben estar muy preocupados...

Hizo temblar sus labios, adoptó una expresión trágica y se quedó encantada al comprobar que brotaban unas lágrimas de sus ojos.

—Y dígale que, para devolverme a mi familia, el Alazán Perlado debe comprar comida. No podemos partir para la India hasta que no tengamos comida. Y quizá pueda explicarle que si llego a casa así de delgada...

No tuvo ocasión de terminar. Young estaba ya traduciendo sus palabras. Se alegró de ver que lo hacía con cara seria.

Ocho hombres fuertes portaban en sus hombros la litera de la reina. Rosalie se sentía ridícula reclinada allí, pero Young le había indicado que la reina se preocuparía mucho si regresaba andando al muelle. Esa clase de ejercicios hacían adelgazar.

—¿Hablará con el rey? —le preguntó Rosalie.

A su lado en la litera había varias cestas y paquetes para que pudiera comer de un modo adecuado por la mañana.

—Hablará con él —dijo Young. —¿Y se sentirá conmovido?

—No podría haber encontrado una embajadora mejor. La reina Kaahumani no sólo es la de más rango sino la más querida de las tres reinas. La esposa de su corazón. Apelará a su generosidad y le explicará que no puede usted conseguir al hombre que ama hasta que engorde.

—¿Cree que estoy enamorada? —preguntó la joven sorprendida—. Yo no le dije nada de eso.

—Su Majestad es una mujer muy intuitiva. Siempre sabe cuando alguna de sus damas se fija en un hombre. Le conmueve su amor por el capitán Elliot y le duele que, en su situación actual, él no pueda corresponderla. Le explicará todo eso al rey.

—!Elliot! —exclamó la joven—. Dígale a la reina que me conoce bien y que le doy las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Quizá el capitán se las dé también —añadió.

—La reina podría hablar con el capitán. Un hombre puede aprender a amar a una mujer si sabe que con el tiempo le agradará.

Rosalie se mordió el labio inferior.

—Dice usted que Su Majestad ama a la reina. ¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Muchos años. Desde mucho antes de que yo llegara a la isla. Hubo años en los que discutieron y se separaron, pero los dos eran infelices. El capitán Vancouver consiguió reunirlos de nuevo.

—¿El capitán Vancouver? —preguntó ella—. Pero hace más de una década que estuvo en estas aguas.

—Eso creo —repuso Young.

Rosalie volvió al muelle sobre los hombros de los criados de la reina. Físicamente volvía de un modo muy cómodo, pero emocionalmente se sentía tan confusa como una criada joven. Rezó para que la reina no enviara un mensaje a Elliot. ¿Qué pensaría éste si recibía un comunicado real aconsejándole la conveniencia del matrimonio? Asumiría que le había hablado a la reina de su necesidad de encontrar marido y de que lo había elegido a él.

Esperaba que la embajada de la reina diera su fruto. Si el rey cedía en ese punto, quizá no sería necesario contarle a Elliot por qué había ido allí en primer lugar. ¿Cuál sería su reacción si se enteraba de que se había ofrecido a Kamehameha?

Debería haberle pedido a Young que no dijera nada de aquello. Era necesario que permaneciera en secreto. Los porteadores llegaron a la vista del muelle. Vio el Alazán Perlado, que parecía un barco fantasma a la luz de la luna. Comprendió que tendría que contarle la verdad al capitán. No se atrevía a ocultarle nada, ya que todos dependían de él.

Cuando depositaron la litera al borde del agua, saltó al exterior. Los sirvientes llevaron la comida hasta donde estaban amarrados los botes.

—¿Rosalie? —preguntó Elliot desde una de las casas.

Salió al exterior y la joven vio que lo seguían varios marineros.

— ¿Sí?

—¿Dónde ha estado? Hampton bajó a tierra y no la encontró. Estábamos preocupados.

—¿Podemos subir al barco antes de que le cuente dónde he estado? —preguntó ella—. Prefiero no hablar delante de estos hombres —susurró.

Elliot la condujo a uno de los botes. Cuando los criados de la reina vieron en qué bote se marcharía, se apresuraron a cargar en él los paquetes de comida, con lo que apenas quedó espacio para Rosalie y el capitán. Uno de los marineros amontonó unos paquetes y tomó los remos.

Elliot estaba muy cerca de ella y no habría podido escapar de él aunque hubiera querido. Le rodeaba la cintura con un brazo

Una vez en el barco se sentaron juntos al lado del palo de mesana y hablaron en voz baja.

—¿Quería comprar comida entregándose al rey—preguntó él, sorprendido.

—Sí, pero me ha rechazado. Nunca me deseó, sólo quería humillarle a usted en venganza por el insulto del otro capitán.

Los dedos de él rozaron el cabello de la joven, que no se apartó.

—¿Cree que la reina podrá ayudarnos?

—El señor Young dice que sí. Que el rey la ama y que ella lo convencerá.

—¿Estaba asustada cuando ha ido allí?

—Sí.

—Ha sido un sacrificio muy generoso —dijo él.

—Le he dicho la verdad. El rey no me deseaba. Me ha echado de allí. No ha habido ningún sacrificio.

—No me refería a lo que ha hecho el rey, sino a lo que ha hecho usted al vencer su miedo de ese modo.

—No lo he vencido. No he dejado de temblar todo el tiempo que estaba allí.

—Ha sido usted muy valiente. La mayoría de las mujeres inglesas habrían salido gritando si el rey las hubiera señalado con el dedo y exigido que se las entregaran. Usted no. Usted permaneció ante él con dignidad y quizá incluso haya resuelto nuestro grave problema.

La besó con gentileza en la frente.

—Pronto será de día. Quizá le apetezca dormir un poco.

—Sí.

Entró en su camarote y dejó la puerta abierta para que entrara la brisa. Había tenido que contárselo todo, pero había una parte que había ocultado. Estaba enamorada del honorable Anson Elliot. Y lo había descubierto a través de una mujer que había amado a un hombre durante muchos años.

¿Era posible que una mujer inglesa amara de aquel modo? ¿0 eso sólo era posible allí en las islas, donde una reina era capaz de llorar por las desgracias de una desconocida? ¿En aquel lugar donde la palabra que significaba amor salía de todos los labios con una multitud de significados distintos como si quisiera recordarles constantemente que el amor impregnaba todas las cosas?

Dieciséis

Elliot escribía en el escritorio de su camarote; prefería hacerlo en la mesa de las cartas, pero Rosalie se hallaba allí, haciendo copias del inventario. No se atrevía a interrumpirla, ya que la tarde anterior el vigía había visto la punta meridional de Formosa. Estaban en ese momento en el mar de China, a pocos días de distancia de Macao y las factorías comerciales de Cantón.

Pensó con placer en el momento en que mostraría aquel inventario al mercader y viera sus esfuerzos por parecer inexpresivo ante el número de pieles de nutrias y madera de sándalo que había en el cargamento. Pensó luego en Rosalie, en la sorpresa con que contemplaría Macao y su emoción ante las calles ajetreadas de Cantón.

No, no la llevaría allí. A las mujeres europeas no se les permitía la entrada en el distrito de las factorías. Tendría que quedarse en el barco.

Su cuerpo, sentado en posición relajada, era consciente de la presencia cercana de ella y el deseo distraía su atención. Por las noches no podía ya olvidar que ella estaba a poca distancia. Los dos meses transcurridos desde que partieran de las islas Sanders, habían sido difíciles, aunque se alegraba de haber hecho un viaje rápido.

Estaba seguro de que su abstinencia en las islas contribuía a su situación actual.

Después de que el rey rechazara a Rosalie, no tuvo más remedio que demostrar su fuerza de carácter. La diatriba de Kamehameha contra los europeos y americanos que tomaban las mujeres de la isla pero no permitían que los isleños tuvieran acceso a las suyas, lo fortificó contra las encantadoras bellezas de la isla. A la semana de haber salido de allí, empezó a lamentar su sacrificio, ya que su deseo por Rosalie crecía cada día más.

—En Cantón me acostaré con las mujeres chinas —murmuró.

Lo haría una y otra vez hasta quedar saciado. Luego sólo tendría que soportar dos meses más y el Alazán Perlado entraría en Calcuta.

El camarote estaba cada vez más caliente, ya que el sol de la mañana golpeaba con fuerza la cubierta. Se levantó para abrir la claraboya y una mezcla de voces llegó hasta él. Charley y sus amigos estaban leyendo.

¡Cómo había cambiado Rosalie el barco! No quedaba ni un hombre que no supiera leer un poco. Barber y Loti eran tan hábiles en matemáticas que podrían encontrar fácilmente un empleo adecuado y Charley casi los había alcanzado a su vez. Con una tripulación pequeña, era conveniente que varias personas fueran capaces de hacer el mismo trabajo. Quizá debería pedirle que enseñara matemáticas a toda la tripulación para que todos los marineros comprendieran el funcionamiento del sextante y las cartas marinas.

Entonces recordó que ella lo dejaría dentro de unas semanas. Cuando llegaran a Calcuta, le buscaría un barco que se dirigiera a Inglaterra.

Seguía confiando en que su amor por ella se evaporara con el tiempo. Así debía ser si no quería que destruyera todo aquello por lo que había trabajado; el amor podía destruir su futuro.

—¡Una ciudad! —exclamó Rosalie, con los ojos fijos en Macao.

El sol de la mañana se reflejaba en las ventanas de los edificios de tres o cuatro pisos de altura e iluminaba las torres de la catedral y los muros de la fortaleza situada en el punto más alto de la península.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó.

—No. Subiremos por el río hasta la isla Whampoa. Allí echaremos el ancla y tomaremos barcos más pequeños hasta Cantón, que es donde se comercia.

Le hubiera gustado pasear entre esas casas, ver mujeres ataviadas a la europea, comer platos bien cocinados en vajilla de porcelana. Miró a Elliot; sus ojos la devoraban, cosa que ocurría a menudo en los últimos días. Trató de ocultar su decepción.

—No podemos —le explicó él—. Nuestro cargamento es demasiado valioso y muchos de esos juncos —señaló los barcos chinos— son casi como los piratas. Descargaremos lo antes posible y luego proseguiremos viaje a Cantón.

Rosalie asintió. Cuando entraron en el estuario del río Pearl, el paisaje cambió de repente, las colinas se alejaron más hacia el horizonte. A lo largo de la costa, la tierra parecía apenas más alta que el agua. Era verde, dividida en pequeños campos de arroz.

Aquí y allá se elevaba algún edificio contra el horizonte, con los tejados curvos al estilo oriental. Al fin, cerca del atardecer, la joven vio numerosos barcos europeos anclados cerca de una isla. Barcos enormes de la Compañía de las Indias se mezclaban con los voluminosos veleros holandeses o las naves de dos mástiles con la bandera de los Estados Unidos. Algunos de éstos últimos parecían tan pequeños que se preguntó cómo habían conseguido cruzar el océano.

Anclaron allí, en medio de la multitud de barcos. Rosalie esperó, pero no ocurrió nada.

En los demás puertos, Elliot había ordenado echar un bote al agua para acercarse a tierra, pero aquel día estaba allí de pie mirando hacia la orilla. Un bote salió del muelle y se dirigió hacia ellos. El capitán se acercó a la joven.

—¿Conserva todavía sus ropas de marinero? —preguntó.

—Sí.

—Vaya a cambiarse. El comerciante no sabe que llevamos una mujer a bordo. Quiero que esté presente en la cubierta de escotilla. No diga nada durante la reunión, pero anote lo que se dice.

La joven bajó la escalera y encontró a Kranz colocando comida en bandejas.

—Los chinos esperan que les ofrezcan comida y té —dijo—. No hacen negocios sin comer.

La joven fue a cambiarse y luego se sentó en un rincón de la cubierta de escotilla.

Elliot no le prestó atención cuando entró con el chino. Le ofreció pasteles y le sirvió una taza de té. Rosalie tomó su lápiz, pero descubrió que no comprendía nada de lo que decía el mercader. Al fin captó una palabra.

—¿Pieles?

—Unas cuantas —musitó Salvaje. Le ofreció al otro más té.

Pasó media hora antes de que se pusiera en pie y entrara en su camarote, de donde regresó con un bulto. Apartó a un lado las bandejas de comida y colocó una piel de foca y otra de zorro sobre la mesa. El mercader hizo unos ruiditos con la nariz y Elliot volvió a meter la mano en el bulto de lona.

La piel negra de nutria resplandecía a la luz del sol que entraba por los ojos de buey. El mercader dio un respingo. Volvió la vista, como si no hubiera visto la piel. Examinó la cubierta, miró la pobreza de aquel espacio reducido y arrugó los labios en un gesto de desprecio. Elliot se sentó, sonrió un instante a Rosalie y tomó su taza de té.

El silencio se hizo opresivo a medida que cada hombre esperaba que el otro hablara. El mercader trataba de decidir qué podía ofrecer por el cargamento. Tiró al suelo el inventario escrito con tanto cuidado y Rosalie notó que le temblaban levemente los dedos.

Una de sus manos enjoyadas comenzó a acariciar la piel de nutria.

—Treinta dólares —dijo.

Elliot se echó a reír. La joven anotó la oferta en su cuaderno y esperó la contraoferta de Elliot. Este no dijo nada.

—Treinta y cinco —musitó el mercader varios minutos después.

El capitán se recostó contra la pared y giró la cabeza para mirar a través de los ojos de buey.

—En Londres, las damas están empezando a forrar de piel los bordes de sus abrigos. A veces, si se trata de un abrigo de invierno, forran todo el interior de piel. Los chinos nos han enseñado algunas cosas interesantes sobre el vestir. Las mujeres de Londres Ya no sólo quieren seda; les encanta la opulencia de las pieles.

El mercader suspiró y dijo algo que la joven no comprendió.

—Mi amigo el rey de las islas Sandwiches —prosiguió Salvaje con aire casual— se mostró muy generoso con este barco. Sus hombres nos trajeron canoas llenas de madera de sándalo, material que cargamos como lastre. Nos dio muchos regalos y alimentos. Tengo provisiones suficientes para llegar a Calcuta.

El mercader se puso en pie e hizo una inclinación de cabeza. Elliot lo escoltó a cubierta y Rosalie lo oyó bajar a su bote.

—¡Suba, lady Rosalie! —gritó el capitán por la claraboya.

Becker, Hampton, Barber y Loti se habían reunido ya con él.

—¿Qué le ha parecido nuestro amigo? —preguntó Elliot.

—Llamaría mucho la atención en Londres —repuso ella, pensando en su elegante bata de seda, su sombrero y sus joyas—. Pero no se ha avanzado nada.

—Hemos avanzado ya mucho. Sabe lo que no pienso aceptar por las pieles de nutria; le ha impresionado mucho su calidad y sabe que podemos irnos de aquí y dejarlo sin nada. Sugirió que no podríamos comprar provisiones hasta que descargáramos la mercancía.

—¿Por eso le ha hablado de la generosidad de Kamehameha?

—Sí. Más aún, le he dado a entender que las pieles se pueden vender muy bien en Londres. Mañana, pasado o la semana que viene volverá con una oferta más razonable. En China hay que tomarse las cosas con calma.

Menos de una semana después, Rosalie anotaba en su cuaderno los términos exactos del

acuerdo entre Elliot y el mercader. La tripulación se había dividido en dos mitades de modo que todos pudieran disfrutar de algún tiempo en tierra. Pequeños juncos iban y venían entre el Alazán Perlado y la orilla cargando montones de pieles.

Rosalie hacía bocetos de los barcos y de los mercaderes con sus batas de seda. Estaba haciendo un boceto de un junco que navegaba río abajo contra el viento cuando descubrió a Elliot a su lado.

—Mañana subirá usted río arriba conmigo. En calidad de secretario.

—Pero usted dijo que no se permitía ir a las mujeres.

El corazón le latió con fuerza. Sería maravilloso poder describir Cantón en su libro. En Inglaterra crearía sensación que ella, una mujer europea, hubiera estado en Cantón.

—Me siento mejor con usted al lado. Usted conoce lo que se ha sacado ya del inventario, puede escribir deprisa y comprobar mis cifras.

—¿Qué debo llevarme?

—Las listas de inventarios y un cuaderno para tomar notas.

—¿No estaremos fuera más de un día?

—Se tarda casi todo el día para llegar allí. Coja lo que necesite para uno o dos días. Y véndese los pechos.

—¿Qué?

—No quiero que nadie sospeche que es usted otra cosa que mi secretario, un muchacho joven. Véndese los pechos y esté preparada a primera hora.

Rosalie se tumbó en su litera, incapaz de dormir a causa de la impaciencia. A la primera llamada en su puerta, ya estaba en pie. Tardó más de lo normal en vestirse, ya que tuvo que envolver una cierta cantidad de muselina en torno a sus pechos. Elliot la esperaba en cubierta.

Charley se había instalado en el bote más pequeño del barco. Sus enormes brazos se apoderaron de los remos; pasaron casi en silencio entre los barcos anclados y se acercaron a un pequeño velero.

—Hola, Elliot —dijo el hombre que los recibió al subir—. Me alegro de volver a verle. ¿Ha sido un viaje próspero?

—Esta mañana hay buen viento —repuso el capitán—. Llegaremos pronto a las factorías.

Bajó a la cubierta de escotilla y la joven lo siguió. El lugar hedía a pescado y humanidad.

—Creo que estaremos mejor en cubierta —dijo él. La joven asintió y lo siguió de nuevo arriba. Dejó los bultos de lona debajo de un cañón y se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra ellos. Llegaron otros hombres, capitanes que, al igual que Elliot, querían comprar cargamento. La tripulación levó el ancla e izó las velas triangulares.

Rosalie había pensado dormir, pero el sol de la mañana iluminó una paisaje tan fantástico, que se acercó a la barandilla para admirarlo. Unos juncos subían por el río a su lado y otros bajaban contra el viento. De vez en cuando, unas islas dividían el río en canales. Navíos de todo tipo se separaban y volvían a juntarse en un baile silencioso a medida que sus capitanes elegían distintas rutas.

Cuando el barco se acercó a un muelle, se ponía ya el sol. Más allá se podía ver una fila de edificios de tres y cuatro pisos de altura: las factorías. Formaban una pared continuada durante casi un kilómetro a lo largo del río. Elliot la condujo hasta el patio frontal de una de las casas más grandes. Delante de ella ondeaba la bandera británica.

Unos criados chinos les sirvieron la cena en un comedor inmenso. A la cabeza de la mesa se sentaban los agentes que residían allí, los capitanes de barco y compradores de los navíos cuyos capitanes no se encargaban personalmente de los negocios. Rosalie se encontró sentada a los pies de la mesa, rodeada de dependientes, la mayoría de ellos portugueses de Macao. Cuando le preguntaban algo, respondía con brevedad en voz baja. Después de la cena, Elliot le hizo señas de que se acercara.

—Venga —dijo en voz baja.

La joven lo siguió escaleras arriba y luego por un pasillo. El hombre abrió una puerta y la dejó abierta hasta que hubo encendido una palmatoria que había sobre la mesa.

A la luz de la vela, Rosalie vio una habitación amplia, con una cama en un rincón, una chimenea apagada, una mesa y sillas. Cerca de la chimenea había un colchón enrollado. En la mesa estaban los bultos que habían llevado consigo en el barco.

—Nuestro cuarto —dijo él.

—¿Nuestro cuarto? —preguntó ella sorprendida. —La factoría está llena en estos momentos, ya que es el comienzo de la temporada de comercio del té. Pensé que no querría pasar la noche en un dormitorio lleno de marineros. Coja el cuaderno y las listas. El señor Harrowburn no tardará en llegar.

No había terminado de decirlo, cuando entró el señor Harrowburn.

Wilmount, mi secretario, tomará notas de nuestra conversación, si no le importa —dijo Elliot con aire casual.

—El señor Harrowburn ni siquiera se molestó en mirarla.

—¿Las cuentas? —preguntó el capitán.

La joven sacó los papeles de la carpeta de piel que había llevado bajo el brazo desde que salieran de Whampoa. Harrowburn volvió su atención a la lista de pieles que había vendido el Alazán Perlado al almacén.

—¿Dos mil nutrias? —preguntó incrédulo.

—Dos mil cuatrocientas para ser exactos. Pero cuatrocientas eran del sur y menos valiosas. Cerca de seis mil de zorro, lobo y foca. Además de la madera de sándalo.

—¿Cómo consiguió sacarle madera de sándalo a ese viejo rufián de las islas Sandwiches? —preguntó Harrowburn.

—Tengo un amigo en la corte —sonrió Elliot.

—¿Qué quiere usted llevarse a cambio?

—Porcelana antigua y, si no está disponible, moderna. Sólo juegos completos, a menos que puedan buscarme piezas espectaculares. Las suficientes piezas para que hagan de lacre en sustitución de la madera de sándalo.

—Veré lo que hay disponible.

Rosalie tomaba notas con rapidez, siguiendo un código que sólo ella podía leer.

—Consígame toda la seda que pueda encontrar, tanto en hilo como en tela. ¿Tienen chales bordados? La joven levantó la cabeza, pero Elliot no la miró.

Estaba agotada por el largo día y la noche sin dormir. Dos veces estuvo a punto de quedarse dormida y perdió el tren de la conversación. El valor de la mercancía la había dejado atónita. Las pieles de nutria se habían venido a cuatro dólares americanos cada una, más de ocho libras esterlinas. Elliot hablaba de porcelanas y sedas por valor de miles de libras.

—Llene nuestro barco con lo que tengan a mano ya que no deseo estar mucho tiempo en el puerto. Debo estar en Calcuta a principios de año.

El señor Harrowburn asintió y tomó a su vez algunas notas.

—¿Piensa quedarse mucho aquí? —preguntó.

—No. Mañana volveré al barco. Confío en que usted me hará saber lo que ha encontrado.

Cuando se marchó el otro, se dejó caer en un sillón al lado de la chimenea.

—¿Nos vamos mañana? —preguntó ella.

—Es muy peligroso quedarse. Un día puede usted pasar desapercibida. Si nos quedamos más, los mercaderes chinos pueden descubrirla y toda su buena voluntad se desvanecería.

—¿Por qué no permiten a las mujeres venir a Cantón?

—Los chinos temen que los europeos y americanos se instalarían aquí si les permitieran traer a sus mujeres. Lo cual, teniendo en cuenta la historia de los europeos en otras partes del mundo, probablemente sea cierto. Supongo que no pensará usted publicar su diario con su nombre verdadero.

—No. Desde luego que no.

—Quizá pueda cambiar el nombre del barco y el del capitán por si alguna de esas copias llega a China.

—Lo haré, si usted lo considera necesario. ¿Piensa, pues, seguir en el comercio con

China?

—Al menos durante un año más. Después de todo, le hice una promesa a Baranov y él cuenta con que el Alazán Perlado volverá cargado de comida. Y aunque decidiera regresar a Inglaterra, tengo una buena tripulación que puede llevar el barco alrededor del mundo sin mí. Y quizá compre uno o dos barcos más. Barber y Loti no tardarán en estar preparados para tomar el mando. Los más jóvenes pueden hacerse cargo de la navegación.

Se puso en pie, tomó el colchón enrollado y lo tendió en el suelo.

—Puede quedarse con la cama—dijo.

—De eso nada —repuso ella con firmeza—. Usted es el capitán, yo el secretario. Ya es bastante castigo que haya tenido que compartir su habitación conmigo. Yo dormiré en el suelo, ya que me ha salvado de un ático lleno de hombres.

Elliot se echó a reír y sopló la vela. La joven oyó crujir la cama cuando él se subió a ella. ¿Cuánta ropa debía quitarse? Se sentó un momento en el colchón y se quitó sólo las botas. Había una manta de lana que se subió hasta la barbilla. La venda de los pechos le molestaba. Se sentó una vez más y se levantó la camisa para quitársela.

Permaneció en silencio, calculando mentalmente el valor del cargamento que Elliot llevaría a Calcuta. ¿Cuánto supondrían tres partes de aquello? Se quedó dormida antes de haber podido calcular el valor de la seda.

... El corredor estaba oscuro y el suelo de piedra resultaba frío bajo sus pies. Ella no debería estar allí...

Rosalie resistió el sueño. No quería recordar lo que había ocurrido en Moreton. Tenía que volver al barco.

.Un grito resonó en el aire y luego se interrumpió Ella se quedó paralizada...

Estaba soñando. Se despertaría. Luchó por salir del frío corredor, pero sus pies no se movieron. Su padre miró hacia donde estaba y la vio. La obligaría a presenciar aquella escena horrible y luego la mataría también.

.Rosalie se cubrió con fuerza la boca con las manos, observó cómo se retorcía aquel cuerpo blanco bajo los golpes del bastón y oyó los gritos de su madre...

Los gritos llenaron su cabeza; luchó contra la parálisis que le impedía moverse, una parálisis que, a medida que se despertaba, se volvía más fuerte.

—Rosalie, Rosalie —susurró él—. Es un sueño. No ha pasado nada.

La joven estaba en sus brazos, debatiéndose contra su fuerza.

—No te pasará nada, Rosalie. Estás aquí conmigo. No ha ocurrido nada malo. Ha sido un sueño.

—¡Él la mató! —susurró ella.

La mano de Elliot le acarició el cabello.

—Ha sido un sueño, Rosalie. Nadie ha matado a nadie.

—Él la mató —insistió ella—. Mi padre. Mató a mi madre. Yo lo vi.

Los brazos de él estrecharon su cuerpo con tanta fuerza que ella percibió los latidos de su corazón a través de la camisa. Se recostó sobre él.

—Oh, querida —murmuró Elliot—. Querida mía. Rosalie le echó los brazos al cuello.

Estaba a salvo por primera vez en su vida. Elliot era su protector y cuidaría de ella.

—Él no sabía que lo había visto pegarle. La empujó por las escaleras y luego les dijo a todos que se había tirado ella en un arrebato de locura.

Se apretó contra él, aferrándose a su cuerpo como a lo único sólido que había en su mundo.

—Eso no te ocurrirá a ti —susurró él—. A ti te amarán; nadie te hará algo así.

—Pero a ella también la amaron —gimió ella—. Te amo —susurró—. Yo te quiero, Elliot.

—Yo también te amo. No sabes cuánto.

Sólo entonces se dio cuenta ella de que estaban sentados sobre un colchón fino en el suelo de una habitación de la factoría británica de Cantón. La estancia no se balanceaba con las olas sino que estaba muy quieta y lo que creaba la ilusión de movimiento era la agitación de sus pechos.

—¿Te importaría llamarme por mi nombre? Hay poca gente en el mundo que me llame

Anson.

—Te amo, Anson —dijo ella.

Levantó la mano para tocarle la mandíbula, rugosa por la barba de un día, y le pareció que casi podía sentir con los dedos su color oscuro. El hombre la depositó sobre el colchón y se tumbó a su lado; le pasó un brazo por detrás de la cabeza de modo que ella descansara en el hueco de su hombro.

—¿Cuánto tiempo duró? —preguntó con gentileza—. ¿Cuánto tiempo se amaron?

—No lo sé. Unos cuantos años, tal vez.

—Más tiempo del que disfrutó mi madre del amor —murmuró él—. ¿Cuánto tiempo nos amaremos nosotros?

—No lo sé. En este momento tengo la impresión de haberte amado siempre, desde que puedo recordar.

—Lo que importa es el futuro —dijo él—. ¿Puedes leer el futuro?

Se incorporó hasta quedar sobre ella con el cuerpo apoyado sobre sus brazos. Rosalie sentía el corazón en la garganta y apenas podía hablar.

—No —levantó los brazos y lo atrajo hacia sí—. Pero tenemos esta noche. Esta noche estamos seguros de nuestro amor.

Elliot lanzó un gemido. Una de sus manos se introdujo bajo la camisa de ella y descubrió sus pechos llenos y libres. Los dedos que la acariciaban eran como una llama sólida. Cualquier idea de resistir se evaporó por completo al contacto con aquel calor. El hombre la colocó de lado de modo que pudiera contener ambos pechos con sus manos.

—Rosalie —susurró con voz ronca—. Quiero besarte los pechos, quiero besarte profundamente, tan profundamente que mi pasión pueda despertar la tuya. Pero si lo hago no podré detenerme hasta llegar al final. ¿Me entregarás tú eso? No te forzaré, pero tengo que saberlo ahora, antes de ir más lejos.

¿Amor hasta el final? La joven pensó en el lugar que él deseaba, en el que quería penetrarla.

—No te haré daño —murmuró él como si le leyera el pensamiento.

Rosalie llevó las manos a las caderas de él para apartarle la ropa y mostrarle la fuerza de su propio deseo. Elliot sólo llevaba puesta la camisa. Las manos de ella tocaron carne suave y percibieron la fuera de sus músculos. Él se movió y le colocó el pene entre las manos. Ella lo tomó sin pensar y recorrió con las manos la longitud de aquel miembro que iba a violarla. No, a violarla no. A llenarla, llenar un vacío, acabar con un dolor, completar el acoplamiento que había empezado tanto tiempo atrás con los labios de él sobre su palma en un lejano baile. Lanzó un grito cuando la lengua de él rozó sus pezones con delicadeza.

—Una promesa de algo mejor —dijo él—. Déjame desnudarte para que pueda besarte entera.

Sus labios recorrieron los pechos, los hombros, las caderas y los muslos de ella. Su boca encontró el centro sexual de la joven y ella gritó de sorpresa ante aquel placer inesperado. La elevó hasta una cúpula de azul, donde se vio rodeada por una intensidad de color semejante al de los cielos tropicales.Aquel azul intenso la invadía a medida que él abría su cuerpo para que pudiera recibirlo.

Rosalie se movió hacia adelante para acelerar el contacto completo, sintió que su miembro terminaba su tarea. El cuerpo de él se hallaba sobre ella, restringiendo su capacidad de moverse, pero no sintió miedo. La cúpula de color los envolvía a los dos.

Elliot se movió en su interior y gimió con ella. La explosión del azul en una lluvia de fuego blanco la tomó por sorpresa.

Sus muslos, su abdomen, su sexo, estaban en el centro de la llama y él era el fuego que ardía en su interior y gritaba con ella poseído por la misma exquisita tortura que la rodeaba a ella.

Elliot se colocó de lado llevándola consigo. No se atrevía a colocar todo su cuerpo sobre ella con sólo la delgadez de aquel colchón separándola del suelo. En un colchón de plumas lo habría hecho, se habría dejado caer sobre ella porque sabía que algunas mujeres

encontraban un gran placer en ello después del torrente el sexo.

Apretó con firmeza las nalgas de ella para no romper de inmediato el contacto sexual.

La joven seguía gimiendo, pronunciando su nombre. Era maravilloso que no hubiera usado su nombre hasta aquella noche porque así, cada vez que lo pronunciara en el futuro, recordaría la tensión sexual que había invadido su vientre y el alivio que le había producido el contacto final con él.

Aquel contacto se iba alejando y a él le disgustaba sentirlo así. En el interior de ella se había visto elevado a una altura que no había conocido nunca. Ella le había entregado su primera vez, sus sexo virgen, y él la había hecho florecer convirtiéndola en una mujer experimentada. Pensó con sorpresa que también era la primera vez para él. La primera vez que hacía el amor con una mujer a la que amaba de verdad.

La soltó y sus cuerpos se separaron. Volvió a estrecharla contra sí y ella se relajó en sus brazos.

—Querida —susurró él—. Me has dado una gran felicidad.

—Gracias —dijo ella—. No lo sabía.

—¿Qué no sabías?

—Que el amor tuviera dos partes. El modo en que te amo en el barco: con respeto, adoración... —se calló, avergonzada.

—¿Y éste? ¿La unión de dos cuerpos como hacen los animales? ¿No sabías que esto podía formar parte del amor?

—No. Y no es como hacen los animales, sino como hacen los amantes.

—Desde luego que sí —repuso él—. Siempre ha sido así.

Sabía que para él sólo habría esa noche. Sus dedos rozaron el contorno de los labios de ella. Rosalie suspiró. Elliot le rozó los pezones con las palmas, complacido al ver que se endurecían. Volvería a excitarla porque él ya lo estaba.

Diecisiete

El amor se interpuso entre ellos como una cortina pesada formada por el miedo al lugar al que podía llevarlos aquel sentimiento. Cuando él se sentaba en la cubierta de escotilla, Rosalie se afanaba en su camarote. En la cubierta, se esforzaba siempre por colocarse al lado opuesto del capitán.

En el barco no podía haber nada entre ellos. Elliot lo había dejado muy claro. A la cruel luz del día, ella no quería que lo hubiera por mucho que su cuerpo lo deseara. Desde aquella noche en Cantón hasta el día en que tuvo su período, vivió con el terror de que pudieran haber engendrado un hijo. Si eso ocurría, no tendría ya más opción que sir Hall y sus amigos. Si no, al llegar a Calcuta, podría tomar un barco que se dirigiera a Inglaterra.

Había terminado las páginas de su diario y, en lugar de pedirle otro cuaderno, escribía ahora de arriba abajo, entre las líneas anteriores. No había tomado notas de lo sucedido en Cantón, limitándose a dibujar una estrella en el estrecho margen. Pero no necesitaba verla para acordarse. En cuanto llegaba la noche, la unión con él volvía a llenar su mente.

A veces lo oía moverse al otro lado del tabique y eso bastaba para desearlo.

No se casaría con ella; de eso estaba segura. Ella no podía proporcionarle fortuna y una esposa se interpondría en la venganza que había planeado para las mujeres de la buena sociedad.

Sólo una vez en las seis semanas de viaje la convocó a la cubierta de escotilla para hablarle a solas y eso fue cuando faltaban pocos días para llegar a Calcuta. La joven acudió de mala gana y él no la invitó a sentarse a su lado como otras veces, sino que señaló el taburete colocado delante de la mesa.

—Quisiera pedirle que me hiciera un favor en Londres —dijo él.

—Lo que sea —repuso ella, con sinceridad.

—Le daré una nota para mi banquero. Por favor, elija una casa para mí y cómprela o alquílela. No sé cuáles son ahora los precios en las mejores zonas de Londres, así que

confiaré en usted. Me gustaría que estuviera en Mayfair.

—¿Park Lane?

—Preferiblemente, y que sea lo bastante grande para una esposa y una familia. Adecuada, también, para recibir. Vivirá usted en ella hasta mi regreso y se encargará de su decoración. Al menos, podrá quedarse allí hasta que haya decidido lo que va a hacer.

—¿Quiere decir hasta que haya encontrado marido?

—Sí, supongo que quería decir eso —dijo él, incómodo—. Le diré a mi banquero que ponga a su disposición los fondos necesarios.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —dijo ella con firmeza.

—¿Por qué no? —preguntó él, sorprendido—. Es una petición sencilla.

—Usted mismo dijo que todo el mundo asumiría que era su amante. El hecho de que me encargara de su casa sólo contribuiría a hacer más creíbles los rumores. ¿Qué pensaría la gente?

—Me importa un bledo lo que piense la gente. Quiero asegurarme de que vive usted en un lugar adecuado. No puedo echarla a las calles de Londres sin tratar de ocuparme un poco de usted. Su parte del viaje serán entre cuatrocientas y quinientas libras. Si las invierte bien, con eso y su renta, podría vivir en Londres, no con lujos, pero sí con comodidad, siempre que no tenga que pagarse una casa.

—Todo esto es innecesario. No tengo intención de vivir en Londres, sino en alguna aldea rural donde mi renta cubrirá de sobra mis gastos. Debo darle las gracias por todo lo que he aprendido en este último año. Ahora sé lo poco que necesito para vivir.

—Pero yo pienso volver a Londres —repuso él. Y usted debe tener mi casa preparada. Dentro de un año o dos como máximo, me estableceré en Inglaterra.

—¿Esto forma parte de su venganza? —preguntó ella en voz baja—. ¿La casa tiene algo que ver con vengarse de su hermano?

—Todo lo que hago va encaminado a ese fin —replicó él—. Con los beneficios de este viaje, mi fortuna se ha consolidado bastante. Haré otro viaje, pero sólo porque se lo prometí a Baranov y

luego volveré a Londres. Y entonces haré justicia.

—¿Justicia? ¿Llama usted justicia a humillar a hermano?

Comprendió de repente la parte que jugaría la casa en todo aquello, y no tenía nada que ver con lord Valmont, sino con la idea de cortejar a las jóvenes de la buena sociedad. Necesitaría un lugar elegante para recibir a sus madres, hacer que envidiaran su riqueza y olvidaran sus orígenes.

—Una vez me dijo que pensaba vengarse de las mujeres de la buena sociedad y yo no tomaré parte en eso. Si quiere vengarse, hágalo solo, sin mi ayuda.

—No sé de qué me habla. Necesitaré una casa en la ciudad. Sólo le pido que se ocupe de ello. No le pido que vaya gritando por ahí que estoy buscando esposa.

—Pero me pide que exhiba su riqueza a costa de cualquier reputación que pudiera quedarme. No sé lo que creerá la gente cuando se enteren de mi historia de este año, pero, si vivo en su casa, me considerarán su amante.

—Quizá si regreso con el mismo dolor de corazón que sufro ahora, acabe siéndolo —dijo él con dureza.

—No —repuso ella—. Hace un año le dije lo que quería: matrimonio. Sé que es imposible entre nosotros. Para poder llevar a cabo su venganza, tiene que poder ofrecer la tentación de su mano y su fortuna. Yo no estaré allí para verlo. Creo que buscaré una casita en Cotswolds, ya que siempre me ha gustado ver a las ovejas en las colinas...

—Vivirá en mi casa de la ciudad —ordenó él.

—Capitán, usted puede darme órdenes en todo lo relacionado con este barco y mis deberes. Pero no puede ordenar mi vida, a menos que desee casarse conmigo. Le estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí durante este año. Le doy las gracias por no forzarme cuando tuvo la oportunidad, por no empujarme a los brazos de sir Hall, por permitirme seguir en su barco y no abandonarme en Sumatra. Por negarse a entregarme al rey de las islas Sandwiches y por permitirme enseñar a los hombres a leer y aprender todo lo que necesito para mi nueva vida. Pero mi agradecimiento no llega hasta el punto de querer tomar parte en sus

malas intenciones. Tendrá que encontrar otro instrumento de su venganza. Elliot se removió incómodo en el banco y miró por la ventana la estela blanca que dejaba el velero en el mar.

—¿Y si cuando vuelva no ha muerto mi amor? —preguntó.

—Haga lo que quiera con ese amor. Yo me alegro de haber aprendido a amarle porque nunca había amado antes y lo temía. Ahora sé que soy más fuerte que el amor y que puedo dejarlo atrás.

Elliot se levantó y se acercó a la puerta. Se volvió antes de salir.

—¡Ojalá yo tuviera tanta fe como usted! —dijo con suavidad—. Ha tomado usted la decisión correcta. Quizá este sea el primer paso para aprender a odiarla. El odio es lo único que podría vencer lo que siento ahora por usted.

Rosalie corrió a su camarote y se echó llorando sobre la litera. Si se hubiera quedado un segundo más, habría corrido a abrazarlo y suplicarle que le permitiera hacerle olvidar su tristeza con caricias.

La luz del amanecer lanzaba largas sombras sobre el paisaje marrón que bordeaba el muelle de Calcuta. Rosalie se puso en pie para poder ver la mancha gris que producía el barco en las aguas marrones. El río apestaba incluso allí, cerca del océano, y su hedor parecía menos intenso si no veía también el color de su suciedad.

Elliot estaba al otro lado de la cubierta. Desde su última conversación, no había habido ninguna comunicación personal entre ellos. Rosalie esperaba con impaciencia la ruptura de su último vínculo: el pasaje para Inglaterra. Aunque también había otras cosas. ¿Qué habría pasado en el puerto? ¿Estaría su tío George en la cárcel? ¿Qué habría sido de la tía Lily y de Emily?

Y si no había ocurrido nada y el tío George y el capitán Freemantle seguían con sus negocios, debía mantenerse alejada de ellos. Un año en el Alazán Perlado la convertía en aliada de Elliot. Ella, al igual que el resto de la tripulación, había estado a punto de ser víctima del truco de los toneles de Freemantle. Si llegaba el momento en que tuviera que elegir un bando, tendría que quedarse con Elliot.

El sol se elevaba poco a poco. Rosalie retrocedió a la sombra del palo de mesana. Antes de que. los cascos de los barcos resultaran visibles, el doctor Hampton comenzó a dar gritos desde su posición en el palo mayor.

—¡El Halcón Rojo está anclado detrás de ese velero! —gritó alegremente.

Rosalie deseó que la señorita Hawkins estuviera a bordo y que al médico no le esperara alguna carta informándole que se había casado hacía meses con algún hombre de Charleston.

—Intentaremos buscar sitio cerca de él —gritó Elliot.

Sonrió, divertido por la felicidad de su amigo. Rosalie rezó entonces para que el amor del capitán fuera más débil que el del médico, que había llevado a la señorita Hawkins en su corazón durante cuatro años. Aunque, por otra parte, el doctor era americano y la joven sospechaba que los ingleses eran menos sentimentales.

Se acercaron más al puerto y la joven observó los barcos de la Compañía anclados allí con la esperanza de que uno de ellos saliera para Inglaterra en los próximos días. El calor era opresivo, agobiante, y anhelaba volver al mar.

Se lanzaron las señales que anunciaban la identidad del barco, seguidas de otras dirigidas al Halcón Rojo. El doctor Hampton seguía colgado del palo mayor con un catalejo en la mano.

—¡Está ahí! ¡Ya la veo! —gritó. Rosalie suspiró aliviada.

—Es un gran alivio, ¿verdad? —preguntó una voz sardónica a su lado.

La joven se volvió hacia el capitán, que se había acercado sin hacer ruido.

—Estaba preocupada —musitó.

—¡Pobre tonto! ¿Cómo puede creer que su amor durará siempre?

—No lo sé.

Su conversación se vio interrumpida por las señales que les lanzaba el Halcón Rojo. Varias figuras corrían por cubierta y dos de ellas llevaban faldas.

Rosalie volvió la vista, ya que la visión de Hampton tendiendo los brazos hacia aquella

chica morena le hizo desear el abrazo de otro cuerpo que estaba silencioso a su lado. Lo observó y vio que tenía los labios apretados y el cuerpo rígido, como si también él estuviera tratando de resistir la llamada del amor.

Saludó con cortesía al capitán y a la señora Hawkins y luego les presentó a sus oficiales, lo que obligó a Rosalie a salir de su refugio detrás del palo de mesana. El capitán americano era bajo y fuerte; su esposa, bastante atractiva. Elliot invitó a todos abajo, donde Kranz serviría vino, té y pasteles. Rosalie asumió su lugar a la cola del grupo. El capitán Hawkins dejó que Hampton y su hija pasaran delante y ofreció el brazo a su esposa. Sonrieron los dos, miraron a la pareja que los precedía y se rieron entre ellos de algún comentario privado. Los labios del capitán rozaron un instante la comisura de la boca de su esposa. Rosalie vio el gesto y el brillo de los ojos del hombre. La mujer apretó con discreción el brazo de su esposo.

La joven se sintió incómoda. En los ojos del capitán Hawkins había algo que ella había visto antes, el día en que el rey Kamehameha llegó al barco para anunciar que cedía a la súplica de su esposa y entregaría provisiones al Alazán Perlado. ¿No había sabido captar antes aquellas miradas entre marido y mujer? ¿O no había conocido nunca a dos personas cuyo amor durara a través de los años?

Le resultó imposible evitar mirarlos; peor aún, vio que Elliot se hallaba también cautivado por el cariño evidente que se percibía entre el capitán y su esposa. Era de esperar que Hampton y Laura sólo tuvieran ojos el uno para el otro. Pero era muy distinto ver al capitán Hawkins acariciar los dedos de su esposa al pasarle una taza de té y observar cómo le sonreía ella.

Rosalie tomó un vaso de vino, pero no lo bebió. No quería creer en el amor que presenciaban sus ojos.

—Tengo que dejarles al cargo del oficial Becker —anunció Elliot—, ya que debo presentarme de inmediato ante el director del puerto.

—Le deseo buena suerte —repuso el capitán Hawkins—, aunque presumo que usted, con su

relación con la Compañía Oriental, no tendrá los problemas que nos hemos encontrado nosotros en el puerto.

—¿Qué problemas? —preguntó Elliot.

Queríamos comprar algunos aparejos aquí en Calcuta, pero nos ha resultado muy difícil tratar con el capitán Freemantle.

Elliot enarcó las cejas, Becker apretó los labios y Hampton apartó un instante los ojos de su amada para mirar a Rosalie con preocupación.

—Nos ha sugerido más de una vez que recibiríamos un servicio más rápido si estuviéramos dispuestos a pagar cierta comisión al almacén de barcos. Supongo que acabaremos haciéndolo.

—¿Y ese almacén no es uno de los del puerto? —preguntó Elliot.

—No. Naturalmente, he vacilado en hacerlo, temiendo que quizá quisiera impulsar a un extranjero a hacer algo ilegal que pudiera darles una excusa para embargar el Halcón Rojo. Quizá sería más inteligente esperar y comprar lo que necesitamos en otro puerto.

—Procure no tener nada que ver con Freemantle —le dijo Elliot—. Le ha llegado la hora.

Salió de la estancia seguido por la mirada sorprendida del capitán Hawkins.

Cayó la noche, pero ninguno de los marineros abandonó la cubierta. Era ya bastante tarde cuando unos faroles iluminaron en tierra al bote que se alejaba. Desapareció en las aguas oscuras y reapareció de nuevo al lado del Alazán Perlado.

Rosalie observó la sombra del capitán subir a bordo.

—Los precios están altos—anunció éste contento—. Habrá sido un viaje próspero.

La tripulación aplaudió, pero él levantó una mano para silenciarlos.

—Mañana a primera hora empezaremos a descargar. Cuando hayamos terminado, todos tendremos tiempo de bajar a tierra mientras revisan y reparan el barco. Los oficiales vengan conmigo a la cubierta de escotilla.

Rosalie bajó también y se sentó en el taburete.

—Lord Mornington partió hace varios meses, cuando llegó sus sustituto como

Gobernador General —comenzó a decir Elliot.

—¿Y su sustituto es ...? —preguntó Becker.

—Fue lord Cornwallis. Pero sólo duró dos meses. Murió en un viaje río arriba. El gobernador interino es sir John Barlow. No sé mucho de él y supongo que él sabrá menos de mí. Como ya habrán adivinado por las revelaciones de Hawkins, no se ha hecho nada por investigar el puerto. Sir Hall Allinson no consideró apropiado estudiar mis graves alegaciones mientras lord Morrnington estaba aquí por miedo a enturbiar los últimos meses de su mandato. No tuvo tiempo de sacar el tema con Cornwallis y, como la posición de sir John es sólo temporal, duda en actuar basándose en una sola acusación.

—Así que Freemantle sigue robando mercancías del puerto y vendiéndolas en provecho personal —dijo Becker con amargura.

—Eso parece. He acudido a sir John e insistido en verle, aunque no parecía contento de renunciar a su paseo a caballo. Me ha dicho que los libros del puerto se revisan regularmente, pero yo le he indicado que Mason forma parte del plan y ha comprendido que, con su ayuda, sería fácil ocultar los robos. Le he hablado del caso del agua y le he sugerido hacia dónde debe encaminar sus investigaciones —se volvió hacia Becker—. Desea verle mañana por la mañana para que le cuente lo que descubrió durante su estancia en el puerto. Puede sugerirle que utilice al capitán Hawkins como cebo para pescar a Freemantle.

—Buena idea. Freemantle no sospecharía que un extranjero esté aliado con el gobernador para pescarlo.

—Y ahora, caballeros, buenas noches. Les aseguro que, antes de una semana, estaremos dividiendo las ganancias. Deseo hablar en privado con lady Rosalie.

Los hombres se retiraron, no a sus camarotes, sino a las partes más frescas de la cubierta.

—Su ausencia fue un misterio durante varios días —le dijo el capitán sin preliminares—.Sus tíos pensaban que se había alejado de la casa en medio de la fiebre.

—¿Y después?

—Su prima revisó su guardarropa y notó que faltaban algunas cosas. Su tío descubrió el robo de su traje de marinero, que había pensado guardar para el próximo baile de disfraces.

—¿Y asumieron que estaba con usted?

—Exacto. Su comportamiento les hizo creer que se había encaprichado conmigo puesto que desapareció la misma noche en que partió el Alazán Perlado. Esta mañana nadie se ha sorprendido de ver con sus catalejos una mujer a bordo. Sir Hall se ha mostrado algo picante en sus comentarios y le daría la bienvenida a su casa esta misma noche. ¿Le interesa ir?

—¡Santo Cielo! ¡No!

—La Estrella del Norte levará anclas dentro de unos días con destino a Inglaterra. Le he reservado un camarote.

—Gracias.

—El capitán está dispuesto a admitirla a bordo de inmediato si se limita usted a quedarse en su camarote y no se entromete con los preparativos de partida. Le he asegurado que está usted familiarizada con la vida a bordo de un barco.

—¿Necesita un navegante? —preguntó ella con una sonrisa.

—No lo creo —Elliot cruzó las piernas—. Pero el Alazán Perlado sí. Un navegante y un médico.

—Debe haber muchos hombres dispuestos a navegar con usted.

—Muchos, pero no siempre se descubre su talento hasta que estamos ya en el mar. Recuerde la incompetencia de Lightner.

—A menudo pienso en lo que habrá sido de él —dijo ella con suavidad.

—Desobedeció órdenes —musitó él—. Venga aquí, lady Rosalie.

La joven obedeció, pero no se sentó exactamente donde señalaba la mano de él.

—¿Ha cambiado de idea sobre la casa? ¿Quiere convertirse en mi agente en Londres?

—No.

—¿Y querrá hacerme otro favor?

—Si se trata de buscarle una casa en la que piensa recibir y seducir a mujeres para abandonarlas después, no.

—No, este favor es diferente. ¿Me esperará?

—¿Esperarle? ¿Esperar qué?

—Mi regreso a Inglaterra. ¿Me hará el favor de no casarse antes de mi regreso?

—No veo razón para prometer eso —repuso ella, atónita—. Usted no se casará conmigo y yo no tengo fortuna. He despreciado ya muchas ofertas y rechazar otras a mi edad sería poco razonable.

—Rosalie, te amo. No sé si podré dejar de amarte Y quizá cuando regrese a Inglaterra... ¿Estarías dispuesto a ignorar mi falta de fortuna? ¿Te ha hecho creer Hampton que el amor es eterno? Se rió con desprecio hasta que vio algo serio en los ojos de él y cerró la boca.

—¿Tú no piensas nunca en la noche de Cantón? —susurró él.

Procedió con tanta rapidez que ella no tuvo tiempo de escapar a sus brazos o su boca.

Le cubrió el rostro de besos al tiempo que le acariciaba las caderas. Aunque su mente le ordenaba resistirse, su cuerpo la traicionó. Se hundió en el placer de su amor y le devolvió sus besos. Fue él el primero en apartarse.

—Mañana por la mañana la llevaré a la Estrella de Plata —dijo él cortante—. Le daré un recibo para mi agente de Londres y éste se encargará de entregarle el dinero del viaje.

Se acercó a la puerta de su camarote, pero se volvió antes de entrar.

—Rosalie, recuerda que te amo. Siempre creí que el amor era pasajero, pero ahora no estoy tan seguro.

—¿El escéptico se ha convertido? —preguntó ella con malicia.

—No, pero duda de su sabiduría. ¿Tú no?

—El amor me asusta. Contigo es una alegría tan grande que lo único que queda para después es caer desde las alturas. Recuerda que he visto lo que esa caída puede hacerle a una mujer.

—Los padres de la señorita Hawkins no parecen haber caído.

—Tú también lo has notado —murmuró ella.

—Lo he visto y me ha hecho estremecerme. ¿Y si el amor no desaparece? ¿Y si pudiera mantenerse y nos estuviera permitido vivir un sentimiento así durante décadas?

—Es más probable que el amor sólo sea una ilusión temporal —repuso ella, testaruda—.He visto mucha gente que fingía estar enamorada y he oído a maridos susurrar palabras cariñosas a otras mujeres mientras sus esposas se sentaban en la habitación de al lado alabando la duración de su amor.

—Esté preparada a primera hora —dijo él con tristeza—. Iremos a la Estrella del Norte al amanecer.

Dieciocho

El camarote de Rosalie en la Estrella del Norte era el doble de amplio que él había ocupado en el Alazán Perlado. Sin embargo, todas las mañanas al despertar deseaba desesperadamente estar de vuelta en el otro barco. Allí había formado parte de la tripulación. En su nuevo lugar, estaba sola, sin un amigo con quien hablar. Los oficiales apenas la miraban y la tripulación bajaba los ojos al encontrarse con ella.

Se dedicaba a reescribir su diario, pasándolo al nuevo cuaderno que le había dado Elliot como regalo de despedida. Estaba tan inmersa en sus recuerdos que, al oír una llamada en la puerta, creyó estar en el Alazán Perlado. La ilusión se desvaneció en cuanto oyó una voz desconocida.

—Milady, tiene usted visita.

El corazón de la joven dio un vuelco. Elliot. ¿Quién, si no, iba a ir a verla? Al abrir la puerta, le costó trabajo reconocer a su tío. Estaba muy delgado y con los hombros caídos.

—Podías habernos comunicado tu presencia, aunque no quisieras quedarte con nosotros hasta que zarpara el barco —dijo éste.

—No suponía que me quisierais como huésped —repuso ella—. Temía que mi reputación no hubiera sobrevivido a un año en un barco mercante.

—Y así es —replicó él—. Cuando comprendimos lo que habías hecho, rezamos para que no sobrevivieras al viaje; sería mejor que regresar aquí sin ningún futuro.

—Mi futuro en Calcuta es el mismo que antes de marcharme.

—Si hubieras confiado en mi protección, no habrías tenido que afrontar esta desgracia —dijo su tío—. A menos, claro, que tus deseos te impulsaran en esa dirección. Podías haberte casado con el capitán Freemantle.

—No tenía deseos de casarme con ese hombre espantoso.

—¿Espantoso? ¿Cómo te atreves a hablar así de él después de pasar un año con un hombre que no tiene inconveniente en alardear de su lujuria en público?

—Un hombre cuya amabilidad y autocontrol me han dado esperanza para el futuro.

Su tío la observó un momento. Un año de latrocinio había dejado sus huellas y el hombre mostraba la carga de su miedo creciente. Rosalie se preguntó si debía decirle que Elliot había ido a hablar con sir John Barlow.

No. Mejor que disfrutara sus últimos días lo mejor que pudiera hasta que estallara el escándalo.

—Lily me ha pedido que te invite a cenar con nosotros esta noche —dijo su tío—. Emily

quiere verte antes de que te marches. Se casó con el señor Porter poco después de tú huida y espera un hijo cualquier día.

—¡Un hijo! —exclamó Rosalie.

—Sí. Lleva una vida respetable. Tu escapada la afectó y, por una temporada, temió no poder encontrar marido.

—¿No podría visitarme aquí? —preguntó la joven con cautela.

—Está a punto de dar a luz.

Rosalie asintió. No era razonable pedirle a su prima que hiciera aquel viaje.

—Podré ir poco tiempo —dijo—. Tendré que pedir que un bote del barco me lleve a tierra y espere mi regreso. No puedo cenar con vosotros, pero estaré encantada de ir de visita. ¿Puedes enviarme el coche?

—Encantado. Pero no puedes esperar que Lily venga a darte la bienvenida ni que aparezca en público contigo.

—Desde luego que no.

Loti, que bajaba corriendo la estrecha calle, estuvo a punto de tropezar con Elliot.

—¡Ya viene! —exclamó.

—Separaos —dijo el capitán, señalando a los marineros—. No le dejéis pasar.

Apenas habían tenido tiempo de ocupar sus puestos y cortar la calle cuando el carruaje dio la vuelta a la esquina. El capitán Freemantle no hizo ademán de parar.

—¡Fuera de mi camino, escoria! —gritó, luchando con las riendas para controlar a los nerviosos caballos.

Elliot se acercó a un lado del carruaje abierto.

—Quería verle, capitán, y he pensado que quizá no aceptaría una invitación para subir a bordo del Alazán Perlado.

—¿Por qué no iba a querer visitarle en su horrible barco?

—Perdone. Suponía que quizá no le gustara, ya que era probable que nos tomara por fantasmas. Todos nosotros habíamos muerto de sed en mitad del Pacífico, ¿no?

—No sé de qué me habla.

—Pero sir John Barlow sí. Sir John Barlow lo sabe todo. ¿Cuánto cree que falta para que lleguen los soldados y usted no vuelva a ver sus hermosos caballos?

Freemantle tomó el látigo y lo lanzó con violencia contra Elliot. Este levantó la mano, recibió el golpe en ella y cerró la palma en torno al látigo. Freemantle tiró de él, pero no consiguió soltarlo.

—Ese comportamiento no es muy cortés, capitán. Debería retarlo a duelo.

—Yo no me bato con los bastardos de las criadas —gritó Freemantle, tirando todavía del látigo.

—Sólo quería avisarle de que sus días de libertad están contados —repuso Elliot con amabilidad para que pueda planear mejor las horas que le quedan antes de que la puerta de la cárcel se cierre a sus espaldas. Creo que esta mañana ha hecho usted negocios con un capitán americano.

—Mis negocios sólo son asunto mío. Si ese vil americano le ha dicho algo, le ha mentido y eso pone de manifiesto lo bajo de su origen.

—Oh, no me ha dicho nada a mí, sino al asistente de sir John Barlow. Creí que le interesaría saber que era usted vigilado.

Freemantle palideció bajo su bronceado. Soltó el látigo capturado y apretó las riendas con ambas manos.

—¿Vigilado?

—Sí. El capitán Hawkins era el cebo. La trampa no tardará en saltar.

—¿Por qué me cuenta todo esto? Está mintiendo: sólo quiere asustarme. No tiene motivos para advertirme de nada.

—Sí los tengo, porque yo exijo mi venganza y el miedo que veo en sus ojos me causa algún placer. Freemantle apretó los dientes. Se volvió como si temiera ver aparecer a los soldados.

—No. No vendrán todavía. Su retraso me complace, porque cada minuto que tarden, será un minuto de terror para usted. Un terror así sentí yo cuando descubrí lo que había en mis toneles de agua —le devolvió el látigo con cortesía—. Ahora puede irse, capitán. Y disfrute de sus últimas horas de libertad.

Freemantle tomó el látigo y lo movió en el aire, pero Elliot se apartó riendo.

—Déjeme continuar mi camino —dijo el primero.

—Desde luego. Pero antes... —Elliot se acercó y bajó la voz—. He pensado que le gustaría tener noticias de la hermosa mujer con la que pensaba casarse. Es muy bella en todos los sentidos. Gime cuando la acaricia la mano de un hombre y devuelve apasionadamente sus besos. Cuando me acercaba a ella, abría voluntariamente los labios

para invitarme a entrar.

—¡Bastardo! —gritó Freemantle, moviendo el látigo—. ¡Asqueroso bastardo!

El látigo cayó sobre uno de los caballos, que echó a correr arrastrando consigo a su compañero. La hilera de marineros se apartó para dejar paso al vehículo. Elliot echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Abrió la mano y dejó caer al suelo la sangre arrancada por el látigo.

La casa no había cambiado. Las mismas habitaciones sin aire, los mismos muebles baratos llevados desde Inglaterra. La tía Lily la miró un momento. Su rostro era una máscara de miedo y sus ojos brillaban por la tristeza. Bajó la cabeza, como si temiera que pudiera leer en su cara algún terrible secreto. El cuerpo de Emily estaba hinchado por el embarazo, pero, al revés que su tía, su rostro sólo expresaba satisfacción. El criado les llevó té y pasteles.

—Querida Rosalie—dijo Emily—. Hemos estado muy preocupadas por ti. Hasta que me di cuenta de que habías tomado algunos vestidos, temimos que te hubieras caído al río.

—Siento haberos preocupado —repuso la joven con sinceridad—, pero debéis comprender que no podía soportar la idea de casarme con Freemantle —se volvió hacia su tío—. Y estoy segura de que sir Hall intentaba convertirme en una de las mujeres que le sirven y no podía soportarlo.

—¿Cómo saliste de casa sin que te oyera nadie? —preguntó su tío.

—Me puse la ropa de marinero, subí al tilo y bajé al otro lado del muro.

—¡El tilo! —exclamó su tía.

—Silencio, Lily —dijo su esposo—. ¿Y Elliot te ayudó a subir a su barco?

—No. Subí confundida con los marineros que cargaban la comida. Me escondí en un camarote hasta que salimos al mar. El capitán Elliot pensaba enviarme de vuelta en el primer barco que encontráramos, pero luego descubrí su destino y me obligó a ir con él.

—Deberías saber que pronto invertiré en un velero mercante —dijo su tío con orgullo— Los demás inversores y yo ya hemos alquilado el barco. Puedes decirme en confianza

adónde fuiste con el capitán Elliot.

Mientras él hablaba, la joven observaba a su tía. En su rostro se leía la locura, una locura producida por el terror. ¿Y el tilo? ¿Podía descubrir qué la horrorizaba tanto de aquel árbol?

—Tío George, el mismo día que conocí al capitán Elliot, os oí hablar al capitán Freemantle y a ti en el jardín. Yo estaba escondida detrás del tilo.

Su tía lanzó un grito y se llevó las manos a la boca.

—Ese árbol. Ella sabe lo que hay debajo de ese. árbol —gritó.

—¡Cállate, Lily! —gritó su esposo. Se acercó y tiró de ella—. Creo que debes retirarte a tu cuarto a descansar.

—No. Yo sé lo que hiciste. Sé lo que pusiste debajo del tilo.

La mujer se debatía con la fuerza de los locos y consiguió librarse de su esposo. Emily se levantó del sofá para acudir en su ayuda, pero la tía Lily huyó de ella y se aplastó contra la puerta gritando: —¡El tilo! ¡El tilo!

—Mason, déjame entrar —sonó una voz excitada al otro lado de la puerta.

La tía Lily se apartó tambaleante. Freemantle entró en la estancia.

—¡Lo saben, Mason! El trato de esta mañana con el americano... —sus ojos se posaron sobre Rosalie—. ¿Tú? ¡Maldita puta! ¿Qué haces tú aquí?

Le tomó el brazo con tal fuerza que le hizo daño. —Tú vendrás conmigo al barco. Zarparemos de inmediato y harás conmigo lo que hiciste con Salvaje. Y luego te arrojaré al mar, perra.

—No puede llevarse el barco, capitán —musitó George con voz suplicante—. Todavía no tenemos tripulación y las provisiones no...

—Contrataré hombres del puerto. Me servirán igual de bien en un sitio que en otro.

—Pero todavía no tenemos la licencia de comercio. Sir John... —el rostro de su tío se volvió blanco por el miedo—. No puede dejarme aquí... solo. No fue idea mía. ¡No fue idea mía!

—No te importará ir a la cárcel, Mason. Y compartiré mis riquezas contigo porque esta puta me dirá dónde ha estado Elliot. ¿Verdad que sí?

La joven apretó los dientes para evitar que le castañeteaban.

—No —dijo con determinación—: No le diré nada.

—¿Dónde? —gritó él.

Le golpeó el rostro con el puño. Rosalie perdió pie y, por un instante, olvidó dónde estaba. Freemantle la obligó a ponerse en pie.

—¿Dónde?

Su tío George no suponía ninguna ayuda. Tenía que conseguir soltarse y huir de la casa. Rosalie se echó hacia atrás y luego se lanzó contra él con todas sus fuerzas. El golpe lo lanzó al suelo, pero la arrastró consigo.

Alguien gritó. La alfombra de rafia le arañó las manos y rodillas y la joven percibió su olor a polvo. Vio unas botas que se movían y oyó unos gritos y juramentos seguidos de un grito de agonía que terminaba en gemidos.

—¿Dónde? —preguntó una voz espesa sobre ella. Pero no se lo diría nunca. Trató de tomar la bota negra y tirarlo al suelo. Algo le golpeó el costado y sintió un gran dolor.

Sabía que la bota negra se había apartado, dispuesta a golpear de nuevo. Iba a morir y no le había dicho la verdad a Anson.

Anson no sabría nunca lo mucho que lo amaba. No sabría que tenía intención de esperarlo; que lo habría esperado de haber podido, pero la iban a matar y no tendría ocasión de hacerlo.

—¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? —gritaba Freemantle. Se sintió aplastada, como si todo lo que había en el cuarto acabara de caer sobre ella. No podía respirar y la cabeza le daba vueltas.

Luego todo se quedó negro.

Alguien se arrodillaba sobre ella y la joven levantó instintivamente los brazos para detener el golpe que se avecinaba.

—Rosalie. Estoy aquí. Yo cuidaré de ti.

La levantó en vilo. El dolor que le causaba la presión de sus brazos era más de lo que podía soportar y gritó que la dejara en el suelo. Percibió la estancia desordenada, el cuerpo de Emily en el suelo que tendía los brazos pidiendo ayuda. Más allá había una forma marrón, con una espada clavada y sangre. Un charco de sangre llenaba el suelo.

—¡Charley! —gritó Elliot. La puso en sus brazos—. Llévala la barco. Envía a alguien al Halcón Rojo a buscar a Hampton. Está herida.

Había algo que tenía que decirle, pero le dolía abrir la boca.

—Anson —murmuró.

El hombre se inclinó sobre ella.

—Ha ocurrido algo terrible. Hay algo terrible en el tilo...

Se detuvo. Le dolía demasiado hablar.

—Yo lo descubriré. Charley cuidará de ti.

—No.

Tenía que decirle algo más.

—Anson —susurró.

—Sí.

—Te esperaré. Te amo.

Se entregó a los brazos de Charley y trató de reprimir un grito de dolor. Cuando el hombre la colocó en un bote, no pudo evitar gemir. Estaba lo bastante consciente para ver la escalera que bajaba del barco y saber que no debía luchar contra las sogas sino dejarse atar e izar por ellas.

Después el balanceo gentil del barco anclado, el ritmo de su litera y la paz que le daba el saber que estaba a bordo del Alazán Perlado.

A ratos entreveía el rostro del doctor Hampton sobre ella. Alguien le vendó el pecho con tanta fuerza que ella protestó. Le acercaron una taza a los labios. El balanceo del barco la acunaba con suavidad y una voz ronca le murmuraba palabras de amor y consuelo.

Observó los débiles ruidos del barco anclado en el puerto, la respiración tranquila de

otra persona a su lado y abrió los ojos. No estaba en su camarote y la cabeza le dolía con fuerza. Trató de llevarse una mano al rostro, pero no pudo moverla. El corazón le latió con fuerza y recordó a don Miguel atándole las manos. Luchó por incorporarse y vio que Elliot le sujetaba la mano con fuerza. Estaba sentado en cubierta, al lado de su hamaca.

—Calla —susurró—. Estás herida. No te muevas. La joven se dejó caer sobre los almohadas. Su corazón se tranquilizó. La mano de él le apartó el pelo de la frente en un gesto utilizado muchas veces para calmarla, para demostrarle su amor.

—¿Recuerdas lo que ocurrió? —preguntó.

—Fui a ver a Emily porque está a punto de tener un hijo.

El lado izquierdo de sus labios no se movía y su habla parecía la de un inválido.

—¿Recuerdas quién te hizo esto?

—Freemantle.

—No debes hablar —dijo él. La besó en la mejilla—. Pero tenía que asegurarme de que no pensabas que te había golpeado yo.

—Nunca habría pensado eso.

—Una vez soñaste que te golpeaba.

—Hace mucho tiempo —protestó ella débilmente. Le apretó la mano con tanta fuerza, que el dolor del apretón le hizo olvidar los demás dolores.

—Yo te he hecho esto, Rosalie —gimió—. Por favor, perdóname.

—No es cierto —protestó ella—. Fue Freemantle.

—Pero yo le conduje a ello. Lo encontré en la calle y me burlé de él. Le dije que lo arrestarían en cuestión de horas. Quería ver el miedo en sus ojos. Quería verlo correr, tratar de escapar. Quería que sintiera el pánico que sentí yo cuando arrojé por la borda el primer barril de agua podrida —bajó la voz—. Le dije que la hermosa mujer a la que deseaba había estado en mi cama. Alardeé de que te habías ofrecido voluntariamente a mí.

Lanzó un gemido; le costaba trabajo continuar, pero estaba decidido a terminar con la confesión.

—Quería vengarme, volverlo loco, sin pensar en lo que podía hacerte en su locura.

La joven volvió la cabeza para mirar su rostro angustiado.

—No debería haber ido a ver a Emily —dijo—. Debí suponer que ocurriría algo así. Pero deseaba mucho verla antes de que tuviera el hijo.

Entonces recordó lo último que viera antes de abandonar la casa de su tío: Emily estaba gimiendo en el suelo.

—¿Qué le ha pasado a Emily? —preguntó alarmada.

Se incorporó tratando de sentarse.

—Hampton dice que no debes moverte.

—¿Qué le ha pasado a Emily?

—Trató de detener a Freemantle. Él la golpeó.

—¿Y el niño?

—No lo sé. Sus amigos cuidan de ella.

—¿El tío George? ¿Qué ha sido de él?

—Querida, no hables. Tienes que descansar.

—Alguien había muerto. Había mucha sangre. ¿El tío George?

—Sí —repuso él de mala gana—. Trató de calmar a Freemantle. Supongo que lo apartaría de Emily y de ti. Freemantle sacó su espada y lo ensartó con ella.

—¿Quién llegó? —susurró ella—. Creí que iba a morir. ¿Quién me salvó? ¿Qué hacías tú allí?

—Los soldados del gobernador general. Yo los seguí para tener el placer de ver cómo arrestaban a Freemantle y a Mason. Ayer por la mañana habían hecho tratos con el capitán Hawkins sin sospechar que se trataba de una trampa.

—¿La tía Lily? —preguntó la joven con desesperación.

—Volverá a Inglaterra en tu camarote de la Estrella del Norte. Creo que tiene parientes que se ocuparán de ella.

Le acarició la mano y ella le devolvió el gesto.

—Está loca —dijo con sencillez—. Algo la ha vuelto loca.

—Han ocurrido muchas cosas desde que zarpamos hace un año. Uno de los contables del puerto descubrió el fraude en los libros de tu tío. Lo mataron y lo enterraron debajo del tilo de tu tío. Tu tía vio el crimen y el saber que el cuerpo estaba en su jardín le hizo perder la razón.

Rosalie cerró los ojos. Sintió los labios de Elliot en su mejilla.

—Me pareció lo mejor que tu tía volviera a Inglaterra. Quizá allí pueda recuperarse y olvidar lo sucedido en la India.

—Yo no lo olvidaré nunca —musitó ella, abriendo los ojos.

—Yo tampoco —sonrió—. Ha sido una gran sorpresa haberme enamorado de una de esas horribles mujeres que vienen a la India a buscar marido.

La joven trató de devolverle la sonrisa, pero le causaba dolor, así que levantó una mano y le rozó los labios.

—Descansa y procura dormir —dijo él—. Siempre habrá alguien cerca de ti. No tienes nada que temer. Rosalie cerró obedientemente los ojos, segura en los confines del Alazán Perlado

Diecinueve

—Me gustaría levantarme —dijo Rosalie—. Estoy cansada de estar en la cama.

—Debe quedarse otra semana en la cama —repuso el doctor Hampton. Miró la hamaca que colgaba entre los palos—. De haber sabido esto, no lo habría aprobado, pero ahora que está hecho, supongo que sería una crueldad enviarla abajo.

—Hace mucho calor en los camarotes —repuso Elliot.

—Cambien todos los días la venda del pecho para mantener las costillas en su sitio. Deben ponerle una limpia a diario. Aparte de eso, sólo nos queda esperar que se recupere. Dos o tres semanas más y puede correr el riesgo de volver a Inglaterra.

Se volvió hacia la joven.

—Si lo hace, llévese varias tiras de muselina para atarse a su litera cuando el mar se

enfurezca. Una caída podría volver a dañar sus costillas.

Miró a Elliot.

—Si el Halcón Rojo llevara el camino del cabo de Buena Esperanza, le pediría al capitán Hawkins que la lleváramos con nosotros hasta las colonias de África, donde el clima es más fresco. Pero insiste en que es más fácil navegar de oeste a este por el cabo de Hornos.

—Siento que se vaya —dijo la joven—, pero estoy segura de que está ansioso por volver a casa.

—¿Mañana? —preguntó Elliot.

—Sí. ¿Vendrá a visitarnos cuando encargue su próximo barco a los astilleros americanos?

—Sí. Dentro de dos o tres años, cuando Barber y Loti estén preparados para asumir el mando. Hampton le tomó la mano a Rosalie y se inclinó para besarla.

—Usted también tiene que venir a vernos. No tenga mucha prisa en salir de Calcuta. Debería recuperarse bien antes. Quizá algunos amigos en tierra...

Elliot asintió con severidad y se llevó a Hampton a un lado, donde hablaron en voz baja. Rosalie apartó la manta que le había echado el capitán para protegerla del frescor de la mañana. El sol anunciaba otro día sofocante. Sólo una tenue brisa susurraba entre las cuerdas.

Era ya por la tarde cuando oyó los pasos de Elliot en la cubierta y abrió los ojos.

—¿Dormida? —preguntó él.

—No. Sólo descansando. Creo que es lo único que puedo hacer por el momento.

—Descansar es lo que se espera de ti. El Alazán Perlado entrará en los astilleros pasado mañana. He encontrado una casa donde cuidarán de ti.

—Puedo quedarme con Emily.

—No, no puedes. La señora Porter no se encuentra bien.

Rosalie se incorporó, pero no tardó en arrepentirse. Cualquier cambio de posición le producía nuevos dolores.

—¿No se encuentra bien? —preguntó—. ¿Qué es lo que me ocultas?

—Túmbate.

—Me tumbaré y me quedaré quieta cuando me digas la verdad.

—Me dijeron que Freemantle te estaba golpeando y Emily trató de apartarlo. Se volvió contra ella. Durante un día, temieron por su vida, pero se está recuperando.

—¿Y el niño?

—Un niño precioso y grande.

Rosalie tendió sus brazos hacia él en busca de consuelo.

—A todos los que se muestran amables conmigo les ocurre algo —murmuró—. Ya sólo quedan el tío Leonard y Emily.

Elliot la abrazó un instante; luego se apartó, pero no le soltó la mano. Un ruido débil atrajo su atención, pero la joven no podía ver quién estaba detrás del mástil.

—Sí, señor Becker.

—Señor, los hombres me han pedido que hable con usted.

Rosalie movió la cabeza y vio a la tripulación entera en cubierta.

—¿Ocurre algo? —preguntó Elliot, preocupado.

—Los hombres no confían en las personas que han solicitado el puesto de navegante.

Me han pedido que le pida que mantenga a lady Rosalie en ese puesto, señor.

Elliot se apartó un paso de la joven.

—Eso es imposible.

—Dicen que confían en ella porque no se da importancia por lo que sabe sino que lo enseña a los demás y no finge ser lo que no es.

Elliot se volvió y miró a Rosalie. Luego se volvió hacia Becker.

—No —murmuró—. Ellos no comprenden. No

La tripulación se había acercado más.

—No —dijo en voz más alta—. Volverá a Inglaterra en cuanto se recupere.

Los hombres no se retiraron. Lo miraron con fijeza, como esperando que la intensidad de sus ojos pudiera hacerle cambiar de idea.

—¡Dios mío! —gritó él—. Ustedes son hombres. ¿Es que no lo comprenden? Todas las noches está cerca de mí y yo me muero de ganas de traerla a mi lado. He pasado un año infernal. En Cantón llegué a traicionar todo lo que les había prometido. No puedo tenerla a bordo.

Se alejó casi corriendo. Una vez en la escotilla, bajó un escalón y se volvió hacia ellos.

—¿Es que no lo comprenden? —gritó—. ¡Yo la amo! Siguió bajando los escalones. Rosalie permaneció inmóvil, atónita ante aquella confesión pública. Cerró los ojos. El ruido de los pies descalzos le indicó que la tripulación se había retirado a la popa.

El corazón le dolía por Elliot, por su confusión y los remordimientos que le producían sus heridas. Pero un cálido sentimiento mitigaba el dolor de su corazón. La tripulación la quería allí. Y a ella le encantaría quedarse. El capitán no lo permitiría, pero ella no olvidaría nunca aquel deseo de los marineros. Recordaría su petición durante toda su vida y le serviría para darle esperanzas de que quizá pudiera encontrar alguna felicidad en el futuro.

Había aprendido mucho con aquellos hombres. No volvería a la trivialidad de su vida anterior. Buscaría una casita en alguna aldea donde pudiera hacer lo que había hecho allí y ganarse el respeto y el cariño de la gente. No volvería a fingir una riqueza que no tenía, pero podía ofrecer a los demás lo que poseía. Se imaginó un corro de niños que no tenían oportunidad de asistir a la escuela. Ella les enseñaría a leer, a sumar y restar. Compraría libros y ellos acudirían a su casa a aprender.

No desperdiciaría el dinero en modistas, sino que se haría sus propios vestidos. Su comida y su mobiliario serían muy sencillos. Y se contentaría con esperar a Elliot a través de los años. Ella no trataría de forzar su decisión, pero quizá él acudiera a buscarla.

Pensó en el dolor de sus últimas palabras, en la declaración pública de su amor. Se volvió despacio en la hamaca para que no le doliera mucho el pecho. Estaba a pocos pasos de la claraboya.

—Anson —musitó—. Ven aquí. Quiero hablar contigo.

Esperó unos minutos y luego oyó sus pasos. Se quedó a su lado.

—Siento haber dicho esas cosas antes. Te pido disculpas. He comprometido tu reputación...

—Sólo has dicho la verdad.

—Pero decir todo eso delante de ti cuando estás sufriendo...

—Por favor, cuando me haya marchado, diles a los hombres que me siento muy halagada por su petición. Será un recuerdo que me acompañará mientras viva.

Elliot acercó un taburete a su hamaca y le tomó la mano.

—Me da la impresión de que están preparando un motín —comentó al rato.

Rosalie lo miró, pero él parecía extrañamente contento.

—¿Un motín?

—Sí. Ninguno de los marineros ha bajado a tierra dejan de hablar entre ellos.

—El señor Becker controlará el motín.

—El señor Becker parece formar parte de él. Creo que tiene algo que ver con lo de encontrar un navegante.

—Encontrarás a alguien —dijo ella—. Y si no es así, Charley sabe lo suficiente. ¿No has pensado en él?

—Sí. Puede que le ofrezca el puesto. Pero habla de volver pronto a casa y, si me abandona en Macao, me quedaría otra vez sin navegante.

Tres faroles avanzaban por la cubierta. Se acercaron hasta ellos. Los amotinados debían haber alcanzado alguna conclusión, ya que la joven vio que sus rostros permanecían serios y decididos. Charley se adelantó sin vacilar y se enfrentó a Elliot.

—Tenemos una petición para usted —dijo con orgullo.

Elliot inclinó la cabeza.

—Escucharé su petición, pero no me comprometo a concederla.

Charley inclinó la cabeza a su vez y tendió la mano a otro hombre, quien le pasó un papel enrollado como un pergamino. Charley lo desenrolló con toda la dignidad de un

heraldo de Su Majestad. Un marinero levantó un farol para iluminar el papel.

—Todas las personas del Alazán Perlado, ricos y pobres...

—No quedan muchos pobres después de este viaje —murmuró un marinero.

Charley lo miró con disgusto.

—...presentamos esta petición a nuestro capitán. Entre nosotros hemos decidido que no piense en los demás sino que honre a la hija del gran señor, a la mujer que nos guió al huir de los peligros de California, la mujer que abrió los ojos y los oídos de los ignorantes...

Elliot reprimió una sonrisa.

—Pero él dice que esta mujer ha conquistado mi corazón —prosiguió Charley—, y debe alejarla del barco para no deshonrarla. Así que nosotros le decimos que permita que se quede.

La incipiente sonrisa abandonó los labios del capitán, que tragó saliva.

—Porque ningún hombre de este barco dirá que eso está mal. Ninguno dirá: «el capitán duerme con una mujer, ¿por qué no podemos nosotros traer a nuestras mujeres?» Porque la hija de un lord es tan gloriosa como la reina de Ofir y no debería dormir sola, porque entonces será infértil. Pero si el hijo de un lord yace con ella, acabará con su infertilidad.

Le tocó a Rosalie el turno de sentirse incómoda. ¿Querían que tuviera un hijo? ¿Qué iba a hacer con un hijo en el barco?

—Y vemos que el capitán está enfermo de amor. Le pedimos, pues, capitán, que la tome para sí como toma el alazán a la yegua en las montañas, y acabe con su enfermedad. Nosotros nos alegraremos de que le ofrezca placer y consuelo y no nos quejaremos de nuestra soledad.

Le tendió el papel a Elliot con una reverencia y éste frunció el ceño.

—Creo que hay que consultar también a la dama —dijo con seriedad—. Bajo la ley inglesa, no podéis entregármela sin su consentimiento.

Los hombres se apartaron unos metros y hablaron entre ellos.

—Sí —dijo Charley al fin—. Lady Rosalie puede decir sí o no. Le pedimos disculpas por no

haber dirigido nuestra petición también a ella.

Elliot le tendió el papel.

—Cuidado con los alfileres. Yo ya me he pinchado —murmuró.

No había a bordo ningún papel lo bastante largo, así que los hombres habían unido tres hojas sueltas. Debajo de la petición figuraban las firmas de todos los hombres del barco. A Rosalie se le llenaron los ojos de lágrimas al verlas. Ninguno había hecho una marca y los nombres figuraban de acuerdo con su rango, desde el del lugarteniente Edward Becker hasta el de Martín Alejandro. Volvió el rostro para que no vieran cómo le afectaba su mensaje. Tragó saliva.

—Creo —musitó Elliot después de carraspear que debería hablar a solas con milady.

No es costumbre que una dama tome este tipo de decisiones delante de la gente.

Después de algunos murmullos y consultas, la tripulación se alejó hacia la popa.

—No creo que ningún capitán haya recibido nunca una petición tan elocuente —comenzó a decir él—, pero la decisión es tuya.

—¿Qué tengo que decidir? —preguntó ella—. La petición iba dirigida a ti. ¿Qué es lo que me ofreces? Elliot estaba sentado en el taburete con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. El momento de su decisión fue evidente, ya que se enderezó y sonrió.

—¿Quieres ser mi esposa?

La joven lo miró con intensidad.

—¿Qué hay de tu venganza de la sociedad? —preguntó—. No puedes tener tu venganza y a mí.

—La venganza no es tan sencilla como parece. Ahora me apetece menos que hace unas semanas.

—¿Y tu hermano? ¿Tu decisión no se extenderá también a él?

—Le deseo una vida feliz y, si tiene un hijo, lo trataré con la misma cortesía con la que espero que trate él al mío.

—¿O sea que te has tomado en serio la petición de Charley y piensas terminar con mi

estado de infertilidad? —sonrió ella.

—Charley tiene razón. Eres la única superviviente de la casa de los Cairnlea. Quizá si tenemos un hijo, algunos de mis amigos de la Compañía puedan convencer al rey de que lo nombre conde de Cairnlea.

—Eso no me importa —dijo ella—. Preferiría que mi hijo fuera un capitán honesto de un barco mercante a que llevara la vida de mi padre y mi hermano. Un título y riqueza pueden fácilmente convertir a un hombre en un disoluto.

Elliot se inclinó a besarla.

—¿Bueno? ¿Cuál es tu respuesta? ¿Lady Rosalie se convertirá en la esposa de Anson Elliot y navegante del Alazán Perlado?

—Creo que sí. Pero todavía tenemos que negociar algunas condiciones. Seguiré siendo lady Rosalie y recibiré tres partes de los beneficios con las que podré hacer lo que quiera.

El capitán se echó a reír.

—Una vez le dije a Hampton que sólo te interesaban los títulos y el dinero. Parece que tenía razón.

—Sí. En especial si me los he ganado.

—Creo que aceptaré. Porque lo que pienso exigirte a cambio valdrá más de esas tres partes.

—¿Cuándo empezarás a exigirlo? —susurró ella.

—Esta noche. No, cuando te pongas bien. No quiero hacerte daño.

Recogió la petición y se alejó por cubierta.

—Milady accede a los términos de la petición —anunció—. Hemos decidido que lo mejor será casarnos.

Los hombres los aclamaron con fuerza y rodearon la hamaca de Rosalie para darle las gracias. Elliot trató de volver a su lado pero antes tuvo que estrechar la mano a todos los hombres. Alguien abrió la taquilla de señales y dos llamaradas rojas volaron hacia el cielo, donde explotaron en una profusión de tonos lilas. Rosalie notó que Elliot hablaba con Kranz antes de

acercarse a sacarla de la hamaca.

Veinte

—¡Adelante, todos! —gritó Elliot a los tripulantes—. Si encuentro a alguien a proa del palo de mesana sin que su trabajo requiera su presencia aquí, lo enviaré a tierra. Milady necesita descansar.

Rosalie se echó a reír, anticipando la noche que los esperaba y segura de que no descansaría en absoluto. Las órdenes de Elliot fueron recibidas con una ovación y un alejamiento general de los hombres. Elliot tomó a su esposa en brazos. Un farol colgaba en la cubierta de escotilla y la brisa entraba ocasionalmente por los ojos de buey abiertos.

—¿Podrás tenerte en pie si te suelto?

—Sí.

La dejó en la cubierta, pero mantuvo sus manos en la cintura de ella.

—Sólo el tiempo suficiente para desnudarte —susurró.

Dos colchones rellenos de paja estaban colocados juntos en la cubierta. Elliot le desabrochó el vestido de seda, se lo sacó por los hombros y luego le quitó la camisa por la cabeza, cuidando de no rozar con ella los golpes de su rostro. Ya sólo le quedaba la venda de muselina que le rodeaba el pecho. La condujo hasta los colchones y la ayudó a tumbarse.

Apagó la vela del farol. Rosalie adivinó que se estaba desnudando a su vez. Cuando se acercó al fin a ella, sus ojos se habían habituado a la oscuridad y pudo ver las líneas de su magnífico cuerpo cuando se arrodillaba a su lado.

—Esta noche no haremos el amor —dijo él—, pero no importa, nada volverá a interponerse entre nosotros.

—¿En serio? ¿Dejarás a tu esposa sin amor?

La joven buscó sus manos en la oscuridad y las colocó sobre sus pechos.

—Hay algo que tenemos que discutir —repuso él. No sé cómo nos casaremos. Ya casi estamos en marzo. Dentro de dos semanas como muy tarde debemos zarpar de aquí si queremos reunirnos con Baranov en verano. No hay tiempo para las amonestaciones.

—Los hombres nos han unido esta noche. Mañana pueden casarnos.

—No, Rosalie. Nuestro matrimonio tiene que ser legal. Nadie debe dudar de que eres mi esposa. No quiero que nadie murmure que eres una mantenida encontrada en las cloacas de Calcuta.

—Es legal. Es como lo hacen los cuáqueros. Mis padres se casaron así. Escribimos nuestras promesas, las leemos delante de la tripulación, ellos firman como testigos y cada uno de ellos se convierte en garante de nuestras promesas. En Inglaterra, el gobierno y la iglesia acepta la legalidad de un matrimonio cuáquero.

Elliot se dejó caer a su lado y colocó la mano derecha sobre su vientre. Sus dedos se abrieron paso entre los muslos de ella, acariciándola. La joven se quedó quieta, relajada. Abrió las piernas y admiró el autocontrol de él. El roce de sus manos sobre los muslos de ella era tan leve como el contacto de una brisa cálida.

No la excitó hasta un límite apasionado, lo cual le habría causado dolor, sino que la envolvió en su ternura. Ella sentía su humedad y, cuando levantó su mano para atrapar el miembro de él, lo encontró también húmedo. Sus cuerpos se habían excitado de un modo calmado y tranquilo. Elliot la colocó de lado con ternura, se tumbó a su lado y rozó la apertura de ella con la punta de su erección sin penetrarla.

—Rosalie, si hace un año me hubiera acercado a ti de este modo sin asustarte, ¿te habrías entregado a mí?

—Hace un año no habría sido posible. El solo hecho de verte, el imaginarme a una mujer y un hombre juntos me producía pánico.

—¿Qué ha cambiado? ¿Qué cambió en Cantón?

—El amor, supongo. Saber que podía confiar en ti. Y lo que ocurrió en California.

Aprendí a resistirme, a protegerme sola.

—Quédate quieta—dijo él.

Le acarició la espalda y las caderas hasta que su respiración se hizo jadeante. La penetró un poco más, provocándole una sensación de unión. Sus dedos sujetaron con fuerza las caderas de ella; se alejó y luego volvió a entrar muy despacio.

—¿Y si don Miguel hubiera tenido éxito? —preguntó ella—. ¿Cómo te habría afectado eso?

—Nunca he estado de acuerdo con la mayoría de los hombres sobre la virginidad. Lo que yo valoro es una mujer que encuentre la misma alegría que yo en nuestra unión.

—¿Y si hubiera encontrado placer con él? —insistió ella.

—No lo preguntes —murmuró él—. Cuando pienso en lo que te hice sólo por una estúpida sospecha... —la besó en el cuello—. Espero no volver a sentir nunca ese tipo de celos, pero no puedo estar seguro. ¿Me prometes no ponerme a prueba y serme fiel?

—¿Y tú? ¿Puedes tú hacerme la misma promesa?

Elliot se incorporó levemente y terminó de penetrarla por completo.

—Puedo hacerte la misma promesa —dijo con firmeza.

—Entonces, mañana nos lo diremos mutuamente en público y será así durante el resto de nuestras vidas.

Los dedos de él encontraron el monte de Venus de ella y lo acariciaron mientras su miembro se movía en su interior. El cuerpo de ella se convirtió en un líquido traslúcido, un estanque adecuado para que él se sumergiera. Yacía quieta, admirando aquella sensación tan parecida y, no obstante, tan distinta a la pasión que había sabido despertar en ella en Cantón. Los movimientos rítmicos de él terminaron con un grito de satisfacción y el calor de su semilla llenó el vientre de ella.

Cuando sus gritos cesaron y yacía inmóvil a su lado, los movimientos de él encontraron eco en el cuerpo de ella hasta que su pasión sexual se consumió en la entrega del amor.

Rosalie paseaba por la galería de la casa en la que había vivido durante los últimos diez días. Estaba segura de que podía andar hasta el muelle sin problemas, pero Elliot había insistido en que esperara la silla de mano. Estaba ya bien, pero tenía que admitir que le gustaba sentirse mimada y protegida y en los últimos días había tenido ocasión de presenciar la preocupación de él.

Su preocupación y la expresión física de su amor que se volvía más y más intensa a medida que su cuerpo mejoraba.

Un grupo de marineros corrían calle abajo con la silla. Su esposo corría a su lado. Todos se detuvieron delante de la casa.

—Radgni llevará tus cosas al barco —dijo el capitán—. Sube.

La joven aceptó una de las muchas manos que le tendían, subió a la silla y se sintió levantada por una docena de hombres.

—¿Has pensado si necesitas algo más? Mañana es el último día que podremos subir cosas a bordo.

—Nada excepto varios metros de muselina. Muselina blanca.

—Me encargaré de que uno de los hombres la busque. No quiero que te quedes sin enaguas.

Se echó a reír, burlándose con gentileza dé su insistencia en llevar faldas a bordo del barco. La muselina no era para hacer enaguas, pero no se lo diría. Al menos, no todavía.

—Ahora ven a ver tu nueva casa —le dijo él cuando llegaron a bordo.

La condujo a la cubierta de escotilla. El camarote principal parecía igual, pero, cuando abrió la puerta de su camarote, vio que habían hecho algunos cambios. Lo que antes eran dos camarotes distintos se habían convertido en uno solo. La litera que colgaba de las vigas era grande, tan amplia como cualquier cama de tierra firme. La cortina de lona que cubría antes la ropa de él, la cortina detrás de la que se escondiera ella su primera noche en el barco, había sido sustituida por una de seda verte con hilos dorados.

Delante de ella había dos baúles. Un sillón de verdad ocupaba una de las esquinas y

delante de la mesa de escribir había una silla. En el extremo opuesto se veía un armazón sujeto al suelo que contenía una pequeña palangana. Encima de ella había un espejo con marco tallado.

—Es preciosa.

—Ahora debes descansar aquí porque vendrá el chico del agua y yo estaré ocupado —se arrodilló ante ella, le quitó las zapatillas y colocó sus piernas sobre la cama—. Enviaré alguien a tierra a buscar tu muselina.

La joven yació de espaldas, contemplando la claraboya. Era muy pronto para estar segura, pero su período debía haberle llegado tres o cuatro días atrás. Y el viaje podía durar ocho o diez meses o quizá un año. Debía estar, pues, preparada. ¿Bastaría con la muselina? ¿Necesitaría mantas? No. Podría envolver al niño con su chal de seda.

—Mira, un barco de la Compañía —dijo Elliot—. Viene río abajo y lleva buen viento.

Nosotros no. Rosalie sabía que estaba impaciente por zarpar. Llevaban tres días preparados, dispuestos a levar anclas pero atrapados en Calcuta por el viento que soplaba del mar.

El otro barco se acercó más y Elliot lo examinó con atención.

—El viento no es tan fuerte esta mañana —murmuró—. Quizá se prepara a cambiar.

Se alejó de ella para observar mejor al recién llegado, que ancló a un cuarto de milla del Alazán Perlado. Llevaría cartas de Inglaterra, cartas probablemente de su tío Leonard para su hija y su hermano. ¿Cuánto tardaría en enterarse de la muerte del tío George o del destino de Freemantle?

En menos de una semana, Freemantle subiría al cadalso construido en el muelle, donde entraría en la eternidad como castigo por el asesinato del contable y de George Mason. De no ser por su espada, su tío habría estado a su lado.

—Al menos recibiremos noticias de Inglaterra antes de zarpar —dijo su marido volviendo a su lado.

—¿Esperas algo? —preguntó ella con curiosidad.

—No. Yo nunca recibo nada excepto comunicaciones de negocios.

—El correo, señor —dijo la voz de Becker detrás de ellos.

Dejó un paquete sobre la mesa.

Elliot lo tomó sin mirarlo, más pendiente del viento en los aparejos que de lo que hacía. Los papeles crujieron en sus manos y él seguía mirando las velas o a Becker, que repartía el correo entre los marineros. Rosalie lo observaba sólo por el placer que eso le producía. Su rostro cambió y se llevó una mano a la boca como para reprimir un respingo. Mirócon atención la carta que tenía ante sí. La dobló luego con rapidez y la metió en el sobre.

—Ven abajo —ordenó.

La joven lo siguió tratando de adivinar lo que ocurría. Elliot le puso el sobre en las manos, bajó la claraboya y cerró la puerta.

—Milord... —empezaba la carta. Rosalie lo miró a los ojos.

—Edwin ha muerto —musitó él—. Y Amelia no le dio hijos.

¿Edwin? Edwin Elliot, el conde de Valmont. No. El conde de Valmont era el hombre que tenía delante. Miró la fecha de la carta. Databa de más de seis meses atrás.

Su hermano había muerto cuando navegaban desde Nuevo Arcángel hasta el Pacífico. En Cantón, cuando se acostó con él por primera vez, ya era el conde de Valmont.

Los sonidos de otro mundo llenaron sus oídos. En Londres había empezado la temporada y las madres hablarían entre ellas del conde de Valmont: un hombre rico, atractivo y soltero.

Él podía haber elegido. Las hijas de duques o marqueses, quizá también alguna hija de rey, hubieran estado dispuestas a convertirse en condesas.

Recordó la promesa de amor que se habían hecho mutuamente. Por muchos testigos que la hubieran firmado, ¿se sentiría de verdad vinculado por ella? Se llevó instintivamente la mano al estómago.

—Ahora puedes tener cualquier mujer que desees —susurró.

—¿Qué?

—En Londres, en estos momentos, la buena sociedad caería a los pies de lord Valmont.

Cualquier mujer que te gustara... nuestro matrimonio es muy informal.

—¿Informal? —preguntó él, confuso—. ¿De qué me hablas?

—Si quieres olvidarlo, no me interpondré en tu camino —sabía que dos lágrimas se abrían ya paso por sus mejillas, pero no podía evitarlo—. Puedes casarte con una mujer muy rica y muy noble.

—¿Informal? ¿Es eso lo que piensas de nuestro matrimonio? —gritó él.

—Sólo quiero decir que, si quieres liberarte de él, no acudas a la ley. Yo...

—¿Informal? Todas las personas de este barco oyeron nuestras palabras. Están escritas en el cuaderno de bitácora del Alazán Perlado. Tú me viste hacerlo. ¡Informal! ¿Quieres echarte atrás en algo que todos los hombres...?

—Anson, por favor; no grites. Yo te amo. Quiero ser tu esposa, pero si esto cambia algo...

—No cambia nada —golpeó el suelo con fuerza—. No cambia nada. De hecho, quiero que guardes el secreto. Y es una orden. Durante este viaje al menos, seré el capitán Salvaje, no un estirado aristócrata. Nadie debe enterarse de esto. ¿Qué diría Baranov si supiera que tengo un título?

—La tripulación se enterará en tierra.

—Nadie bajará ya a tierra. El viento está cambiando. Esta tarde saldremos de aquí. Tú no mencionarás esto. Sigues siendo lady Rosalie, no lady Valmont, ¿entendido? Serás lady Valmont cuando yo te dé permiso.

—Estoy muy orgullosa de ser lady Rosalie. Fue un título que me gané con mucho esfuerzo.

Elliot sonrió.

—No dirás nada. Pero este viaje terminará de un modo distinto. Desde Cantón nos marcharemos a Inglaterra. ¿Te gustaría pasar por el cabo de Hornos? Yo nunca he navegado por él y el capitán Hawkins dijo que para ir de oeste a este...

—Es el modo más fácil —terminó ella.

¿Volverían a Inglaterra a tiempo? Lo miró a los ojos.

—Lo que tienes ahora, el título y las propiedades de los Valmont, ¿no es también el modo más

fácil?

—No. Una vez, cuando era más joven, deseé ser lord Valmont. Ahora la mera idea me aterroriza. No puedo concebir una vida tan aburrida; tan basada en la tradición y el formalismo.

—Tú serás un conde muy raro —dijo ella.

Se puso de puntillas y Elliot inclinó el rostro para besarla.

—El viento —susurró antes de que se tocaran sus labios—. Está cambiando.

Se dio la vuelta y subió los escalones de dos en dos.

Rosalie lo siguió más despacio; observó los preparativos de partida y vio los últimos edificios de Calcuta desaparecer en la distancia. Probablemente no volvería a ver nunca aquella ciudad. La América rusa, las islas Sandwiches. ¿Qué pensaría la reina cuando la viera delgada pero con un hijo en el vientre? Su embarazo resultaría ya bien visible para entonces. Cantón, cabo de Hornos, Inglaterra.

Un niño. Un hijo de Anson engendrado en una de esas maravillosas noches en Calcuta en las que él le había enseñado las distintas variedades de la pasión. O al menos tantas variedades como pudiera realizar una mujer con tres costillas rotas.

Los Cairnlea habían desaparecido. La línea masculina había muerto. Decidió que eso no ocurriría con los Valmont. Esa línea continuaría a través de ella y a través del amor que le daba su querido Salvaje.

Las primeras olas de la bahía de Bengala empujaron al Alazán Perlado. Apretó los dedos contra el palo de mesana y contó los meses que faltaban hasta la llegada del niño.

—Diciembre —murmuró.

Elliot estaba a su lado y le tomó la mano.

—¿Diciembre qué? —preguntó con curiosidad—. ¿Qué ocurrirá en diciembre?

Rosalie había prometido no ocultarle nunca nada. Pero en ese caso... Calcuta estaba todavía demasiado cerca y él podía aún dar la vuelta y dejarla, con la mejor de las intenciones, al cuidado de alguna mujer de confianza.

—Sólo me preguntaba si estaríamos en Inglaterra por Navidad.

—Eso depende del viento y de la habilidad de nuestro navegante.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Lady Rosalie —dijo con su voz de capitán—. Por favor, prepare un rumbo hacia elestrecho.

Creo que podemos llegar al canal del norte con este viento.